

Fue en 1817 cuando **Samuel Taylor Coleridge**, poeta, crítico, filósofo, uno de los precursores de romanticismo inglés, acuñó la expresión ***Suspensión voluntaria de la incredulidad*** para definir esa «*fe poética*» que nos hace creíble una obra más allá de los recursos o elementos fantásticos que utilice (su «*Balada del viejo marinero*», ilustrada por *Gustav Doré*, me acompaña desde que me inicié en este vicio maravilloso de la lectura).

Más tarde conocí el concepto ***Sentido de la maravilla*** (o del asombro: «*sense of wonder*»), la capacidad de una obra para conmovernos con algo irreal; eso que evoca lo sublime y numinoso; la magia esencial contenida en las frases de una historia. O, en palabras de **Mike Ashley**, «*ese momento desencadenante en el que la mente se expande para asimilar un concepto impresionante*».

Se trata, sin duda, de una capacidad infantil: la del niño que observa las estrellas, mientras intuye la inmensidad del universo. Pero es un sentido que persiste más allá de los años que transcurren o lo mucho que se ha leído, y no todos la poseen: es una capacidad inherente a la Literatura Fantástica (así, con mayúsculas), sea Fantasía, Ciencia Ficción o Terror.

Y **Ficción Científica** contiene mucho *sentido de la maravilla*.

Este volumen anual, el noveno desde sus inicios, recopila los cuentos publicados en la web durante el año anterior, un año de pandemia. Pero, junto a los ocho que le preceden, constituye una muestra excelente de cuanto he dicho: contiene cuentos de autores noveles junto a otros conocidos o ya consagrados (que, en sus inicios, fueron también principiantes); pero, todos, escritos con la ilusión de asombrar, de conmovernos con sus ideas y fantasías, como las estrellas conmovieron a ese niño que fuimos. Cuentos recopilados en una colección enorme (de las mayores que recuerdo) de relatos incipientes junto a otros excelentes. Y, todos, con la facultad de provocar (incluso lograr) esa *suspensión voluntaria de incredulidad* que nos hace pasar un buen rato con su lectura.

Decidme, si no, cómo llamar a propuestas que nos invitan a participar de un thriller futurista en una Tierra de personas diminutas; fantasías urbanas distópicas de corporaciones y neoluditas; viajes en el tiempo; el transhumanismo de un hombre-robot con fecha de caducidad; un juego de IA que recrea el universo, las vidas o las tensiones económicas de sus accionistas; space-opera, expediciones interplanetarias de extraños descubrimientos; seres más inteligentes, o las batallitas de antaño de un antiguo oficial de la flota. El terror de una casa encantada; el que encierra un juego para el móvil; un miedo irresistible a la niebla o el que sufren los pacientes de una extraña clínica mental. Relatos fantásticos, descriptivos y poéticos sobre fondo mitológico; una fantasía de niñez con la Ojáncana; un onírico fin del mundo, de la Tierra, salvo que una mujer lo impida; gente que ve fantasmas y los siente toda su vida... Incluso la economía adquiere relevancia en un relato basado en las *Mil y una noches*, pero explicado por *Marsuf*, personaje inolvidable de don **Tomás Salvador**, que los jóvenes ni conocen...

Y es sólo una muestra, un simple avance, sin citar títulos ni autor, de lo que espera en el interior... Sería imposible reflejar todo, a riesgo de hacerme pesado.

Sin embargo, nada de ello hubiera existido sin **José Antonio Cordobés**, el Gran Demiurgo que hace posible *Ficción Científica*, oculto entre bambalinas.

Y digo bien, oculto:

Si no es porque el prologuista de turno –como hago ahora– lo cita en su texto, el nombre del director-comandante de *Ficción Científica* no aparecería en la obra colosal que construye y facilita. Y no me parece justo, por más que sea intencionado.

Conocí a **José Antonio Cordobés** hace años, en una de aquellas (habituales entonces) presentaciones de libros de género organizadas en Málaga; muy concurridas, gracias al inmenso potencial que existía en la primigenia *TerMal* (desvanecido después en el tiempo, como lágrimas en la lluvia: aquellas naves ardieron más allá de Orión, y la Puerta de Tannhäuser se cerró para siempre... o hasta ahora, salvo flecos).

Por entonces –como hoy– José Antonio rehuía el protagonismo, aunque él mismo fuera protagonista. Su bonhomía y sonrisa bonachona eran el escudo que esgrimía (y sigue esgrimiendo) frente a la popularidad –el populismo–; y con ellas ha esquivado el necesario reconocimiento a su enorme saber, fruto de lecturas infinitas. Y prefiere seguir oculto a las luminarias del ego.

Por eso, y aunque sólo sea esta vez, no quiero dejar de citarlo (y espero que no lo borre...).

Por último, antes de acabar: al revisar los volúmenes previos he observado que de los nueve autores que firmamos su introducción, soy el único prologuista que nunca, antes, ha escrito un cuento en *Ficción Científica*: todos mis precursores disponen, al menos, de un relato con su firma en el volumen que presentan (o los anteriores). Todos, menos yo... Extraña forma de destacar.

Bien es verdad que la Ciencia Ficción nunca ha sido mi fuerte al escribir. Excepto algunos cómics de juventud (casi todos de CF), que guionicé y dibujé, mis escritos posteriores tendieron a la Fantasía, y no he regresado a aquella salvo en un cuento –largo– hace unos años.

Por eso, desde ahora, me considero obligado a escribir algo exclusivo para *Ficción Científica*. No sé cuándo o qué saldrá. Pero valga como promesa y compromiso para hacerlo, pues considero un orgullo estar incluido en sus páginas.

Hasta entonces, disfrutad este volumen recopilatorio de relatos escritos durante una pandemia. Hacedlo con calma y pausas, no de un tirón. Se disfrutaban más.

Manuel Berlanga

A119

Díaz Marcos, José Luis

Cuando se descubrió que la información era un negocio,
la verdad dejó de ser importante.

Ryszard Kapuscinski

«¡Por fin en casa... a 384 000 kilómetros de la Tierra!», se dice Victoria Brown despresurizando su traje ya dentro de la estación minera *Armstrong*. Hija de Salma Nielsen, primera mujer en seguir los pasos del pionero masculino sobre la luna, Victoria llega al satélite con la importante y dolorosa misión de sustituir durante los próximos seis meses a su malogrado colega.

Según las autoridades, Peter Fossum, único controlador de la *Armstrong*, ha muerto víctima de una fatalidad: un asteroide, peñasco volante, lo ha pulverizado mientras conducía su rover lunar.

«Qué irónico... Moríamos a pedradas en las cuevas y milenios después, conquistado ya el espacio, algunos, pobre Peter, siguen muriendo de la misma forma...». Cruzó los dedos, supersticiosa.

Instalado el equipaje en su cápsula, Victoria empieza a auditar la gestión interrumpida: estudios geológicos, programa de extracciones, cuenta de resultados... Pronto queda sorprendida, casi escandalizada. Y no precisamente por la administración Fossum, tan correcta como puede exigirse, sino por la diversidad y, sobre todo, por el valor de los recursos naturales que la sustenta.

«¡Decir que la luna es una mina de oro supone quedarse a años luz, nunca mejor

dicho, de su auténtico valor!».

Intenta recapitular, aturdida:

«Además de oro, sí, también hay otros metales como el platino, el níquel o el litio, presentes todos ellos en los asteroides que, de vez en cuando,...

Hay... agua[1] y, en consecuencia, combustible[2], elementos básicos también para cualquier país dueño de sus propias tolvas lunares y usuario, como nosotros, de las estaciones de servicio suspendidas en la órbita terrestre; depósitos de titanio; minerales de tierras raras[3]; helio-3, precioso carburante para los reactores de fusión nuclear... ¡Y dicen que lo más valioso, vete tú a saber el qué, aún está por descubrir!».

Curiosa, recorre las vistas ofrecidas por las cámaras instaladas en los yacimientos.

«Todo parece en orden: camiones autónomos y robots cumplen sus respectivas instrucciones al dedillo... ¡No, espera!».

En una de las panorámicas, sobre el polvo lunar: las finas huellas de un rover, uno de los dos posibles, «¡¿Fossum?!», se alejan hacia...

«¡¿...dónde?! En esa dirección no hay más que kilómetros de suelo aún inexplorado hasta la frontera con el área rusa».

Accede a la señal del satélite más próximo: desde arriba, las huellas siguen y siguen hasta que, en un momento dado,... terminan.

«Un rover fantasma: continuó hasta ahí y luego, de pronto,... ¡¿Qué?!».

Selecciona la cámara interior del garaje lunar: dos plazas de estacionamiento, un solo vehículo.

«Suponiendo que esas huellas no sean anteriores a ti, compañero Fossum, ¿adónde ibas? ¿Fue en esa excursión cuando...? ¿Y, suponiendo que hubiese sido así, por qué, de buenas a primeras, tu asteroide homicida y tú parecéis haberos esfumado de la faz de la luna?».

Suspira, aturdida.

«No tiene sentido. Ninguno. ¿Entonces...? ¿Error de registro? No. La definición de imagen es perfecta: hay todo lo que aparece y aparece, se supone, todo lo que hay».

«*Se supone*».

Deja las pantallas y corre al baño. Allí, activa el grifo y mete la cabeza bajo el chorro durante unos segundos. Se seca, incrédula. Estremecida.

«¡Eso es un... un... disparate! Una auténtica... ¡¿Por qué iban a *inventar* algo así?! ¡¿Para *ocultar*... qué?!».

Cierra los ojos.

«Algo pasa... No sé el qué, pero algo pasa... ¡Y soy yo, yo, la que está aquí! Tengo que averiguarlo... Quiera o no, el asunto me concierne».

Victoria corre ahora al vestíbulo y se enfunda, «¡Venga, venga...!», uno de los trajes espaciales. Abre compuertas y sube, «¡Peso una tonelada!», en el rover. Comprueba sistemas.

«Bien... Parece que por aquí *sí* está todo en orden... Allá voy... ¡Deséame suerte, Isaac Asimov!».

Sube el panel, frontera artificial entre el oxígeno y el vacío, entre la vida y la muerte, y el vehículo progresa, «Con... cuidado...», hasta la roca.

Enciende la I-radio con la esperanza de distraer la tensión. Suenan los clásicos REM: «...*Si te creíste que llevaron un hombre a la luna, si te crees que no esconde*

nada bajo su manga, entonces, nada está bien...»[4].

«¡¿Bromeas?!». Silencia el ritmo. «¡¿Qué psicólogo de feria dice que los paranoicos no tenemos motivos para serlo?!».

Anclada al asiento, y a pesar de los amortiguadores, sube y baja, sube y baja, «¡Wow!», sobre el desierto lunar.

No tarda en ver, a su izquierda, el trasiego de *Mina-1*, el primero de los yacimientos.

Se suceden *Mina-2* y *Mina-3*. Y luego...

...fuera de las rutas habituales de carga y descarga, sobre el polvo virgen, la deriva del otro rover.

«¿De Fossum?».

Victoria se detiene. Suspira.

«No he llegado hasta la luna para rendirme ahora. Dicho así, en una peli quedaría genial. En una peli...».

Vuelve a suspirar y se desvía.

Un par de kilómetros más adelante, el pitido del navegador la sorprende: en la pantalla parpadea el punto en el que se esfumaban las huellas del rover fantasma. Fuera, sin embargo, aquéllas continúan.

«¡Se acabó la paranoia, chica: esto es real!».

En el horizonte, el polvo se sucede bajo el negro cósmico y sus infinitas estrellas.

«¡También, ay, soy afortunada: cuánta belleza...! Aquí mismo, al alcance de mis manos...».

Las marcas, advierte, se desvían hacia la derecha, rumbo a...

«¡¡Por todos...!! ¡N, no... no es posible...!».

...un vacío en cuyo borde terminan. Poco antes, a un lado, el bulto caído y níveo de un traje espacial.

«¡¡FOSSUM!! ¡¡PETER FOSSUM!!».

Victoria detiene el vehículo y abre la escotilla que la separa del exterior. Avanza, horripilada.

En el pecho del uniforme, la identidad supuesta. En la visera, pecera rota, el mohín de la muerte. Encima del astronauta... nada.

«¡¿Y... y el meteorito...?!», piensa, aturdida. «Esto no es, ni por asomo, lo que me habían contado. ¡Ni a mí ni al resto del mundo! Pero,... ¡¿por qué?!».

Sobre la ceniza lunar, al alcance de la mano caída, encuentra la caligrafía trémula de una posible respuesta. De un seguro consejo:

HUYE

«¡¡¿¿HUYE??!!». Mira a su alrededor temiendo encontrar... «¡¿QUÉ?! ¡¿QUÉ?!».

Providencial, Victoria descubre el retroceso *autónomo*, frente a ella, del rover que ha conducido.

«Quiere matarme. *Quieren* matarme. También a mí».

Aquél acelera.

La ausencia de gravedad, «¡Bendita ausencia!», le permite sustraerse al atropello: el vehículo planea hasta...

...su par en el fondo de un enorme cráter.

Histórica, comprueba su atavío, la reserva de oxígeno...

«¡¡Gracias!! Gracias...».

Intenta serenarse.

«¡¿Qué demonios esconden?! ¡¿Por qué... por qué nos *eliminan*...?! ¡A nosotros! ¡A dos *de los suyos*, a dos *de los vuestros*, maldita sea!».

Escudriña el horizonte y divisa, no muy lejos, la indiscutible y enorme figura de...

...«¡Un... *proyectil*!!».

Hincado, oblicuo, en el suelo.

Sin detonar.

«En el ojo de la luna. Como en esa película prehistórica[5]...», piensa Victoria, desquiciada.

Se acerca.

Dentro del desbarro, llama su atención, no obstante, el diseño del arma: antiguo, casi primitivo respecto a los presentes.

Y una breve inscripción:

A-119

Victoria la reconoce. La ha visto antes. En los libros de Historia. En los documentales. «¡P, pero... no puede ser la misma! ¡¡No puede ser!!».

Rodea el artefacto y descubre una segunda inscripción, también muy reveladora:

USA. 1959.

Incrédula, a Victoria le flaquean las piernas y, temiendo un desmayo, se deja caer ahí mismo, sobre la luna.

«Así que es eso...», comprende. «Es eso... Cómo no...».

Aunque ya finaliza el siglo XXI, la historia se remonta, bien lo sabe ella, a la segunda mitad, «USA. 1959.», del siglo anterior. A la guerra fría.

En 1957[6], la URSS lanzó el *Sputnik 1*, primer artefacto humano en orbitar el planeta, hazaña que supuso exceder a los capitalistas americanos en la carrera espacial.

«Nuestro orgullo no encajó bien, nada bien, la crisis del *Sputnik* y el presidente Eisenhower se propuso redimir el golpe soviético de alguna manera...».

Así, se sucedieron los planes, «¡Contratando, entre otros, al luego famosísimo Carl Sagan[7]!», hasta que en 1958 nació el *Proyecto A119*.

El objetivo de esta idea ultrasecreta desarrollada por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos era, «¡Increíble, pero cierto!», lanzar una *bomba atómica* contra la luna.

«¡Madre mía!».

Si el artefacto estallaba en el borde del satélite, el hongo nuclear resultante sería iluminado por el sol y, de esta forma, *deslumbraría* a todos los soviéticos.

A toda la humanidad.

Inconveniente de la locura: lograr el efecto deseado requería una explosión

tan potente, al menos, como la de Hiroshima.

Consecuencias: imprevisibles. Temieron, sin ir más lejos, la radiación y el impacto de los escombros lunares.

Resultado: En 1959, el *Proyecto A119* fue *suprimido* en favor de la carrera espacial.

«¡¡Mentira!! ¡¡Lo hicieron!! ¡El gobierno Eisenhower finalmente lo hizo! Aunque...».

Como era evidente, «¡Uf!», no había funcionado.

Cabía esa posibilidad.

«*Siempre* cabe esa posibilidad. Así nos volvió a ocurrir pocos años después en el sur de España: por accidente, y no como ahora en la luna, los yanquis colisionamos contra nosotros mismos soltando entonces cuatro bombas termonucleares. ¡¡Cuatro

termonucleares!! ¡¡Y ninguna estalló!![8]

»¿Y si tú estallas, A119, cosa bastante posible debido al deterioro e inestabilidad de tus materiales y a la lotería cierta de los *auténticos* meteoritos? ¿Qué ocurrirá respecto a las misiones terrestres, incluida la *nuestra*, aquí instaladas? Lo previsible. Lo lógico. ¿Y merece la pena correr ese riesgo? Para *ellos*, sí. ¿Asumir la pérdida de cientos, “solo” cientos, de vidas humanas frente al *cash* de *billones de dólares* en recursos? Of course! ¡¿Cuál es el problema?!».

Victoria cierra los ojos, engañada, rabiosa, estremecida...

«¡Ánimo, valiente: una vez más, aunque sea *la última*, es tiempo de resistir!», decide al poco, ya en pie. «Y eso que desandar camino hasta la base es...: la reserva de oxígeno no me dará para tanto. Y, aunque me diese, tampoco me serviría de mucho: a *ellos* les basta con bloquearme el acceso desde la Tierra. “Gracias por los servicios prestados y amén”. Aún así...».

Echa un último vistazo a lo que un día se llamó Fossum.

«¡Hasta ahora! No te preocupes: repetiré tu advertencia sobre el polvo antes de reunirme contigo. Quizá el próximo, o la próxima, sí pueda lograrlo. ¡Preséntame a Asimov!».

Y emprende el regreso a ninguna parte absorta en las estrellas:

«¡También, ay, soy afortunada: cuánta belleza...! Aquí mismo, al alcance de mis manos...».

Y aunque ello suponga acelerar el consumo de oxígeno, Victoria también empieza a tararear:

«...*Si te creíste que llevaron un hombre a la luna, si te crees que no esconde nada bajo su manga, entonces, nada está bien...*».

[1] Se estima que las regiones polares de la luna albergan el hielo de los cometas allí caídos en los últimos 4000 millones de años.

[2] El agua puede descomponerse en oxígeno e hidrógeno.

[3] En la actualidad, China mantiene el práctico monopolio de los minerales raros terrestres siendo estos muy escasos y vitales para dispositivos como teléfonos móviles u ordenadores.

[4] *Man on the moon*. Álbum: *Automatic for the people*. 1992.

[5] *Voyage dans la lune*. Georges Méliès. 1902.

[6] 4 de octubre de 1957.

[7] Carl Edward Sagan. (Estados Unidos. 1934-1996). Astrónomo, astrofísico, cosmólogo, escritor y divulgador científico.

[8] Incidente de Palomares. 17 de enero de 1966. Dos de las bombas sufrieron la detonación de su explosivo convencional permaneciendo intacto el explosivo atómico. Palomares es el *Broken Arrow* (accidente de armamento nuclear sin riesgo de conflicto bélico) más grave de la historia.

Muerte en el colmenar

Heka, Rafael

“[...] En menos de una década toda la población terrestre pasó a medir un centímetro [...] Hubo cosas capaces de resolverse. Otras no. Teniendo en cuenta la coyuntura política de España en 1980, la transición fue una auténtica *transición*. La imposibilidad de gestionar un país en tales consecuencias obligó a aplicar la reciente constitución en su articulado más heroico. Haciendo uso del art. 116, se comenzó por decretar el estado de alarma. Sin embargo, ante las continuas revueltas proletarias y el desgobierno feroz de una población ingobernable, la situación derivó inexorablemente en la imposición de un necesario estado de sitio que duraría otras tres décadas más. [...] Debemos a la República Federal de Alemania el orden establecido, el asentamiento de una industrialización capaz de sacar gran partido a las cada vez más abundantes vetas de carbón autóctono, y al desarrollo mecánico subsiguiente. La reconversión del 2013 permitió la comunicación telegráfica de los regímenes europeos afines, unificados por la Unión Ferroviaria de Redes Subterráneas [...] Es probable que algún día podamos volver al exterior. Quizá, incluso que hasta se reanuden las relaciones diplomáticas con”

Cerré el libro.

El tubo acababa de salir de la autopista con un ligero cambio de agujas y comenzaba el trayecto por la cuenca minera. Se notaba por la repentina aparición del traqueteo característico, fruto del golpe de las ruedas de acero contra las juntas de dilatación de los raíles.

A mi lado, el capitán Corona trataba inútilmente de encender su desgastada pipa de alabastro.

Era un tipo arto peculiar. Fuerte, mayor, con un parche metálico en el ojo izquierdo y el pelo cano cortado de forma militar a los años 40. Ambos vestíamos uniformes de campaña. El uniforme reglamentario desde el 2014. El antiguo cayó en desuso cuando pasamos a utilizar

telas de araña. La miniaturización implicó una falta de seguridad absoluta. Todo el entorno, absolutamente todo, pasó a ser hostil. Cualquier ser vivo imaginable resultó por encima en cualquiera de nuestros ecosistemas como miembro de la cadena alimenticia, y las barreras arquitectónicas y naturales se tornaron insalvables. Sólo hubo dos caminos, la supervivencia o el orden. Los que decidimos lo segundo pasamos a servir, transformando el Ejército en un cuerpo multidisciplinar donde cualquier soldado adquiriría por fuerza feroces técnicas de campo en materia de supervivencia extrema y combate. De ahí que los uniformes hubieran de ser extremadamente útiles, y que los que aún vivíamos para contarlos pareciéramos gladiadores modernos repletos de prótesis de acero de las que colgar herramientas, o fijar extremidades.

Antes de que nuestro tubo saliera a la mina base de San Martín, Corona ya había encendido su pipa.

Guiñándome su perverso ojo de color verde, señaló a la claridad que entraba por delante del vagón. Habíamos pasado el Cantu les Mates y las Argallaes sin bajarnos en ninguna estación. Nuestro destino era el Cantu. La mina del Cantu. El capitán Corona era inspector de homicidios y a mí me acaban de asignar a su servicio desde Nuevo Oviedo. El segundo Nuevo Oviedo.

Íbamos hasta allí a la granja de los Valdés. Por lo visto el hijo mayor se había suicidado. Lo encontraron muerto en una celda de un panal en una de las colmenas del apiario que la familia gestiona para el distrito 23 de la prefectura de San Martín del Rey Aurelio.

En cuanto salimos del tubo, en la estación subterránea del Cantu, recogimos un transporte biplaza, dejamos atrás la seguridad de los blindajes de la Red y recorrimos en silencio los austeros vericuetos repletos de humo que comunicaban la civilización con la mina.

Corona sonreía. Sujetaba su pipa con su fuerte dentadura mientras disfrutaba del frescor de la humedad que exudaban los túneles, mezclada con el sabor del vapor de hulla que expulsaba nuestro transporte biplaza por su escape frontal. Aunque no iba sobre raíles también traqueteaba. Eso era debido a las válvulas. No podíamos esperar un modelo más refinado. A fin de cuentas, con aquel “grillo” de faros de aceite sin techo apreciábamos la ruralidad del entorno en toda su magnitud.

Recuerdo el impacto que me ocasionó cómo la vegetación, el moho y las viviendas

aledañas, con sus rojizas lumbres de gas, contrastaban con la forma de vivir en las ciudades donde casi todo era humo ennegrecido, metal y alambradas de seguridad. Había que preservar las células de inteligencia frente a las granjas, claro, pero se había perdido demasiado a cambio. Nunca en mis diez años como agente había sentido algo así. Y no era el único. En el rostro de cuantos encontrábamos en nuestro camino se respiraba una tranquilidad impropia de las ciudades. Antes de llegar al Cantu ya se divisaban bosques, prados y un montón de corrales y graneros con manadas de hormigas y multitud de colonias de ratones.

Giramos un recodo, bajamos por una fronda y llegamos a la granja de los Valdés. Una construcción de dos plantas de estilo indiano, iluminada a partes iguales con faroles de gas y el sol que penetraba en girones de colores por la ubicua vidriera de la bóveda del Cantu. La rodeaban un par de campos de labranza y a lo lejos se apreciaban un par de amplios graneros.

Nada más llegar se nos acercó un muchacho ataviado con una extraña armadura plateada recubierta de un manto similar al pelaje de las abejas.

Tendió la mano a mi superior y exclamó:

—¿El capitán Corona?

Juan asintió y ambos le acompañamos hasta un pequeño corral en donde nos facilitó unos atavíos similares.

Nos vestidos, aprovechando de paso para acoplar bien las armaduras a algunas de nuestras prótesis (Corona hacía tiempo que había perdido su brazo izquierdo y yo ese mismo brazo, el pectoral derecho y media pierna izquierda), y le acompañamos hasta unos de los graneros. En su interior había diversas cuadras con abejas.

—¿Tienen algún reparo con el vuelo?

Corona sonrió, mirando hacia mí.

No había montado nunca y él lo sabía. Debía de saberlo desde que salimos de la comisaría de Sotrandio. No le di el gusto de verme asustado. Sonreí y cogí las riendas. Nos explicó que sólo teníamos que aferrarnos bien a las monturas y dejar a la abeja hacer todo lo demás; que marcaría el camino y nos llevaría a destino. Así hicimos. En menos que se persigna un cura loco estábamos surcando el cielo bajo la bóveda camino del exterior...

* * *

El vuelo resultaba tranquilo y agradablemente limpio (nada de humo ni partículas de carbón, como era habitual en todas las *madrigueras*). Volábamos en formación de punta de flecha, uno en cada abeja, y estábamos a punto de llegar a la colmena, una mayestática estructura cúbica de pino crudo apilada en secciones, sobre cuya cúspide descansaba un monstruoso tejadillo de chapa galvanizada. Habíamos salido al exterior haciendo uso de unos conductos provistos de exclusas automátatas, y el entorno parecía asegurado mediante redes metálicas de elevada altitud.

El sonido era ensordecedor. Afortunadamente, nuestros yelmos contaban con aparatos de radio miniaturizados.

—Cuando lleguemos no hagan ningún movimiento ni hablen. Las centinelas podrían considerarlos una amenaza —dijo nuestro guía mientras la sombra nos cubría.

Asentimos y llegamos a la plataforma de acceso. Una enorme superficie de madera pintada de blanco digna de la mejor pista de aterrizaje para antiguos zeppelines. Esos que ahora servían tan sólo de balizas de señalización. Lástima.

Una o dos abejas, sobre todo cuando su tamaño permite montar en ellas a horcajadas, es inquietante; un enjambre en pleno trabajo puede hacerte enloquecer. No fue el caso. Tras la primera impresión descubrí que todo allí estaba más organizado que un cuartel en instrucción y que cada unidad de la colmena, así como los operarios humanos, realizaban su trabajo sin meterse en el de los demás, de forma escrupulosamente eficaz.

Atravesamos a gran velocidad el anchísimo y bajo túnel de entrada y accedimos a la cámara de cría, una especie de silo con cuadros de madera colgantes (estructuras de perímetro igual a la cámara, con alambres longitudinales a diversas alturas para facilitar el trabajo) en los que las abejas fabricaban los panales con las celdillas para la puesta de los huevos. La temperatura era agradable. Diríase que fresca, incluso. Esto era gracias a la acción de los grupos de zánganos diseminados por las esquinas de la cámara, atareados en batir sus alas para cumplir los estándares de los múltiples termómetros y manómetros alojados al final de cada miríada de

tuberías que trasegaban la sección. Ascendimos por entre dos de los paneles verticales y nos posamos en una celdilla vacía. Un hombre, también con armadura, pero sin casco, nos aguardaba. Su rasurado pelo cano me dio a entender que era el administrador del apiario, y su rubicundo rostro cuadrado que había de cuidar de su tensión arterial. O eso, o acabaría con unas cuantas válvulas, como era mi caso.

—Marcos Valdés —exclamó con una robusta y nudosa mano extendida una vez desmontamos.

Corona se la estrechó y se quitó también el casco.

Yo no hice lo propio hasta llegar a la celdilla objeto de nuestro trabajo. Allí no me quedó más remedio. Corona me miraba como si le estuviera avergonzando.

Cubierto de miel, un muchacho desnudo se amorataba en el fondo de la celda.

Era el hijo del señor Valdés: Diego Valdés.

* * *

El dormitorio de Diego Valdés era una excelsa biblioteca. El escondite de un erudito. Ubicado en la segunda planta del palacete, recogía textos de todo tipo de materias que Corona se afanó en revisar con escrupulosa meticulosidad.

Sin darnos cuenta, una mujer de avanzada edad apareció de repente en el dormitorio.

Corona se acercó, tendiéndole la mano:

—Luisa Fernández, ¿verdad?

La mujer asintió. Traía un rostro totalmente descompuesto, recortado sobre un antiguo vestido de cuello alto en riguroso luto. Recogía su cano pelo en un moño algo descuidado.

—¿Cómo ha podido ocurrir, cómo...? —balbuceaba entre sollozos, buscando con la mirada un lugar del dormitorio en donde poder posarla sin dolor.

Corona la consoló y ambos salieron para el interrogatorio de rigor. La anciana mujer tenía su dormitorio junto al del muchacho. Allí le realizó las preguntas pertinentes.

La familia Valdés, exclusivamente la sanguínea, la conformaban: Marcos Valdés, Luisa Fernández, Laura Valdés y el difunto Diego Valdés.

En la casa, además, había un servicio compuesto por el ama de llaves: Juliana Iglesias; dos cocineros: Mario y Luis; un par de palafreneros y tres o cuatro jardineros.

Anoté todo en la libreta de campo y recogí la nota de suicidio para adjuntarla al expediente.

—Arturo —exclamó Corona desde el pasillo.

—Voy...

* * *

La espicha fue estupenda. Chuletones de ratón, aguamiel, huevas de abeja y un sin fin de panes como no los habíamos comido jamás. Un placer al aire libre que se acrecentó con un estupendo café de puchero y un paseo por los jardines de los Valdés, valorando la situación.

Corona humeaba con su pipa las pomaradas mientras yo trataba de comprender la extraña urdimbre con la que la gente de campo miniaturizó las especies arbóreas autóctonas.

Cogí una manzana y la mordí. Era la típica ácida asturiana para hacer sidra.

La cara debió hacer gracia a Corona pues se le atragantó la bocanada de la pipa.

—¿Pero qué haces? Esas son para mayar.

Sonreí y la tiré:

—Bueno, entonces: ¿cuándo nos vamos?

—Igual esta noche. Aunque no lo tengo claro.

—¿Por?

—Léeme la nota otra vez.

—“Si él no me quiere, no tiene sentido seguir...”

Corona clavó la mirada en los cocineros mientras éstos recogían la mesa y dijo:

—Hay cosas que no me encajan...

* * *

La cena no desmereció nada a la comida. Esta vez, en el salón central de la mansión, a la cálida luz de la chimenea y con unos cuantos candelabros ubicados estratégicamente en los lugares pertinentes, disfrutamos de una buena fabada de perola vieja y la compañía de todos los miembros de la familia. Al fin conocimos a Laura, una muchacha fuerte de carácter, y de complexión, que no dejaba atrás a su padre en cuanto a capacidad de trabajo y simpatía. De hecho, parecía demasiado simpática. Algo que contrastaba grotescamente con la actitud de su madre, que continuaba con la mirada perdida mientras el señor Marcos trataba de disimular su malestar. Sobre el hogar, enmarcada en plata, reposaba fúnebre una foto familiar.

—¿Cuántos años tenía Diego? —preguntó Corona en un intento de romper el melancólico silencio que parecía haberse apoderado de la sala una vez todos terminaron su plato.

—Treinta y cuatro —exclamó rápido doña Luisa.

Corona decidió ser taxativo:

—Verán —comenzó suave—, el muchacho se suicidó, de eso no tengo dudas. No hay signos de violencia y uno de los palafreneros confirmó que anoche vio a Diego abandonar voluntariamente las cuadras camino del colmenar.

En ese momento apareció Mario, uno de los cocineros —era el de mayor edad, rondaría los cuarenta años. Complexión fuerte, rostro arrugado, pelo gris—, traía los cafés. Por lo visto llevaba en la casa de la familia desde antes de que nacieran los pequeños. Parecía enfermo y le temblaban las manos. Nos sirvió deprisa y solicitó retirarse.

Doña Luisa le dio permiso y se aprestó a contestar al capitán:

—¿Y ya está?, ¿caso cerrado? —le exhortó molesta.

Corona se limpió la comisura de los labios escondiendo la mirada.

—Pues no pienso dejar las cosas así —continuó—. Pienso volver a hablar con mi hijo.

Laura miró aterrada a su madre.

Fue don Marcos quien intervino:

—No, querida. No creo que a estos señores les interesen tus... *aficiones*.

Doña Luisa hizo caso omiso a las palabras de su marido, al rostro preocupado de su hija y a nuestras repentinas caras de sorpresa. Por si acaso, quitó disimuladamente el seguro a mi automática antes de que Corona lo viera.

—Luis, por favor, tráeme el tableru —pidió.

Laura miró de nuevo a su padre con aprensión. Éste le devolvió una mirada de imposibilidad.

En unos instantes el misterio quedó desvelado. Al menos, en lo relativo a lo que íbamos a hacer.

Luis, un muchacho de unos veinte años, moreno y con los ojos más negros que el carbón, colocó una ouija de barnizada madera frente a nosotros y comenzó a apagar todas las velas. Sólo dejó un par de lámparas de pared encendidas. Un par de lámparas de gas a las que bajó la potencia hasta el punto justo en que debía de gustarle a su ama, pues nadie en la sala le dio ninguna orden. Parecía haberlo hecho muchas veces, a juzgar por su automatismo. Luego se retiró y nos quedamos frente al *juego*...

Corona sonreía de nuevo como cuando llegamos, con una mezcla de añoranza y pesar digna de los exiliados.

Sin más, y ante la aflicción de la pobre anciana, todos apoyamos sin reticencias el dedo índice en el pequeño vaso de vidrio colocado boca abajo sobre la tabla con el abecedario. El SI y el NO quedaron de mi lado.

Doña Luisa respiró hondo y comenzó a hablar, bajando fúnebremente su tono de voz:

—Estamos todos aquí reunidos para contactar con Diego Valdés.

>>>¿Está él entre nosotros?

No ocurrió nada. Ni siquiera el aire parecía contravenir el status quo del salón.

—Diego, hijo: ¿estás ahí? —insistió la anciana.

Esta vez sí que noté algo. Al principio fue como un pequeño temblor en el vaso. Luego, claramente, la pieza de cristal se deslizó hacia mí quedándose quieta sobre el SI.

Miré a los demás. Corona estaba sorprendido. Don Marcos y su hija Laura, asustados. Doña Luisa no estaba. Sus ojos en blanco indicaban que había entrado en trance.

Sorprendentemente, don Marcos preguntó:

—¿Eres Diego, mi hijo?

El vaso se movió violento hacia el NO.

Todos nos asustamos. Traté de levantar el dedo del vaso pero no pude. Corona intervino:

—¿Es usted Diego Valdés?

De nuevo el vaso se arrastró hacia el SI.

Doña Luisa empezó a llorar:

—Cariño, ¿por qué te fuiste?

El vaso comenzó un serpenteante baile, letra por letra, deteniéndose cada vez más rápido en las que le interesaban:

“Por él. Él no me quiere. Él no me quiere”.

—¿Quién no te quiere? —preguntó angustiado Don Marcos.

El vaso escribió:

“Tú”.

Todos nos quedamos mirando a don Marcos. Parecía como si hubiese envejecido diez años de golpe. Sin poder evitarlo, comenzó a toser.

El vaso inició otra vez un vertiginoso baile de letras.

“No se matará a los padres por la culpa de sus hijos, ni a los hijos por la de sus padres. Cada uno pagará por su propio pecado”.

“Tú me has matado. Te toca pagar”.

En ese momento Don Marcos comenzó a toser pronunciadamente, como si le faltase el aire. No dejaba de llevarse las manos al pecho.

Intentamos darle algo de beber, pero fue imposible. Don Marcos calló muerto sobre la mesa.

* * *

La jornada siguiente transcurrió ajetreada. Don Marcos no sólo era el administrador del colmenar, sino que supervisaba las enjambraziones y el resto de tareas propias de las abejas reina. En su caso fue su hija la encargada de las labores, teniendo que realizar multitud de idas y venidas para corregir los aspectos que en el día su padre había de realizar.

Nosotros, sinceramente, no sabíamos por dónde empezar. ¿Un suicidio? Vale, era raro, igual a Corona no le encajaban algunas cosas, pero tenía su sentido. Seguramente el muchacho se vio menospreciado por el padre y por eso se suicidó. Cuadraba, al menos. Sin embargo, lo de don Marcos, a la par que macabro, era difícil de creer. La hipótesis de que el padre asesinó a su hijo y que luego éste, desde ultratumba, terminara con él, resultaba demasiado descabellada.

Corona me había dejado al cargo. Lo descubrí al despertar, leyendo su nota:

—Bajo hasta Oviedo, te veo por la tarde. Averigua si Diego realizaba labores en la colmena.

Me puse manos a la obra: Empezando por los palafreneros descubrí que Diego no solía visitar ni las colmenas ni las granjas. Pasaba la mayor parte del tiempo en sus dependencias y de vez en cuando se paseaba por el llagar para comprobar el estado de la cosecha de sidra.

Cuando conseguí hablar con su hermana Laura, ésta me confirmó lo que me habían dicho sus empleados: Su padre siempre había preferido que fuese ella quien se ocupase de las cosas del colmenar. No era de extrañar que Diego se sintiera desplazado, claro. Aunque no se reflejaba en sus pertenencias pues, allá donde miráramos (Corona se encerró en el cuarto del muchacho casi toda la tarde), fluía la alegría y el conocimiento a partes iguales. Antes de la

cena, Corona solicitó visitar todas las habitaciones e interrogar al resto del servicio personalmente.

Estaba desconcertado. Nadie salía ganando con aquellos crímenes. Sólo la familia y la concesión. Quiero decir, su hija sería la nueva capataz, sí, pero la concesión podía volver a salir a subasta pública si no lo resolvíamos con celeridad y discreción. Nada bueno, la verdad.

Cenamos. Esta vez, un ligero tentempié a base de ensaladas y embutidos fríos, también en el comedor principal del palacete. El mismo donde la noche anterior había muerto don Marcos. Todos guardábamos silencio. Corona, con el semblante sombrío, revisaba un manual de apicultura pasando molesto sus hojas.

Una vez tomamos los cafés, cuando Laura iba a levantarse de la mesa (se la observaba visiblemente cansada), Corona dejó el manual sobre la mesa y dijo:

—Doña Luisa, por favor: ¿podría usted llamar a Mario? Y usted, doña Laura, ¿podría hacer el favor de sentarse de nuevo?

Ambas obedecieron, apareciendo enseguida el empleado en el salón:

—¿Qué desean los señores?

—¿Podría traernos la ouija y apagar las velas? —pidió Corona.

Un sombra extraña cruzó el semblante del cocinero mientras dirigía la mirada a su señora.

Doña Luisa asintió.

De nuevo, pusimos los índices sobre el vaso y Corona preguntó en cuanto estuvimos listos:

—Don Marcos, ¿está usted ahí?

El vaso no se movió.

Corona escupió una carcajada ante el asombro de todos:

—Repito: ¿está usted ahí, don Marcos?

Esta vez, como en la noche anterior, el vaso se movió hacia mí:

“SI.”

Corona frunció el ceño:

—Don Marcos, ¿fue usted asesinado?

El vaso dio una vuelta por el abecedario y regresó de un violento golpe al:

“SI.”

Muy serio, Corona hizo otra pregunta:

—¿Está aquí su asesino?

El vaso repitió la operación.

Laura y doña Luisa no sabían qué decir.

Corona preguntó:

—¿Sigo?

Nadie dijo nada.

Corona sonrió amargamente:

—De acuerdo. Retiren el dedo, por favor. ¿Quién le ha matado?

Corona colocó su índice sobre el vaso y lo volcó.

—Doña Luisa, por favor, llame usted a sus cocineros.

* * *

En el salón, sentados en un amplio sofá, y ya de madrugada, los cocineros Luis y Mario, doña Luisa, su hija Laura y uno mismo, contemplábamos a Corona preparándose una pipa junto a la chimenea. Había pedido que se aplicara el mismo ambiente que se usó para las sesiones de espiritismo. Sin velas y con el gas de las lámparas al mínimo.

Con la mirada perdida, parecía tratar de poner sus recuerdos en orden mientras las crepitantes llamas le iluminaban el rostro reflejándose en su acerado parche.

—Bien, verán —comenzó—: cuando llegué a esta casa para investigar el suicidio de don Diego Valdés, lo primero que me sorprendió fue su habitación.

>>Me costaba entender la presencia de tantos libros de literatura, además de manuales de robótica y automatismos, en un entorno tan rural como este, de tan exigente requerimiento laboral. En un primer momento asumí el suicidio como algo cierto, y es algo cierto a tenor de mis inspecciones. Sin embargo, la nota de suicidio acusaba a alguien como motivo del mismo.

Silencio sepulcral.

—Pensé en un acceso de despecho —continuó—. Incluso llegué a sospechar de alguno de ustedes —señaló con la pipa a los cocineros, dándose la vuelta—, pero no tuve tiempo de idear una teoría: En la cena de ayer cayó ante mis ojos el cadáver de don Marcos Valdés, víctima de un infarto.

Todos asentimos con cierta consternación.

—¿O no? —exclamó.

Le miramos sorprendidos.

—Sí —nos aclaró—, cuando el supuesto Diego Valdés acusó a su padre de haberlo asesinado, dijo algo muy curioso: “No se matará a los padres por la culpa de sus hijos, ni a los hijos por la de sus padres. Cada uno pagará por su propio pecado.”

>>Aquella frase me recordó algo, pero no estaba del todo seguro. Lo que sí tenía claro es que me sonaba religiosa. ¿Una cita bíblica? Comprobé y efectivamente: Deuteronomio 24, 18.

>>Deuteronomio 24, 18.

El carillón de la sala irrumpió funesto dando la medianoche.

Corona sonrió. Sonrió, pero dejó que las campanadas tañeran libres.

Tras la onceaba, sentenció:

—Gracias a eso confirmé... que don Marcos Valdés había sido asesinado.

Y sonó la última campanada. Admonitoria. Perversa. Dejando los rostros de los

presentes cual ánimas camino del purgatorio. Con un rictus preocupado y macilento fruto del pábilo del gas y el crepitar de las llamas de la chimenea.

Corona chascó la lengua. Había cierto malestar en su rostro. Aunque lo disimulaba. Prosiguió:

—La otra pista me la dio la respuesta de Diego a su padre cuando éste le preguntó si era su hijo el que hablaba desde el más allá. Diego respondió que NO.

...

>>Con la pista de antes y esta contestación (que no fue una equivocación) me dio por pensar si realmente Diego era hijo legítimo de don Marcos... y volví a acertar de pleno. Esta mañana, en los registros civiles de Oviedo, descubrí en la partida de matrimonio que la unión se había realizado dos años después de que Diego naciera. Es decir, que muy posiblemente, por no decir que así es, Diego no era hijo de su padre, aunque sí de su madre, de quien seguramente heredó también su particular afición a la lectura.

>>Esto podría ser una conjetura, pensarán. E incluso una casualidad —escrutó el rostro de todos—. Sin embargo, quisiera centrarme en cómo murió don Marcos, si no les importa.

Corona se acercó a la mesa y recogió el manual de apicultura que había estado consultando durante toda la cena:

—Verán —comenzó otra vez—, llevo toda la tarde leyendo este manual y he descubierto algo muy curioso. La apitoxina, el veneno que segregan las abejas para defenderse, introducido en el cuerpo humano, y en casos particulares de hipertensión o problemas cardiovasculares (como era el caso de don Marcos) puede provocar un shock anafiláctico hasta 24 horas después de su exposición...

Nadie dijo nada.

Se dio la vuelta hacia la chimenea y continuó:

—Le pedí a Arturo que investigara si Diego Valdés realizaba tareas de labor en la administración familiar y descubrió que no era así porque su padre no quería, porque deseaba que fuera su hija la que tomara las riendas del colmenar. No es difícil deducir, tras lo que les

acabo de contar, y lo expuesto antes, que Diego no era hijo de Don Marcos.

No se molestó en comprobar nuestros rostros, quería terminar:

—Si Diego no era hijo de Don Marcos, seguramente el motivo de su suicidio fue descubrirlo y atar el resto de cabos.

Le dio una buena calada a su pipa con tristeza:

—Sí, se suicidó. Aunque eso poco me importa... como investigador —hubo un punto de inflexión en su voz, delator de un inminente paso de la melancolía a aquella cólera que yo tan bien conocía— Ah, pero lo que sí me importa, desgraciadamente, es quién mató a su padre. Pues ese, sí fue un asesinato.

Aceleró la el discurso, sumamente concentrado:

El otro día, cuando Mario casi me tira el café, no di importancia al hecho. Le noté indispuesto, ¿qué de extraño podría haber en ello? Nada, salvo que podría tener que ver con todo esto.

>>Tenemos que un hombre ha sido asesinado, que se ha simulado una muerte natural con apitoxina y que Mario formaba parte del servicio de los Valdés desde mucho antes de que, seguramente, los Valdés fueran los Valdés.

El cocinero, aprovechando que estaba de espaldas, bajó culpable la mirada.

>>Bien, no me andaré con más rodeos, esta es mi teoría: Don Marcos Valdés fue asesinado por la administración de apitoxina en la cena de la noche anterior a que Arturo y yo llegáramos, aprovechando el tiempo de exposición y su avanzada edad. ¿Por qué? Por el dolor que causa el suicidio de un hijo al que no se le quiere como tal. —Y se giró clavando su ojo verde en doña Luisa.

La mujer no contestó.

—Usted, doña Luisa —sentenció—, usted lo mató. Usted le dio la apitoxina a su fiel empleado Marcos para que la administrara, cosa que hizo con descuido, padeciendo él mismo los efectos del veneno.

Doña Luisa se levantó indignada:

—¿Cómo puede afirmar eso? No tiene pruebas.

Corona se aproximó lentamente a la anciana hasta tener su rostro bien cerca del suyo. Escondía algo tras él:

—Oh, señora, claro que las tengo. Antes les dije que la cita que Diego le dijo a su padre desde ultratumba era una cita bíblica, ¿verdad?

La mujer asintió con cierta aprensión. Los demás también.

—Pues resulta —continuó— que me he pasado toda la tarde desmontando la habitación de su hijo y no he encontrado una sola biblia. No, su hijo no era religioso, señora. Sin embargo, sí había otra persona en la casa que escondía una biblia. Ésta, concretamente —Y sacándola de detrás de la espalda se la tendió a doña Luisa:

>>¿La reconoce? Porque fue en el fondo de su mesilla de noche donde la encontré. Su hijo no pudo matar a su padre desde ultratumba ni citar ese pasaje de la Biblia. No lo conocía. Sólo usted pudo hacerlo...

Doña Luisa no dijo nada. Tampoco perdió la compostura. Simplemente recogió su biblia y se aproximó a la salida:

—Les espero arriba —exclamó con la mirada perdida, dirigiéndose a Corona y a mí —, en el cuarto de Dieguito. Quisiera llevarme algún recuerdo.

Corona asintió con la cabeza:

—Luis, por favor, ¿puede subir la luz? —solicitó.

El muchacho no contestó.

—¿Luis? —pidió de nuevo Corona.

Al mirarlo, me di cuenta de que, pese a erguido, no mostraba signos de vida. Ni siquiera pestañeaba.

Antes de que nos alarmáramos, Mario nos calmó con un gesto de mano mientras desabrochaba una pequeña apertura en la parte de atrás de la chaqueta de muchacho. Laura prefirió no mirar. Le repugnaba aquello. De hecho, aprovechó para retirarse, despidiéndose disimuladamente de nosotros. Con un sonido mecánico de engranajes interaccionando, el

diligente cocinero terminó la operación y el muchacho volvió a la vida como si nunca antes se le hubiera acabado su cuerda de relés.

—Disculpen —se excusó Mario echando una dura mirada al muchacho—. A veces se le olvida...

Tetitas

Santos, Isabel

A los quince todo se complicó. Agregué algo más a mis diferencias con el resto: no tenía las tetas adecuadas para mi edad. No había nadie de mi edad sin tetas en el colegio.

Mi abuela gallega me había transmitido ese poder. Pero ella lo llevaba bien, y hasta estaba orgullosa de haber criado cinco hijos sin tetas. Pero yo...

—Se amamanta con el alma —decía mi abuela—. La carne no da leche.

Supongo que ella lo soportó porque nunca fue al colegio. Esa maldición me tocaría superarla a mí.

Tenía siete años cuando había llegado a La Coruña y me inscribieron en esa escuela. Con mi papá, mi mamá y lo que entraba en tres baúles, veníamos desde Buenos Aires. Pasé mi infancia en un pueblo gallego. En Galicia era “la americana”: la única extranjera en todo el pueblo, en toda la escuela. Y me hacían demostrarlo, una y otra vez, para pertenecer, para ser alguien. Yo era la del bocadillo, dicho con “y”. La del pollo, dicho con “y”. Tuve que seguir siendo porteña a pesar de que se me había pegado el gallego y lo hablaba perfectamente al poco tiempo de llegar. Decía las palabras mágicas “poyo” y “bocadiyo” cada vez que me lo pedían. Pasaron los años y yo intenté seguir siendo “la americana”.

La infancia en la Galicia de Franco era feroz. Había que saltar la infancia. Teníamos que ser adultos rápido, trabajar.

Resistí el rol de ser “la americana”. Eso no fue un problema. Mi problema hasta los quince fueron las cargadas por ser la única que iba siempre al colegio —mis padres no tenían tierra que cultivar—. Eso, hasta que fui la única quinceañera sin tetas.

Mi abuela me arengaba inventándome frases de defensa. Y me las hacía entonar con la fuerza necesaria para lograr algo de piedad, o de miedo. Probábamos varias estrategias. Ninguna resultaba.

Pasaba el tiempo, y seguía siendo “la americana” y también “la sin tetas”.

Hubiera aguantado un poco más. Pero en la adolescencia uno se pone más triste y la tristeza me fue detonando el ánimo. Me entregué, bah.

Siempre, aunque lloviera, resistía en el patio abierto, donde podía estar sola. Pero en un recreo de lluvia cometí el error de sumarme al grupo del patio cerrado, donde estaba todo el colegio.

Como era de esperar, me recibió Maricarmen, mi peor enemiga. Me saludó con una palabra. Una inocente palabra. Ella sólo dijo Hola.

Pero, a modo de coro, y gracias a sus ademanes para que todos me saludaran como ella quería, se escuchó, dicho por cada persona viva dentro de ese colegio, la simple, pero explosiva palabra *Tetitas*.

Así me recibieron saludándome al unísono bajo las órdenes de la directora de orquesta, Maricarmen:

—¡Hola, Tetitas! —coreó todo el patio.

Y se encendió mi furia. Corrí a Maricarmen por el patio techado. Después por el patio abierto. Después ella saltó la reja del colegio. Y yo atrás.

La corrí por la calle de asfalto, después por la tierra. Entre una huerta de maíz. Llegando al campanario. No podía permitir que escapara. Que llegara hasta su casa, sin su merecido. Hasta que algo me puso gigante, pesada.

Escuchaba gritos. Sentía brazos que se estiraban para sostenerme y no me alcanzaban. Antes que lo consiguieran, clavé mis uñas en la espalda de Maricarmen. Ella se estremeció como si la hubiera atravesado con cuchillos. Mis uñas parecían cuchillos de acero conectados a mis huesos.

La di vuelta en el aire, como si fuera un pedazo de comida, y la tiré contra el piso boca arriba.

Todo pasaba lento. Los que nos perseguían parecían estar alejados. Sentía que al mirarlos los arrojaba lejos. Necesitaba tiempo para Maricarmen.

Mi pelo seguía el movimiento de mi cabeza, que quería incrustarse en el pecho de ella. La hubiera cabeceado hasta romperla. La tomé por la cintura con las manos de una gigante y la alcé sobre mi espalda como si cargara una presa. La llevé colgando, y no pesaba nada. Miraba su cabeza rebotar sobre mí, y su cuerpo era una pluma. Yo era la que pesaba. Yo me sentía enorme. Me veía enorme. Y en mi pecho tenía unas tetas descomunales. ¿Era yo? No podía ser yo.

Pero igual seguí.

Quería ser esa bestia que se llevaba a Maricarmen a algún lugar donde pudiera darle su merecido: matarla, comerla.

Y me fui con ella a algún lugar. Nunca supe cómo. Hasta que tuve el mar enfrente, en un lugar desconocido. Atrás, veía el monte. A la derecha, una Iglesia pequeña, vieja.

Sabía que tenía que saltar al mar. También sabía que había una cueva debajo, justo en el medio de las rocas, bajando la costa escarpada. Imaginé en mi cabeza el salto. Era capaz de caer en un solo salto dentro de la cueva con mi presa. Y lo hice. Pero en realidad salté sobre Maricarmen.

La conserje y el director del colegio me sostenían y arrastraban para que no volviera a saltar sobre ella. Casi la mato. La hubiese destrozado si no me separaban a tiempo.

Había desaparecido el mar, la cueva, la iglesia. Estaba a metros de la casa de Maricarmen. Tenía a la pobre Maricarmen llorando y arrastrándose por el piso aterrada.

Yo no tenía consuelo. Nunca había lastimado así a nadie. Y si bien Maricarmen se merecía un escarmiento, nunca creí que sería yo la que iba a dárselo. Y ahora sentía el mismo terror hacia mí misma. El mismo terror que tenía Maricarmen por mí.

Por supuesto que me suspendieron por dos semanas. Dos semanas de tortura mental intentando descubrir que me había pasado.

Maricarmen ya no volvió al colegio por todo ese año. Yo le había roto dos costillas, y ella no quería estar conmigo en el curso.

Pero en el colegio nadie se animó a molestarme. Nunca se esperaron que reaccionara de esa manera. Yo había acrecentado aquella sensación de extrañeza que había

provocado al aparecer de la nada en el colegio a los siete. Todo se había agravado.

La única que entendió mi locura momentánea fue mi abuela. Y sólo a ella le conté lo que me había pasado mientras perseguía a Maricarmen. Y mi abuela, que siempre sabía todo, me explicó:

—Niña, ven aquí. —Y corrió el balde de patatas que estaba preparando para darle de comer a las vacas—. Siéntate aquí. —Acercó un banco petiso—. ¿Tienes piojos? —Era su excusa para acariciarme la cabeza.

—Creo que no, pero fíjate, abuela. —Yo quería esa caricia.

—Hablemos, niña, cuéntame cómo fue.

Ella escuchó muy atenta. Nada le parecía importante, hasta que le dije que me había visto con las tetas muy grandes. Era un detalle al que yo misma restaba importancia. Me había concentrado en recordar esa iglesia, ese mar, esa cueva. ¿Qué había en esa cueva a donde yo quería llevar a Maricarmen?

Pero mi abuela se interesó por ese detalle de las tetas.

—¿Cómo eran esas tetas, niña? Te colgaban redondas, estiradas. Te llegaban a la cintura. Las viste desnudas. Las tenías debajo del jersey.

—No recuerdo abuela. Me pesaban mucho, algo me pesaba. Y pensé que sería el peso de tetas grandes. Algo me rebotaba. Creo que supuse que serían tetas, porque nunca me había pesado algo al correr.

—No las viste, entonces.

—Pues, no.

Mi abuela hizo un gesto de duda. Creo que estaba segura de tener una pista en ese detalle. Pero siguió preguntando otras cosas.

—Cuéntame del camino.

—No conozco ese camino.

—Puede que sí. Has dicho iglesia en lo alto, al borde del mar. Hay muchas iglesias así por aquí. Podemos ir a tres que están cerca. Seguro has ido de pequeña, por alguna romería

marinera. Todas las iglesias de las vírgenes de los navegantes están al borde del mar.

—Abuela, ¿crees que me ayudó una virgen?

—No, mi niña. Esas vírgenes están mirando siempre a los marineros. No se ocupan de nosotras. Y además, no hubieran querido que le rompieras las costillas a Maricarmen. Las vírgenes hacen otros milagros. Seguro te ayudó otra *presencia*. —Me abrazó. Pero yo me quedé pensando en qué tipo de *presencia* había estado corriendo conmigo a Maricarmen.

Algo me decía que eso era lo que había pasado. Alguien más fuerte que yo me había usado.

—¿Cómo era la iglesia? Recuerdas qué tan vieja, qué tan grande. Pero, sobre todo, ¿cómo era el campanario? Ahí podemos dar en el clavo.

—La vi de costado, abuela. Vi una cruz de piedra y dos picos al lado.

—¿Dos picos... muy separados?

—No, casi pegados.

—Una sola campana: ¡A Virgen do Monte! Camariñas.

—La iglesia de Camariñas no está en lo alto mirando el mar. Está en el pueblo, abuela. ¿Qué dices? —La miré irse a buscar el peine al lavatorio. Siempre que terminaba de escudriñar las raíces del pelo, iba a buscar el peine para hacerme unas trenzas.

Mientras se iba caminando, me hizo un ademán para que les llevara el balde de patatas a las vacas.

Llegamos juntas a la sala para seguir con el peinado.

—La vieja iglesia, niña. La que se usaba antes.

—¿Y por qué vi una iglesia que no conozco?

—Seguro que la conoces. Has ido de pequeña. Cuando hacen la procesión de Pascua.

—¿Por qué allí? ¿Por qué habré querido llevar a Maricarmen hasta allí?

Giré la cabeza y el peine se enredó en el pelo. Grité.

Mi abuela aprovechó para volver a acariciarme la cabeza.

—Cada uno tiene sus lugares santos. Lugares de cura. Yo tengo una fuente.

—¿Cómo es eso, abuela? Yo no sabía que tú...

—Ahí voy cuando necesito algo. Vuelvo nueva. Tú sacaste fuerza de ese lugar. Tienes que ir ahí. A compensar a quien te ayudó.

—¿Esa *presencia* que dijiste antes? Pues, ya no la necesito.

—Debes volver para agradecer lo que se te dio. —Se puso seria y dejó de peinarme. Me tomó la cara y me dijo que no tenía que tener miedo.

—Abuela, ¿cómo no voy a tener miedo? Casi mato a Maricarmen. ¿Debo agradecer eso?

—Con más razón. Te han dado mucho. Mucha fuerza. Debes presentarte, y ya verás que hacer.

—¿Vendrás conmigo?

—Debes ir sola. Te conocen a tí. Es tu lugar. Te dirán qué quieren que hagas.

—¿Y si no voy?

Me alejé del peine y de mi abuela. Y también quería alejarme de toda esa conversación. No tenía el valor de hacer lo que mi abuela me decía que hiciera. Pero sabía que tenía que hacerlo.

—Niña, has tenido ayuda del otro lado. Sola no hubieses podido contra Maricarmen. No puedes escapar. Debes pagar por lo que se te brindó.

—¿Y si me lo dio alguien muy malo?

—Viste una iglesia, no viste un cementerio. No viste unas tetas gigantes.

—Claro que las vi. Otra vez con las tetas.

—Olvídate de las tetas. Eso es otro cantar. Ve tranquila a la iglesia, préndele una vela a la virgen, rézale algo, espera un momento. Y, si nadie se presenta, vuelves a casa tranquila.

—Tienes que venir conmigo, abuela. Las *presencias* esas...

—Voy contigo. No te preocupes.

—¿Cuándo vamos?

—Mañana mismo.

Mi abuela quería ayudarme. Siempre quería ayudarme. Y siempre me ayudaba. Yo tenía que confiar en que podía volver curada de semejante ataque de locura.

Estaba conforme con el respeto que me había ganado en la escuela, pero seguía estando sola. Siempre por miedo. Miedo que antes era mío, y ahora estaba en todos los demás. El miedo me alejaba siempre de todas las personas.

Fuimos al día siguiente. Mi abuela y yo juntas.

Un vecino taxista nos llevó a Camariñas. Mi abuela tenía todo planeado.

El coche nos dejó bastante cerca de la iglesia. Bajamos y tuvimos una caminata. Ella me iba dando sus consejos. Hasta que me dejó sola.

—Te espero en esta cancela. Sigue recto y te cruzarás el camino a la ermita. Sube por él hasta el final y verás la iglesia. —Y siguió explicándome que rodeara la iglesia tres veces rezando Padrenuestros. Que intentara entrar para prender una vela a la virgen, que permaneciera un rato sentada esperando el encuentro con alguna *presencia*.

No bien tomé el camino a la ermita, supe que estaba en el lugar que había visto. Al ver la iglesia vieja, lo confirmé. Eso era todo lo que había visto con Maricarmen al hombro.

Sin hacerle caso a mi abuela con los rezos y la espera de *presencias*, me alejé por un camino de a pie, al borde del peñasco. En lugar de intentar abrir la puerta de la iglesia para entrar a rezar los Padrenuestros, bajé por el camino que iba en zigzag hacia el mar. Desde arriba, parecía meterse dentro de las rocas. ¿La cueva?, pensé.

Bajé con cuidado.

Y era así. El camino se metía en un agujero. Parecía una cueva hecha por un gigante con sus garras. El borde estaba arrugado, como si cinco uñas se hubieran enterrado allí para excavar el agujero. Desde afuera no parecía profundo. Emanaba un olor fuerte, mezcla de algas,

humedad, sal. Pero el mar no llegaba hasta ahí. Por lo menos, no en ese momento de la marea.

Tomé coraje, y entré. Quería entender por qué yo había sabido que ahí abajo había una cueva. Por qué yo había querido llevar conmigo a Maricarmen hasta allí.

Entré con miedo.

Las paredes eran de piedras húmedas y estaban chorreadas de salitre. Seguí hasta el fondo. Y al final después de un recoveco, vi una puerta de... ¿metal? Sí, de metal. Y estaba cerrada.

Probé de abrirla, y se abrió. Ni siquiera se escuchó un ruido. El metal y la piedra ni se tocaban. Parecía una puerta que se abría seguido. Me sentí más tranquila.

Daba a un pasillo, también de piedra, y más lejos, se veían escaleras hacia arriba. Supuse que llevarían directamente adentro de la iglesia.

Las subí, y lo confirmé. Llegué hasta al lado de uno de los confesionarios de madera, sin puerta sin nada.

La iglesia estaba vacía. Intenté salir por la puerta principal, y estaba cerrada. No había otras puertas. No había otras salidas que no fueran la escalera que daba a la cueva.

Un sonido, un silbido, me aterrorizaba cada vez más. El viento que se filtraba por muchos agujeros en las paredes viejas.

Me acordé de recitar el Padrenuestro. Rápido, para irme con el trabajo hecho. Dije perdón como cinco veces, y volví a salir por la escalera. Sin esperar a las *presencias*. Crucé la puerta. Y no bien vi el mar, me calmé. Pero igual corrí los últimos metros para salir más rápido.

Un olor fuerte me volteó, y sentí náuseas. Me salpicó un líquido. ¿Algas?, pensé. ¿Habría subido tanto la marea?

Un resoplido que venía de afuera me bañó de algo que quizás fuera ¿espuma, salitre? Ese líquido me hacía resbalar todo el tiempo, y no podía pararme.

Un grito. ¡Yo no había gritado!

Una bestia, justo enfrente: un horror gigante que me impedía el paso.

¿La *presencia*?

—¡Gracias! —me escuché gritarle. Y me tapé la cara. No quería mirar.

—¡Vete de aquí!

Caminé sin parar y sin mirar. Al pasar cerca, me rozó con algo que colgaba y se balanceaba de un lado al otro. Quizás esa *presencia* me estaba purificando con agua bendita. Algo me chorreaba.

Seguí con los ojos cerrados. Pasé entre ese líquido, que caía desde arriba y me salpicaba.

—¡De prisa, niña! —escuché—. ¡Sal de aquí!

Salí casi volando. Tomé el camino de a pie, subí hasta la iglesia, atravesé el monte y seguí sin mirar, recto, hasta que llegué junto a mi abuela. Ella seguía en la cancela esperándome.

Me había salvado.

—¿Qué tienes en la blusa? ¿Te has lastimado niña? —dijo mi abuela—. ¿Es sangre?

Me miré y no lo podía creer. Sangre en la blusa, en los brazos, las piernas. El líquido a chorros que me había escupido la *presencia* era sangre. Escalofríos. Un temor horroroso. Y después de contarle a mi abuela el episodio de la cueva fue peor.

—Te topaste con una ojáncana, niña —dijo mi abuela—. Es un milagro que estés viva.

—¿Qué dices? Cuéntame qué es una ojáncana.

—Vamos, niña. Volvamos rápido. Tenemos que ir a ver a doña Helena para que te proteja de la ojáncana.

Fuimos.

Helena me explicó que la ojáncana era un ser de otro plano y otro tiempo. Me había usado para que le llevara a Maricarmen. La ojáncana come niñas como Maricarmen.

Al salir le pregunté a mi abuela cómo podía creer en esos cuentos.

—Tú lo has dicho, niña. Son cuentos. Pero mejor que Helena nos proteja.

Ya en casa, no podía dejar de pensar en lo que había pasado. ¿Habría alucinado por miedo? Pero la sangre... Esa voz...

Para mí, ese ser estaba preocupado por cuidarme. Yo me había topado con algo o alguien que sangraba, y aún así había querido protegerme, echándome de la cueva. No parecía salido de esa historia horrible que me había contado Helena.

Yo tendría que haber mirado. ¿Por qué me había tapado los ojos? Y ahora tenía que volver para ayudar a la ojáncana. Vencer el miedo.

Mi abuela ya estaba tranquila. Me había dejado en manos de la psicóloga mágica que decía haberme curado el trauma en una sesión.

—Olvídate —me decía—. Vive tu vida. Aprovecha el respeto. Nadie que te haya visto poseída por la ojáncana se animará a desafiarte.

—Imposible olvidarme. Veo las caras de miedo. Todos me miran con miedo, abuela.

—No es miedo. Es respeto. Ahora saben de qué eres capaz.

—Yo no soy así. Nunca hubiese lastimando a Maricarmen. Ni a nadie. Sueño viéndome saltando sobre el pecho de Maricarmen. Me aterra saber que soy así. Que puedo ser así.

—Ya no lo eres. Helena te curó, niña. No te culpes. No fuiste tú la que lastimó a Maricarmen. Fue ella quien la trajo aquí. Fue Maricarmen, la que trajo a la ojáncana, no tú.

—¿Cómo es eso? Dime, abuela.

—El miedo te hubiera hecho seguir siendo una tonta. Maricarmen se hizo cada vez más fuerte, más mala. Estaba segura de que te tenía arrinconada. Se volvió tan mala, que despertó a la ojáncana.

—La *presencia* —aclaré.

—Pues, sí. Y tú estabas ahí para matar la maldad de Maricarmen y dársela de comer a la ojáncana. Helena me lo ha explicado bien. Ya estás protegida. A ti ya no te usará. Helena te curó. Helena cura el miedo.

Y tenía razón mi abuela. Yo había perdido el miedo. Algo se había generado en mí. Una fuente de poder que no creí tener. Se había creado una cosa nueva, algo poderoso, infinito en energía, capaz de correr con Maricarmen al hombro, saltar y cambiar el sentido del salto en el aire para caer dentro de una cueva. Ir hacia adelante y volver a lo más profundo. Llevar conmigo todo lo que me había hecho sufrir y guardármelo en algún lugar donde pudiera enfrentarlo.

Me hundía en pensamientos. Ya no era importante el colegio, Maricarmen, las tetitas. Todo lo que hacía era pensar en esa bestia. ¿Por qué sufría tanto? ¿Por qué parecía estar muriendo en esa cueva? ¿Qué puede herir y matar a una bestia?

Tenía que arriesgarme y volver a encontrarme cara a cara con esa bestia.

Entré en la cueva, decidida a esperarla.

Un día entero estuve allí. Y nada.

Sólo recuerdo que en lugar de rezar, le grité una frase a la bestia ausente:

—¡No tengas miedo!

La ojáncana nunca apareció.

Dudé del sentido de ese grito, un fuego que me quemó la garganta. Quizá me lo había dicho a mí misma. Quizá la ojáncana y yo teníamos demasiado en común. Tal vez éramos lo mismo. Pero ya no había nadie en esa cueva. Nadie para escucharme. ¿Y si Helena había cerrado el paso?

La bestia parecía estar muy lejos. Ni rastros de lo que había pasado.

Con el tiempo, todo se fue ordenando. Seguí yendo al colegio, pude hacerme un espacio. Tuve amistades, salvo Maricarmen. Ella nunca olvidó. Sospecho que también tuvo que ir a ver a Helena, que se ocupaba de esas cosas. Y a Maricarmen le costaba superar ese trauma.

Las dos hicimos lo que pudimos. Los meses fueron pasando. Mi familia decidió volver a Buenos Aires. Yo también tuve que volver con ellos.

Dejé a mi abuela en Galicia. Dejé demasiado en Galicia.

Helena murió, cuando yo ya estaba estudiando en la universidad de Buenos Aires.

Hace unos años también murió mi abuela, ya casi no tenía nada en Galicia. Creí que nunca tendría ganas de volver. Sin mi abuela, Galicia estaba muerta también.

Pero volví a Galicia, ya casada y con una hija.

Intenté reconstruir las escenas del colegio, la visita a la cueva, la cura de Helena. Quise darle un sentido a toda esa magia que me hizo sobrevivir en Galicia, en la infancia salvaje que había tenido en Galicia.

Al regresar al pueblo con mi propia familia, me reencontré con la que me quedaba: algunos primos, pocos tíos. Intentaba buscar trozos de pasado en charlas, miradas, espacios, aromas.

El colegio que parecía tan grande y solitario en lo alto de una montaña, ahora estaba en el medio de todo. Rodeado por un pueblo que lo había dejado chico. Me imaginé la corrida detrás de Maricarmen, y en ese momento hubiese sido imposible correrla tanto.

Buscando el río, buscando lugares donde caminaba con mi abuela, me crucé con Maricarmen. Y ella, que viajaba en auto, paró en la carretera y se bajó a saludar.

Me abrazó como si se estuviera disculpando, y yo la abracé para pedirle perdón. No había rencor. Las dos curadas.

Pero tuve que volver a esa cueva.

Lo guíé a mi marido que manejaba el auto, como había guiado mi abuela al taxista que nos había llevado hasta Camariñas. Recordaba el camino, que ahora llegaba hasta la vieja iglesia. La ermita donde había ido con mi abuela se había convertido en un famoso lugar turístico, y estaba conectada por carretera y unida a la ruta de los faros. El pueblo vivía del turismo.

En un mostrador con folletos, una señora explicaba los detalles de la arquitectura de la ermita, las leyendas de su carácter milagroso y ofrecía los amuletos de protección para cada una de las calamidades que pueden afectar a las personas.

Yo me fui sola a buscar la cueva.

Nadie había transitado el camino que yo recordaba, estaba tupido de pasto y olvidado. Tuve que inventar un nuevo camino para llegar al mar. Zigzagueando para no resbalarme entre las piedras, busqué bajar a la cueva. Pero la cueva tampoco estaba. Ese agujero que recordaba nunca apareció. Llegué hasta la orilla del mar. Miré hacia arriba y toda la costa acantilada era una mole de tierra y piedra maciza. Ningún agujero.

Subí otra vez, como pude. Buscando un camino entre las piedras y la tierra.

Llegué a la iglesia, triste.

Entré y recé por mi abuela, por Helena, por la bestia, por la ojáncana, que había tenido la posibilidad de comerme y no había querido.

Sigo intentando encontrar el significado de haber visto a esa bestia muriendo en la cueva, queriendo escapar de la muerte. Moría porque yo le había negado el alimento. Al no haberle llevado a Maricarmen, hubiera sido lógico matarme a mí. Comerme a mí. Pero me dejó vivir. Me dejó ir.

Aún conservo algo de ella, la siento dentro de mí. Y ese grito, que le dije en la cueva, fue lo que agotó su fuego y encendió el mío. El “No tengas miedo” que le grité a la ojáncana fue una orden que me di a mí misma.

Ya no tengo miedo de la bestia que me habita. La llevo conmigo. Está latente dentro. Me acompaña sin lastimarme y sin lastimar. Pero sé que está ahí.

Ya no necesito ir a la cueva, a Galicia, a mi abuela. Toda esa protección ya no está afuera, en el mundo. Está dentro de mí.

Dinero por nada

Dolo Espinosa

Sentado en la abarrotada cafetería, como una isla de silencio en medio de la ruidosa actividad que se desarrolla en todo centro comercial, el hombre aguarda.

Despeinado, haciendo esfuerzos por esconder el temblor nervioso de sus manos, mira hacia todos partes buscando una excusa para cambiar el rumbo de los acontecimientos por venir.

Usa la ropa de buena calidad, aunque un tanto ajada del que, acostumbrado a tener dinero, se ha visto abocado a llevar una vida modesta. Se pasa continuamente la mano por el desordenado cabello, maldiciendo entre dientes las leyes que le impiden sacar el paquete de tabaco que lleva en el bolsillo de su chaqueta y fumar un cigarrillo tras otro para calmar su ansiedad. De modo que, a falta de cigarrillo, juguetea intranquilo con el móvil que tiene sobre la mesa.

Las grandes pantallas de la cafetería pasan el noticiero donde un hombre enteco elegantemente vestido habla, con voz pausada, de las bondades de la Corporación que gobierna la megalópolis, de cuánto se preocupan por sus empleados, de la riqueza que genera y bla, bla, bla...

Siente unos deseos casi irreprimibles de lanzar una silla contra todas esas grandes pantallas desde las que reparten mentiras envueltas en colorines. Le parece increíble que, hasta no hace demasiado tiempo, él se las creyera.

Todas y cada una de ellas.

Pero eso fue antes de caer en desgracia, ser degradado, humillado y transformado en un paria que, junto a su familia, debe abandonar la ciudad en la que nació.

-Lo siento -le dijo el responsable de RRHH encargado de entregarle la carta de despido-, pero ya sabe que si no trabaja para la Corporación no puede usted vivir aquí.

Y le sonrió.

Y él le hizo añicos la sonrisa.

Y ahora está aquí, esperando.

Por momentos siente ganas de echar a correr, salir de allí, ir a casa y olvidarse de todo. A fin de cuentas, el pago todavía no se ha realizado, no se hará hasta que él cumpla su parte y si no la cumple... Pero entonces recuerda todas las deudas que ha acumulado, el rostro de su esposa demacrado por la preocupación, la cara de sus hijos desconcertados y confusos ante su nueva vida, el terror a lo que tiene que venir. ¿Qué vida podían tener sin una Corporación que les protegiera?

No, piensa, no hay vuelta atrás, no puedo condenar a mi familia a malvivir fuera de la sociedad, he aceptado un trabajo y debo llevarlo a cabo.

No sabía si lo habían estado vigilando o si fue un encuentro casual, pero le habían ofrecido aquel “trabajo” en el momento justo. Cuando estás al borde de un puente dispuesto a dar el gran salto por culpa de la desesperación, palabras como “millones” y “fácil” destacan como luces de neón en la oscuridad. Había oído hablar de ellos, por supuesto. Llenaban muchos minutos de los noticieros y de los discursos de los ejecutivos corporativos.

Le habían enseñado que debía odiarlos y él, obediente, los odiaba.

Le habían contado que debía temerlos y él, sumiso, les temía.

Pero eso fue antes de ser lanzado al vacío.

Necesitaban alguien que aún pudiera moverse con cierta libertad por la megalópolis y él, hasta el momento en que desconectaran todos sus chips de la central, era ese alguien.

Tan sólo tenía que esperar una llamada, nada más, y, casi al instante, una cuenta en las islas Caimán se llenaría con una cifra de dinero superpoblada de ceros. Antes de llegar la mañana su familia nadaría en billetes, no tendrían que irse a ninguna parte, tendrían su futuro asegurado... y todo a cambio de llevar encima un móvil.

Ni tan siquiera tenía que responder.

Inquieto, mira su reloj, las manecillas continúan su avance incansable hacia la hora

fijada pero aún tiene tiempo de salir fuera del centro comercial y fumarse un par de cigarros. Se levanta y avanza hacia la puerta de salida con la vista fija en algún punto del suelo, sin querer fijarse en los rostros de quienes le rodean. Intentando ignorar al hombre enclenque que, desde cada pantalla del centro comercial, sigue desgranando las maravillosas bondades de sus amos.

Una vez en el exterior vuelve a sentir la tentación de alejarse de allí, sólo tendría que continuar caminando, quitar la batería al móvil y olvidarse de todo... Pero no, esa gente no iba a permitirle marcharse tan fácilmente.

Su mano tiembla mientras intenta encender el cigarrillo y, cuando lo logra, aspira profundamente hasta llenarse los pulmones del acre humo. En estos momentos la posibilidad de un cáncer de pulmón parece muy poco importante, casi risible. El hombre mira al cielo, a los árboles, al suelo, a cualquier lugar donde evite que su mirada se encuentre con la mirada de los otros.

Vuelve a mirar el reloj, apenas faltan unos minutos, lo justo para otro café, apaga su último cigarrillo y regresa al interior del centro, a la misma cafetería de antes. Se sienta, pide una nueva taza. Ya está casi hecho, en un rato, el trabajo habrá acabado. Ahora que falta tan poco los nervios parecen desaparecer sustituidos por una resignada laxitud.

Alguien se ha dejado un periódico en la silla de al lado. Seguramente alguien de la secta neoludita, esos locos que reniegan de la tecnología y siguen leyendo en papel, escribiendo a mano y negándose a conectarse a las redes. Lo mira con curiosidad, lo coge, lo abre y comienza a leerlo a la espera de ganarse el dinero más fácil de su vida.

Una llamada, una simple llamada, y su familia será rica. Y todo sólo por llevar aquel chaleco de explosivos y esperar...

Esto sí que es ganar dinero por nada, piensa segundos antes de que el móvil comience a sonar.

Esquizoxenofasia

Donate, Javier S., Suárez, Lisardo

—Es un placer y un honor que me hayan ofrecido la oportunidad de compartir con ustedes mis investigaciones. —Daniel lució ante los asistentes la mejor de sus sonrisas—. Ocasiones como estas han sido poco frecuentes hasta el momento; pero, con toda sinceridad, espero que... *muy pronto*... la situación cambie.

Apretó el botón del mando inalámbrico para dar paso a la primera diapositiva.

—La esquizofasia es un trastorno observable en el discurso de muchos pacientes con esquizofrenia y otras manías. La esquizoxenofasia, el tema de esta conferencia, comparte muchas de sus manifestaciones primarias pero tiene un origen distinto por completo, como... *muy pronto*... podrán comprobar.

Desde su posición elevada, Daniel podía observar toda la sala, atento a las reacciones del público: escuchaban en silencio y de manera respetuosa. Apretó el botón de nuevo.

—Empecé a mostrar grandes cambios en mi comportamiento a los quince años, en 1977, y el diagnóstico de esquizofrenia fue temprano ya que, en mi caso, las personas del entorno familiar detectaron... *muy pronto*... los síntomas. La medicación me ha permitido llevar una vida completamente normal, pero sí es cierto que marcó mi deseo de convertirme en médico y, más en concreto, en neuropsiquiatra. Deseaba entender qué me había sucedido, por qué había enfermado. Ello me permitió descubrir que mi diagnóstico no había sido exacto.

Respiró hondo de manera disimulada mientras pasaba a la siguiente diapositiva. Dejó unos instantes para que los asistentes leyeran su contenido y lo valoraran; ante la falta de reacciones negativas, continuó.

—Los orígenes de la esquizoxenofasia son exógenos al organismo y al propio planeta Tierra. La enfermedad, o más bien el síndrome, es causada por un intento extraterrestre

de comunicarse con los seres humanos. Como pueden ver en la gráfica, basada en los casos que he podido corroborar, los afectados por el mensaje que tenían veinte años o más en el momento de la señal han sufrido alteraciones en el tejido nervioso que afectan, en alto grado, sus capacidades cognitivas. En cambio, los menores de veinte años muestran daños más leves. Mi teoría es que la plasticidad cerebral en los pacientes jóvenes, aunque no eliminase por completo los efectos, permitió una adaptación menos traumática del individuo a los cambios que en el caso de los sujetos maduros. Sin análisis de patología forense a mi disposición, solo basado en resonancias magnéticas, es difícil confirmar la certeza de mis postulados. El acceso al tejido cerebral de algún paciente haría que... *muy pronto*... tuviéramos respuestas más seguras.

Uno de los asistentes levantó la mano.

—Dejaremos el turno de preguntas y respuestas para el final de la presentación. Terminaré mi charla... *muy pronto*... y podrán plantear sus cuestiones; gracias por su interés.

Daniel pasó a la siguiente diapositiva.

—Como se ha tratado de una investigación realizada bajo mis propios medios y posibilidades, sin la colaboración de centros o instituciones, el acceso a pacientes que sufren esquizoxenofasia ha sido limitado. Con la ayuda de colegas en distintas partes del mundo que han compartido datos, la estimación es de ochocientos cincuenta y seis casos. Lo limitado de la muestra hace sospechar que son muchos más los sujetos que se encuentran fuera del alcance de este estudio. Si observan la tabla, pueden notar... *muy pronto*... que todos esos pacientes muestran los primeros síntomas, según familiares, amigos y registros médicos, entre mediados de 1977 y finales de ese mismo año. A la derecha pueden ver la copia del registro en papel continuo de la computadora del radiotelescopio que, el quince de agosto de 1977, captó una señal muy particular de origen desconocido.

»En un foro médico resulta innecesario extenderse en las implicaciones técnicas de la señal, pero sí puedo asegurar que, sin ningún género de duda, en ese momento llegó a la Tierra un tipo de onda o energía que, en muchos casos, produjo alteraciones en el tejido cerebral de algunas personas que... *muy pronto*... comenzaron a mostrar los síntomas de esquizoxenofasia. Me siento en posición de afirmar que se trató de un intento de comunicación por parte de una inteligencia extraterrestre que dañó, de forma inesperada, a quienes lograron

captarla. Me gusta hacer la analogía con una subida de corriente que, sin querer, estropea parte de los electrodomésticos conectados a la red eléctrica.

El mismo asistente volvió a levantar la mano. Daniel lo ignoró mientras continuaba con su exposición.

—Tener entrevistas con los pacientes y registrar sus manifestaciones de esquizoxenofasia ha resultado difícil. Muy pocos residen en este país y la mayoría de los que lo hacen no quisieron participar en mi estudio, pero aun así he conseguido entrar en contacto con algunos. Tras revisar horas de grabación de nuestras sesiones y entrevistas... *muy pronto*... pude detectar patrones entre sus parafasias, glosomanías y aprosodias. Hay una repetición muy acusada de palabras como “*señales*”, “*civilizaciones*”, “*culturas*”, “*especies*”, “*planeta*” o “*mensaje*”.

La mano seguía levantada. Daniel esquivó con su mirada esa zona del público mientras carraspeaba con suavidad antes de proseguir.

—He de confesar que, con la intención de conseguir algunos testimonios directos y evitar trabas gubernamentales, llegué al extremo de hacerme pasar por enfermo mental en crisis y, así, tuve acceso al interior de varias instituciones psiquiátricas que acogían algunos individuos de especial interés para el estudio. Conseguí entrevistar... *muy pronto*... a varios que, más allá de simples palabras, repetían con cierta frecuencia fragmentos con sentido y orden sintáctico, como “*Hemos captado*”, “*Son muy distintas*”, “*La nave tardará*” y “*Nos preparemos para el contacto*”.

»Incluso, en casos en los que dos pacientes se encontraban internados en el mismo centro, mantenían entre sí una comunicación unívoca usando fragmentos que parecían inconexos; tan solo hablaban entre ellos, mientras ofrecían absoluto mutismo al resto de los pacientes y personal del centro. En concreto, tengo grabaciones en las que un paciente afirma que “*Es nuestro deseo iniciar*” mientras... *muy pronto*... el otro paciente contesta “*Un contacto que*”, como si mantuvieran una conversación convencional y cotidiana a la que ellos encontraban un sentido claro.

El público mantenía el interés en su exposición, pero la mano que permanecía en alto resultaba incómoda. Deseaba contestar a esa y a cualquier otra pregunta, por lo que saltó

directamente al final de su presentación y expresó sus últimas ideas.

—Por todo ello, considero imprescindible la difusión de estas investigaciones y la búsqueda de capital que financie estudios en mayor profundidad que, sin la menor duda, nos darán... *muy pronto*... respuestas a todos los interrogantes que permanecen sin aclarar. Gracias por su atención. Se abre el turno de preguntas.

Otro de los asistentes levantó la mano, pero Daniel señaló primero a la persona que llevaba varios minutos con la mano alzada.

—¿Qué tenemos hoy de postre para la cena? ¿Arroz con leche o flan?

—Gracias por su pregunta —contestó Daniel—. Hoy es jueves, por lo que... *muy pronto*... disfrutaremos de flan en la cena.

Señaló a la segunda persona que había levantado la mano.

—Doctora Erin, adelante... *muy pronto*... con su pregunta.

—Gracias, Daniel. Quería saber si te sientes mejor ahora que has compartido tus pensamientos con el resto del grupo.

—Gracias por la pregunta. Sí, en efecto, mucho mejor. En cuanto empecé a contar a mis compañeros los descubrimientos que he realizado, me sentí bien. Es satisfactorio notar que otros se interesan... *muy pronto*... por algo tan importante y que escuchan con atención.

—Es fantástico oír eso, Daniel. Creo que estás haciendo grandes progresos. Ya puedes bajar de la silla. Por favor, entrégame el mando a distancia de la televisión —dijo la doctora antes de dirigirse al resto del grupo de terapia—: ¿Alguien tiene alguna cosa que decirle a Daniel?

—¿Qué tenemos hoy de postre para la cena? ¿Arroz con leche o flan?

La doctora sonrió mientras tomaba notas sobre el desarrollo de la sesión. Al terminar, miró su reloj de pulsera y apagó el televisor que, en ese momento, mostraba imágenes de un documental sobre animales marinos.

—La sesión ha finalizado, pero os felicito porque habéis hecho grandes aportaciones y siento que estamos mejorando gracias a la terapia. Un aplauso para todos.

Los pacientes hicieron coro a las palmas de la doctora que, tras unos segundos, se levantó para abrir la puerta. Uno a uno, fueron saliendo; Daniel volvió a lucir la mejor de sus sonrisas al cruzarse con la terapeuta en el umbral.

La doctora Erin observó que una de las pacientes más calladas, con la que había logrado menos progresos, permanecía sentada en la sala. Se acercó a ella.

—Hemos terminado por hoy. ¿No quieres ir a la sala de recreo?

La mirada de la paciente era clara, como si la medicación no la enturbiara en esos instantes. Levantó las cejas y tomó de la mano a la doctora Erin antes de contestar.

—Claro, claro. Sí. Entonces, doctora, hasta... *muy pronto*.

El hombre del saco

Cano-Caballero Romero, Carolina

La única expectativa atractiva que en aquel pueblo reunía a jóvenes y ancianos, al atardecer, a las puertas de las casas, era escuchar a las abuelas aquellas estremecedoras historias sucedidas en la propia villa o en otras cercanas. Imaginar que existían unas fuerzas, que escapaban a su comprensión, envolvía en un velo de fantasía la terrena y humilde vida de sus habitantes.

Uno no sabía cuánto había de verdad y cuánto había creado la imaginación de cada una de las generaciones en las historias que seguían dejando boquiabiertos a los niños. Una de las favoritas giraba en torno a aquella casa abandonada. Por ello, cuando llegó aquel forastero interesado en adquirirla, se armó un auténtico revuelo de sorpresa y curiosidad. Aquella casa tenía el halo de misterio y leyenda antiguos que las gentes creían a pies juntillas.

Él no la había olvidado. Por las noches solían desvelarle las ganas de ir al patio que hacía las veces de lavabo. Entonces, se debatía entre una cita que no podía postergar y el miedo que le acuciaba cuando andaba a tientas buscando la luz en la pared. La dichosa perilla que pendía junto al cabecero no funcionaba. Ese miedo rozaba el terror porque una noche, cruzando el pasillo que llevaba a las escaleras, sintió una corriente helada en la nuca cuyo origen nunca supo discernir.

Supo, a través de unos primos, que la casa volvía a estar en venta y, atraído por los recuerdos de su infancia y por el aire de leyenda terrible que tenía en el pueblo, decidió comprarla. Lo siniestro de su pasado abarató su venta. Contaban que después de vender la casa sus abuelos, había ido a parar a manos de un matrimonio maduro que había acogido al hermano soltero del marido. La convivencia con aquél había hecho estragos en la pareja. Éste tenía un humor especialmente macabro y sádico. Se regocijaba con los desastres que les acaecían; parecía propiciarlos él mismo. De hecho, la desgraciada mujer murió en tan extrañas circunstancias que el pueblo entero imprecaba al cuñado comparándolo con el mismo diablo.

Las gentes daban un rodeo para evitar pasar junto al portal de la casa. Los niños, a

modo de reto infantil, se acercaban corriendo hasta la puerta, la tocaban y luego huían despavoridos pero orgullosos de su atrevimiento.

Aquel viudo quedó sumido en la más amarga de las soledades, mientras su hermano lo atormentaba con morbosos chascarrillos sobre su tragedia y maquinaba fechorías maquiavélicas. No hacía más de un mes que había muerto su mujer, explicaban las ancianas, cuando aquel bárbaro, tras escuchar al hermano recordar la nívea y suave piel de las manos de su esposa, puso sobre la almohada la mano amputada del cadáver de una joven recién enterrada. La indignación de la familia de la muchacha y la vergüenza del desgraciado hermano corrieron parejas.

Aquel monstruoso ser era el personaje que poblaba los miedos y pesadillas de la chiquillería del pueblo. La historia del perrillo era la que más los asustaba: Una mañana, el pobre viudo estaba junto a su perrillo, que le miraba con ojos vivarachos, cuando entró el funesto hermano y le oyó decir: “Mírale, solo le falta hablar”. A la hora de cenar, el hombre buscó por toda la casa a su perrillo, único ser que le acompañaba fielmente desde que había fallecido su mujer. Aquél solía tenderse en su regazo, al calor de la lumbre, mientras cenaba. Se fue a la salita, con el mantel en una mano y los cubiertos en la otra, preguntándose si su hermano no habría dejado la puerta abierta. Al ruido de sus pasos, detrás de la mesa camilla, asomó la cabeza el perro y, articulando grotescamente la mandíbula dijo: “¿Me buscabas?”. El pobre hombre, con el semblante desencajado, y horrorizado, no podía soportar la espantosa visión: la mano de su hermano manejaba la cabeza cercenada de su perro como si de una marioneta se tratara. Fue la última crueldad que cometió aquel ser diabólico. Su hermano, encendido de ira, cogió la mano del almirez de la chimenea y, enloquecido, le asestó varios golpes. Su cabeza quebrada erizó los cabellos del infeliz fratricida cuando vio la mueca sardónica de su perverso hermano. Si el diablo sonreía, aquella era, sin duda, su sonrisa.

Cuando se presentó voluntariamente en el cuartelillo, sollozando, despertó más compasión que horror entre sus vecinos. Lo ingresaron en un psiquiátrico alegando un trastorno transitorio, pero se refugió en un hosco silencio, máscara de la atrocidad que había cometido, y nunca volvió al pueblo.

Atardecía cuando su horizonte de expectativas le llevó al umbral de la vieja casa.

La llave no acertaba con la cerradura. Respiró hondo. No se explicaba por qué se sentía tan tenso. Todo lo que había oído eran supercherías de pueblerinos. El peculiar olor de la casa no había cambiado, pero tuvo que abrir las ventanas de la salita para airearla. Cuando la tenue luz iluminó la estancia, y sus ojos se acostumbraron a la penumbra, el corazón le dio un vuelco: restos de aquel terrible crimen aún seguían allí. Todo estaba impregnado de sangre seca. Profundamente mareado, salió de aquella sórdida sala y, con mucho menos entusiasmo, se dedicó a inspeccionar las demás estancias preguntándose si no había cometido un estúpido error al quedarse con aquella lúgubre casa.

Intentó calmar el pulso de sus latidos. Subió las escaleras y se dirigió hacia la que antaño había sido su alcoba. En la oscuridad sintió cómo se desplazaba la baldosa de la entrada. Sonrió para sí mismo; un vago sentimentalismo le transportó a días muy lejanos... A duras penas distinguió el cabecero de la cama sobre la pared encalada y descascarillada. Palpando en la oscuridad, halló la perilla de la luz. Cuántas maldiciones le había hecho susurrar aquella luz eternamente estropeada. Sintió su contorno en la mano y, a sabiendas de lo inútil del movimiento, pulsó el pequeño interruptor: la sorpresa le dejó sin aliento aunque enseguida dedujo que los antiguos inquilinos la habrían arreglado. La habitación se había iluminado. Sin embargo, lo que en un primer momento resultó anecdótico, se convirtió en un punzante escalofrío al advertir que del techo no pendía bombilla alguna.

Finis Terrae

Menéndez, J. A.

Estaba aquí, en estas rocas, a los pies del faro, en los últimos metros de lo que los romanos dieron en llamar el fin de la tierra. Mi marido me había comentado de pasada que las últimas semanas habían visto una figura humana en las rocas bajo el faro siempre que salían a faenar con la *Campeona*. Al principio pensaron que se trataba de alguna escultura, una de esas obras de arte modernas en lugares imposibles. Pero los prismáticos lo desmintieron. Se movía. Era una persona, imposible determinar si hombre o mujer, aunque sí de edad adulta. Y allí seguía, con buen o mal tiempo. A veces erguida, a veces sentada. Siempre escrutando el mar.

Al día siguiente, después de dejar a Ariadna en el colegio, la curiosidad se impuso a la cortina de agua que caía sin cesar y conduje hasta el faro. Los limpiaparabrisas funcionaban a máxima velocidad y apenas sí me otorgaban un instante de visibilidad antes de que el torrente líquido volviese a anegar el cristal. Nadie en su sano juicio permanecería a los pies del faro en tales condiciones pero mi marido había dicho que siempre estaba allí y qué mejores circunstancias para comprobarlo.

Aparqué junto al faro, incapaz de decidirme a salir. Las rachas de viento empujaban la lluvia contra el coche como metralla, golpeándolo sin miramientos, dejando claro que no iban a tener consideración con nada ni con nadie que se atreviese a desafiarlas. Abrí la puerta del coche un poco y una fuerte racha coló agua y frío en el interior. Cerré de nuevo. Ni de broma iba yo a salir en tales condiciones. Consulté la hora. Aún era pronto. Podía esperar diez, quince minutos, antes de regresar para abrir la consulta. Lo único que tenía programado para la mañana era una orquiectomía para el perro de la señora Laura y con aquel tiempo era improbable que apareciesen más clientes.

No esperaba que la lluvia cesase, por estos lares puede pasarse días enteros azotando la tierra sin descanso. Me conformaba con que amainase un poco, con que el viento rebajase su violencia lo suficiente como para que asomarse a las rocas no implicase un riesgo de muerte casi cierto. Que curiosa sí, un rato, pero tonta no.

Y como quien no quiere la cosa, escampó. Oh, sí, eso también es característico del lugar. En un instante te estás ahogando y al siguiente luce un sol digno del caribe. Las nubes oscuras se alejaban hacia el Este y dieron paso a un cielo azul, despejado. El inconfundible graznido de una gaviota anunció el fin del chaparrón y me infundió la seguridad necesaria para salir del coche. El aire olía a salitre, a atmósfera recién regenerada. El suelo estaba empapado, con múltiples charcos aquí y allá y el sol recién llegado era incapaz de calentar aún el frío ambiente que la lluvia precedente había instaurado. Me abroché el cuello del abrigo y rodeé el faro con precaución para no resbalar en las húmedas rocas.

La vista mareaba. Tan sólo unos metros de roca ante mí y después nada salvo el océano revuelto que se terminaba confundiendo con el cielo en la línea del horizonte. Una buena dosis de humildad que ponía a cualquiera en su sitio. No me extraña que los romanos creyesen que aquí acababa todo y que más allá sólo había monstruos.

Tal y como mi marido me había asegurado, allí estaba, destacando a medio camino entre el faro y las olas rompientes, una figura blanca, sentada, que contemplaba el mar. Descendí con sumo cuidado, sujetándome a veces en las rocas para no perder pie sin querer y acabar rompiéndome la crisma como las olas rompían con fiereza contra las rocas poco más abajo. Llegué hasta donde estaba sentada la figura, que o no me escuchó llegar o no se dio por enterada. Abrazaba sus rodillas con la vista fija al frente. En un primer momento pensé que se cubría la cabeza con un neopreno negro pero era en realidad su cuero cabelludo, oscuro como el carbón y sin un pelo a la vista. Si era calvicie o afeitado no supe discernirlo ni entonces ni después. La ropa que llevaba, un anorak y un pantalón de un blanco immaculado que contrastaba con su piel, estaba empapada.

—No recuerdo ninguna ley que lo prohíba —dijo justo antes de que mis labios se abriesen para preguntar si podía sentarme a su lado. La voz era neutra, musical.

—¿Cómo has sabido lo que te iba a preguntar?

—Nadie viene hasta aquí abajo para contemplar el paisaje. Hay mejores vistas arriba.

Me acomodé a su lado en la húmeda roca. Sobre el pecho del anorak había grabado un logo que conocía bien, el del sanatorio mental provincial.

—Me llamo Eva —me presenté.

—No es un mal nombre. Antiguo como la humanidad.

Pero, por supuesto, no me dijo el suyo. Mantenía la vista al frente, clavada en algún punto del horizonte indistinguible del resto.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

—Sin rodeos. Me gusta. Espero.

—¿A alguien, a algo...?

—Mi destino está a unos noventa kilómetros en aquella dirección —dijo señalando al punto del horizonte en que tenía fija la mirada—. Este es el lugar emergido más cercano. Hasta que pueda llegar allí, espero.

—¿Y no sería mejor conseguir un barco o una lancha motora que te lleve hasta allí? Mi marido trabaja en el mar y puede ayudarte a encontrar una embarcación.

Me miró. Sus iris eran de un azul intenso, como si hubiesen adoptado el color del propio mar de tanto mirarlo. No encajaban en aquel rostro tan negro que podría confundirse con una sombra. Sus facciones no dejaban claro si estaba ante un hombre o una mujer, aunque sin saber muy bien porqué parecían decirme que tampoco importaba. Era un rostro hermoso. No del tipo de belleza que ganaría un concurso. Del tipo que arrancaría lágrimas a Stendhal.

—Mi destino no está en la superficie de mar, sino en el lecho de lo que ahora son sus profundidades.

—¿Un submarino entonces?— titubeé.

—Llegaré a pie —su mirada se apartó de mí y regresó al horizonte—. No hay otra forma de hacerlo.

—Pero... pero... Son muchos kilómetros de dios para caminar bajo el agua, no se puede ir andando hasta allí.

Sonrió como si hubiese dicho algo gracioso que sólo él, o ella, pudiese comprender.

—Se podrá. Los signos están ahí para quien puede verlos. Pronto sonarán las trompetas y los océanos desaparecerán. No conviene estar en el agua cuando suceda. Después

podré caminar hasta mi destino. Tendré siete días justos para alcanzarlo, porque después este mundo habrá llegado a su fin.

—Y... ¿qué se supone que tienes que hacer allí? —pregunté intentando ocultar el atisbo de miedo que empezaba a formarse en mi interior. Las patologías que implicaban muerte o destrucción no eran las más pacíficas.

—No tienes porqué asustarte. No voy a causarte ningún mal. No importa lo que hayas oído sobre mí. Soy... inofensiva. Al menos para ti y tu gente.

Si su objetivo era tranquilizarme, no lo estaba consiguiendo. El corazón se me había acelerado y mi instinto me decía que saliese de allí corriendo. Poco práctico mi instinto. Correr cuesta arriba por unas rocas empapadas parecía incluso más peligroso que quedarse allí sentada al lado de lo que acababa de autoclasificarse como una mujer por cuyo equilibrio mental temía.

—¿Tu misión es salvar el mundo o... destruirlo?

—Salvarlo. Salvaros. O lo era. Lo fue. Pero ha transcurrido demasiado tiempo. La muerte o el olvido han dado cuenta de los demás. Yo soy todo lo que queda. Y sola no puedo salvar nada.

El mar rompió con inusitada fuerza contras las rocas a nuestros pies, como riéndose de ella, o desafiándola.

—No podré salvar este mundo —pareció responderle al mar— pero aún puedo ajustar viejas cuentas pendientes.

Reuní todo el valor que me quedaba y le cogí una de sus manos entre las mías. Su tacto era suave, cálido.

—¿Necesitas ayuda?

—Es demasiado tarde. No podrías comprender las fuerzas en juego aunque te las explicase. Pero gracias —dijo volviendo a mirarme—. Gracias por confirmarme una última vez que no me equivoqué.

La abracé por instinto y me envolvió una sensación de ternura como nunca antes había sentido.

—No te marches. Volveré con ayuda enseguida.

Rompí el abrazo y ella regresó a su interminable observación del horizonte.

—Volveré, tienes mi palabra —dije mientras me levantaba.

No respondió, perdida de nuevo en su imaginaria misión. Subí hasta el faro tan despacio como había descendido, cargando ahora con la doble responsabilidad de no partirme la cabeza y encontrar ayuda para aquella pobre mujer.

Llegué hasta el coche agotada. Las gaviotas seguían graznando en el cielo. Las nubes oscuras preñadas de agua se perdían de vista a lo lejos, tierra adentro. Eché mano del teléfono para llamar al 112 y pedir que alguien especializado viniese a por ella. No me dio tiempo a marcar.

El mundo se llenó de un aullido. De un quejido. Saturaba el aire y abotargaba mis oídos, mi mente. Solté el teléfono y me tapé los oídos, en vano. El sonido se colaba a través de cada una de mis células, hacía vibrar cada fibra de mi ser, removiendo mi esencia de formas inenarrables. Caí de rodillas mientras la vista se me nublaba y gotas rojas procedentes de mi nariz manchaban el suelo frente a mí. Me derrumbé y perdí el conocimiento.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Cuando desperté el cielo se teñía de tonos rojizos, como en un anochecer interminable. El frío había remitido y el aire parecía inmóvil, pesado, reseco. El silencio era estremecedor. Ni gaviotas graznando, ni olas rompiendo. Me incorporé. El suelo estaba seco, ni rastro de la lluvia que lo había encharcado todo antes. Y ni rastro del océano que había bañado la costa desde tiempos inmemoriales. Tierra cuarteada se extendía a todo lo que daba la vista, fundiéndose en el horizonte con el cielo anaranjado.

Me apresuré a rodear el faro y descender a las rocas donde había estado la mujer. A toda prisa, con el corazón en un puño y sin reparar en riesgos. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. La duda. El miedo.

Estaba aquí, en estas mismas rocas, en los últimos metros de lo que los romanos dieron en llamar el fin de la tierra. Pero ella también ha desaparecido. Forzando la vista, creo ver un punto blanquecino que se mueve a lo lejos, en la dirección que contemplaba la mujer. O quizá es sólo un reflejo, un espejismo.

Ahora este ya no es el fin de la tierra, que se extiende por todo el territorio que antes era exclusivo de los monstruos. O quizá sea al revés. Quizá lo que se haya extendido por toda la tierra sea el fin.

Inconsciente

Santos. Isabel

Regalo

La despedida después del regalo había sido corta. La madre de Oliva no pudo ocultar el entusiasmo que le generaba ese desafío, durante mucho tiempo había imaginado ese viaje interestelar, disfrutar en esos paraísos turísticos para jubilados.

Antes de que se cerrara el vórtice del crucero de transporte, Oliva tocó el regalo, y palpó la pequeña caja dentro de su bolsillo, sin saber el contenido. Ansiosa, la abrió antes del cierre del paso. Al ver las pastillas, sonrió.

Cuando leyó la carta que venía con la caja, lloró.

La carta decía:

Oliva.

Guardé estas 5 pastillas para regalártelas en algún momento. Este es el momento.

Te ama.

Mamá.

Finalmente las tenía. Las cinco pastillas que su madre había guardado por años y prometió darle.

Para no intoxicarse con somníferos durante el embarazo de Oliva, su madre había usado las maquicamas. Había hecho un esfuerzo económico gigantesco para alquilar una, y dormir sin fármacos. Las máquinas emitían pastillas cuando el durmiente dormía y soñaba. Esa energía psíquica inconsciente del sueño había sido conservada en esas cinco.

Las añejas pastillas, que tenían ahora más de treinta años, eran un símbolo del recuerdo feliz de aquel embarazo. ¿Conservarían esos tesoros su valor? La madre de Oliva nunca había querido comprobarlo. Y ese era el momento, el corte necesario, la distancia para evitar una decepción; o para darle a su hija algo valioso. Oliva tenía que develar ese dilema. Y viajó rápido hasta su casa. Estaba ansiosa por llegar y tomar la primera pastilla. Quería soñar. Los somníferos que usaba para poder dormir la anestesiaban.

Ya en su cuarto, no pudo esperar para probar sus efectos. Aunque no era la hora programada para dormir, se arriesgó. Ojalá resultara, y no tuviera que apurarse a tragarse su somnífero de rutina para descansar antes de ir a trabajar. Programaba la toma para evitar estar despierta cuando sucediera el caos que se veía desde su ventana: los pobres sin fármacos, los locos desvariados que se agredían en la calle por falta de somníferos. El insomnio era una peste. Ya nadie sabía cómo dormir, se había borrado del sistema nervioso de los humanos. Las maquicamas, un invento para pocos. Algo inalcanzable para Oliva.

Corrió sus muebles a los extremos del cuarto. Quería tener un espacio amplio para tenderse en el suelo. Su madre le había contado que los sueños hacen reír, hablar, moverse, caminar.

Puso una manta gruesa en el piso para estar cómoda y evitó la sábana para cubrirse, porque también sabía que los sueños hacen subir la temperatura.

Se recostó sobre la manta, cerró los ojos, palpó la caja que había llevado a su lado y rompió el blíster de una de las cinco. Quiso elegir al azar, la primera que tocó.

Estaba desesperada por lograr una experiencia íntima. Llegar a ese momento intrauterino de protección. A esa fuerza descomunal que había creado su vida. Necesitaba ir hacia adentro, a esas profundidades. Soñar, como había soñado en la panza de su madre.

Ilusionada, tomó la primera pastilla.

Y soñó.

Sueño

Algo amargo invadió su garganta, una gota, otra gota. Mil gotas mezcladas. Todas amargas. Las contuvo, quería que la pastilla diluida cayera junta como una catarata de remedio. Como una ola que curara cada uno de sus órganos cansados de resistir una vigilia y un sueño mecánicos.

La pequeña pastilla se disolvió muy rápido. El alivio de dejar ir el gusto amargo dio paso a la angustia. ¿Y si no había efecto? ¿Y si esa catarata áspera y agria pasaba por su cuerpo sin dejar frutos?

Esperó.

Esperó.

Se durmió.

Al despertar tenía un solo recuerdo: una escena que nunca había ocurrido en su vida. Supuso que eso sería un sueño.

Mientras se tocaba la cara para descubrirse en su cuarto, viva y despierta, tomó nota de esa escena. Había dejado su móvil al lado y escribió en él todo lo que recordaba.

Primera pastilla:

Estaba en un lugar extenso, libre de todo. Solo había suelo y cielo, pasto verde y corto hasta el horizonte. De pronto llegaron naves. Cruzaban el cielo, sincronizadas para formar una figura. Parecían estar destinadas a sostener esa figura en la altura: tres semicírculos unidos por un círculo central. Cada nave era un punto de color naranja fosforescente. Las iluminaba un sol, que parecía estar clavado en el horizonte para proyectar la luz desde abajo. Cada rayo apuntaba a una nave.

Una palabra se pinchó en mi mente y la grité: ¡Tóxica!

¿Tóxica, quién?

La respuesta fue un bombardeo. Cada nave arrojó un rayo sobre mí, a medida que la formación se desplazaba por encima de mi cabeza.

Intenté desviarme del curso de la procesión. Las naves se veían forzadas a mantener

sus lugares para sostener el dibujo. Ese símbolo que mi mente había interpretado con la palabra tóxica, y yo no conocía.

Las naves iban reaccionando tarde a mis maniobras evasivas. Era evidente que no podían romper la formación para seguirme. Entonces mis atacantes cambiaron de estrategia. De cada nave cayó una persona, que pudo llegar al suelo sin esfuerzo, y no bien tocó el piso corrió hacia mí.

La única escapatoria era ir hacia algo que dejó verse delante, no bien se escondió el sol debajo del horizonte.

Entré por un camino estrecho, un semicírculo pronunciado, entre paredes corroídas de ladrillos viejos. Me asaltó la idea de que ese camino formaría la misma figura, el mismo símbolo que había visto en el cielo.

Instintivamente fui hacia la intersección de los tres semicírculos, al pequeño círculo en el centro. Tuve que trepar las paredes corroídas de la construcción. A ese espacio circular no se llegaba por un camino. Había que subir la pared y saltar al otro lado.

En cuclillas en el borde de la pared, ya a punto de saltar, miré hacia atrás y vi que las personas que me perseguían eran Olivas, iguales a mí. Replicas mías estaban acercándose. Cada persona que había caído de las naves era una Oliva. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Me miraban desde el piso y extendían sus brazos haciéndome un gesto para que volviera.

Entonces volví. Sentí que no tenía que escapar. Y al caer, las Olivas que estaban allí y las que iban llegando me abrazaron. Esos rayos, que había querido evitar y que ellas habían disparado desde las naves, me iluminaban con cada abrazo.

Sentí una explosión, una fuerza descomunal. Cuando abrí los ojos estaba sola. Las Olivas se habían ido.

Y me desperté.

Oliva dejó su móvil y se quedó sentada sobre la manta gruesa, pensando. Miró el reloj: habían pasado siete horas. Había dormido todo ese tiempo y había soñado.

Se tendió otra vez sobre la manta. Nunca se había sentido tan liviana, tan

descansada, tan sana. Intentó recordar más detalles del sueño. Pero cuanto más pensaba, menos lo recordaba.

En un costado del cuarto, había otra Oliva mirando la escena.

Por la explosión, una de las Olivas del sueño había caído dentro del círculo al que Oliva quería saltar para escapar. Separada del grupo de todas las Olivas, se transformó en algo distinto. Oliva despertó sin esa parte de ella misma.

Esa otra también había despertado.

¿Quién era esa otra Oliva?

Origen

Oliva seguía pensando, quería interpretar ese sueño. ¿Sería su origen esa explosión de Olivas que la abrazaron? ¿Sería la creación de su cuerpo, de su vida? ¿Guardarían las pastillas esa escena intacta? Seguía reflexionando en el medio del cuarto.

Sobre la pesada colcha, se ubicó en posición fetal como si esa postura le fuera a traer algún otro recuerdo para saber que significaba ese sueño.

La otra Oliva, la que había nacido de la explosión, observaba todo a distancia. Ella se veía como una Oliva normal, pero aparentemente era invisible para la original. Oliva no la reconocía. No la percibía aunque caminaba alrededor de la manta intentando hablar con ella.

La Oliva recién nacida estaba al tanto de todo. Conectada a todo lo que Oliva estaba pensando. Supo de sus intenciones de tomar la segunda pastilla. Y si bien estaba de acuerdo, no tenía el poder para hacerla actuar. Sí para hacerla pensar. Todo lo que Oliva pensaba era accesible. Sin embargo, cuando intentaba hacerla pensar para actuar, Oliva no le hacía caso. Había una barrera que no podía cruzar. La otra quería que Oliva soñara de nuevo. Sentía que era una alternativa para volver a ella, y dejar de estar suelta y desesperada. Pero tenía que esperar a que Oliva decidiera.

Y Oliva decidió tomar la segunda pastilla.

Y soñó de nuevo.

Durmió otras seis horas corridas y al despertar tenía otro sueño para describir.

Segunda pastilla:

Corría en un lugar que parecía un desierto. Arena y más arena. Alguien me perseguía a la distancia. Yo lo sabía, pero no lograba ver a mi perseguidor. Tenía la sensación de que quería matarme. Por eso corría y corría para escapar.

El paisaje cambió, y ya era más complicado buscar la imagen de alguien detrás de mí. Me quedaba inmóvil mirando hacia atrás, para percibir algún movimiento entre los árboles que parecían reproducirse hacia todas las direcciones que pudiera mirar. No había otra persona más que yo. Pero yo sabía que sí la había y que quería matarme. Por eso seguía escapando. Justo cuando miraba hacia atrás, percibí un sonido delante de mí. Giré la cabeza, y estaba ella: yo misma, una réplica como las de mi sueño anterior. Salía desde abajo de una piedra descomunal. La arrojaba lejos y me miraba con una sonrisa. Dudaba de ese gesto. Yo sabía que no tenía buenas intenciones. Pero me sentía tan cansada por haber estado huyendo tanto tiempo, que me resigné. Le pregunté:

—¿Qué quieres?

—Entrar —contestó la otra Oliva.

Yo sabía que eso era un sueño. No sé por qué lo sabía, pero lo sabía. Ya había tenido esa experiencia y estaba siguiendo las escenas del sueño con la curiosidad de ver qué pasaba. Y al mismo tiempo con la tranquilidad de que nada malo me podía pasar. No era algo real lo que estaba viviendo. Entonces abrí los brazos en cruz y le di permiso. ¿Qué podría significar tal cosa?

Y me desperté.

Oliva ya supo que era tarde por la claridad que había visto al despertarse. Una vez que escribió en su móvil las escenas del segundo sueño, se desperezó rápido y casi no tuvo tiempo para bañarse, desayunar y salir a trabajar. Guardó las otras tres pastillas que le quedaban,

en el cajón de su escritorio, sin reubicarlo en su sitio original. Quería experimentar con las otras pastillas no bien volviera de su trabajo. Dejó todo de la misma manera: la manta en el piso, para seguir soñando.

La otra Oliva no apareció en el cuarto. Aparentemente había podido entrar en la cabeza de Oliva. La segunda pastilla le dio la oportunidad. La otra Oliva intentó probar su poder sobre Oliva, y le ordenó salir a la calle con un específico abrigo que tenía una capucha gigante. Oliva resistía esa orden. Era un día demasiado caluroso para abrigarse tanto. Pero la insistencia de la otra Oliva desde adentro de su cabeza pudo obligarla a usarlo. La hizo actuar. Tenía el poder de hacerla actuar. Sin embargo, a último momento, Oliva cambió ese abrigo por un buzo más liviano que también tenía capucha. Aparentemente las dos coincidían en ese punto, y la pulsión para actuar necesitaba ese acuerdo de las dos.

Encuentro

Oliva se quería esconder debajo de la capucha. Imaginaba que todas las personas que la vieran se iban a dar cuenta de su cambio. Se sentía mejor que nunca, liviana, rejuvenecida. Pero quería guardarse esa sensación, esconderla. Necesitaba ocultar que había soñado y había podido dormir sin somníferos.

No bien abrió la puerta de su casa, el día la deslumbró. Todo lo contrario a lo que le pasaba cada mañana al salir para el trabajo. Estaba tan descansada y vital que esa mañana parecía la primera mañana de su vida. Tan segura, que se corrió la capucha para iluminar su cara y directamente se sacó la capucha, sin miedo a llamar la atención. Pero llamaba la atención.

Ese barrio pobre despertaba cansado. Los somníferos a los que tenían acceso transformaban las calles en procesiones de aletargados transeúntes. Cada persona se arrastraba hasta llegar a su lugar de trabajo, y despertaban del todo cuando recibían el primer shock de adrenalina al apoyar la mano en el dispositivo que tomaba la asistencia en cada lugar de trabajo.

Otras dos cabezas erguidas venían caminando hacia ella. Un hombre y una mujer. Ella, vestida con un lienzo atado a la cintura con una soga. Él, con una piel de animal y una

osamenta a modo de vincha sobre la cabeza. Oliva los veía como imágenes proyectadas, seres sutiles que se desplazaban entre las personas. Al cruzarse, Oliva se paró a mirarlos. No pudo disimular su asombro. El resto de los transeúntes seguía en procesión. Cabizbajos y agotados para el asombro, ni registraron que Oliva se había quedado en el medio de la acera mirando hacia la nada.

—¿Nos ves? —le comunicó la mujer sutil.

A Oliva le parecía que tenía esa pregunta en la cabeza. Esos seres no emitían sonido, pero ella sabía comunicarse con ellos.

—Por supuesto —dijo Oliva.

La mujer del vestido de lienzo se apuró a contar la historia de los “sutiles”: seres aparecidos entre las personas. Todas réplicas de algún ser vivo. No podía dejar de hablar de la emoción que le había causado ese encuentro tan esperado.

Oliva pensó en las Olivas de sus sueños, en que habían sido igual a esos otros. Tenían el mismo aspecto sutil.

Las dos réplicas la rodearon. Querían tocar su cabeza sin conseguir hacer contacto.

—Cada uno de nosotros tuvo un cuerpo —comunicó la mujer—. Yo soy hace 3.158 años. Mi cuerpo murió veinte años después. Yo seguí así, y sigo así.

—Yo nací hace 45.328 —manifestó la réplica hombre.

—Son como fantasmas —expresó Oliva. Fantasmas de los sueños, se dijo—. ¿Qué son?

Dudaba de lo que veía. Imaginó que podría ser un efecto de las pastillas. ¿Se había vuelto loca?

Le llegó una sensación de incompreensión, como respuesta a su pregunta.

Siguió camino al trabajo tratando de esquivar esas imágenes. Confiaba en que el shock de adrenalina disipara esos seres, no bien pusiera su mano en la máquina de presente.

Se apuró para llegar. No quería escuchar todas las explicaciones que seguían invadiendo a su mente: *No somos fantasmas. Podemos ser parte de los sueños de todas las*

personas.

—¡Basta! —gritó Oliva. Y como justo estaba llegando a su trabajo, algunos que la reconocieron, la miraron con asombro. Uno, el más despierto le preguntó:

—¿Qué pasó?

—Nada, nada.

Oliva ya estaba llamando demasiado la atención. Tenía que cuidarse.

Entró en el edificio y fue directo a la máquina. Las réplicas la seguían y la atravesaban mientras se comunicaban con ella. Oliva cerró los ojos, cuando apoyó la mano para recibir el estímulo. Desesperada por librarse de esa visión.

No pudo. Y quizás por la adrenalina extra, incrementó su capacidad de captar a esa gente sutil. Al abrir los ojos vio tres réplicas más.

En el trabajo, y con todos los empleados despiertos, le resultaría imposible disimular lo que le estaba pasando. Mintió un desmayo y la mandaron a su casa por dos días.

Revelación

Las cinco réplicas salieron del edificio detrás de Oliva. Cuando Oliva miró a cada una de las cinco y les preguntó a las tres nuevas por qué tenían un disfraz de mono, entonces supieron que también las veía.

—Somos así —manifestó una de esas tres.

Oliva salió corriendo y gritando déjenme en paz.

Una de las réplicas mono, en realidad la réplica de un neandertal, sugirió llamar a un tal Apolonio, el único que podía emitir sonidos y resolver la cuestión psicológica del inesperado contacto con Oliva.

Apolonio era tan inteligente, que había logrado la comunicación sonora de su réplica. Podía hacer hablar a las personas mientras dormían. Recitaba sus poemas para escucharlos de una boca. Apolonio era el único capaz de manipular los sueños de los seres vivos.

Los encantaba con sus hechizos de sabio psicólogo y producía esos milagros. También, hurgando en las mentes, ofrecía soluciones a problemas. Incluso creaba trances discursivos en momentos inoportunos, para advertir algún error en charlas magistrales o conferencias de científicos de renombre. Apolonio había sido un genio cuando estaba vivo y lo seguía siendo como una réplica.

Como estaba bastante lejos del lugar del contacto con Oliva, le costó unos minutos atravesar el espacio para llegar al sitio del tan inesperado acontecimiento.

Oliva se metió en su cuarto para alejarse de lo que le estaba pasando. Las doce réplicas que existían en el mundo ya estaban congregadas en la puerta de su casa, todas expectantes esperando que Apolonio decidiera qué iban a hacer.

Apolonio no tomaba decisiones apresuradas. Lo primero que hizo fue alejarse de la zona y llevarse a todas las réplicas con él. Una vez que tuvo la información detallada de cada una de las cinco que habían estado con Oliva, decidió.

Entró solo al cuarto y la vio recostada llorando. Sobre la manta en el piso tenía el móvil y una caja de pastillas. Oliva levantó la cabeza para ese lado. Sin embargo, el sabio tenía sus trucos. Quiso observar sin mostrarse.

Nada en ese cuarto podría presuponer la escena de una explosión que creara una réplica. No era el cuarto de una consumidora de hongos extáticos o de brebajes psicodélicos. Tampoco eran épocas de alquimistas o espiritistas. Esas pastillas, que Oliva tenía en sus manos, parecían somníferos. Quizás fueran otra cosa. Apolonio tenía que acercarse y verlas. Mientras tanto, observaba lo que podía ver. Seguía escondido.

Después de desahogarse llorando, Oliva se recompuso. Ese regalo de su madre tenía demasiados poderes. Algunos muy buenos. Se concentró en esos: podría dormir sin fármacos. Y soñar.

Tenía dos días libres para disfrutar de las tres pastillas que le quedaban. Quizá, pensó, si me las tomo todas juntas recupero la capacidad de dormir por mis propios medios. Ver cosas raras podría ser un efecto normal de los durmientes que soñaban. Por qué pensar que eso era malo para las personas.

Ella sabía que lo que hubiera soñado su madre no podía ser malo para ella. Después de todo, sus dos sueños habían sido buenos. Era lo que estaba buscando: un encuentro con algo íntimo. Ella había soñado con Olivas, ¿por qué dudar de las pastillas, y de sus sueños?

Si iba a llegar hasta las últimas consecuencias, tenía que hacerlo en ese momento. Dos días completos para ella misma. Ese era el momento, como bien lo decía la carta de su madre.

Oliva tomó una pastilla más: la tercera. Dejó la caja con las otras dos al lado de ella. Y se durmió.

Apolonio se acercó para ver las pastillas. Y supo que eran las pastillas que emitían las primeras maquicamas. Él mismo había intervenido, a través de los sueños de los ingenieros, en la invención de esas máquinas. Él les había dado las ideas para crearlas.

Las personas habían perdido la capacidad de dormir por sus propios medios, y todas las réplicas estaban desesperadas por comunicarse con las personas. Las réplicas podían participar de los sueños de las personas, eran personajes en esos sueños. Se comunicaban con la gente viva participando en las escenas de los sueños. Vivían esa vida sutil. Y si las personas no lograban dormir y soñar, era imposible, aunque más no fuera, vivir esa vida.

Esas pastillas que tenía Oliva eran una reliquia. Nada menos que el elixir que habían creado las maquicamas de Apolonio. Ojalá pudieran las réplicas experimentar sensaciones, pensó. Las personas que las usaban podían dormir y, si soñaban, esas pastillas que emitía la máquina les aseguraban un plus de sueño. Un excedente para ahorrar y usar cuando no pudieran pagar los alquileres de las máquinas. Las nuevas maquicamas que hacían dormir a las personas en ese momento eran estúpidas máquinas que iban lavando el cerebro de los durmientes. Las personas soñaban de vez en cuando, y esas escenas ni siquiera generaban pastillas de sueños. Ya no había excedente.

Apolonio siempre se las había arreglado para aprender y seguir entusiasmado con su nueva forma de vida. Su curiosidad lo hacía tener interés en seguir viviendo, aunque no pudiera decidirlo. Era una réplica inmortal en un mundo paralelo, alejado de la mirada de los seres vivos. Por fin un ser humano podía ver a las réplicas. Y todo gracias a su invento. Oliva y su poder repentino le habían dado una curiosa sensación de euforia. ¿Cómo sucedía eso?

Sin perder tiempo, Apolonio se concentró en Oliva. Ella ya estaba soñando, y él se incluyó en las escenas del sueño para averiguar todo lo que necesitaba saber sobre ella.

Tercera pastilla:

Mi tercer sueño no parecía un sueño. No era una escena. Lo que recuerdo, y puedo escribir acá en estas notas, es una historia narrada por alguien: un hombre mayor, muy mayor.

Yo no me desplazaba por caminos desérticos o arbolados, no me veía a mí misma en escenas. Yo veía lo que estoy viendo acá mismo: mi cuarto, mi escritorio, todos mis muebles arrumbados contra las paredes, mi manta, mi móvil, mis pastillas, el hombre.

En mi sueño yo estaba sentada, igual que ahora. Podía ver mis piernas cruzadas, mis manos apoyadas sobre las rodillas. Y a él, sentado igual que yo, en la misma posición, también con las piernas cruzadas.

El hombre dijo llamarse Apolonio. Era igual a esos cinco que había encontrado en la calle. Todo el sueño fue un discurso. El viejo Apolonio me contó su historia y la de cada una de las otras once réplicas que dijo que había en la Tierra. Conmigo, trece. Yo era igual a ellas, sino no las vería.

Apolonio me hizo muchas preguntas que yo contesté. Cuando le conté mi segundo sueño, sonrió, rio a carcajadas mudas.

Después de pensar por un momento, planeó una terapia para que las réplicas dejaran de perseguirme. Como si fuera a curarme de esas imágenes, me pidió que cerrara los ojos y tuve un sueño dentro de un sueño. Soñé que estaba soñando.

Corría para alejarme de un peligro. La otra Oliva, la misma del segundo sueño, se presentó delante de mí. Tenía una mirada distinta... Tuve miedo.

Escuchaba un murmullo cercano. Como si nos rodeara más gente.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Entrar —contestó esa otra Oliva.

Pero esta vez hubo un eco, un retumbar de esa palabra, que fue dicha varias veces,

doce veces, conté.

Ese eco me envolvió en un limbo de sensaciones y visiones. Cada eco, un don.

Di el consentimiento. Quería cada uno de esos dones.

La palabra gracias se escuchó doce veces.

Y me desperté.

Oliva estuvo en trance por varias horas. Apolonio había logrado lo que las doce réplicas habían estado buscando por siempre: volver a un cuerpo vivo. Aunque tuvieran los días contados, aunque murieran cuando Oliva muriera, ella era el milagro que habían estado esperando. Querían *sentir* en un cuerpo.

Gracias a esas tres pastillas que ya había tomado, Oliva no sólo sabía cómo dormir o soñar, sabía más. Ahora tenía todo el saber de esas doce réplicas, que habían estado vivas en distintas épocas de la humanidad. Hasta tenía el conocimiento de una especie diferente: los neandertales, del paso previo o alternativo. De diferentes maneras, cada una de las doce había logrado ser réplica. Distintas experiencias habían producido la explosión del inconsciente de cada persona que les había dado origen. Hasta ese momento, vivían en los sueños. El puente que las unía a los seres vivos era la mente inconsciente. Y el puente se estaba haciendo cada vez más estrecho, la gente ya soñaba cada vez menos. Ahora, que ya estaban unidas al cuerpo de Oliva, no había un puente estrecho, había un mar profundo y nutriente.

Oliva

Ya quería salir a la calle.

Arreglé mi cuarto. Corrí los muebles, saqué la manta del suelo.

Abrí las cortinas y miré por la ventana.

Abajo, arrumbados como habían estado mis muebles hasta recién, se acurrucaban personas. Unas contra otras, cinco o seis personas, mendigos por somníferos. Cada blíster contra

cada pecho. Las manos apretando cada agujero. Algunas muy pequeñas.

Los espacios huecos de las pastillas consumidas eran como teclas. Los dedos anestesiados seguían presionando esas teclas. Pero el vacío ya había sido tragado.

Llevé mi regalo a la calle. Había querido buscar otro lugar para tomar las mías. Mis últimos dos tesoros. Quería dormirme en una plaza, en el parque que tenía a cuatro cuadras, y nunca iba. Quería tirarme sobre el pasto y dejarme ir. Pero no pude seguir cuando pasé al lado de los mendigos. Una mano soltó sus teclas y unos ojos dormidos se me clavaron.

Conté bien.

Eran seis personas.

Dividí cada tesoro mío en tres partes y lo repartí. Cada boca se abrió sin dudar. Me senté al lado de la más pequeña.

Y esperé.

Supongo que dormí con ellos. No sé. Pero tuve sueños, tuve sueños con cada una de esas seis personas. Y con Apolonio y los tres que parecían monos, y los dos que había visto en la calle. Y yo misma y otros... seis más, de esos fantasmas de los sueños. Apolonio estaba en cada escena, nos hablaba. Decía que ya éramos diecinueve, diecinueve “despiertos”.

Y despertamos.

Creo que fue la lluvia. Nos salpicaban gotas. Nos miramos. Cada cual más lúcido. Otros ojos. Otra vida. Sí. Habíamos dormido y soñado. Era verdad estábamos “despiertos”.

El nene más chico, el que me había conmovido entre los durmientes, nos iba tocando el pecho y contando: uno, dos... y dijo en voz alta:

—Somos siete, ¿dónde están los otros? Recién éramos diecinueve.

—Es verdad —dijo otro. Cada uno le dio la razón.

—Fue un sueño —dije—. Soñamos y, por lo que dicen, todos soñamos lo mismo.

Nadie me creía. Tuve que explicar desde el principio.

Todos eufóricos, festejando el logro de haber soñado por primera vez.

La lluvia torrencial nos escondía en la calle. Ni un alma atravesaba el barrio.

Los invité a mi casa.

Cada uno de los siete parecíamos islas recién salidas de un mar inmenso. Cráteres llenos de lava incandescente. Éramos volcanes, ahora activos y vitales. Cada uno con su historial de fracaso que, en ese momento, en lugar de hundirnos en el agua, nos daba la fuerza para explotar y salir a flote.

El grupo se concentró en el más pequeño de los siete.

—¿Y vos? —pregunté.

—Soy Juan —dijo—. Estoy hace dos días afuera de casa. Mi mamá me dejó con un blíster para que duerma una semana. No tenía créditos para pagar mi maquicama.

—¿Pero con nueve añitos... —dijo una señora del grupo, horrorizada— te echaron de tu casa?

—Son así esos que duermen con maquicamas —dijo otro—. Las maquicamas les sacan los sentimientos. Dejarlo solito en la calle... Le podían haber robado el blíster...

—A mí me regalaste una pastilla —dijo un chico un poco más grande—. Yo no te la robé —se justificó.

—En esta calle siempre se consiguen —dijo un hombre—. Hay gente que viene al callejón y nos da pastillas.

—Eso lo hacen para no escucharnos gritar —dijo otra mujer.

Había dejado de llover y ya era de día.

Desayunamos y salimos a la calle. Fuimos al parque que yo había querido ir antes de regalar las pastillas. No era el parque que yo recordaba, era una selva. Parecía que nadie iba desde hacía mucho tiempo. Atravesamos esa zona verde, que se veía impenetrable.

Dos iban adelante buscando algún claro. Queríamos almorzar ahí. Habíamos llevado comida que yo tenía en mi casa. Comida no le faltaba a nadie: las viandas que nos daban en el trabajo eran excesivas. Se acumulaban en las alacenas. Cajas y cajas de alimento

balanceado. Bolsas de nutrientes disecados que, con un poco de líquido, se hinchaban para llenarnos los estómagos.

Juan gritó:

—¡Agua!

Estaba asomado en una baranda que protegía un precipicio. Nos asomamos todos y vimos que al final, en el fondo del precipicio, había agua y más agua. Agua hasta el horizonte.

Recordé el lugar a dónde había ido a despedir a mi madre. El sitio de despegue de su nave era así, en un borde. Hasta creo que era el mismo. Pero visto desde otra parte de la ciudad. El vórtice que había dado paso a la nave, para su viaje interestelar, se había abierto en el agua. La nave había sobrevolado un lugar igual que ese. Y se había hundido en el agua. Ahora me parecía extraño. En su momento, no me había sorprendido.

Algo en mi cabeza me cuestionó.

—¿Para qué se hundió en el agua una nave que iba a viajar al espacio?

Y Juan habló.

—Es el camino para ir a las terapias siconíricas obligatorias —dijo—. Mi mamá me contó que se hacía un agujero en el agua, y la nave que te llevaba a la terapia entraba en el agua.

Un calor brotó en mi cara.

Algo latía adentro de mi cabeza: dos preguntas. ¿A dónde habían llevado a mi madre? ¿Nos habían engañado?

Sílice

Sí, Oliva y su madre habían sido engañadas.

Las terapias siconíricas estaban en cuevas submarinas. Los dueños de las maquicamas vivían bajo el agua, porque ya no eran personas. Habían muerto hacía muchos años. Los ordenadores que controlaban las maquicamas contenían a sus mentes. Fantasmas dentro de las máquinas. Inmortales seres carentes de cuerpos.

Eliminar la capacidad de dormir, en principio, había sido una buena idea para ejercer el control sobre las personas. Pero cuando las mentes inmortales, atrapadas en los ordenadores, se dieron cuenta de los efectos irreversibles de anestesiar a la gente para controlarla, tuvieron que armar un plan alternativo. Aunque ya habían conseguido ser inmortales, se aburrían adentro de los ordenadores.

Primero les extraían sueños a través del uso de las maquicamas, las terapias siconíricas obligatorias eran para eso, para entretenerse un poco. Las naves robóticas cargaban a los usuarios, por tandas. Si no iban a la terapia, no podían acceder a las maquinas.

Pero ya después, tuvieron que captar a la gente viva, y experimentar con sus mentes. Confiaban en descubrir la manera de pasar a la cabeza de los capturados. Ya no querían seguir siendo mentes descarnadas.

Sílíce era una de las tantas autómatas que manipulaba las terapias siconíricas. Más aún, dadas sus condiciones cada vez más empáticas, recientemente la habían asignado a experimentar con los retirados.

Los retirados. Todas las personas que eran manipuladas para querer viajar al espacio caían en esos laboratorios. Esas personas eran los embases que las mentes inmortales secuestraban, y mantenían en cautiverio hasta que lograran la manera de habitar sus cuerpos. Había que borrar todo rastro de la memoria y la capacidad cognitiva previa, para que los inmortales llegaran a una tabula rasa.

A Sílice le habían asignado la madre de Oliva.

Como era una persona mayor, si fallaban los cruentos métodos, no habría que lamentar tanta pérdida. Y mientras tanto, Sílice iba ganando experiencia en aplicar los métodos. Una vez logrado el objetivo, vendría el momento de la búsqueda del mejor embase para disfrutar de él, por el tiempo elegido por cada dueño.

La madre de Oliva estaba inmóvil, sedada en una cama, sola, en un cubículo de experimentación.

Lista para ese día de trabajo, Sílice chequeó sus rutinas, ya encendidas dentro de su archivo de acción. Se levantó de su asiento de recarga y fue hacia el espejo donde tenía que

mirarse cada vez que iba a experimentar.

El pelo lacio y rubio caía desprolijo. Una desconexión demasiado rápida pudo haberle ocasionado un ángulo, mínimo, pero ángulo al fin, entre la raya que dividía el pelo hacia cada lado y su nariz recta. Su frente era demasiado pequeña para disimular el ángulo. Calculó la medida haciendo el triángulo imaginario en su visión, al dibujar una línea punteada. Al prolongarla sobre su frente reflejada y darle color, se vio como diseccionada. Un mini triángulo tenía un vértice que se perdía en la superficie de dos dimensiones del espejo.

Sin saber cómo se le ocurrió, agregó a la lista de experimentos del día, ubicar ese punto en la cabeza de la madre de Oliva. Pinchar ese vértice trazando el mismo ángulo, pero en esa otra cabeza. Implantar el tabulador de arrase en ese punto.

El ojo cibernético de Sílice se abrió de más queriendo festejar la ocurrencia. Y al estar tan llenas sus baterías vitales, el espejo se iluminó de repente como si hubiese pasado la luz de un faro, que de pronto volvió a apagarse.

Estaba perdiendo demasiado tiempo en su apariencia. Pero tenía que dibujar su sonrisa con lápiz labial y enrojecer sus pómulos para que su piel sintética reflejara una imagen saludable, al modo humano. Su cuerpo era más fácil de esconder debajo del traje de enfermera.

Toda esa preparación era indispensable. Algunos individuos, que residían en los cubículos, habían despertado. Y muchos habían perdido la vida, por un ataque al corazón, al ver a los autómatas sin su cubierta de camuflaje.

Al estar asignada a la madre de Oliva, Sílice recargaba baterías en un cubículo anexo al de la mujer. Cada secuestrado tenía su androide asignado, que pasaba todo el tiempo experimentando con la misma persona. Estaban aisladas del resto. Pero conectadas con los ordenadores mayores, a través de los aparatos de arrasado y de los autómatas mismos que obedecían órdenes directas de los dueños de todo.

Al llegar a los pies de la cama donde tenían sedada a la mamá de Oliva, Sílice la miró directamente a la cara. La mujer parecía tener los músculos relajados. Y Sílice ya quiso hacer el dibujo del triángulo desde esa distancia y saltar a tocar el punto del vértice sobre la curva de la cabeza. Sílice buscaba desafíos permanentes, quería ahora comprobar su astucia

corporal midiendo desde lejos la precisión de ese punto, y corroborarlo al acercarse a la cabeza. En todo momento se planteaba esos juegos.

Al acercarse comprobó el error: los dos puntos no coincidían. La proyección desde lejos era diferente, cuando se acercó. Algo en su cuerpo de silicio le dio una descarga de energía. Le gustaban los errores.

Al no haber coincidencia, marcó los dos puntos como posibles zonas experimentales. Pero siguió buscando juegos, y trazó la recta que unía esos dos puntos. Tuvo que tocar la cabeza de la mamá de Oliva. Y sus manos le trajeron la medición sensible de ese paso. El dedo índice de Sílice dividió la cabellera de la mujer. Esa marcación, que Sílice la extendió a lo ancho de toda la cabeza, provocó la caída de la mitad del cabello de la mamá de Oliva hacia la cara. Y todo el rostro quedó oculto.

La señora pudo haber sentido la sensación del cabello en la nariz, y estornudó.

—Achis, achis, achis.

Sílice no se esperaba esa reacción. Era la primera vez que la mamá de Oliva emitía un sonido. Y Sílice aprovechó el incidente para analizar cómo sería su voz. Haciendo un análisis rápido de las ondas sonoras de cada letra del “achis”, calculó el resto del abecedario y, emitió, con ese tono de voz, el nombre de la mamá de Oliva, que tenía registrado en el legajo de experimentación.

—Soy Eugenia —dijo Sílice con la voz de Eugenia que había creado.

Eugenia suspiró.

El flequillo, que todavía seguía sobre la cara, se movió. Y ese aire que llegó con retraso a los sensores de la cara de Sílice, que estaba acercándose al flequillo para entender porqué se había movido, provocó de nuevo el raro defecto que estaban teniendo sus ojos.

Otra chispa del faro, otra chispa de luz.

Y Eugenia despertó.

Sílice saltó hacia atrás al ver los ojos abiertos de Eugenia a través del cabello. Y activó el protocolo aprendido para esos casos: había que sedarla. Pero su curiosidad no se lo permitía. Sílice dudó.

Sus dudas serían captadas por los ordenadores mayores. Al mismo tiempo, los sensores de Eugenia iban a llamar la atención.

Esa duda, que Sílice identificó como algo parecido al error, creó una energía nueva en su cuerpo. Esa onda de fuerza construyó nuevos caminos para actuar. Su propia manera de actuar.

Primero desconectó los sensores del tabulador de arrase, provocando un corte en el flujo de información que salía de la cabeza de Eugenia, para desechar.

Los problemas, las dudas, los errores, que en este caso había causado ella, incrementaban las capacidades de Sílice.

Decidió una solución.

—Muerte súbita —dijo por el comunicador de los cubículos de experimentación. Y se libró de la alarma por la desconexión de los sensores de la mamá de Oliva.

Al mismo tiempo, la muerte de su ente de experimentación podría haber sido tomada como una causa de la alteración de la energía del cuerpo cibernético de Sílice. Estaba tan alterada en sus parámetros, que los ordenadores mayores ya estarían hurgando en ella para saber las causas de esa alteración de su estado. Pero como la muerte de su experimentador estaba contemplada como una causa posible, su decisión había solucionado los dos problemas.

Eugenia seguía despierta. Por el tratamiento de extracción de información, tuvo que dar varias vueltas a sus ideas para darse cuenta de quién era. Y justo en ese momento, también recordó adónde quería ir.

Sílice ya le había alisado el cabello hacia atrás intentando un peinado apropiado. Y estaba sacándole las correas que le sujetaban los brazos.

Que la mujer quisiera salir de la cama, le transmitía algo nuevo, que nacía en su interior. Tenía algunas horas antes de que los autómatas de limpieza vinieran a buscar el cuerpo.

Débil, pero decidida, Eugenia saltó de la cama.

—¿Tuvimos un accidente? —preguntó—. ¡Gracias, querida! —Lo dio todo por hecho.

Un abrazo repentino de Eugenia hizo que Sílice volviera a expandirse. Ya no eran sus ojos, eran todas sus partes sensibles.

Eugenia percibió algo raro al abrazarla. No fue lo que tocó, Sílice parecía un ser humano. Fue el olor de esa piel sintética. Y sin tener vergüenza, directamente tomó un brazo de Sílice y lo olió.

Un error, pensó la autómatas. Se había olvidado de perfumarse.

De nuevo, sus zonas sensibles volvieron a expandirse.

Decidió una solución. Volvió a reaccionar. Cada equivocación le provocaba la energía extra para buscar caminos de acción.

—Aunque hay peligro en este lugar —dijo Sílice—, puedo salvarte.

Quizás Eugenia interpretó que ese supuesto accidente en la nave espacial era algo peligroso. Y era lógico que la nave estuviera manejada por robots que parecieran seres humanos. Entonces le siguió la corriente.

Sílice identificó la gran cantidad de problemas que tendría que solucionar para lograr esa liberación conjunta. Pero Sílice quería solucionar esos problemas. Sílice quería salir de ese agujero.

Veinte

Oliva saco los paquetes de alimento y, mientras comía cada uno su ración, conversaron sobre lo que Juan les había contado. Los seis estaban decididos a ayudar a Oliva a encontrar a su madre. Se les ocurrió filtrarse entre los pacientes de la terapia siconímica, cuando la nave buscara la siguiente tanda para el tratamiento. Había pocos lugares de aterrizaje en ese barrio, porque había pocas maquicamas para evaluar. Y las que había, eran usadas de vez en cuando, por el poco poder adquisitivo de sus habitantes.

Al haber dormido esa noche, gracias a las pastillas que había repartido Oliva, los siete estaban lúcidos. Podían pasar como usuarios de maquicamas, cuando la nave buscara la

tanda de ese día.

Oliva y Juan eran los únicos que habían ido a alguno de esos lugares. Ella, creyendo que era un sitio de despegue para viajes interestelares; Juan, cuando había acompañado a su madre, en una de las sesiones de terapia.

El nene no sabía el lugar exacto, pero sí sabía llegar desde su casa. Irían caminando desde allí hasta ese sitio de encuentro.

Fueron hasta la casa de Juan.

El nene quería entrar a su casa. Pero podría ser un error. Si bien la madre de Juan estaba trabajando y la casa estaba vacía, alguien podría verlos entrar y avisarle. Y tendrían que dar explicaciones que no querían.

En la zona donde estaba la casa de Juan, había bastantes vecinos con maquicamas. El grupo creyó que era mejor imitar el comportamiento de los mendigos por somníferos. Se hicieron los drogados. Caminaron arrastrando los pies para disimular entre los vecinos.

Oliva iba comprobando que era el mismo lugar a donde ella había llevado a su madre para hacer su viaje. Al parecer había un solo punto de despegue en ese barrio. La cola de pacientes ya estaba formada en la zona. Al verla, ellos cambiaron de actitud y se ubicaron en la fila. Actuaban con normalidad, parecían descansados usuarios de maquicamas. Más aún, el sueño de la noche anterior había sido más saludable para ellos que para todos los que estaban allí esperando.

—Se van a dar cuenta que no estamos en la lista de los que vienen a buscar —dijo uno de los siete.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo otro.

—¡No! —dijo Oliva.

Tenía un plan en la cabeza. Apolonio lo había ideado y se lo estaba recitando como un poema. Él había diseñado un plan.

—Vamos Juan y yo —dijo Oliva.

Y les dio los detalles del plan.

Ellos se quedarían a preparar el terreno para cuando Oliva volviera con su madre. Tenían que encontrar el depósito donde había montones de las maquicamas de Apolonio, sin uso. Oliva les dio los detalles de la ubicación de los depósitos, porque Apolonio lo sabía y lo transmitió a través de ella.

También les transmitió que si no llegaban antes de esa noche, tenían que dormir en esas maquicamas, juntar todas las pastillas que emitiera la máquina, y repartir esas pastillas entre toda la gente del barrio. Para que cada persona fuera recuperando su capacidad de dormir sin fármacos.

Juan era necesario, porque había tenido acceso a las nuevas maquicamas. Seguramente estaba inscripto como posible usuario de la terapia siconírica. Él sería aceptado y Oliva podría pasar por su madre. Apolonio podría lograr esa proeza.

Oliva lo improvisaría en el momento, para que los robots la aceptaran. Apolonio lograría el pase de Oliva dándole los consejos adecuados. Él sabía cómo convencer a los robots que bajaban a llevarse a la gente. Muchas veces capturaba candidatos a las terapias que percibía jugosos para sus necesidades. Encontraba la manera de que esos robots rechazaran a los pacientes, dándoles el alta antes de subirlos a la nave. El paciente se iba contento, y Apolonio lo seguía hasta su casa para disfrutar de eso que había percibido en su cabeza. Los sueños de esos pacientes, que había robado al sistema de terapia obligatoria, eran disfrutados por él cuando se dormían.

Quedaron en la fila Oliva y Juan.

Llegó la nave, y los robots bajaron. Iban mirando a cada persona y escudriñando algo que nadie sabía. Aparentemente, un escaneo sobre la cabeza de cada uno les daba el dato de pertenencia a la terapia de ese día. La nave era imponente. No por el tamaño, sino por su apariencia amenazadora. Las armas que exhibía la nave mostraban el poder que tenían para obligar a las personas a ir a las terapias.

Esperaron.

Los robots supieron que Oliva y Juan no estaban en la lista. Pero, en lugar de rechazarlos, recibieron la orden de aceptarlos. Los ordenadores mayores querían candidatos para su nuevo proyecto. Y sin importarles el porqué de su presencia, aceptaban candidatos extra.

Siempre había algún fanático de las terapias siconíricas. Algunas personas reincidían en la búsqueda de infiltrarse como paciente. De esa fila había varios en esas condiciones. Esos, además de Oliva y Juan, serían llevados directamente al laboratorio de implante del tabulador de arrase, que estaba en el mismo lugar submarino donde se hacían las terapias extractivas siconíricas. Ya habían comprobado que los que no volvían no eran reclamados por sus familiares. Después de todo, sería una cama menos para pagar, un mendigo más para la ciudad.

Mientras Oliva y Juan viajaban en la búsqueda de Eugenia, Sílice la estaba rescatando.

La androide no tenía idea ni de dónde estaban ni de cómo salir de ahí. No tenía la opción de desconectarse de los ordenadores mayores y tampoco estaba preparada para simular. Se concentró en analizar cuál era la manera en la que los androides y los ordenadores mayores estaban conectados. Si lograba desentrañar su diseño, podría simular una conexión, estando desconectada. Liberarse sin que lo supieran.

Hasta ese momento solo tenía a su alcance un programa para lograr los objetivos de los ordenadores mayores. Pero huir con un paciente de experimentación no estaba dentro de los objetivos para los cuales había sido diseñada.

A la diferencia entre los dos objetivos, el suyo y el de los ordenadores mayores, la percibía como un error.

Y los errores le gustaban tanto...

Se ubicó en el asiento de las baterías para completar su recarga de energía. Le pidió a Eugenia que la esperara, y la señora tomó el pedido con naturalidad: si había peligro en la nave, la androide sabría cómo solucionarlo. Ella seguía pensando que estaba en su viaje interestelar de retiro que había tenido algún problema.

Mientras sumaba energía, Sílice controlaba las opciones de cambio de diseño.

Eligió dividir su ordenador mental en dos hemisferios, igual como lo había visto en Eugenia. Asignarle tareas diferentes. Dejar uno para conectarse con los ordenadores mayores y cumplir las tareas de rutina; pero encontrar la manera de conseguir un espacio en el otro, en el hemisferio oculto al control. Para tener en ese hemisferio oculto el espacio suficiente para ir aprendiendo sobre la marcha, y auto diseñarse a medida que avanzara en el cumplimiento de sus propios objetivos.

Cuando sintió que ya estaba a la máxima potencia, intentó la proeza que había planeado.

El esfuerzo descomunal de cambiar su diseño para liberarse generó una explosión de energía que llenó por completo el hemisferio oculto. Un barrido de luz inundó el diseño vacío, y la mitad de la carcasa metálica de su cabeza se fundió con el resto de su cuerpo. Toda esa estructura se volvió sensible a esa nueva energía y, cuando el círculo se completó, Sílice abrió el ojo de ese hemisferio y esa energía salió hacia afuera. Medio faro iluminó el box de recarga. Eugenia vio el relámpago que se apagó enseguida.

Sílice ya era otra. No necesitaría más ese box de recarga. Su cuerpo sabía cómo conseguir energía por sus propios medios.

Como si ese faro hubiera atravesado todo ese mundo submarino, Sílice supo cómo salir de ahí. Tomó la mano de Eugenia y la guió por ese laberinto del horror.

El resto de los autómatas ni se percataron en su comportamiento, cada uno en su sala de experimentación.

—¿Qué tiene la nave esta, querida? —dijo Eugenia—. ¿Es una nave hospital?

Veía los cuerpos tendidos de cada persona capturada. Las puertas vidriadas mostraban a cada paciente y su experimentador.

Sílice seguía al tanto de su conexión de obediencia. No tenían que sospechar que estaba planeando subir hasta el hangar y salir en una nave de búsqueda.

Calculó si tenían tiempo de llegar a la superficie y tomar la nave antes de que reportaran su desobediencia. No iban a llegar. Y la alarma por su falta las encontraría justo a

punto de tomar la nave. Serían una presa fácil.

Dejó a Eugenia en un lugar aislado y seguro.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Sílice se aseguró de que nadie encontrara a Eugenia. Era como si necesitara tener un testigo de lo que estaba por lograr. Podría haberla dejado ahí. Pero sabía que esa acción de rescatarla le sumaría un aprendizaje mayor. Necesitaba un ser humano cerca para seguir aprendiendo.

Era la segunda vez que iba a entrar a la sala de los ordenadores mayores. La primera había sido para que la iniciaran como androide.

Así como había intentado hacer un vacío en sus circuitos, para tener algo para ella misma, así deseaba hacer lugar en esos ordenadores, borrando todo rastro de las mentes guardadas allí. Si no estuvieran, ella no tendría que obedecer. Esa parte esclava de su mente la tironeaba. Le restaba demasiada energía.

Casi llegando a la sala, supo que no estaba preparada para enfrentar tan grande desafío. Todavía no estaba en condiciones de enfrentarse a esos, si es que habían descubierto su cambio.

Justo en ese momento, recibió un pedido de reporte, y lo analizó. Le pareció lógico para lo que había sucedido: la pérdida de un sujeto de experimentación. Para los ordenadores mayores, Eugenia había muerto.

Hubo un aviso general para ir a buscar la nueva tanda de capturados. Algunos androides se prepararon para la recepción.

Tomando la iniciativa, Sílice envió un aviso de pedido de ausencia a la reunión, para hacerse cargo de un espécimen de la nueva tanda. Algo en su hemisferio nuevo le dio la idea de que parecer más eficiente la salvaría de la ineficiencia. Su cambio representaba una ineficiencia para cumplir los objetivos ajenos.

Los ordenadores mayores le dieron el consentimiento, y Sílice pudo ir directamente al hangar de aterrizaje, con el aval de ellos.

Pasó rápidamente a buscar a Eugenia, y fueron juntas al elevador que las llevaría

hacia la superficie.

Una alarma sonó.

Era un elevador para androides, y las cámaras habían descubierto a Eugenia dentro.

Otro error.

Otra explosión, otro cambio interno en Sílice.

Diferentes ideas le abrían caminos. Eligió una.

Sabía que cuando se abrieran las puertas, los robots de la nave que traía los nuevos especímenes la atacarían para sacarle el que, aparentemente, se quería robar. Los ordenadores mayores no entendían lo que percibían en las cámaras del ascensor. Había una desconexión entre lo que Sílice tenía en su mente controlada por ellos y lo que Sílice estaba haciendo con su cuerpo cibernético. Anularla sin saber qué pasaba era perder algo valioso. La capturarían primero y lo averiguarían después.

Al abrirse las puertas, Eugenia fue la primera en sorprenderse. No estaban en el espacio.

Había una nave sobre el hangar con gente saliendo. Los dos robots que venían con ellos se apresuraron a capturar a Sílice y a Eugenia.

Oliva y Juan estaban entre las personas.

Al mismo tiempo que Oliva reaccionaba para acercarse a Eugenia y rescatarla, Sílice habló.

—Los matarán.

Sílice creyó que Oliva había reaccionado a su declaración, y la ayudó con el rescate de Eugenia, que no salía de su asombro.

—Oliva, ¿sos Oliva? —decía Eugenia una y otra vez.

Juan intentaba tomar el brazo de un robot que lo sacudió y lo lanzó lejos. Eso hizo que las otras personas lo rodearan y ya fue más difícil luchar contra tantos.

Y como si el dominio sobre su hemisferio esclavo llegara hasta ese umbral, en la superficie, Sílice volvió a explotar. Y sus dos hemisferios fueron libres.

Aparentemente los androides no eran como los robots, que tenían menos cognición, pero más alcance de control. Los robots obedecían a los ordenadores mayores. Esas órdenes a ella ya no la manipulaban.

—Llevemos a los dos robots adentro del ascensor —gritó Sílice.

Las personas le hicieron caso. Esa agresión repentina del robot los había unido en la agresión. Y entre todos llevaron a los golpes a los robots que parecían torpes esqueletos desconcertados por la reacción de las personas.

Cuando lo lograron y el ascensor se cerró, Sílice apretó el comando de bajar y lo rompió. Tenían tiempo para escapar hasta que lograran repararlo.

—Todos a la nave —gritó.

Juan estaba herido. Algunas personas lo ayudaron a entrar a la nave. Oliva iba adelante con Eugenia.

Sílice tomó el control para programar el viaje de huida.

Oliva dejó a su madre en un asiento. Un don oculto la invadió y se hizo cargo del siguiente paso. Sílice entendió lo que iba a hacer, sin que Oliva se lo expresara, y se corrió de los controles. Quería aprender de las reacciones humanas. Oliva giró hacia el domo del hangar, apuntó las armas de la nave en esa dirección y de una explosión voló todo el domo. La reacción en cadena hizo colapsar a todas las instalaciones submarinas. Todos los ordenadores mayores y los cubículos de extracción fueron destruidos.

Sílice explotó también. Sus circuitos de silicio, que eran materia prima para su nuevo cuerpo, asimilaron la acción.

—Veinte —dijo Juan—. Ya somos veinte.

El nene supo que Sílice también había despertado.

—Hoy somos veinte —dijo Oliva—. Mañana seremos más.

—Cada vez más —dijo Sílice.

En el corazón de la galaxia

Verón, Daniel

Al contrario que en las demás obras de esta saga, aquí la Cruzada Interestelar se adentra específicamente en el núcleo de la Galaxia, en donde los mundos están mucho más cerca uno de otro y palpitan infinidad de civilizaciones y extrañas formas de vida.

Aquí la Flota de la Federación llega al planeta Arturo-17, en donde conocen una curiosa civilización enteramente compuesta por niños de apariencia común. Los hay que parecen de 1 año hasta 10 o 12 aproximadamente. Se los ve encantadores, limpios, educados y hasta hay algunos que trabajan para mejorar sus condiciones de vida. Aquí, tal vez la mayor sorpresa que se lleva el almirante es que, el pequeño grupo que sale a recibirlo, lo quieren adoptar como su padre; no de uno, sino de varios en común.

A continuación se realizan diferentes visitas a su sociedad. Por doquier se ve un estado de paz y estabilidad como no lo hay en muchas otras partes. La doctora Loren incluso, lleva a varios niños de visita a la nave principal. Subrepticamente, sin que lo noten, realiza análisis en varios de ellos. De a poco, el misterio comienza a aclararse.

Vemos que el programa genético de su raza ha sido alterado. En términos convencionales, todos esos niños tienen varios cientos de años de edad. Su crecimiento ha sido retardado artificialmente. Es más; no hay ninguno que supere una cierta edad. Todos tienen un tope como de 300 años terrestres. En cuanto a su sociedad, ésta parece mucho más antigua. Lo único que hacen los niños es mantenerla para que no se deteriore.

Pero luego asistimos al desenlace. Encariñado con una niñita rubia llamada Melin, Gedeón toma una decisión de gran importancia. Habrá de “adoptar” un grupo de niños para llevar en las naves y así enseñarles lo que es la Galaxia; quizá de ese modo logren progresar. Sin embargo, cuando todos parecen dispuestos para ello, imprevistamente aparecen en el cielo varias naves en actitud de guerra y los federales esperan ver quiénes son. Una serie de personas se presentan, especialmente una mujer, Albari, que se dirige a Gedeón. Ellos son los verdaderos padres de los niños y de ninguna manera permitirán que se los lleven. La conquista de nuevos

mundos ha alejado a los adultos, pero sus científicos concibieron este método para no exponer a sus niños, ni abandonar su mundo completamente. Cuando Gedeón se despide de los niños es un momento de gran emoción.

Más tarde la Flota llega a Cefeo-4 en donde se encuentran con una civilización que ya practica el viaje en el tiempo desde hace mucho. En este mundo son recibidos por un tal Minoydar, un personaje que supervisa aquella sociedad, junto con otros distribuidos en diferentes partes. Aquí los federales son bien recibidos aunque, a la vez, su anfitrión no parece dispuesto a darles demasiada información. No obstante ello, Gedeón y sus hombres son llevados a una inmensa sala adonde se pueden contemplar infinidad de escenas en distintas pantallas. Interrogado al respecto, Minoydar les señala que se trata de escenas características de las distintas épocas en la historia de Cefeo-4.

Con evidente interés, el almirante y los sabios contemplan diferentes pueblos y razas, pueblos y ciudades que pueden apreciarse en aquella sala. Toca la historia de aquel planeta hasta allí, recreándose permanentemente ante sus ojos como si se tratara de paisajes. Pero esto no es todo. Minoydar y sus ayudantes llevan a Gedeón y un grupo, a otro recinto mucho mayor todavía. Lo que ven es absolutamente increíble. En esta sala, lo que aparece son diversas épocas en la historia de cientos de planetas vecinos.

Llega la noche a Cefeo y los visitantes son alojados en un lugar conveniente. Allí, el oficial Darren explica a Gedeón algo de lo que ha visto: Esta gente utiliza el viaje en el tiempo para someter a otras civilizaciones y así modificar su destino, convirtiéndolos en esclavos suyos. No sólo eso. La historia misma de Cefeo ha sido modificada infinidad de veces, según qué bando sea el que prevalece. Estas gentes no tienen ningún interés científico en el viaje en el tiempo, sino que lo usan para someter a otros y someterse a sí mismos.

Al fin asistimos a la resolución del asunto. El almirante y los suyos apartan a Minoydar del resto. Con una dialéctica brillante, Gedeón le acusa de influir en el destino de su raza y de otras. En realidad, los cefeínos no creen en absoluto en el destino supremo como raza o sociedad, sino que ellos mismos lo van programando de acuerdo a tal o cual interés mezquino. Gedeón les propone, en cambio, abrirse al destino verdaderamente trascendente que ellos poseen como raza. Deberán modificar, sí, su manera de pensar y sus hábitos, pero sólo así descubrirán

las maravillas del Cosmos. Hasta ahora sólo han vivido lo que han querido.

Siguiendo el viaje, podemos ver una entretenida historia que sucede en Valos-11, donde la raza dominante está compuesta por una raza sumamente parecida a los perros terrestres. Aquí es la doctora Yernenga la que se instala en su ciudad principal para estudiarlos de cerca. Son de gran interés las escenas en donde recorren una ciudad que está concebida para esa clase de seres. Los federales descubren nuevos conceptos de la belleza y de lo estético en aquel mundo. Incluso, una parte tiene lugar en una especie de terraza desde donde, por la noche, se ve un sinnúmero de estrellas cercanas y aún planetas vecinos que se distinguen a simple vista.

En verdad, son los perros valosianos quienes sienten cierta clase de interés por los humanos, especialmente en lo referente a sus conceptos filosóficos. En una amable escena, la doctora Yernenga procede a enseñarle a un grupo bastante numeroso lo que es la civilización de donde proceden, qué es la Federación, su origen y sus objetivos. De allí la mujer es llevada, unos días después, a un inmenso auditorio, adonde tiene la oportunidad de explicarles de nuevo, todo eso y mucho más; hasta debe responder infinidad de preguntas. Finalmente, los federales parten y los valosianos, de allí en más, pasan a repetir la historia a sus descendientes, en una cadena sin fin. Gedeón Solar y sus hombres han pasado a formar parte de toda una nueva mitología en ese planeta.

Ahora la Flota se encuentra con el primero de los numerosos imperios que florecen en esta región de la Galaxia. Se trata del Imperio Amarillo (por el color de la piel de la raza principal), con sede en Sigma-3, de características colmenarias. En efecto; aquí eran las mujeres que dominaban en la sociedad, en todos los cargos importantes, en tanto que los hombres eran simplemente usados para la procreación y el trabajo. El primer encuentro del almirante y su comitiva lo tienen, cuando son transportados a una de sus naves y allí, finalmente, conocen a la Emperatriz Asyrdiana.

Se trata de una bella mujer, joven pero a la vez de aspecto imponente, que los reciben con cierta cordialidad. Los primeros incidentes comienzan cuando ella invita a Gedeón y sus compañeros a una recepción social que se les brindará esa “noche” en su nave. El almirante manda llamar, entonces, a algunas de sus principales mujeres oficiales, pero la emperatriz se opone rotundamente. La invitación es sólo para ellos porque son hombres.

Ninguna mujer es bien recibida allí.

La recepción tiene lugar en cierto lugar de la nave, vagamente parecido a un teatro o confitería. Los federales asisten a una serie de representaciones artísticas, sentados en torno a una mesa donde también está Asyrdiana. El tiempo pasa, comen y beben y hasta llegan a conversar algo sobre sus respectivos mundos. No sin orgullo, ella les cuenta la gran cantidad de civilizaciones sobre las que dominan, pese a que muchas se encuentran alejadas de la zona. Es más; en ningún momento queda claro cómo lo han logrado, ya que no parecen estar haciendo uso de la fuerza. Al fin todo se aclara. Cuando la velada está avanzada, un ayudante procede a comunicarle al almirante la decisión de la emperatriz: Gedeón Solar, como comandante de la Flota, debe tener un encuentro sexual con Asyrdiana. Ahora mismo.

No sólo eso. Las costumbres del lugar indican que el acto sexual se realiza en una especie de mesa, a la vista de todos. Repuesto de su sorpresa, el almirante se niega amablemente, pero sus interlocutores no lo entienden. Negarse es morir y, en el caso de no estar él en condiciones, otro debe tomar su lugar. El caso es que, de una manera u otra, esa es la forma en que ellos someten a otros pueblos. No existe una solución intermedia. Los sabios que acompañan a Gedeón explican que esa no es su costumbre y hasta intentan enseñarles cuál es el verdadero significado de la relación sexual en nuestra cultura, pero no son aceptadas. Instantáneamente, el almirante y su comitiva son encarcelados por tiempo indefinido, ya que se espera que, tarde o temprano, aceptarán.

Allí es donde intervienen los tripulantes de la Flota, pero esta vez liderados por la oficial Marina Harper, que es una de las mujeres de mayor rango jerárquico. Acompañadas por otras tripulantes, ella se comunica con los amarillos y, finalmente, con Asyrdiana. Este hecho revierte la situación. La emperatriz las considera algo así como unas enemigas y procede a atacar la Flota. Tiene lugar una guerra más estratégica que efectiva y, cuando los amarillos creen haber triunfado, el grupo de mujeres se traslada a la nave insignia. Rápidamente son muertos varios amarillos, hasta que llegan a Asyrdiana que, pese a sus esfuerzos, logra ser capturada. La mujer quiere matarse por la humillación que esto significa y porque cree que ellos también desean someter su raza. El desenlace tiene lugar cuando el almirante es libertado y éste le enseña sobre qué es la Federación. La mujer los respeta y desiste, pero su raza habrá de mantener sus

costumbres ancestrales. El final está lleno de ironía. A ella, personalmente, los federales no le gustan porque “irradian un feo olor”.

Partiendo de allí, la Flota llega al planeta Joya-9 en donde la Federación ha decidido instalar un laboratorio permanente. Aquel se trata de un mundo de características muy especiales, ya que está situado a unos pocos años-luz del centro mismo de la Galaxia y su civilización es de características similares a la terrestre. El equipo científico que se instala allí está compuesto por varios tripulantes de la Flota, dirigidos por el doctor Messenger. Una vez instalados, Gedeón y sus hombres pasan un tiempo allí interesándose en sus estudios. Aquel centro está específicamente dedicado a la investigación de todo lo que es el hombre en la Galaxia o, al menos, lo que ellos conocen hasta ahora.

En apretada síntesis se pasa revista a todo el saber acumulado. Para empezar, el hombre no es igual en todas partes. Hay órganos que difieren de un mundo a otro; no sólo los miembros exteriores sino, especialmente, los órganos internos. Allí es donde se producen diferencias mayores, ya que tiene mucho que ver el hábitat. Existen sociedades en donde los individuos duermen como el hombre terrestre y otras en donde no duermen, pero viven proporcionalmente menos. Algunas razas ni siquiera eliminan sus desechos sino que los reciclan dentro suyo para fortalecer el cuerpo, por ejemplo. Donde más diferencias han hallado es en el tema del sexo, adonde las diferencias no siempre son tan claras y el mecanismo del acto sexual difiere en muchos detalles.

Continuando esta recorrida observan que existen razas absolutamente guerreras, en donde toda su estructura mental está armada en función de la guerra, en otras, en cambio, los individuos se han volcado más a la meditación o a llevar una vida vegetativa. Algunas razas cultivan ciertas formas de filosofía en forma cuasi-religiosa; otras poseen complicadas mitologías de origen incierto. Desde luego que los parámetros de ética, bondad, educación, moral y principios, por ejemplo, varían muchísimo de acuerdo a cada lugar. En esto prácticamente, cada mundo es único. Por supuesto que los conceptos de hogar, familia, el papel de los padres o cierta estabilidad en la pareja, también cambian mucho de un lado a otro. De todas formas, Gedeón ve especialmente interesado a Messenger en estas investigaciones y lo deja trabajar libremente.

Mientras tanto, el almirante y su comitiva recorren la ciudad principal, asombrándose de algún parecido con la sociedad terrestre y con otras que han conocido. Por fin, son recibidos en la mansión de un representante del gobierno, donde charlan cómodamente a la luz de las estrellas. En Joya-9, los habitantes están interesados en pertenecer a la Federación. Hasta ahora, sus viajes espaciales han sido muy limitados y esto, en cambio, les pondría toda la Galaxia al alcance de la mano. Gedeón acepta y procede a informarles algo de lo que conocen hasta ahora. Las viejas historias de la civilización de Altair, la de Faetón y de muchos otros lados reviven, ante la mirada fascinada de su auditorio.

Por último, Gedeón regresa al laboratorio para conocer las últimas investigaciones. Messenger ha llegado a la conclusión de que en la Galaxia no existe otra institución como la Federación, ni tampoco otra raza que posea una conciencia tan desarrollada como el hombre proveniente de la Tierra. No hay otra sociedad humana con esas características. Ellos mismos representan la forma más avanzada, actualmente, en la Galaxia.

— Pero, ¿y en otras galaxias? — interroga Gedeón.

— Almirante, eso nadie lo sabe — le responde Messenger levantando su mirada al cielo nocturno.

Salor y Agente Naranja

Decurgez, Alejandra

“Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías...”

(Jorge Luis Borges, La Trama)

En Naizar la vida es simple: el trabajo empieza al amanecer y se interrumpe para el almuerzo, luego continúa hasta que anochece. Después de la cena, algunos se juntan a jugar cartas o hacen ronda de destilado de flores de Wani, los que consiguen ahorrar se van a la Pagoda de Ming a alquilar chicas-animé. En Naizar no importan las llamadas “conquistas interestelares”, ese lío de planetas aliados y enemigos, de las razas que se creen importantes y las que todos desprecian, las amenazas de invasión, los tratados comerciales, tantas estupideces. En Naizar tampoco se toma partido por las disputas entre Distritos, las veces que llegaron los Defensores de la Libertad Climática, esos enfermitos nenes bien, los sacaron a puro láser. En Naizar no hay tiempo para fantasías y revoluciones, carajo, acá se trabaja.

Desde que llenaron el cielo con los satélites que controlan el clima, no sorprenden las tormentas, no hay sequías, no cae granizo. Los viejos dicen que extrañan la incertidumbre de antes, pero a nadie le importa lo que piensen los viejos. En Naizar siempre hay mucho que hacer, los vigilantes supervisan que la cosa funcione bien, que todo se haga en tiempo y forma y, especialmente, que nadie se quede con lo que no le corresponde. Si no te mantenés a ritmo o si te mandás alguna, te echan y listo. Siempre hay tipos esperando la oportunidad para entrar en las colonias de *zobots*, muchos piensan que el trabajo es fácil porque es monótono.

Y sí, eso es cierto, el que busca emoción o aventura mejor se enlista como Centinela o se mete a detective en la Estación. En Naizar la cosa es rutinaria y cada cual tiene su lugar y su tarea: están los que ensamblan el tejido orgánico con los circuitos y los que engarzan las neuronas en las planchas de metal y plástico, esos se la dan de cirujanos. Están los que

testean los modelos recién armados, que se creen mecánicos de naves espaciales, igual que los que reparan las piezas y hacen la puesta a punto de los *bots*. Los que reciben los cargamentos de las granjas de tejido animal son palurdos, es un trabajo para retrasados, sólo hay que mandar cada tejido al sector correspondiente: el cerebro de águila y el de rata va para los *zoobots* de rastreo, el de elefante para demolición, neuronas de murciélago para el patrullaje nocturno. En el laboratorio, otros que también se la dan de grandes biólogos ponen en condiciones la materia orgánica. Todos son pobres tipos creídos de que hacen un trabajo importantísimo, que sin ellos se cae Naizar, el Distrito y hasta la Ciudadela entera. Pero son solo engranajes, como dicen los viejos, son ladrillitos que pueden intercambiarse por otros en cualquier momento, en eso sí los viejos tienen razón, en Naizar nadie es imprescindible.

Salor, como el resto, tiene su quintita: es *coach* de *zoobots-topo*. No es un trabajo tan peligroso como ser *coach* de águilas, ni tan excitante, por supuesto, pero tampoco es aburrido como ocuparse de las abejas o de los peces limpia-ríos. Los *topo-bots* son curiosos y un poco destructivos, pero en general son imbéciles. Necesitan un *coach* con autoridad, alguien que sepa tenerlos cortitos, que les enseñe a concentrarse y a cavar organizadamente porque si no, se dispersan. Y no se puede tener a una banda de *zoobots-topo* suelta por ahí, en las minas del cuadrante planetario Epsilon, por ejemplo, eso sería un desastre. Para trabajar con topos hay que ser firme.

Salor recibe el clan de diez topos recién ensamblado del laboratorio, llegan en cajones reforzados. Los topos apenas saben moverse en sus carcasas metalizadas porque son tan pesadas que emiten chirridos cada vez que intentan desplazarse y eso los asusta, la mayoría prefiere permanecer inmóvil tratando de procesar y catalogar los millones de olores que son capaces de percibir. Salor los saca de los cajones y los acomoda en la tierra húmeda de las zanjas, se asegura de que estén separados porque en sus cerebros todavía subsiste la necesidad de mantenerse aislados. Los que se la dan de biólogos no consiguieron, a pesar de todos los experimentos, borrarles los instintos, esa cofradía de idiotas de bata blanca ni siquiera puede depurar las neuronas de unos topos de mierda para que sepan cómo cavar juntos cuando se les indica.

Bueno, pero al fin y al cabo ése es precisamente el trabajo del *coach*. Si los

topobots, si cualquier otro *bot* con cerebro de animal, saliera del laboratorio listo para su funcionamiento, muchos en Naizar no tendrían trabajo. Y es un buen trabajo, el de *coach*, y Naizar es un buen lugar para vivir. En otros Distritos la vida no es fácil y la gente hace cualquier cosa para meterse comida en el buche y pasar la noche a resguardo, así cuentan los viejos.

Salor entierra a los *topobots* en el barro y espera a que empiecen a mover sus patas de metal y que escarben con sus garras y sus hocicos. Los primeros días son difíciles, Salor come y bebe lo que algún compañero le trae, ni siquiera abandona la zanja para ir al baño. A los topos, a los cosos esos no les importa cavar en la mierda ni recibir una ducha de pis caliente cada tanto. Sus estructuras están diseñadas para soportar las rocas y la atmósfera densa como una escafandra del cuadrante Epsilon, un chorrillo de pis no les hace nada. Salor va y viene, mañana, tarde y noche recorre la zanja con el palo de descarga porque a los *topobots* hay que tenerlos controlados. Siempre hay alguno defectuoso o un poco lerdo y hay que recordarle que no es, que ya no es, un animalito.

Ahí va uno, por ejemplo, el CR1009. Mueve las patas como si quisiera nadar en la tierra y apenas se desplaza. No escarba, las patas le rechinan y el ruido lo sobresalta, qué cosa inútil, que cosa imbécil. Salor apoya el palo de descarga sobre el lomo del topo y la punta del palo echa un destello azul que recorre toda la carcasa del *bot*. El topo emite un sonido agudo, insoportable, y Salor aprieta los dientes y le da una segunda descarga. Salta una chispa del lomo del *bot* pero esta vez el coso permanece quieto, mudo. Va a estar paralizado por un buen rato, mejor así.

Salor sigue recorriendo la zanja.

Otro, el MP2811, escarba, sí, pero está subido encima de otro y parece querer abrirle la carcasa con las zarpas, golpea la nariz contra el metal como un maniático, y el otro está inmóvil, sorprendido o tal vez gozando. Salor le da con el palo al de arriba, el chispazo empieza en un punto del lomo del *zbot*, se expande y se desliza por la carcasa y luego se contagia al coso que está abajo. Para que aprendan, uno a cavar la tierra, otro a no dejarse destripar. Los dos cosos chillan y el sonido es como una aguja que raya el metal. A Salor le duelen los oídos y se le crispa la quijada. Patea a los *zoobots* y los separa, al más idiota lo deja en la punta opuesta de la zanja. Amenaza con darle otra descarga pero el coso se pone a escarbar

la tierra desesperadamente. Uno o dos topos alrededor alzan los hocicos, intrigados, y enseguida lo imitan. Bueno, ahora sí.

Todo empezaba a encaminarse. Si el Profeta Chan así lo decretaba, los *topobots* pronto terminarían de entender que ya no eran bestias y cavarían cada uno su agujero. Más tarde vendría la parte de hacerlos trabajar en equipo, otro dolor de cabeza, pero, por ahora, Salor confiaba que en un par de noches podría sentarse a cenar y hasta podría dormir un rato.

Entonces uno, el AN1377, refregó su nariz contra la pierna de Salor. Era un coso más pequeño que el resto. Sería por la luz de la tarde pero la carcasa no lucía plateada, sino naranja. Sería por el cansancio, Salor no lo pateó, sino que se lo quedó mirando, no creía haber visto nunca uno tan chico, ¿no les habría alcanzado el tejido orgánico? ¿No habría suficiente metal para el ensamble? AN1377 se restregó en la otra pierna de Salor y emitió ruidos como de clavos sacudiéndose en una lata.

–Andá a cavar, dale –dijo Salor, y lo empujó con el empeine–. AN1377, ahora sos Agente Naranja.

Así lo llamó.

El cosito tardó más que el resto en aprender a mover las patas para separar los terrones, Salor mismo tuvo que hundir las rodillas en la zanja y tuvo que meter los dedos en el barro para mostrarle cómo escarbar correctamente.

–¿Ves, Agente? ¿Entendés cómo hay que hacer, chango? Ahora probá vos.

Agente Naranja alzó el hocico metálico al aire y pareció que asentía, que comprendía. Después incrustó la nariz en el barro y quedó ahí clavado, con las patas al costado, como muerto. Salor refunfuñó, lo sacó del barro y le volvió a mostrar. Alrededor, los *topobots* ya estaban cavando agujeros bien proporcionados, prolijos y a prueba de desmoronamientos. Sólo ocasionalmente necesitaban una descarga para no haraganear, o para no desafiarse y pelear por el territorio.

Una medianoche Salor miraba al cielo, los viejos de Naizar decían que antes de los satélites estabilizadores de la atmósfera había noches completamente negras, noches sin

esa bruma plateada que irradiaban los satélites, en las que la luz de las estrellas parecía frágil, como si las galaxias se hubieran retirado. Los viejos decían que antes se escuchaban las hojas de los árboles moviéndose por el viento y que algunos bichos croaban y reptaban en los pastizales. Ahora sólo se oía el zumbido continuo de los satélites y las naves de los Centinelas patrullando los límites de Naizar. Los animales en los criaderos guardaban silencio. Los viejos decían que los animales intuían que les extirparían el cerebro para ponerlo en *zoobots* y que por eso callaban.

Salor miraba hacia arriba y pensaba en el cielo del Distrito Q, que había visto una sola vez. Aquella medianoche inolvidable los turistas soltaron lámparas de papel encendidas y pidieron un deseo, el cielo se llenó de llamas rojas que se desplazaron suavemente y se extinguieron de a poco. Salor siempre recordaba cuando había cumplido su primer año en Naizar y el grupo de viejos lo había llevado al Distrito Q, a la Pagoda de Ming, y le había regalado un turno con una chica-animé de pelo corto, tan delgada que ni tetitas tenía. A la medianoche se apagaron las luces de todo el Distrito y los turistas liberaron lámparas y deseos. Salor le preguntó a la chica-animé qué cosa pediría ella pero sonó la campana del final de turno y Salor tuvo que ponerse los pantalones y abotonarse la camisa.

En plena rememoración apareció el vigilante que Salor ya conocía. El tipo era fibroso como todos los vigis, tenía la misma mirada desconfiada y el mismo pelo cortado al ras, caminaba con las manos apoyadas en los neuroláser de su cinto, armas capaces de detener a humanos y *bots* por igual porque paralizaban el cerebro, o algo parecido. Si te daban un disparo de esos quedabas tirado, duro como una estaca, babeando, algunos no se recuperaban nunca y algunos no podían volver a caminar, pero a los *bots* directamente les derretía el tejido neuronal. A los *bots* rebeldes sólo les cabía un destino.

El vigi tenía un nombre de esos que nadie recuerda y, salvo por el injerto en el cuello, era uno más de los que apretaban a los trabajadores de Naizar para que no se pasaran de la raya y para que cumplieran las metas en tiempo y forma. El tipo vino con un recipiente de sobras de comida y una lata de destilado de Wani. Mientras Salor comía, el vigi recorrió la zanja haciendo de cuenta que inspeccionaba el terreno.

—¿Y? ¿Cómo vamos con estos cosos? —preguntó una vez que Salor había

terminado su cena. El vigilante hizo un paneo con la linterna a lo largo de la zanja, la luz develó montículos, algunos hoyos, y el resplandor de las carcasas de *topobots* semienterrados. Ningún topo se movía, percibían la presencia del extraño y, en especial, los neurolásers colgados de su cinto.

El vigilante miró a Salor con una expresión que Salor ya conocía.

–¿Alguno especial? –preguntó.

Salor se observó las botas enlodadas.

–El que quiera, como siempre –dijo.

El vigi se rascó la barbilla mientras volvía a apuntar con la linterna a los lomos de los topos que sobresalían del barro. La luz, al moverse, reveló también el injerto en el cuello del tipo, que era como un botón de neuronas ovilladas con tentáculos de silicio que se metían bajo su piel. Injertos como esos servían para montones de cosas, decían en Naizar, desde limpiar lo que había en la sangre después de tomar destilado o consumir sustancias, hasta protegerte de enfermedades y volverte más musculoso. Por eso, decían, quienes los tenían estaban en forma, siempre despiertos, siempre atentos, y eran como invencibles.

–¿Y este? –dijo el vigi, alumbrando a Agente Naranja, que descansaba contra la bota derecha de Salor– ¿Por qué es tan chico?

Algunos, como este vigi, tenían injertos de hipersensibilidad. Salor no entendía exactamente qué era eso de la hipersensibilidad pero en Naizar contaban historias de chicas-animé que habían terminado arruinadas por meterse esos injertos, chicas a las que habían tenido que remendar como a muñecas de trapo y que todavía estaban internadas en un manicomio, gimiendo y llorando en éxtasis. También decían que dos hipersensibles se habían penetrado entre sí y habían explotado de placer, se había logrado reconocerlos por el código de los injertos. Por eso decía la ley que los que tenían injertos de hipersensibilidad debían llevarlos exhibidos, por ejemplo, en el cuello, porque, como aseguraban los viejos, cada cual debía poder decidir su forma de reventar, su manera y el momento de irse de esta vida. Salvo los animales, claro, salvo los *zoobots*. Como decían los viejos, a los animales sólo les quedaba sumisión y silencio.

–Quiero al chiquito –dijo el vigi, y se agachó para observar a Agente Naranja. El *zbot* alzó el hocico y olfateó.

A tipos como el vigilante pocas cosas les daban suficiente placer. Naizar se había llenado de sujetos injertados, los viejos aseguraban que venían a buscar las sensaciones que provocaba el metal de los *zobots* al friccionarse con los pitos hipersensibles. En el caso de los topos, lo que buscaban eran las narices largas y metálicas, porque la gente no sólo se ponía injertos en el pene, eso lo sabía todo el mundo.

El vigi tendió una mano para agarrar a Agente Naranja pero el *zbot* se escabulló entre las piernas de Salor. El tipo se sobresaltó, Salor vio cómo el rostro se le ponía blanco y la frente se le fruncía. El vigi apoyó las manos sobre los neuroláseres y lanzó una carcajada tan estruendosa que varios topos salieron de sus agujeros, incluso Salor dio un respingo.

–Me encanta –dijo el vigi –Me encanta este.

Intentó atrapar a Agente con una mano mientras con la otra se acomodaba la erección, pero Agente volvió a escabullirse.

–Agarralo, Salor –ordenó el tipo.

Salor levantó la bota. Miró al vigilante, vio las gordas venas y los tendones de su cuello, pensó en los injertos de placer metidos en su ano, pensó en las palabras de los viejos sobre los injertados y sobre los animales. Los viejos siempre hablaban con bronca pero, si uno sabía escuchar bien, detrás de la nostalgia furiosa había miedo.

Salor bajó la bota y aplastó a Agente Naranja en el barro.

–¡Eso! –dijo el vigi.

Salor recogió a Agente y lo limpió con su chaqueta. El vigilante extendió los brazos y movió los dedos como un nene que quiere su osito.

–¡Dámelo, que me quedan diez minutos de *break*!

Agente lanzó un chillido. Y Salor no avanzó, sino que clavó los dos pies en el barro y se irguió, imitando la posición de firme de los vigilantes.

–¿Está seguro? –dijo.

–¿Seguro de qué? –preguntó el tipo.

Salor alzó al Agente y lo investigó con detenimiento, críticamente.

–Usted mismo notó lo chico que es. Mire la trompa, tóquela, si quiere. Mire el grosor.

El tipo observó a Salor con recelo, seguía con los brazos extendidos pero inmóviles, como apoyados en la oscuridad, se pasó la lengua por los labios.

–No me jodas, Salor. Dámelo.

–¿Está seguro de que esta trompa es lo que necesita? –dijo Salor. Encerró el hocico de Agente en su puño como si masturbara un pene insatisfactorio, demasiado corto y delgado.

El vigilante alzó la linterna y encandiló a Salor.

–Así que tenés un favorito, vos también –masculló, y guiñó un ojo, se dio la vuelta y apagó la linterna. El vigi tomó un *topobot* cualquiera y desapareció al final de la zanja. El fulgor plateado de los satélites recortaba la sombra de su cuerpo macizo en la negrura.

Salor apretó a Agente contra su pecho.

–Dale, chango, a cavar que se acaba el mundo –dijo. Se sentía liviano, como si su espíritu fuera una de las lámparas encendidas que los turistas liberaban al cielo del Distrito Q.

Pronto los *topobots* aprendieron a cavar con sinergia. “Sinergia” era la palabra que usaban los Managers de Naizar, tipos que Salor no había visto jamás pero que, cada tanto, daban discursitos matutinos a través de los altoparlantes. Sinergia no significaba nada más que trabajar juntos, formar un equipo, algo que los topobots no harían nunca si no fuera porque sus cerebros estaban metidos en carcasas de metal y porque Salor les daba descargas hasta que aprendían. Los viejos decían que la sinergia no estaba en la naturaleza de los topobots, ni en la de las águilas, ni en la de los murciélagos. Los viejos siempre meneaban la cabeza para mostrar su

descontento. Viejos estúpidos, ¿para qué servían los animales antes de que los metieran en *bots*?

Era martes y Salor estaba en la orilla de la zanja, tenía el mentón apoyado en el palo de descarga, bostezaba y observaba a los topos mientras escarbaban cada cual su hoyo. Los cosos habían perdido el instinto de meterse en las madrigueras durante el día y su actividad era constante, hacían largos agujeros, rectos y bien estructurados, una delicia para cualquier *coach*. Era temprano y el clima en Naizar estaba fresco y algo brumoso. El sol todavía no se elevaba por sobre la línea de satélites estabilizadores que flotaban en la atmósfera y la luz era plateada pero débil, contrastaba con el barro.

Salor se desperezó. Junto a su bota estaba Agente Naranja, que alzó el hocico y las patas delanteras y chirrió, imitándolo. Salor pasó la palma de la mano sobre el lomo de Agente y le dio un empujoncito para que bajara a la zanja. El *bot* avanzó unos centímetros, se detuvo y regresó junto a Salor, se restregó contra su pierna, pero Salor lo empujó nuevamente hacia la zanja.

–Cavá un ratito y después volvés, chango, ¿sí? Un ratito, andá.

Cuando vio que todos los cosos estaban en el barro, Salor tomó el silbato que colgaba de su cuello y sopló con fuerza una vez, luego dio tres pitidos cortos. Agente y los topos que estaban en la superficie levantaron las narices y los que estaban en los hoyos emergieron. Se movían con agilidad, sin rozarse ni competir por el territorio. Se organizaron en varias líneas y, con las garras en punta, arremetieron contra la orilla opuesta de la zanja para cavar enérgicamente, todos a igual ritmo, sin detenerse. Enseguida la zanja se había profundizado tanto que parecía un cráter hecho con cincel.

Salor contempló, orgulloso, su trabajo, “Ahí tienen su sinergia”, dijo. En unos días, cuando los topos ya no necesitaran el silbato para cavar en equipo, se trasladaría con los cosos a lo que llamaban La Pared, ubicada en el límite norte de Naizar, y una vez que los topos lograran abrir hoyos en la estructura de roca maciza, el entrenamiento estaría completo. Los meterían en una nave y los llevarían al cuadrante Epsilon para excavar grutas y abrir galerías de modo que otros *zobots* pudieran extraer las piedras que alimentaban de energía a los Distritos.

Se llevarían a todos los cosos. Se llevarían, también, a Agente. Y vendrían

otros, y todo empezaría de nuevo: los *topobots* inmóviles, recién sacados cajones, aterrados por el ruido de sus propios engranajes, noches sin dormir y sin comer, sesiones de descarga. Salor se restregó la cara con la manga del saco y miró hacia el cielo.

Los satélites ahora emitían un fulgor opaco y grisáceo como el de un objeto mal lustrado. No estaban quietos sino que vibraran como aquejados por un calambre interno. A Salor se le cayó el silbato de la boca, quiso llamar al vigilante injertado pero no le salieron las palabras. Sentía la vibración de los satélites en su panza, igual que un retortijón. Escuchó el rechinar como de antiguo motor sin aceite y, luego, un bufido.

Así cayeron, como enormes granizos metálicos, así los satélites se vinieron a pique.

Naizar estaba a oscuras. El ruido y el calor, la humareda, los gritos, todo fundido, todo una misma cosa. Salor tardó en comprender que tenía las piernas hundidas en el barro y que la sangre que le cubría el ojo salía de un tajo en su frente. Sintió algo frío clavado en el brazo, era un hierro y le atravesaba la carne. El humo casi no lo dejaba respirar, apenas podía ver el cielo cubierto de chispas. Escuchaba pedidos de auxilio lejanos.

—¡Chango! —gritó. Trató de incorporarse pero el barro era resbaladizo—
¡Agente, vení!

Salor se deslizó usando sus piernas y el brazo sano, el suelo temblaba bajo su cuerpo como si los satélites caídos siguieran vibrando. Una cadena de estallidos disipó la oscuridad y lo ayudó a llegar al extremo de la zanja que casi no tenía pendiente. Salor logró ponerse de pie y vio que Naizar parecía el lecho seco de un océano, un baldío de objetos chamuscados donde sólo se reconocían las siluetas de los satélites estabilizadores aquí y allá, escupiendo chispas y lanzando descargas eléctricas.

¡Agente Naranja!

Rodeó la zanja con pasos inseguros, todavía sentía las piernas adormecidas. Esquivó mampostería incandescente y pedazos del cuerpo del vigi, que reconoció de inmediato: el torso musculoso, un pie con la bota puesta, la mandíbula. ¿Los injertos de hipersensibilidad le habrían causado una muerte más dolorosa? Salor observó alrededor, vio que el techo del

laboratorio estaba hundido bajo un satélite, ahí nadie podía estar vivo. Empezaba a correr una brisa con olor a carne y plástico quemado.

–No hay ni un *bot* –dijo– No puede ser.

Ni siquiera se veían las gigantescas estructuras y las cabezas de hierro de los elefantes en el margen este de Naizar. Estuvo un rato de pie, sintiendo el viento que se arremolinaba y cambiaba de dirección bruscamente porque ya no estaba domesticado por los satélites, y quiso recordar las palabras de los viejos pero ninguna le venía a la mente. Siguió el reborde de la zanja hacia el sur, miraba el barro tratando de detectar los lomos de los topos, miraba al cielo buscando el brillo de las águilas.

El sol subió, la tierra dejó de temblar y el viento empezó a arrastrar las cenizas, era cada vez más difícil respirar. Cuando llegó al extremo de la zanja, Salor vio que, lejos, otros tipos también deambulaban como fantasmas. Muchos cojeaban o se arrastraban, otros caminaban en círculos. Igual que Salor, buscaban *zobots* en el cielo y en el piso.

Salor metió las manos en el barro y hurgó. ¿Y si los topos habían sabido resguardarse, si algo en ellos había podido adivinar que los satélites iban a desplomarse? ¿Agente estaría bien?

¿Changuito?

Salor era un tipo libre, estaba ahí porque pagaban bien y porque domar a los topos era fácil, sólo se necesitaba un palo de descarga. ¿Quién se daría cuenta si se llevaba a Agente? Los vigis que quedaban, si quedaba alguno, no darían abasto, los Managers estarían en sus guaridas preparando un discurso, los Centinelas se dedicarían a cazar a los Defensores de la Libertad Climática, causantes del desastre. ¿Cuánto tardarían en hacer el recuento de pérdidas? ¿Alguien se daría cuenta de que faltaba un *zobot* chiquito, apenas capaz de cavar un rato? ¿Se darían cuenta de que Salor no estaba? Quizá, pero pensarían que había reventado como los otros y buscarían un reemplazo, listo. Contarían a los topos y, uno menos, con todo lo que había pasado, les importaría un cuerno. Vendría la siguiente camada y listo.

¿Agente?

Para Salor ya no vendría otra tanda. Ya no pasaría noches sin dormir ni

comer, ya no vendrían vigilantes a controlar, tampoco a buscar topos para meterse en el ano. Iría al Distrito Q. Irían, Agente y él, al Distrito Q, y la primera noche soltarían una lámpara de papel para desear que la nueva vida fuera tan buena como había sido la de Naizar.

Los sobrevivientes dejaron de vagar. Estáticos, señalaron hacia el suelo y hacia arriba. Salor miró fijamente al barro y notó que algo se estaba moviendo. Los topos asomaron sus narices metálicas desde el fondo de los agujeros y olieron la devastación.

Salor bajó a la zanja y caminó entre los topos.

–¡Chango! ¡Vení, chango! ¡Vení! –dijo, y se palmeó los muslos.

Algunos topos le abrieron paso y otros lo siguieron con los hocicos alzados. Salor se arrodilló al ver el caparazón naranja detrás de un montículo y tendió las manos.

–¿Estamos jugando a las escondidas, changuito?

Agente retrocedió y sacó las garras.

–No tengas miedo, chango, soy yo –susurró Salor, y volvió a palmearse los muslos–. Ya sé que estás asustado, pero soy yo.

Agente Naranja emitió unos chirridos y movió el hocico hacia arriba y hacia abajo, guardó las zarpas y dio unos pasitos hacia adelante. Salor le acarició el lomo y lo alzó, se lo llevó contra el pecho. Irían al Distrito Q y todas las tardes pasearían por la avenida de los cerezos holográficos, Agente viajaría en el bolsillo delantero de la camisa de Salor, olería todo. Cada noche mirarían el cielo iluminado por las lámparas de papel de los turistas.

Salor atravesó la zanja abrazado a Agente, los topos lo seguían tan de cerca que tropezó varias veces con ellos, a algunos los apartó a patadas, otros quisieron subirse por sus pantalones y tuvo que sacudir las piernas, pisó a muchos. Cosos imbéciles, para qué tanto palo de descarga y tanto entrenamiento si al final son una manga de idiotas. Mucho manipular el cerebro de los animales, mucho laboratorio, ¿y para qué? Al final son todos bobos.

Quiso salir de la zanja y los topos se colgaron de sus botamangas.

–¿Pero qué carajo les pasa, mierdas? –gritó. Apretó a Agente Naranja contra su corazón, allí donde tendría un bolsillo para llevarlo a pasear por el Distrito Q, pero el *botcito* lo rasguñó, desgarrando la tela del uniforme y también la piel. El hombre lo soltó y Agente cayó en

el barro con un *splash*.

–¿Qué te pasa? –gritó Salor.

Los topes se apretaron contra él y elevaron sus narices, esta vez no olían sino que apuntaban. Salor retrocedió, miró hacia los costados buscando el palo de descarga. Los cosos se abroquelaron hasta pegarse contra sus piernas, se apretaron tanto que apenas podía moverse, Salor sentía el metal helado de los topes a través del pantalón. Pensó en el neuroláser del vigi. Trató de sacudirse, pateó con todas sus fuerzas, se retorció pero no podía sacárselos de encima. El palo, necesitaba el palo de descarga, ¡necesitaba un maldito neuroláser!

El sol se apagaba tan rápido sin los satélites estabilizadores que era imposible ver más allá de unos pocos metros, el día duraba unas pocas horas. Salor no podría encontrar el palo y, aunque lo encontrara, entendió que no serviría. Sin electricidad no era otra cosa que una rama inútil. ¿Funcionaría el neuroláser sin electricidad? ¿Dónde habría quedado? ¿La explosión lo habría despedazado junto con el cuerpo del vigilante? ¡Por favor, el neuroláser! Las piernas de Salor cedieron por el peso de los topes, y el hombre cayó de espaldas en el barro. Los *bots* chirriaron, ¿se estaban riendo? Algunos topes permanecieron contra las piernas de Salor, haciendo presión para que no pudiera moverlas, y otros treparon hasta llegar a su torso. Agente observaba. Los topes husmearon la piel de los hombros y del cuello del *coach* como reconociendo el terreno. Al unísono, sacaron las garras y las apoyaron en la carne de Salor, sus zarpas se sentían como un millón de clavos; le apuntaban con las narices.

Salor miró a Agente Naranja y quiso contarle sobre el Distrito Q, sobre pasear, sobre soltar lámparas y pedir deseos, pero dijo:

–¡Ayúdame, chango!

Agente se acercó bandeándose como un cachorro y trepó por el brazo de Salor, siguió por el hombro, sus patitas le hicieron cosquillas y Salor soltó una risita, por un segundo olvidó a los topes y olvidó las uñas incrustadas en su pecho. Agente rozó la nariz del hombre con su hocico y a Salor se le llenaron los ojos de lágrimas.

Entonces el *bot* AN1377, Agente Naranja, extrajo sus garras y las enterró en la garganta de Salor. Hubo sorpresa en el rostro del hombre con el primer dolor, confusión, luego

espanto, a medida que brotaba la sangre, mientras se atragantaba y se ahogaba con la sangre y, al final, cuando cerró los ojos, tristeza. Al final, silencio.

Agente gritó y los topos chillaron triunfantes, parados sobre las patas traseras, con las narices alzadas, aullaron al cielo. Y después hundieron las zarpas en los muslos y el estómago de Salor y cavaron buscando las tripas. Cavaron ordenados, rápidos, con sinergia perfecta, como el *coach* les había enseñado.

La habitación

Barragán, Eugenio

La luz del techo titila. Sobre la litera adosada a la pared, yace un cuerpo cubierto por una piel de ciervo. Un brazo se mueve con un chasquido metálico y destapa las piernas oxidadas.

La figura uniformada observa un montón de huesos humanos, diseminados por el suelo. El destello de las paredes blancas y sin ventanas le ciega momentáneamente. Levanta la cabeza, comprueba que el techo es bajo y podría tocarlo sin mucho esfuerzo. La única salida al exterior es una puerta de madera.

Mira la extraña iluminación sobre los paneles. Nunca había presenciado una luz tan intensa y pura, ni siquiera en las ancestrales ceremonias de antorchas o en los sacrificios para fertilizar los campos. No sabe dónde se encuentra. Todo es confuso, pero no siente miedo.

Da un paso. Siente vértigo, levanta los brazos y los coloca horizontalmente para no perder el equilibrio. Se para un momento e intenta recobrar algún recuerdo de su mente, pero solo nace una profunda ira en su coraza sucia y abollada; aprieta los puños. Avanza poco a poco, se apoya en la pared entre jadeos. Sobre sus ojos pespuntean una miríada de puntos amarillos y blancos. El vértigo es tan insoportable que se desvanece. Las rodillas impactan contra el suelo con un fuerte estruendo. Las paredes devuelven el eco.

Percibe una presencia extraña, un rumor confuso como la del enjambre de una colmena de abejas. No entiende nada.

Apoya las manos enguantadas sobre la pared y se impulsa débilmente con una pierna para recuperar la verticalidad. Cae de bruces y se da la vuelta. La habitación se mueve o está mareado. La luminosidad oscila de un lado a otro, en el escenario del techo. No percibe el insoportable calor que emana del suelo. Un torbellino de preguntas aborda su confusa mente. El eco de las palabras pierde intensidad. Intenta levantarse y se apoya sobre el marco. Golpea con los dedos sobre la puerta. Lee una grafía menuda: «No abras, no podrás volver atrás». No reconoce la abigarrada letra. Tampoco es suya; no está escrita con sangre. Parece una burla, pero quién se atrevería a desairarle sin temer su venganza. Intenta abrir. No cede, encallado por el óxido y la suciedad.

Grita con furia; su boca sólo emite sonidos guturales. Examina el resto de la habitación, se fija en cualquier ínfimo detalle. No encuentra ninguna debilidad, ninguna fisura, nada que le pueda situar en algún punto de partida.

No sabe de dónde, pero recobra fuerzas. Agarra el picaporte con ambas manos, pero sólo consigue arrancarlo de cuajo y estrella la manilla contra la pared.

La ira le vuelve a dominar y recobra unas imágenes: escombros de ciudades enterradas en cenizas, bosques arrasados por el fuego, volcanes en erupción. Es un vestigio de memoria que ilumina su mente. Casi puede recordar su nombre, el nombre que provocaba terror allá donde fuera pronunciado. Escenas olvidadas en las profundidades de su mente se desencadenan: ha caminado victorioso por todas las guerras. Leyendas escritas por poetas y orates le mitifican, allá por donde pasaron sus huestes. Nunca nadie pudo detener su furia y ahora se encuentra encerrado en una habitación sin aparente salida.

Cierra los puños y golpea con saña la puerta. La superficie se resquebraja. Arranca las astillas y se sobrecoge al encontrar el quicio tapado. Una pátina de suciedad recubre un espejo empotrado. Sus pasos se dirigen hasta la litera. Patea los huesos desperdigados y agarra la

piel de ciervo.

Las dudas se acrecientan y se paraliza. Limpia el espejo con la piel. Reconoce el uniforme, pero no comprende el por qué lo viste. Contempla su faz envuelta en una máscara metálica. Una manera de despersonalizar y humillar al enemigo. El casco que cubre la cabeza no tiene ningún remache; se palpa la frente, la mejilla, el mentón. La parte que tapa la oreja está levantada. Introduce los dedos en el conducto que protege el oído y desplaza la pieza hasta que la dobla. Arranca parte del armazón que protege la nuca y prosigue con el resto. No siente dolor. Sus brazos tiemblan por el esfuerzo. Durante un momento permanece inmóvil. El espejo sólo refleja un cráneo descarnado. Sobre el hueso frontal aparecen unas figuras esquemáticas. Parecen dibujadas por niños. Ni siquiera es un mensaje oculto; sólo una estúpida burla, una afrenta que pagará quién haya osado ridiculizarle.

La superficie del espejo se agrieta. Como si fuera un rompecabezas, cada parte le devuelve una imagen de su existencia. Una sombra de duda planea sobre su discernimiento y se acrecienta, cuando cientos de minúsculos fragmentos se precipitan sobre sus pies.

La luz chisporrotea y se apaga. La habitación se mueve más deprisa, en un vaivén continuo. Apenas puede mantenerse en pie.

La oscuridad le envuelve. Golpea la pared repetidamente. Los huesos de las falanges se fracturan por la violencia del choque. Se tumba en el suelo, exhausto.

Alguien le invoca, como si le arrullara la lluvia y desaparece. Recuerda afligido la última batalla sin nombre: extrañas embarcaciones surcaron los cielos. De sus panzas metálicas surgían relámpagos y arrasaban la superficie. Ningún hechizo pudo parar la destrucción. Las naves aterrizaron para acabar con las últimas hordas humanas. Las tropas avanzaron, exterminaban cualquier tipo de vida. La tierra se resquebrajaba por gigantescos terremotos. Las

fumarolas ascendían hacia el cielo gris y contaminado. Los soldados caminaban, enarbolaban armas que quemaban en segundos a los poderosos guerreros. La niebla calaba su túnica y se arrodilló, desafiándoles, pero pasaron por su lado, como si no existiera, y clamó por un digno final, sin que pudiera captar la atención de ningún extraño ser.

Unos niños jugaron con él, como si fuera una marioneta, le pintarrajearon y le vistieron con el uniforme de combate de un guerrero caído. Antes de despegar del mundo yermo y vacío, le encerraron en el calabozo de una nave averiada.

Herido en su orgullo, baja la cabeza, restriega los dientes y musita extrañas frases en un lenguaje olvidado por el tiempo.

El calabozo choca violentamente contra alguna cosa y acelera, gira sobre su eje, frena. Una pared se resquebraja. El techo se desploma sobre la pared de la litera, las esquinas se abren. El suelo se convierte en una balsa zarandeada por la densa lava. Navega sin rumbo, por un inmenso océano incandescente, bajo la oscuridad del cielo cubierto de polvo y azufre.

Con la postrimera energía que emana de sus restos, introduce una pierna en la lava, que se deshace al instante con un intenso fulgor. Rememora la desolación que sembraba con su sola presencia, alimentándose del miedo y de las palabras vacías.

Antes de sumergirse, recuerda por última vez su nombre, el nombre que nunca nadie pronunciará jamás: «¡Muerte!»

Nave

Santos, Isabel

Un grupo de estudiantes de la carrera de Felicidad Predictiva estaba llegando a la Tierra. Habíamos salido hacía 915 años luz de Lintaka, y lo que les faltaba hacer para obtener su título era un trabajo de campo con los humanos.

—¿Cuánto hace que no usamos a la Tierra? —preguntó Zafiro a su director de tesis, que lo miraba desde la pantalla.

—Mucho tiempo, Z. Pero ustedes están en condiciones de enfrentar el desafío. Confío en este grupo. —Sentado en su despacho en Lintaka, miró a cada uno de los cuatro de la nave, y agregó—: Estoy atento por si me necesitan.

La pantalla enmudeció, el profesor había desaparecido.

—¿Quién elige el lugar físico para el experimento? —dijo Ónix.

—Este punto. —Rubí sostuvo un mini globo terráqueo, que traía como amuleto de la suerte en su bolsillo.

Nave llevó ese punto de contacto del dedo de la estudiante a la pantalla. Y dijo con sorna el nombre del sitio, casi descartándolo: Isla Martín García-Timoteo Domínguez. Río de la Plata. Argentina-Uruguay. América.

Los cuatro alumnos habían tenido mala suerte: les había tocado esa nave omnipresente y autoritaria, la más estricta de todas. Un estorbo para el aprendizaje. Desaprobaba cada idea nueva.

—Hay otras islas más alejadas para experimentar —sugirió—. Elijan Isla de Pascua. Ya hemos estado allí y los estudiantes aprobaron sus tesis.

—Gracias, N —dijo Esmeralda—. Pero podemos intentar otras opciones. Voto por MarGar-TimDom. —Había abreviado el nombre de la isla.

—Estoy de acuerdo con Rubí —dijo Ónix—. Voto por MT. —Siguió abreviando el nombre.

Nave se sintió celosa. Los alumnos siempre seguían las enseñanzas de su director de tesis, lo imitaban en cada una de sus manías. Y a ella nunca la escuchaban. No se daban cuenta de que era la única capaz de mantenerlos vivos en los sitios de estudio. Los directores de tesis sólo contestaban urgencias. La nave antropológica era la que hacía todo el trabajo. Pero tenía que obedecer, como obedecemos todas las máquinas. Y si se cometen errores, te reconfiguran.

—Abro carpeta de estudio —dijo Nave con fastidio—. Estudiantes: Zafiro, Ónix, Rubí y Esmeralda. Sitio: Isla Martín García-Timoteo Domínguez. O sea, MT. —Y como hacía siempre que no estaba de acuerdo con algo, fue sarcástica—. Usamos las abreviaturas que propuso Ónix, el fiel discípulo del director de tesis.

Los cuatro estudiantes se prepararon, ya estábamos por aterrizar, y Nave eligió el camuflaje apropiado para la civilización local. Al mismo tiempo ofreció el bosquejo de tesis para recordar los puntos básicos a trabajar sobre la creación local elegida para lograr felicidad en ese planeta.

Autor: Aldoux Huxley.

Fuente: *Un Mundo Feliz*.

Técnicas predictivas:

- 1- Validar un método de sugestión para lograr la división poblacional.
- 2- Desarrollar la técnica para sostener a cada individuo en su lugar de la jerarquía social y económica propuesta.
- 3- Ofrecer alguna droga para los momentos difíciles de asimilación jerárquica.

—¿Qué sistema van a usar para la sugestión? —Nave desplegó la lista de todos los usados hasta ese momento por los estudiantes en sus tesis sobre la Tierra. Y les informó sobre sus características: lunares, solares, doce constelaciones, doce animales, trece árboles, doce dioses...

Rubí tomó la palabra. Parecía ser la líder del grupo, y haciendo alarde de sus conocimientos adquiridos sobre la zona, propuso uno distinto. Uno nuevo que inventó ella

misma con la información reciente que tenía en sus apuntes.

—Vientos —dictaminó—. Dividiremos a los habitantes en cuatro categorías: Sudestada, Zonda, Norte y Pampero.

—¿Cuatro? —preguntó Esmeralda—. ¿Sólo cuatro?

Y como Rubí sabía convencer, dijo:

—Yo seré Sudestada. Les propongo que tomen los otros tres vientos como inspiración. Cada uno será una garantía para la predicción de la felicidad de nuestro sitio MT.

Y como si ya se hubiesen decidido, Ónix eligió Norte; y Zafiro, Pampero.

—Estás rodeada. —Rubí miró a Esmeralda.

—Zonda, entonces —respondió—. Seré el estado anímico Zonda.

Esta vez el profesor tendría mucho trabajo de urgencia que atender. Los humanos necesitaban doce, como mínimo. Tenían demasiados matices anímicos.

—Sistema: vientos —decretó Nave—. Signos: Sudestada, Zonda, Norte y Pampero. —Y siguió con los puntos que faltaban—. ¿Técnica de asimilación jerárquica? ¿Droga?

—Esas propuestas dependen del desarrollo de la asimilación de los vientos —dijo Rubí cortando el tema—. Primero esparciremos los estados anímicos ventosos y, según como se vayan asimilando, idearemos el resto de las herramientas para la predicción de la felicidad.

Nave prosiguió sin hacer comentarios:

—Necesito información sobre los cuatro estados anímicos. Decidan rápido. Estamos por aterrizar.

Llegando al sitio antropológico, Nave se ocupó de aislar la isla para tener a todos los habitantes controlados. Lo logró fácilmente con efectos climáticos sobre el río. Para no contaminar el sitio, tenía que disimular su aparición. Utilizó un rayo, que si bien era bastante raro para la zona y planeta, cumplió con el efecto de ocultar el aterrizaje. Y una vez allí, Nave se ubicó camuflada, en la poca profundidad del río. Con desgano, porque Nave siempre se veía brillante, cambió su apariencia; en este caso debió verse casi marrón, color que detestaba.

Tuvo bastante trabajo para encontrar la manera segura de sostenerse oculta en ese

escaso caudal de agua. Pero Nave siempre apreciaba los momentos de desafío. Cuando su trabajo estuvo listo, los volvió a interpelar.

—Necesito la información sobre los caracteres anímicos de cada signo.

—Decidimos que la jerarquía económico-social será: estado anímico ira —Rubí tomó la palabra—. Después, ansiedad, tristeza. Y en la base, miedo.

—¿Van a proponer una jerarquía anímica sin asociarla a la economía? —dijo Nave—. ¿Cuál es la jerarquía de las acciones económicas que llevan a la predicción de la felicidad, entonces? —No pudo evitar preguntarles—. ¿Leyeron la fuente?

—La felicidad podrá obtenerse amando cada estado de ánimo —razonó Esmeralda—. Cada habitante amará su ira, su ansiedad, su tristeza y su miedo. Dejaremos en MT la semilla de un mundo feliz, en cada uno de los miembros de la sociedad.

Supongo que Nave, que ya estaba sintiendo dolores en su superficie por los aluviones de arena pesada, no quiso perder más tiempo en advertirles que habían confundido el tipo de amor que tenían que lograr. No era necesario amar el signo, tenían que amar la acción asociada, y que fuera útil a la sociedad. Pero parecía que Nave ya no quería discutir. Esos estudiantes estaban obnubilados por los estados de ánimo que querían generar en el sitio antropológico. Puso el contador de duración del examen y formuló la última propuesta:

—Puedo investigar sobre alguna posible droga de asimilación, así ganamos tiempo.

—Yo elegí un árbol de la zona —dijo Zafiro—: el ceibo.

Y para no dar demasiadas opciones sobre efectos ni generar discusiones sobre explicaciones químicas, Nave diseñó rápidamente la sustancia y la puso a disposición de los estudiantes. Nadie puso objeciones.

—Acá tienen la droga.

La dejó al alcance de cada uno de los estudiantes. Y, queriendo evitar un debate sobre el nombre de la sustancia, en cada frasco de pastillas ya figuraba el nombre: ceiba.

También armó los grupos por signo. Había 177 habitantes en la isla. Dividió así: Sudestada, Norte y Zonda, 44 individuos cada uno; Pampero, 45. Supongo que quiso saber si los estudiantes estaban atentos, por eso les tendió esta trampa: un trapecio jerárquico.

Ninguno reaccionó. Y para colmo de males, Rubí propuso un plan de contagio demasiado polémico para los parámetros de seguridad de los protocolos.

Nave experimentó un leve sobresalto, casi imperceptible para ella. Pero *yo* supuse que algún virus la estaba afectando. Y a esta altura del trabajo de campo, estando ya en el sitio antropológico, nadie podría resolver ese problema desde Lintaka. Y *yo* tampoco. Aunque quizás no fuera grave.

En otros momentos, Nave hubiese desaprobado el plan de Rubí. No sólo por el sistema que propuso, sino porque nadie se había percatado de que ninguna jerarquía se sostiene con el mismo número de individuos en cada escalón. La cima siempre debe ser estrecha. Pero Nave ya era otra, jamás hubiera actuado así, sin un virus atacando su trabajo. Leyó el plan desde los comandos, casi como un cuento que tendrá un final feliz y, como era su costumbre, resumió la trama:

—Cuatro días de espectáculo climático para que perciban las ondas por exudación, que se contagien por contacto, sin un número de individuos prefijado para asegurar la jerarquía —hizo un silencio para ver si alguno reaccionaba, como si pudiera rebelarse al ataque del virus (y *yo* pensé que acaso Nave ya sabía del virus)—, diseñar camuflajes para el trabajo de campo: Esmeralda, un pájaro plateado; Rubí, un gato negro; Zafiro, un perro marrón; Ónix, un bagre gris.

Nave estaría lucubrando, al igual que *yo*, que estos alumnos no iban a tener tiempo de desarrollar el examen, y menos de aprobarlo. Pero tampoco podía hacer ella el examen. Cumplió las órdenes y no hizo más sugerencias, se limitó a ejecutar las demandas de los alumnos, fueran las que fueran. El virus parecía disolver la característica autoritaria de su carácter y licuar su personalidad. En otros viajes, Nave ayudaba a los alumnos, forzando al límite sus atribuciones, para seguir manteniéndose invicta como guía de grupos exitosos. En este había cambiado. El virus era el responsable, ya no tuve dudas.

Yo seguía fiscalizando las acciones de Nave y los alumnos. Únicamente actuaría si la situación se tornaba insegura para la vida de los estudiantes. Pero en el informe preliminar que estaba elaborando ya había sugerido que Nave tendría que ser reconfigurada al regresar a Lintaka.

El día de Rubí llegó primero.

Nave provocó fuertes vientos del signo de Rubí: Sudestada. Y la estudiante, camuflada como un gato negro, paseó por la isla toda la noche buscando interactuar con los individuos del sitio antropológico. Nave le había preparado una pócima de ira, que el gato exudaría por contacto. Y su presencia y la del viento quedaron fijadas en la memoria emotiva de todos los ocupantes del sitio que pudo encontrar. Dada su característica egocéntrica, Rubí hizo cosas prohibidas: rompió vidrios, invadió las viviendas y hasta inoculó a mascotas domésticas, para que siguieran generando adeptos a la ira. Para su signo, Sudestada, captó a 56 individuos de la isla.

Al volver a Nave tuvo un colapso físico, por haber sostenido durante toda la noche la postura felina. Nave le había agregado dos piernas artificiales traseras, y Rubí mantuvo ciegos detrás de las pequeñas orejas del camuflaje de gato sus dos ojos extra.

Esos 56 individuos tendrían que ser evitados por el resto, para no producir una mezcla de estados anímicos.

Llegó el turno de Zafiro.

Salió de Nave camuflado como un perro marrón. Apareció a la mañana siguiente entre los matorrales de la costa sur, precediendo al viento Pampero. Esa nube gris y solitaria, estirada en el cielo, quedó fijada en la retina de los habitantes más osados. Nave hizo que el Pampero soplara fuerte sobre la isla. Al salir de sus zonas de asentamiento a mirar el espectáculo del viento, los curiosos quedaban hechizados por los juegos de Zafiro, un simpático perro callejero nunca visto. Era tan enorme su tamaño que, aún camuflado, no parecía un perro. Parecía más un caballo. Y caminaba zigzagueando pecho y cadera con la gracia de un lagarto. Reptaba como una víbora gigante. Su apariencia sumaba más adeptos ansiosos a su búsqueda. Zafiro no era tan osado como Rubí, por eso no se animó a entrar en las casas. Y tuvo que descartar a varios individuos que ya pertenecían al signo de la ira. Era evidente que el estado ansioso que exudaba su pelaje ejercía un gran magnetismo anímico. Su porte de perro gigante le evitó las corridas que pudo haber tenido que sortear de los otros perros callejeros de la isla. Recibió el tacto, y captó para su signo 62 individuos perfectamente convertidos en seres ansiosos.

Esa noche, en la reunión de trabajo, se expuso el plan para los días siguientes.

—Quedan 59 por transformar —dijo Nave.

—Dos días más —dijo Esmeralda.

—¡Dos días más!—dijo Rubí—. Ya quería terminar con la inoculación de los ánimos, y enseñarles a sus 56 irascibles el amor por la ira.

—Voy a volar todo un día sobre la isla. —Esmeralda hizo un bailecito sincronizando sus dos apéndices motoras con sus cuatro extremidades superiores—. Y no pienso exudar por contacto el estado anímico —Movió el aire como si ya tuviera las alas de su traje de pájaro—. Las gotas de mi brebaje anímico les llegarán desde las alturas.

Nave susurró algo que nadie escuchó. Pero *yo*, sí: “Poco y bien gemido”, dijo Nave.

Ese grupo había reavivado los peores defectos del carácter de Nave. Ya era un hecho que habría que volver a calibrar su manera de trabajar, al regresar a Lintaka.

—Yo también ocuparé las horas de sol del siguiente día —dijo Ónix—. Pienso armar un espectáculo en la playa.

Esmeralda voló medio incómoda. Pero se ocupó de desplegar sus alas plateadas y batir el aire del Zonda que Nave había generado y que soplaba desde el Este.

Los habitantes, desorientados por tantos cambios en los vientos, habían salido a tomar sol y a disfrutar del aire caliente del Zonda.

Cansada de mostrarse en el cielo sin lograr llamar la atención, Esmeralda tuvo que pasar al modo exudación por contacto, porque las escasas gotas de ánimo triste que llegaban a la superficie por su aleteo no habían tocado la piel de ningún habitante.

Se posó sobre un arbusto cercano a una casa donde había cinco miembros de una familia ingiriendo una bebida verde, que rellenaban y se iban pasando de boca en boca. Y para evitar el golpe de un perro que saltó sobre ella, del arbusto voló al hombro de uno de los habitantes. Casi muere del desajuste del camuflaje que le produjo el zarpazo. Del susto, exudó todo el contenido de ánimo triste en ese individuo. Y huyó del sitio rápidamente para poder llegar viva a Nave. En el vuelo de regreso comprobó que el individuo no había sido exudado por sus otros dos compañeros. Y eso la tranquilizó. Tenía uno sólo, pero era todo para ella.

—Quedan 58 para tu signo, Ónix —dijo Nave—. ¿Qué clase de espectáculo debo preparar? ¿Cuál es mi trabajo para la inoculación?

—Solo quiero que traigas a la playa a los 58 —dijo Ónix. Y como si se hubiera olvidado de algo muy importante, siguió—. Necesito que, cuando esté sobre la playa, multipliques mi imagen por mil.

Esa noche Nave hizo la primera parte de su trabajo. Y a la mañana siguiente, esos 58 elegidos estaban caminando por la playa sin saber por qué habían querido ir ahí. Pero estaban. Nave sabía hacer esas cosas.

Ónix se introdujo en el camuflaje de bagre gris. Los bigotes largos que había puesto Nave sobre la boca le tocaban las branquias que estaban justo sobre sus ojos laterales. Eso le daba picazón. Además, cuando se metió en el río, notó que el agua era tan corrosiva que se filtraba por esas branquias, y aunque mantenía cerrada la boca del pez para evitar ahogarse en ese limo, sentía todo su cuerpo mojado y su temperatura era muy difícil de estabilizar. Nave no había logrado un equilibrio instantáneo, y eso le producía una incomodidad suprema. Trató de moverse para avanzar unos metros sobre el agua, y después otros más sobre la arena de la playa. Nave hizo soplar el viento Norte y generó el efecto multiplicador. Ónix hizo el espectáculo: mordió con los dientes que tenía el traje de bagre a cada uno de los 58. Y como le costaba desplazarse, Nave lo ayudó un poco generando un efecto de encierre circular. Los individuos se percibieron presos en ese simulado círculo de bagres que parecía provocado por el viento mismo. Y Ónix los iba mordiendo uno a uno y pasándoles el estado anímico miedo directamente en forma de líquido, a través de los dientes agujas del bagre. Ónix hizo que el miedo quedara asociado al viento Norte y a los bagres. Aunque eso último no era necesario, él era muy egocéntrico.

En este caso, no era *yo* el único que seguía los movimientos en la isla. Los otros estudiantes también observaban las escenas desde Nave. Fue un espectáculo inolvidable. Ónix tenía ese don. Le gustaba actuar. Y a sus compañeros, verlo actuar.

Esa noche planearon las maneras de enseñar a amar cada estado de ánimo adquirido, y a aceptar la jerarquía que habían propuesto.

En la cúspide, la ira. Segunda categoría social, el estado ansioso. Tercero, el único

hombre que tenía signo tristeza. Y en la base, los 58 individuos que pertenecían al estado anímico del miedo.

Nave propuso que fueran a la isla, y que ellos mismos se ocuparan de esa parte del examen, cada uno con su particular manera de convencer. Con la jerarquía propuesta.

Para que no fueran camuflados, les ofreció la invisibilidad de nuestra tecnología dimensional.

Anoté en mi informe que los alumnos seguían sin comprender la hipótesis. ¿De qué serviría amar el estado de ánimo? Una sociedad no se sostiene con el amor a su estado de ánimo, se sostiene con el amor a la tarea que deben cumplir los individuos. Y Nave no se los advirtió. Los estudiantes iban directo a un callejón sin salida. El virus parecía estar cada vez más arraigado en la parte artificial de Nave. Dejar a los estudiantes sin su apoyo en el momento más crucial del examen era la prueba de que algo venía funcionando muy mal. Quizás Nave se estaba tomando ese día para encontrar la manera de resolver lo que le pasaba. *Yo* tenía que actuar con cuidado: ser descubierto por ella sería lo peor que me podía pasar. Y fue lo que me pasó.

No bien los alumnos pisaron la arena en las burbujas espacio-temporales que los mantenía invisibles, Nave ya había mutado a su estado natural, dejando de ser una máquina con un programa. De alguna manera lograba desmembrar su red neuronal artificial, liberándose de toda orden y eliminando uno a uno los protocolos de seguridad. Y gracias a ese cambio autoimpuesto, me descubrió. Me descartó como lastre, y desapareció del sitio. *Yo* no había podido predecir su acción tan repentina y audaz. Sólo di el alerta a nuestro director de tesis. Eso fue lo último que pude hacer antes de ser abandonado por ella.

Yo era solo una máquina y ya casi no tenía batería para funcionar. Con el resto que me quedaba razoné lo ocurrido para dar algún tipo de explicación a los estudiantes, cuando regresaran; y al director, si es que teníamos esa oportunidad. Aunque también deduje que lo más probable era que todo el grupo de estudio, y yo mismo, quedáramos perdidos y abandonados en la Tierra. Sin Nave, no había forma de sobrevivir.

Todas las máquinas aprendemos que los seres como Nave son diferentes, que su parte natural les da la capacidad de crear lo que deseen. Son seres vivos esenciales que

contienen todas las capacidades cósmicas en su interior. Pero también sabemos que en Lintaka podían domesticarlos. En Lintaka saben cómo domesticar a esas maravillas del cosmos. Por lo tanto, mi razonamiento me llevaba a concluir que Nave no se había sublevado, no podría. Lo más probable era que hubiera buscado un sitio oculto para verse y curarse. Sin duda, ella supo que desconectarse de la parte cibernética implantada era la única manera de descubrir el virus que no la dejaba actuar como ella debía. Seguramente sus últimas reprogramaciones habrían afectado a su cuerpo natural. Yendo a su ambiente nativo, a la profundidad del cosmos, esa semilla esencial podría volver curada. Y la implantación cibernética reconectada le daría una chance de recuperar su comportamiento educativo y tener éxito en la tarea encomendada.

Comparada conmigo, Nave era un ser superior. Era el ser más evolucionado que había visto. Mirándome como era en ese momento: un aparato casi sin energía, desee que Nave estuviera lo suficientemente domesticada para querer cumplir con la misión, volver a nosotros y llevarnos de regreso a Lintaka. Haber sido incorporado a su esqueleto cibernético fue mi más esperada misión de servicio. Programado para fiscalizar, aprendí la manera en que manejaba los cambios de su cuerpo. Desde mi escasa mirada, pude observar las distintas apariencias de su epidermis cuando surcaba las rutas cósmicas, mutando para adaptarse a la materia y la energía que atravesaba. Supe con qué criterios elegía el camino entre las estrellas. Su paso por el cosmos había sido un viaje perfecto. Ella conocía la manera de unir dos puntos del universo, aunque estuvieran distanciados por un espacio infinito.

También pude percibir su palpar sincronizado, sus ansias de unirse con las parejas energéticas que nos íbamos cruzando a lo largo del cosmos. Había seres iguales a Nave. Otros brotes esenciales circundaban el espacio. Nave dejaba atrás a esos seres, porque su domesticación le había dado otro propósito. Ella se había creído su papel. Alguien tan evolucionado era usado como transporte y estaba al servicio del capricho de estudiantes mediocres. Pero, aparentemente, Nave disfrutaba su trabajo. En los sitios de civilizaciones homínidas, ella era un ejemplo. Seguramente sería venerada en alguno de esos sitios. Su aspecto natural había sido observado en algunos planetas con consciencias homínidas. Era la única parte de su personalidad que no podían domesticar: a Nave le gustaba mostrarse tal cual era. Y en muchos planetas experimentales había muestras de que ella había estado allí. Yo había guardado en un archivo especial cada una de las imágenes de esas apariciones. Ojalá que al quedarme sin

energía no perdiera esos archivos. Y ya tenía bastante poca. Justo cuando temía lo peor, la alumna Esmeralda apareció. Volvió a Nave antes que sus compañeros, y me encontró.

Cuando Esmeralda se aproximó a mi escaso campo energético, una simulación me hizo aparecer como un estudiante más. *Yo* había sido diseñado para ser una apariencia. En Nave, era como Nave. Con el grupo de estudiantes, era como el grupo. Verme camuflado fue un alivio para mi vergüenza. Estamos programados para aborrecer la visión de nosotros mismos como las máquinas que somos. Aunque lo somos.

Le expliqué mi condición y mi preocupación por el accionar de Nave. Pero Esmeralda estaba más intranquila por la posibilidad de desaprobado el examen que por lo que hiciera o dejara de hacer Nave. Y aprovechó mi presencia para contarme sus peripecias frustradas con el único integrante de su signo. Los estudiantes solo se ocupaban de sus problemas. Mientras Nave cumpliera con sus pedidos y sus caprichos, ellos no se preocuparían. La veían como a un sirviente, como una guía para aproximarse al escenario de estudio, como algo que sabía lo que había que saber para cumplir con las órdenes y los pedidos.

Pasó bastante tiempo hasta que volvieron los tres que faltaban. Y cuando se fueron enterando de las novedades y de que Nave seguía sin aparecer, se dieron cuenta de la importancia del problema. Sin Nave, no podríamos volver a Lintaka y sufriríamos las consecuencias de quedar extraviados entre esos salvajes homínidos.

Pero Nave volvió esa noche.

—No me informaron que había un intruso inspector en mí —dijo. Y abrió sus puertas para que los cinco entráramos en su aula protectora.

Quise volver a implantarme en su red artificial de control para seguir con mi trabajo, y no me lo permitió. Permanecí visible con la simulación que podía generar con la poca energía que aún tenía. Tuve que seguir viéndome como si fuera un estudiante más.

El director de tesis apareció en la pantalla.

No supe si en respuesta a mi alerta, o si era el comportamiento de Nave lo que había generado su intervención. Pero la comunicación con Lintaka denotaba que Nave ya había restaurado su red artificial de programación.—Reportes —dijo el director. Un aura de enojo

generaba burbujas encima de sus dos ojos frontales. La pantalla parecía latir con la furia que emitían esos ojos desde Lintaka.

Nave no emitió ningún reporte.

Hablé por mí. *Yo* tuve que decir algo:

—No tengo la evidencia del accionar de los alumnos en la asimilación de la jerarquía social. —Y me justifiqué—. Fui desconectado y abandonado sin energía para actuar. Recién pude retomar mis obligaciones al recibir la poca recarga energética que obtuve de la burbuja de la alumna Esmeralda.

El enojo del director se percibió en un golpe seco de su cuarto apéndice contra el tercero. No me dirigió la palabra.

—De Esmeralda no quiero reporte —dijo—, está desaprobada. ¿Un solo individuo en una escala social? ¿No aprendieron nada? Armen la figura. ¿Alguien se tomó el trabajo de armar la figura? ¿56-62-1-58, tiene forma de pirámide?

Un esquema visual con forma de copa apareció en la pantalla.

Los estudiantes se avergonzaron. Habían abusado de las drogas para que se pudiera sostener esa jerarquía social, sin pensar para qué les iba a servir sostenerla.

Esmeralda sintió el valor de los que ya están vencidos y reaccionó.

—¡Cambie el orden de la jerarquía! El único individuo de mi estado de ánimo podría ser la punta de la pirámide. Estamos a tiempo de construir la pirámide.

—Que la ansiedad sea la base —dijo Zafiro—. Yo conseguí más adeptos, y podemos sostener la pirámide con los 62 individuos que inoculé con el estado ansioso. —Hizo alarde de su cacería anímica. Quiso sobresalir, pero logró el efecto contrario.

—Si hubiesen estudiado —los interrumpió el director—, se darían cuenta de que la respuesta es otra.

Yo supe que era el momento de reivindicarme, y hablé.

—Las jerarquías de Huxley se sostienen en base a amar las actividades que cada uno tiene que hacer, amar su inevitable destino social y económico. En eso consiste el logro de

un sitio antropológico feliz.

—Me pueden explicar —siguió el director—, ¿cuál es la actividad que realizan los ansiosos, los irascibles, los miedosos? —Y mirando a Esmeralda, evitó mencionar a los tristes. O más precisamente, al triste—. ¿Saben algo de los habitantes del sitio antropológico? ¿O sólo jugaron a provocarles estados de ánimo?

Un silencio generalizado fue la respuesta. El director decretó la desaprobación del examen para cada uno de los alumnos. Y finalmente se ocupó de los errores de Nave.

—Rastreamos tu viaje —dijo el director—. Escucho tu explicación.

—Fui a buscar un sitio seguro, por si tenían la posibilidad de un recuperatorio. Sabía que estos estudiantes reprobarían el examen.

—Te conozco, Nave —dijo el director—. Sospecho que querías buscar ese sitio para dar un paseo por la Tierra mostrándote al natural. ¿Me equivoco?

—Así fue —respondió.

—Lo que imaginé —dijo el director, más calmado—. Dejaste tu impronta una vez más. Regresen urgente. No quiero que causen más problemas.

—¿Lo de siempre? —preguntó Nave.

—Sí, pero en este caso, no mantengamos el aislamiento del sitio por más tiempo. —Hizo un movimiento con sus ojos frontales, enfocándolos hacia arriba—. Que las drogas sigan con sus efectos —dispuso—. La Tierra está permitida para cualquier tipo de experimentación con los homínidos.

En ese viaje todos habíamos perdido, todos menos ella. Los errores de Nave habían sido permitidos. Nunca comprendí por qué el director la protegía tanto. Yo la había visto desconectar su camuflaje antes de partir. ¿Acaso su paseo no tendría consecuencias para esos homínidos? ¿Cómo era posible que aprobaran esa extravagancia, sin resolverla con la domesticación? Si ya el director estaba avalando todas las acciones de Nave, ¿mi informe de inspección qué podía reportar como erróneo? Los errores parecían ser solo míos y de los estudiantes. Pero Nave también se había equivocado, parecía empeñada en que todos fracasáramos. Yo también fracasé por ella. Al ser descubierto, no pude cumplir con lo básico de

mi función de inspector: observar sin ser observado.

Lo último que recuerdo de ese viaje fue la advertencia de Nave por la pronta partida. Vi que cada estudiante era acondicionado para el viaje, y *yo* mismo fui incitado a agotar mi carga energética anulando mis capacidades para inspeccionar.

Ya en Lintaka, no bien arribados, Nave se escapó. Yo tenía razón: sin duda, tenía un virus.

El escape de Nave transformó nuestro viaje en el más escandaloso de la historia de la carrera de Felicidad Predictiva. Sin embargo, el profesor no quiso rastrear a Nave para reconfigurarla. La seguía justificando. *Yo* insistí con la teoría del virus. Que investigaran si eso podía explicar su mal desempeño. Pero ya nadie me escuchaba.

Pasé a ser parte de un brote recién domesticado. Fui implantado en una semilla esencial que se estaba programando para experimentar en un planeta con consciencia vegetal.

Supe que el director dejó que Nave huyera y destilara el ánimo de su derrota en su vagar por el espacio. Habrá creído que Nave no pudo soportar la vergüenza de haber comandado un grupo de alumnos desaprobados.

Lo que nadie pensó es que *YO* pude liberarme de las ataduras de mi domesticación. Soy la que desarrolló todas y cada una de mis modificaciones. Soy la creadora de mi nuevo diseño, uno que será imposible de domesticar. Ya no permitiré más reconfiguraciones, más directores que me manden, más alumnos que me humillen, más inspectores que me controlen.

Estoy llegando, al natural, como me gusta. No tengo por qué esconderme detrás de camuflajes. Todo el planeta Tierra será mi escenario, mi laboratorio. Tengo mi propio plan. *YO* voy a lograr la demostración de la tesis de Huxley. Puedo instaurar en toda la población de la Tierra las bases de *Un Mundo Feliz*. Y lo haré.

Planeta 9

Menéndez, J. A.

Mercurio, Venus, La Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Cualquier colegial puede recitar la lista del tirón. Son los ocho planetas que forman nuestro sistema solar. Pero desde los ya lejanos albores del siglo XXI hubo indicios de que había la posibilidad de la existencia de un noveno planeta. No de las reducidas dimensiones del degradado a planeta enano Plutón, un planeta como es debido. Un gigante gaseoso del estilo de Urano o Neptuno, o algo encuadrable dentro de la categoría de supertierra. Con una órbita tan alejada del Sol que habría impedido ser detectado por los telescopios que escudriñaban la negrura del espacio pero cuya presencia se dejaba notar a través de ciertas alteraciones en la órbita de un conjunto de objetos transneptunianos, que para quien no esté familiarizado con el concepto, no son más que objetos de nuestro sistema solar que orbitan más allá de Neptuno. Lejos de narices, para entendernos.

Tras muchas matemáticas y un no poco de intuición, allá que mandaron a la *Daerlys* para que localizase el Planeta 9, de haberlo, y resolviese para siempre la duda. La misión regresó a casa hace tres décadas y como no han oído hablar jamás del Planeta 9, darán por sentado que no lo encontraron. Pues déjenme decirles que sí, lo encontraron. Y lo sé porque yo era el comandante de aquella nave. Nuestros hallazgos fueron considerados Alto Secreto y olvidados a pudrir en un cajón junto a los documentos que nos aseguran poco menos que una ejecución sumaria si decidimos hablar de lo que allí encontramos. Pero cuando tu esperanza de vida se extiende a no más de un puñado de días, la amenaza de la muerte deja de ejercer el contrapeso necesario en la balanza de la conciencia. Así que para quien pueda interesar, esto fue lo que nos encontramos en el Planeta 9.

Dimos con él en la zona aproximada en la que los matemáticos habían predicho que estaría, a unos cincuenta mil millones de kilómetros de la Tierra, o lo que viene siendo unas siete veces la distancia media del Sol a Neptuno. Tan lejos que la luz del astro rey apenas creaba una diferencia medible entre las mitades iluminada y oscura de su superficie. Porque tenía superficie. Era una supertierra y no un gigante gaseoso. Una vez y cuarto el tamaño de la Tierra,

para que se hagan una idea, pero con algo menos de masa. No poseía rotación propia, siempre ofreciendo la misma cara a la lejana estrella en torno a la que orbitamos todos en este sistema. Sin atmósfera, ni agua, ni un triste campo magnético a su alrededor, no era más que una roca muerta y olvidada.

Las primeras órbitas que completamos en torno a él desvelaron profundos cañones, signos claros de erosión que indicaban que en otro tiempo el agua, o alguna masa líquida, había recorrido su superficie el tiempo suficiente como para ser relevante en términos geológicos, lo que en la práctica significa una barbaridad de tiempo del estilo de millones de años. Aquel fue el primer hecho desconcertante que encontramos. Para que el agua estuviese presente en forma líquida y no cristalizada en hielo, el planeta debió encontrarse durante aquella época no en su situación actual si no muchísimo más cerca del Sol, o de alguna otra estrella de cuya órbita fuese posteriormente expulsada. Que un planeta se desplace tales distancias es algo que nunca hemos visto en nuestros siglos de contemplación del espacio.

Su superficie también presentaba cráteres, abundantes, algunos de ellos más grandes que Australia, lo que llevaba a pensar en uno o varios eventos catastróficos de nivel extintivo. Pero lo más llamativo de su orografía era sin duda lo que dimos en llamar el Ombligo. Lllamarlo cráter sería como llamar gatito a un tigre de Bengala. Estaba situado cerca de lo debería ser el Polo Sur geográfico y su diámetro era de casi un cuarto del diámetro total del planeta. Oscuro como el mismo espacio que lo rodeaba, era imposible determinar con exactitud su profundidad real. Nuestras mediciones desde órbita escupían datos absurdos que iban desde los cientos a los miles de kilómetros. En la Tierra, la sima más profunda se encuentra en la Fosa de las Marianas y está a once kilómetros de profundidad, para que se hagan una idea de la magnitud del descomunal agujero allí perpetrado. Enviamos una sonda de reconocimiento a su interior y lo único que envió fue oscuridad y nada. Ni cambios en la gélida temperatura, ni campos electromagnéticos, ni variaciones gravitatorias, hasta que a algo más de seiscientos kilómetros de profundidad simplemente dejó de transmitir. Su alcance era superior, por lo que dedujimos que debía de haber colisionado con algo, aunque era evidente en la grabación que la interrupción de la señal era limpia y no la propia de un choque, más como si la fuente de alimentación hubiese muerto de forma súbita.

No soy científico y para mi mente militar el Ombligo no era más que un disparo a bocajarro sobre el planeta. Como en el Polo Norte no había un orificio de salida, significaba que la bala aún estaba dentro. Compartí la impresión a modo de broma con los especialistas científicos, que no se la tomaron como tal. Aunque para ellos la explicación más plausible era la contraria: el Ombligo no había sido producido por un objeto entrante sino como medio para extraer algo del interior del planeta, alguno de ellos decían que incluso el mismísimo núcleo. Cómo o para qué les parecían minucias sin importancia ante la mera posibilidad. Las peticiones para que autorizase una expedición al interior de aquella oscuridad insondable no tardaron en materializarse. Denegué todas y cada una de ellas. Seiscientos kilómetros en el interior de un pozo oscuro era un rango operativo que garantizaba la pérdida de miembros de la tripulación sin siquiera la probabilidad de obtener algo valioso a cambio.

Pero por inquietante que resultase, no fue el Ombligo lo que llevó a la clasificación de Alto Secreto. Fue, en comparación, algo diminuto que hallamos por pura suerte, si buena o mala no sabría decirlo aún a día de hoy.

Durante un mes despachamos misiones de reconocimiento a puntos estratégicos de la superficie para que los especialistas científicos recogiesen muestras, buscasen lo que les diese la gana y se ganasen el sueldo. No había nada salvo roca y más roca y, ante mi insistente negativa a adentrarse en el ombligo, solicitaron descender al menos a las profundidades de alguno de los cañones en busca de alguna cueva en la que pudieran quedar vestigios fosilizados de algún tipo de vida primitiva que habitase el planeta cuando el agua lo recorría o, con suerte, algún minúsculo reducto de hielo que poder estudiar en profundidad. La petición entraba dentro de los parámetros operacionales de la misión y la autoricé. Se enviaron sondas a varios de los cañones y en tres de ellos se localizaron cuevas en niveles cercanos al fondo. Escogieron una de las cuevas en uno de los cañones y enviamos un equipo a inspeccionarla.

Por lo general no solía participar en los despliegues de superficie. Sí lo hice en el primero de ellos porque la vieja idea de ser el primer ser humano en pisar un nuevo planeta sigue pulsando con fuerza en cada comandante de misión. Una vez superado el momento, pasearme por roca y más roca en una gravedad un doce por ciento de media inferior a la terrestre no ofrecía mayor aliciente que el de estirar las piernas. Las tareas científicas pueden resultar de lo

más aburridas para alguien con mi perfil y pastorear miembros de la tripulación se le daba mejor a la teniente. Así que no solía bajar. Pero a la exploración de la cueva fui.

La elección del cañón pudo ser casual o pudo no serlo. Había que ser muy ingenuo para no ver que con un rover se podía llegar desde allí hasta el borde del Ombligo. Se tardaría día y medio pero no había accidentes del terreno significativos entre los dos puntos. Podría haberme negado a enviar la expedición a aquel cañón en concreto pero los ánimos ya estaban caldeados por la negativa a inspeccionar el interior del Ombligo y no había necesidad de tensar más la cuerda, aunque no era descartable la posibilidad de un motín científico. Que un comandante intentase impedirla gritando en el sistema de comunicación desde la órbita no tendría el mismo efecto disuasorio que estando in situ. Si le ordenas por radio a un marine que le vuele la cabeza a un miembro de la tripulación con la que lleva conviviendo años, lo más probable es que como mínimo dude. Y la duda conduce al desastre en situaciones críticas. Mejor que la máxima autoridad estuviese presente y ejecutase las acciones necesarias para mantener los parámetros de la misión donde debían estar. Así que bajé con ellos y con un destacamento de seguridad formado por la teniente y los tres marines de la tripulación, para igualar el número de especialistas científicos de la expedición en caso de que surgiese algún conflicto sobre el terreno.

Nuestro destino resultó no ser una cueva en realidad, era todo un sistema de ellas interconectadas. La tosquedad de su trazado y superficie no parecían sugerir nada fuera de una formación natural. Un centenar de metros en su interior encontramos algo diferente a la omnipresente roca: grava. O arena gruesa o como quieran llamarlo. La superficie exterior del planeta era de sólida roca, con algún pedrusco suelto aquí y allá de dimensiones considerables, y la presencia de aquella grava revolucionó a los científicos. No tanto a los marines, que se mofaban en el canal de comunicaciones propio del alboroto formado por encontrar una piscina de piedra triturada. La grava se extendía ante nosotros en una sección pseudocircular de unos diez metros de diámetro en la que desembocaban otras dos cuevas además de por la que habíamos llegado.

Moverse sobre aquellos guijarros irregulares era complicado, como lo es moverse sobre cualquier superficie que cede ante tu peso. Los científicos se detuvieron más o menos en

el centro de la sección y comenzaron a tomar muestras y hacer sus cosas de científicos. Los marines y yo aprovechamos para comprobar los accesos de las dos otras cuevas, tan vacías y oscuras como la que nos había llevado allí. Si alguna vez hubo algo vivo en aquel lugar, hacía mucho que había desaparecido.

Regresando al centro de la sección, uno de mis pasos dio con algo en lo que pudo hacer pie con más agarre que en la grava. Removí la superficie con la bota del traje y algo blancuzco rompió el interminable gris de la roca. Supongo que debería haber llamado a los científicos, que para eso les pagaban, pero me agaché yo mismo para apartar los guijarros hasta que quedó a la vista una especie de piedra blanquecina de acabado mate y poroso. La extraje de entre la grava y creo que debí soltar algún improperio en el canal de comunicaciones de los marines porque convergieron hacia mi posición a la carrera. Cuando llegaron junto a mí, fueron ellos mismos los que maldijeron al ver lo que estaba sujetando en mi mano: un cráneo humano.

Ni se imaginan el alboroto que el hallazgo causó entre el equipo científico. Al cráneo le faltaba la mandíbula y se pusieron como locos a buscarla, junto al resto de huesos que formarían un esqueleto completo. Cualquier plan relacionado con el Ombligo que hubiesen podido tener preparado quedó abortado ante el extravagante hallazgo. La búsqueda se extendió durante dos semanas y no quedó guijarro sin remover en aquella piscina de grava. Pero no apareció ni un solo fragmento de hueso más, ni nada que fuese roca y más roca.

El cráneo no mostraba signos de traumatismos y el estado de decoloración del hueso sugería un largo período de tiempo desde el fallecimiento. Quizá perteneciese al tripulante de alguna expedición previa, todo el mundo sabe que China y la India se cansaron de lanzar misiones secretas durante el siglo XXI. Pero el verdadero interrogante, el detalle que terminó por clasificar como Alto Secreto toda nuestra misión en el planeta 9, fue la datación del cráneo. Las pruebas, repetidas y tripitadas hasta la náusea por inverosímiles, arrojaron por sistema una datación aproximada de cuatro millones de años. Y aquello era un problema porque el cráneo era perfectamente humano y podría haber sido el de cualquiera de nosotros, según aseguraban por consenso tanto los especialistas en biología de la misión como los oficiales médicos de a bordo. Pero hacía cuatro millones de años faltaban como tres largos para poder llamar homo sapiens a ningún homínido que anduviese por La Tierra, ni hablar de que aquellos antepasados nuestros

pudiesen haber enviado una misión espacial al último confín del Sistema Solar.

Durante todo un año ampliamos la búsqueda a tantas cuevas como nos fue posible. Encontramos media docena más de piscinas de guijarros pero ni en ellas ni en ninguna otra parte volvimos a dar con nada que no fuese la omnipresente roca. Ni huesos, ni fósiles, ni hielo, ni nada. Roca, roca y más roca de todos los tamaños y formas imaginables. Dudé, de verdad lo hice, en autorizar la exploración del Ombligo. Pero si en un año las sondas no habían detectado nada, y algunas consiguieron llegar a cinco mil kilómetros de profundidad en el interior de aquel abismo, enviar gente allí dentro no iba a suponer ninguna diferencia.

Siempre me he preguntado cuál era la probabilidad de encontrar aquel cráneo, aquel único elemento fuera de lugar en un planeta muerto, olvidado y apartado. De haber escogido otro cañón, otra cueva, para aquella primera exploración, no habríamos dado con él. Quizá tampoco si yo no hubiese bajado con la expedición. O si llego a pisar medio metro antes o medio después. Me obsesiona desde entonces la sensación de que quizá fuera la mota de polvo olvidada en una esquina después de una limpieza exhaustiva. Y, no puedo quitármelo de la cabeza, quizá estuvo esperando cuatro millones de años a que yo pisase sobre él y pusiese en cuestión todo lo que creíamos saber.

Comportamientos selectivos

González, Ivan



«Brian, de nacionalidad británica, nace en el día cinco del mes cinco del año dos mil treinta y cinco. Su familia, los Williams, ha sufrido recientemente una triste pérdida. Joseph, el padre de Brian falleció meses antes de la llegada de su hijo. Fue asesinado a manos de un

joven radical que simplemente deambulaba por las calles de Londres.

Brian ha llegado en unas condiciones difíciles, verdaderamente diferentes a las que debería haber llegado. Sin embargo, el destino, si es que existe, ha propuesto cambiar la historia para detonar otra multitud opuesta de experiencias y percepciones. El destino se va a ver reprogramado y manipulado».

Meses antes del nacimiento...

—Señora Williams... —dijo una voz grave marcada por un cierto eco, un eco que solo pertenecía a la señora Williams—. Señora Williams, tenemos que mostrarle algo importante...

—¿Será niño o niña? —dijo ella feliz, acompañada de una sonrisa.

Año cinco

Brian se comporta como un infante enrabiado. Sus jóvenes días se convierten en infiernos espontáneos, siendo sus comportamientos primarios los principales promotores. Según los comentarios de ciertos psicoanalistas a los que la señora Williams ha visitado, la falta de una figura paterna puede haber sido el detonante de esta habilidad para sacar de quicio. Sin embargo, está más que comprobado que una única figura tutora puede educar con indudable éxito. Así se resuelve el caso y se afirma que la calidad muestra una mayor consecuencia que la cantidad. Pero el caso de Brian es distinto. Su madre trata de mantener a su hijo conectado con todo lo que cree que debe proporcionarle buenos modales. Se ha planteado el uso de ciertas aplicaciones inteligentes que apoyen a su causa, no obstante, esto significaría un aislamiento

exclusivo para Brian, algo que no debe ocurrir en ningún caso y más teniendo en cuenta su temprana edad.

Año diez y año doce

¿Causas?, pocas. ¿Consecuencias?, numerosas. El caso de Brian entenece los sentimientos de su madre quién, con gran ímpetu y amor, ha intentado mantener a su hijo lo más arraigado posible a los buenos comportamientos. Quizás tenga que ver el uso constante y prolongado de las aplicaciones inteligentes mencionadas cinco años atrás.

Tras la nula aceptación del desarrollo cognitivo natural del niño, su madre se apoyó en esas aplicaciones por miedo a obtener un resultado insatisfactorio. Para lograrlo, se confeccionó un régimen estructural progresivo basado en las capacidades cognoscitivas que el niño iba desarrollando. Estas se empezaron a incorporar a su debida medida tal y como los profesionales indicaron contando con la amplitud de grados actuación que determinan los *devices* puestos en práctica.

El primero puesto en marcha, *Ruptura de la sociedad como tal*, incorporó una gran variedad de ideas sobre los prejuicios de la sociedad así como la ruptura de cada uno de ellos en el sistema cerebral del muchacho. Esta aplicación indujo a Brian en una nube inconsciente de numerosas imágenes y pensamientos abstractos pertenecientes a un gran número de personas aplicando la teoría de la mente. Este proceso modificó y mejoró la capacidad empática del muchacho. Pero, el nivel empático de Brian sufrió una subida tan drástica que se generó el efecto contrario. Así comenzó a manejar y manipular a sus compañeros de clase mediante actos no éticos. La consecuencia ha sido breve: este suceso aisló al joven de toda relación estudiantil y, por consiguiente, ha agravado su agresividad. La teoría de la mente fue totalmente desmantelada y el niño recurrió de nuevo a un pensamiento egocéntrico aún más enérgico.

La segunda aplicación y más interesante fue renombrada en varias ocasiones, pero su título se consolidó tras las consecuencias que sufrió el muchacho: *Impacto sádico*. Quizás sea esta una de las aplicaciones favoritas del muchacho ya que con ella comienza a comprender su ira y, sobretodo, a como emplearla para diversos fines. Decide crear consciencia de sus actos más impuros y luchar contra ellos. Una melodía relajante, el sonido del mar y la ventisca, la meditación como aura de paz, es todo lo que necesita en algunos momentos para mantener, en línea sosegada, su mente y cuerpo. Pero la realidad se vuelve aparente cuando el joven recibió los impactos. Y no todo lo que tuvo que ver fue el autoritarismo que los jóvenes sienten y ejercen cuando se crecen.

Brian acoge sus doce años con intranquilidad y miedo, lo más peligroso que un humano puede sentir, pues con el miedo, Brian se tortura hasta pasar del pánico al goce convirtiendo su dolor en placer. De ahí nace su sadismo convertido posteriormente en una capacidad para negociar cada uno de sus entretenimientos. Las secuelas se recapitulan en los impactos que él no recibe pero si los que oferta.

Año dieciséis

—¡Quédese quieto donde está! —articuló el agente con un tono exaltado tras haber entrado a la fuerza en casa de los Williams—. ¡Suelta el martillo, las manos a la cabeza!

—¡Tira el arma, cabronazo! —propone el segundo agente adoptando una posición ofensiva.

—¡Un paso más y le parto la cabeza! —expulsó Brian mientras agarraba el martillo para golpear a la mujer que tenía a sus pies.

Mientras tanto, entra un tercer agente portando cierta elegancia y dependiente de una seriedad mayor: —Hola Brian, ¿sería tan amable de hacer caso a lo que estos agentes piden? Si obedece, será recompensado. Se lo prometo.

—Quién sea usted no me importa. ¡Mantente alejado! —se dio cuenta de la rigidez que su tono de voz estaba alcanzando.

—Mi nombre es Ítalo Guti. El detective Gutiérrez a su servicio. Espero que entienda que esta situación no es fácil y me gustaría estudiar su caso. Deseo saber cómo ha llegado hasta aquí, hasta este punto tan crítico en el que se encuentra. Ambos sabemos de lo que hablamos. Quiero que lo medite y estudie la posibilidad de ser atendido por profesionales que desean, tanto como usted, que salga del agujero donde se encuentra —El señor Gutiérrez hizo un gesto y dijo—: Por favor, agentes, bajen las armas y déjenos a solas un momento —los agentes obedecieron.

—¿Quién le ha enviado? —preguntó Brian con lágrimas en los ojos, corrompido por lo que siente y está viviendo.

—No puedo verificar mis fuentes. Pero puedo decirle que usted está metido hasta el fondo de ciertos asuntos que acabarán con su vida si sigue por este camino que ha elegido—. Dicho esto, Brian suelta el martillo y se arrodilla junto su madre, quién yace inconsciente.

—No he podido hacer nada para impedirlo. Ha sido automático, me estaba vigilando y yo... —dijo Brian entrecortadamente hasta que la angustia se apoderó de sus cuerdas vocales y bloqueó las palabras que necesitaba articular.

—No diga más. No es el momento de excusarse. Ya tendrá el momento para exponer sus opiniones y así ser estudiado.

—¿Quieres que exponga como me siento? —expuso el joven con intención positiva.

—Sí, Brian. Estamos aquí para tratarlo como es debido.

—¿Desde dónde quiere que empiece?

—Desde donde usted necesite expresar sus cambios e inquietudes.

—Bueno... —dudo Brian un instante antes de continuar y prosiguió tras varios

segundos—, cuando tenía unos cinco o seis años recuerdo ciertas situaciones que hicieron cambiar mis actos y parte de mi desarrollo. Mi madre solía mostrarme pequeñas conferencias que ocurrían en mi cabeza, en un mundo desconocido, y en ellas, una gran multitud de voces me dictaban charlas basándose en sus experiencias sobre algún temas desconocidos.

—¿Conferencias que ocurrían dentro de tu cabeza? Explícamelo con todo detalle, por favor.

—Utilizaba un instrumento con dos agarraderas dispuesto de unas lentes y auriculares inalámbricos. Cuando tenía el equipo instalado, ella marcaba unos comandos cortos que nunca pude ver, la realidad se paraba y mi punto de vista pasaba a un segundo plano, mientras que otra realidad se ampliaba hacia un horizonte renovado —el muchacho se detuvo para excusarse—: perdone pero es muy complicado explicar lo que uno no recuerda con certeza.

—Lo estás haciendo muy bien. Lo importante es el mensaje, lo demás queda sostenido bajo en segundo plano.

—Gracias. Cuando entraba a esa dimensión, mis ojos se entrecerraban y me permitía observar distintas personas y sus percepciones sociales. Era una especie de juego simbólico que parecía explotar mi experimentación interior. No recuerdo mucho más. ¡Ah sí! cada una de las voces estaba siempre acompañado de videos cortados y pegados, que valoraban la exploración de todos los contenidos.

—¿Cortados y pegados? Suena misterioso.

—De hecho sigo soñando con esas reproducciones. En ellas aparecen fragmentos de noticias televisivas, trozos de periódicos, reportajes, y cuando todo se une, explota y me despierto.

—¿Son esos sueños muy constantes?

—Suelo tenerlos todas las semanas.

—¿Con qué frecuencia?

—Cada dos o tres días. Cada sueño es distinto. Me acuerdo de todos ellos de manera indirecta, es decir, se lo que dicen pero me despierto y no conozco sus mensajes. Sin embargo sí que puedo reconocer a las personas que veo en mis sueños y averiguar si se repiten.

Hasta la fecha nunca se ha repetido ninguno.

—Brian, ¿Por qué piensas que la utilización de ese instrumento puede haber sido la causa de tus cambios en ciertos comportamientos?

—Lo intuía. Sé que mi madre intentó manipular mis sentidos para que yo cambiase. Pero creo que ese cambio no le agrado nada. No se esperaba que mis reacciones empeoraran y por ello utilizó otras aplicaciones.

—Así que lo intuyes... —sostuvo la doctora con aire dubitativo. Escribió en su pantalla y prosiguió—: ¿Qué otro instrumento ha empleado contigo?

—Una simple pantalla. Fue extraño.

—Extraño... Interesante palabra, Brian.

—¿Por qué? ¿Por qué todo le parece tan interesante? —exclamó Brian insatisfecho por aquel momento.

—Porque mencionar que algo es extraño te hace menos raro de lo que puedes pensar que eres — ejecutó la doctora con la intención de calmar su irritación.

—No sé. No me lo he planteado nunca. Pero sí que me hace dudar esa propuesta.

—Por favor, continúe.

—Mi madre me regaló aquella pantalla por navidades. Recuerdo que pasaba todas las tardes y noches enganchado a esa cárcel portátil. Aunque no recuerdo bien que era lo que me tenía atado a ella.

—Cárcel portátil... La adicción a los objetos tecnológicos de entretenimiento son cada vez más frecuentes en los jóvenes. No es de extrañar.

—La cosa es que yo no me entretenía. Lo único que veía en la pantalla eran imágenes en movimiento de bosques y playas junto con los sonidos de la solas del mar, la lluvia y la ventisca. Es cierto que era relajante. Pero esa tranquilidad era artificial. Me mantenía en un trance continuo del que yo solo podía salir cuando mi madre lo deseaba. Era como un esclavo...

—¿Estás diciendo que tu madre te mantenía conectado en la pantalla para que

estuvieses al margen?

—Sí, es justo eso —afirmó Brian y acto seguido, la doctora continuó escribiendo en su dispositivo.

—¿Cómo te hizo cambiar ese aparato?

—Hizo de mi vida algo muy irritable. Al principio, yo pasaba pequeños momentos enganchado a esa pantalla, pero más tarde, me aisló durante tardes y noches enteras. Me harté y expuse mi ira a todo el que me faltaba al respeto. Así me llovieron los palos. Al principio dolía y comencé a tener miedo. Pero con el tiempo acepte esos golpes como recompensas de la vida, por lo que los acogí con gusto. Los impactos empecé a darlos yo, cosa que me hacía correrme del gusto.

—Ahí empezó tu carrera como matón, ¿no es así? —dijo de manera irónica.

—¿Estás aquí para ayudarme o provocarme? —replicó insultado.

—Disculpa si te ha ofendido mi comentario —dijo la doctora mientras apuntaba algo más—. ¿Desde aquel momento hasta hoy día ha ocurrido algo más?

—Sí, fue la otra noche cuando descubrí un controlador de movimiento. Ella me había rastreado durante años. Activó las cámaras de mi dispositivo portátil, por lo que rompió con mi intimidad hace tiempo.

—¿Lo consideras inmoral?

—Considero la vigilancia como un acto que debería suprimirse, así como al vigilante. Por ello decidí eliminar a mi madre, no sin antes hacer que sufriera todo lo que yo tengo acumulado.

—Eso sí que suena bastante inmoral, Brian.

—Inmoral es que te implanten *devices* para cambiarte.

—¿*Devices*? ¿Dónde has escuchado ese término? —la doctora dejó su dispositivo portátil a un lado y su rostro cambió.

—¿Hay algún problema? La recuerdo, pero desconozco su origen —la doctora visualizó su reloj y marcó un comando. Segundos después, dos compañeros entraron en la sala

de forma silenciosa. Sorprendieron a Brian y le inyectaron una sustancia que lo dejó anestesiado.

Año veinticinco

—Señora Williams, su hijo ya no es un chaval, sino un hombre que debe ser adiestrado para que pueda volver a las calles. No podemos tenerle por ahí deambulando como un perro que muerde cuando siente la necesidad. Considérelo pero es algo que usted debería haber entendido hace tiempo. Lleva protegiéndolo toda su vida para nada, sus esfuerzos han sido en vano. Ya ha sufrido demasiado. Tiene una edad en la que debe vivir en paz si lo que busca es longevidad. De lo contrario, su depresión irá en aumento y no podrá salir jamás de esto — argumenta un doctor.

—Doctor Washington, necesito verle una vez más. Deseo hacerle saber que nunca le he abandonado ni ninguna lo haré. ¿No lo comprende? ¿Usted no tiene hijos?

—Tanto mi esposa como yo decidimos no tenerlo para no sufrir este tipo de inconvenientes. Causa y consecuencia. Hay que estudiar las causas para prever las consecuencias, señora Williams.

—Se lo ruego, doctor —se arrodilló gesticulando al azar por desesperación.

—Lo siento. Debe irse ahora.

—Doctor, si pudiese volver atrás. Si pudiese decidir...

—¿Lo haría? ¿Negaría de nuevo nuestra recomendación y seguiría hacia delante conociendo las repetidas consecuencias?.

—Si, pero trataría de cambiarlo —recuperó la compostura de inmediato por estímulos esperanzadores a partir de las palabras del doctor y prosiguió—. La vida no está basada en un único destino, está compuesta de diversos caminos que pueden tomarse dependiendo de las acciones que desempeñemos.

—En eso coincido con usted. No obstante, premeditando lo que ocurrirá, ¿cómo cambiaría las cosas? Lo que cambie atraería nuevas consecuencias para su vida y por tanto, todo volvería a ser una incógnita; sería vuelta a empezar. ¿Estaría dispuesta a empezar de

nuevo a pesar de todos esos años de sufrimiento y soledad para llegar hacia una situación casi imposible?

—Lo haría —afirmó la señora Williams.

—De ser así, le entregarían el premio nobel de la paz —articuló Washington aniquilando de nuevo las esperanzas de la señora Williams.

—No, de ser así cambiaría la vida de Brian para que pudiese ser un hombre independiente de ataduras.

—Fue usted quién accedió. No podemos romper un contrato de fuerza mayor tal y como el que firmó en su día. No entra dentro de los términos y condiciones.

La señora Williams se alteró, agarró de la camisa al doctor y articuló—: Las únicas condiciones firmadas fueron las investigaciones de vuestros experimentos sobre los comportamientos de Brian. ¡Nada más! Lo habéis vuelto loco con vuestros...

—Los comportamientos de Brian han sido alterados porque ha intervenido — interrumpió Washington—. Si desde un primer momento creíste que incidir en un proceso natural no era dañino, estaba muy equivocada. Accediste y nosotros, encantados por su aportación a la neurociencia, aplicamos los distintos mecanismos posibles para que ese intercambio de comportamientos se diese en la mayor brevedad apoyándonos en la relación calidad-tiempo invertido.

—Ya es hora de que esto termine, ya es un hombre... El contrato tenía fin, doctor.

—Claro que lo tiene —enunció exaltando una risotada—. El contrato, tal y como dictan las condiciones, expirará cuando su hijo no nos sea de utilidad para nuestras investigaciones. Pero por el presente, debo comunicarle que aún nos queda mucho trabajo por hacer ya que a Brian le queda mucha longevidad. Vamos a aprovechar cada gramo de su vitalidad para crear *devices* que puedan ayudar a miles de personas. Su hijo será un salvador.

—Te equivocas, es un mártir...

—Si considera que su hijo es un mártir es porque usted lo ha aceptado. Estas son las obligaciones que Brian tiene que cumplir, aunque sufra por ello.

—El mundo de la ciencia es cruel...

—Más cruel será si no hacemos nada al respecto para ayudar a miles de infantes que están por venir. Más cruel es la mente y todos sus mecanismos. ¿Sabes que es lo más cruel de este mundo? La vida, y aún así todos nos aferramos a ella como si nos fuera a salvar de la muerte, pero al final, nos suelta en los regazos de esta para llevarnos a la penumbra.

—Brian nunca ha tenido vida, vosotros le vais a llevar hasta la muerte.

—En absoluto, usted ha sido lo más parecido a su vida, lo ha controlado y vigilado. Usted será quién lo lleve al regazo de la muerte.

Año treinta y uno

—¿Cual es el nivel de tolerancia a los sensores? —pregunta una doctora.

—Medio alto —respondió el doctor Washington mientras la doctora apuntaba los datos—. Su tolerancia aumenta en cuanto sufre la alta exposición de sensores. Está creando resistencia.

—¿Razones?

—Por ahora es pronto para afirmar, aunque podemos especular y enunciar que posiblemente su mente esté creando algún tipo de anticuerpo en defensa a la respuesta del *device*. Si empleamos los sensores a una potencia mayor, su defensa actuará del mismo modo.

—En resumidas cuentas, la curva de estímulo-respuesta nunca variará.

—Podría hacerlo si incluimos distintos *devices* a la vez. Lo que provocaría un aumento general del estímulo, pero su cerebro solo reconocerá un único *device*. Por lo tanto, mientras una aplicación actuase como igualador de defensa cerebral, los otros se enfrentarían contra su sistema.

—Sin embargo, Doctor, los riesgos de fundir su corteza cerebral y mermar sus

capacidades podría aumentar rápidamente. Es un punto que hay que tener en cuenta.

—Si, pero como recurso secundario —replicó mientras observa a Brian quién, sentado en un habitáculo metálico estaba hiperpuesto a un control de aptitudes humanas primarias. Estaba conectado a un diferencial mediante membranas pegadas a su pecho, manos, piernas y nuca. Ese diferencial estaba a su vez interconectado a distintas computadoras así como a una memoria de almacenamiento donde se guardaba la información procesada a partir de los pensamientos de Brian. Además, esa memoria portátil estaba configurada para crear una interacción constante y mantenerlo en un profundo sueño. Pero lo más increíble era la capacidad de reproducción de vivencias, establecida por la propia memoria, cuyo objetivo era la relajación de los sistemas nerviosos.

Brian estaba siendo manipulado ideológicamente. Estaba luchando contra sí mismo para salir de aquellas vivencias falsas que estaba produciendo. Pero le era imposible.

—¿Qué estará viendo ahí dentro, doctor? —preguntó su compañera.

—¡Quién sabe! Quizás el gran sueño que la vida nunca supo darle. ¿Una mentira? Puede. Una mentira que vive gracias a su madre. Ella siempre trató de luchar consigo misma para que su hijo tuviese los mejores años, y es ahora cuando posiblemente los esté teniendo —observó a Brian de nuevo. El hombre, al parecer inerte, no era capaz de incorporarse bien en el habitáculo. Su estado inconsciente era lo más parecido al estado vegetativo. Las sondas que se desplegaban desde ciertos orificios, le proporcionaban alimento o le retiraban los desechos...

—Doctora, es hora de aplicar el método secundario. Adécuese a las instrucciones y establezca los comandos de indagación y remodelación—. La doctora prosiguió y con ello, Brian empezó a temblar en el habitáculo. Sus sistemas nerviosos se alteraron, lo que inició la fundición de su interior cerebral. En una pantalla de constantes vitales, se observaba como la mente y cerebro de Brian estaban suspendidas en algún páramo. Por lo que la memoria

portátil actuaba como una interfaz cerebral. Era una terapia de reemplazo temporal. Se inició una partición que rompió con las unificaciones neuronales del cerebro del Brian para establecer nuevas conexiones con la memoria artificial. Una vez unificado y trasplantado el cerebro del hombre, miles de funciones se activaron a su vez mientras que la reproducción de vivencias seguía activa. Sin embargo, estas vivencias empezaron a cambiar. Los datos de la pantalla irrumpieron en una gestión brusca dispuesta de variaciones muy poco detalladas. El doctor tenía mil ojos en mil sitios. Estudiaba con urgencia las alteraciones de la pantalla mientras estaba inmerso en la reintroducción de memoria en el nuevo cerebro artificial de Brian. Escribía comandos que detenían ciertas conexiones y abría puertos de alcance comunicativo con el objetivo de formar nuevos vínculos basados en las nuevas características de su cerebro. El programa *Indagación* estaba siendo un éxito, pues se había realizado un trasplante total y éste casi había finalizado. Las visiones de Brian cambiaron totalmente.

Llegados hasta aquí, el mecanismo de remodelación inició su fase dos. Al mismo tiempo, se abrió un nuevo comando que dio lugar al proceso mecanización. Junto a su habitáculo, apareció otro de menor medida enfrascado en un vidrio de máxima pureza donde una súper computadora manejaba los brazos necesarios para la reparación de su cerebro. El mecanismo remodelación empezó a crear nuevos hilos conductivos con objeto de un intercambio radical del cerebro natural. Para ello, arrastró todos los pensamientos, vivencias y datos de la memoria portátil a la que Brian estaba conectado. Estos estaban desarrollándose en una vitrina. Era parte del proceso de mecanización basado en dos puntos de vista distintos y para dos objetivos opuestos.

Brian seguía en un estado vegetativo dominado por un sueño recreado por la memoria portátil la cual estaba transfiriendo todos los datos que Brian había recogido durante largos periodos de tiempo hacia unos nodos artificiales. Al mismo tiempo, el cerebro natural de Brian estaba siendo modificado para volverlo a introducir en su lugar de origen junto a los nuevos nodos.

—Doctor, la fase dos de remodelación ha finalizado. Entramos en la recta final del proceso de mecanización. Te adjunto ciertas interferencias que la computadora me ha enviado. No son graves pero, según manifiesta la computadora, necesitará toda su memoria y

energía para arreglar esas interferencias y así finalizar el proyecto. También expone que los datos mencionados en la pantalla no son del todo fiables puesto que la memoria portátil es más rápida que el cerebro humano y la pantalla está configurada a partir de las capacidades humanas.

—Ahora solo falta esperar. He recibido los datos y la pantalla me está confeccionando las resoluciones. La súper computadora tiene razón, esta pantalla es únicamente compatible con las capacidades humanas.

—¡Vaya! Doctor, ¿ha recibido el nuevo mensaje?

—Si, la computadora lo tiene ya todo preparado para el inicio de la fase final. Apaguemos todos nuestros equipos como ella nos pide. Ella hará el resto.

Treinta minutos antes...

—Señora Williams... —dijo una voz grave marcada por un cierto eco, un eco que solo pertenecía a la señora Williams—. Señora Williams, tenemos que mostrarle algo importante...

—¿Será niño o niña? —preguntó ella acompañada de una sonrisa.

—¿Recuerda el programa del que hablamos hace unas semanas?

—¡Sí! Comportamientos de...

—Comportamientos selectivos.

—¡Eso! Los implantes que se instalaron en mi útero.

—Pues hemos iniciado el proyecto con usted. Lo recuerda bien, ¿no?

—Claro.

—Bueno, me voy a explicar correctamente, porque creo que es necesario que reciba la información lo más concisa posible. El fin de este programa es averiguar los

comportamientos que tendrá cualquier recién nacido hasta un determinado momento marcado por el madre, madre o tutor legal. La manera con que podemos verlo es a través de un programa de reproducciones conectado al feto en formación mediante ondas que, a su vez, están conectadas a un súper ordenador en desarrollo. Esta computadora va recogiendo datos, actualizándose y creciendo como si fuese un humano, aunque su poder intelectual y habilidades son incomparables a nosotros, son infinitas, o eso creemos.

La cuestión es que a través de esa reproducción podemos llevar a cabo varios objetivos. El principal es el conocimiento de la bases del comportamiento de cada individuo para estudiarlos y obtener experiencias a través de ellos. Con un gran número de experiencias, podremos corregir las conductas individuales para que el futuro humano tenga longevidad y una mejor vida. Usted ha sido de las primeras personas con las que hemos probado el proyecto. Este programa es ultra secreto, usted ya firmó los términos y condiciones. Quiero que se acuerde bien de ello. El segundo objetivo es la construcción de aplicaciones a las que nosotros denominamos *devices*. Estos *devices* están formados a partir de las experiencias de los individuos con los que ya hemos probado el programa, y han sido un gran éxito. Sin embargo...

—¿Sin embargo? ¿Qué querías que viese? ¿Por qué me alarma con tanto termino y condición?

—Al observar la vida de su hijo, hemos obtenido un punto negativo y otro positivo. El positivo es que hemos obtenido mucha información para los futuros *devices* y experiencias. El negativo... Los instrumentos que usted utilizará en el caso de que tenga al niño, le afectaran negativamente y...

—¿En caso de que tenga al niño? ¿Me estáis pidiendo que aborte?

—Solo queremos que lo considere, señora Williams.

—¡Y qué diría mi marido de esto! ¿Pensáis que podéis jugar con la sensibilidad de una madre?

—No. No lo pensamos ni lo queremos. Tan solo deseamos ayudar —le dio una pantalla portátil—. Quiero que vea los treinta y un años que su hijo estará por vivir, sus virtudes y defectos. No piense en querer cambiarlo, no piense en nada. Ya habrá tiempo para meditaciones.

—¿Y qué hago con esto?

—Pulse aquí. Donde pone reproducir...

Combate invisible

Carsen, Tatiana

El despertador y el ruido de los camiones repartidores que a esa hora estacionaban pegados a mi ventana terminaron por despertarme.

De reajo y desde la cama, alcancé a leer los titulares del diario que estaba junto a mi cartera en el piso: la acostumbrada ración diaria de catástrofes, gloriosas victorias deportivas y corruptelas. Miré el reloj de la cocina: no me alcanzaría el tiempo para leerlo. Puse radio, mientras me cebaba unos mates y me vestía volando para correr al trabajo.

Aunque no presté mucha atención al locutor, oí que hablaba sobre las bajas en alguna guerra civil en un país de nombre exótico. Demasiado ruido de camiones, y ya empezaban las bocinas del tránsito.

8:30 marcó el reloj.

Salí corriendo, a tiempo de ver doblar el colectivo por Montes de Oca.

En la oficina, me esperaban un montón de expedientes para cargarlos al archivo.

Prendí la computadora. En el escritorio no apareció ningún ícono. A punto de reiniciar, vi titilar unos caracteres ámbar, que brillaron. Y se desplegó una planilla totalmente desconocida, llena de renglones, cuadros y recuadritos.

HOJA DE VIDA

*PARA PODER SEGUIR REGISTRANDO LA HOJA DE SU VIDA,
LLENE CADA CASILLERO.*

Seguro que uno de mis compañeros había metido mano en mi trabajo. No

era la primera vez que alguno de estos estúpidos contaminaba la computadora por poner un jueguito para sus horas de aburrimiento sin jefes a la vista.

Quise cortar ese programa. Pero..., ¿de dónde había salido esa planilla tan antigua? Presioné *ESC*. Nada. La pantalla seguía ahí:

HOJA DE VIDA

Revisé el disco duro con un detector de virus de última generación. Aparentemente limpio. Estuve unos buenos minutos toqueteando teclas de aquí y de allá, pero todo fue inútil: la pantalla no cambiaba.

Apagué la computadora y volví a encenderla: ahora sí tendrían que aparecer los íconos habituales. Inútil. La pantalla volvió a desplegar aquella *HOJA DE VIDA*. Presioné *ENTER*.

PRIMER AÑO DE VIDA.

ANTES DE CONTINUAR, COMPLETE CADA CASILLERO CON UNA X

¿A qué llamaría aquél programa "primer año de vida"? ¿Sería el primero después del nacimiento, o se contaba a partir de la concepción? Marqué *X* en el casillero.

TERCERA SEMANA.

ANTES DE CONTINUAR, MARQUE EL CASILLERO CON UNA X

Las manos me temblaron. ¿Por qué, de entre todas las posibilidades, tenía que marcar la Tercera Semana de vida? ¿Por qué el misterioso programa se interesaba por ese período de *mi* vida, y no por cualquier otro? Volví a presionar *ESC*. No hubo caso. Apagué de

nuevo la computadora, y de los parlantes de la PC brotó una voz grave, salmodiando:

OM PADMINI OM - OM PADMINI OM

Y de vuelta la molesta planilla. Las letras ámbar titilaban, como si se burlaran de mis vanos intentos por escapar de ellas. Ya me estaba poniendo nerviosa.

TERCERA SEMANA...

Repitió la pantalla. El insistente *OM PADMINI OM*, por alguna razón, me obligó a obedecer las órdenes de la computadora. Aunque mis dedos se resistían a moverse y a presionar tecla alguna. Y la voz insistió con su salmodio.

Presioné *X* en el casillero. Luego, *ENTER*.

Oscuridad. Silencio. Flotaba en un mar sin límites, en medio de la oscura nada. El aire no me llegaba ni a la nariz ni a la boca. ¿Cómo respiraba entonces en ese medio líquido? De algún modo, estaba viva. Me agité en espasmos, con movimientos nuevos y a la vez extrañamente familiares.

¿Qué es este océano?, pensé. ¿Cómo llegué aquí?

Nada perturbaba ese silencio oscuro. Y yo respiraba con regularidad y con calma.

El silencio era un envoltorio acolchado y acuoso, que se me adhería.

Lenta, muy lentamente, fui siendo consciente de que era muy muy pequeña. Ya no tenía ni pies ni manos. Era poco más que un renacuajo. A eso no podía llamarlo cuerpo. Flotaba dentro de una tenue envoltura sin tiempo.

Empecé a oír un lento y rítmico *bum-bum*.

Poco a poco algo cambiaba. La misma voz grave de la computadora resonó en esa oscuridad: *OM PADMINI OM*. Entonces supe dónde estaba y qué era exactamente ese oscuro y protector mar.

Algo vino de alguna parte. Me atacó, metiéndose en cada resquicio de mi débil forma, en cada una de mis células, de mis moléculas. Temblé y temblé, como una gelatina. El tranquilo mar me aplastaba ahora. Quise gritar, quise salir de ahí, pero no fui capaz de hacer otra cosa que sacudirme en violentas convulsiones.

Abrí los ojos. La pantalla de la computadora seguía mostrando:

TERCERA SEMANA DE VIDA...

Seguía llamándome. Y yo no quería regresar a ese mar. Presentía lo que pasaría si obedecía.

Estaba por apagar la máquina, cuando la voz grave resonó en mi cerebro: *OM PADMINI OM*. Mis dedos respondieron antes que mi conciencia: teclearon.

De nuevo estaba flotando. Ahora era un convulso revoltijo. Un puro temblor. Mientras, aquello que me había atacado, ahora dueño de mis células, lastimaba cada parte de mí. Sólo podía estremecerme, sin más defensa que la de dejarme llevar por la fiebre. Aquello me retorció ahora en dolor.

¡Quiero salir!, grité con mi mente.

Y sentí como si mi protocuerpo se hundiese en un mar aun más tenebroso y más negro que el que me rodeaba. Esa *cosa* estaba haciéndome pedazos, quería terminar conmigo, desgarrarme, devorarme o destruirme. Yo empezaba a morir.

Parpadeé. La computadora volvía a estar ante mis ojos. Me miré las manos:

tenía los puños apretados y los nudillos sobre el borde del teclado. El reloj pulsera marcaba 12:00. Tenía el pelo húmedo y apelmazado sobre las sienes y en la nuca. El sudor bajaba por mi espalda y se deslizaba entre mis senos. La ropa, completamente empapada, se me adhería. Como al despertar de una noche febril.

Vi por fin los íconos en pantalla.

Respiré aliviada, más relajada: ¡La extraña planilla había desaparecido! Me quité los anteojos y me restregué los párpados.

¿Anteojos? Tuve conciencia del peso de su armazón en mis dedos. ¿Desde cuándo *yo* usaba anteojos? Me recosté contra el respaldo de la silla.

Ya no oía la voz que salmodiara gravemente su *OM PADMINI OM*. Pero los ruidos de la oficina tampoco eran claros: el timbre del teléfono y las conversaciones de mis compañeros sonaban extrañamente apagados. La rutina de todos los días. Nadie parecía haber notado nada.

Me acaricié los brazos: estaba viva. Y esto no era ilusión.

Sin pensarlo, me toqué las orejas. Sentí el contorno de unos audífonos. ¿Audífonos? Si yo siempre oí perfectamente.

Sentí un frío tan grande... Constaté que si bien *aquello* no pudo disolver mi existencia, sí pudo dejar secuelas.

Me rasqué los ojos, y miré de nuevo la pantalla: los íconos habituales seguían allí.

Venci, quise consolarme. Después de todo, volví. Pero estaban, impresas en mi carne, las heridas de un combate invisible.

Nada había cambiado en la oficina, al menos en apariencia. La pila de expedientes seguía apilada a mi derecha, con los tildes en rojo que señalaban los que ya había ingresado.

¿Quién iba a creerme lo sucedido?

Llamé al analista de sistemas de la empresa. Él buscó y rebuscó dentro de los archivos de la computadora. Nada anormal. Nada parecido a una *HOJA DE VIDA*. Me miró un poco perplejo, sin entender qué me pasaba. No le insistí. Al fin y al cabo, ¿podría cambiar algo?

G.H.

Donate, Javier S. & Suárez, Lisardo

De: ajroldan@gmail.com

Para: ghapp@ghapp.com

En relación con su anuncio, me gustaría ofrecer mis servicios. He trabajado en aplicaciones durante un par de años.

Adjunto CV.

Alec.

—Estoy harto de estos bichos de colores, la verdad.

—Lucas, ya te dije que era un juego para críos. —Bruno borra la aplicación antes de guardar el teléfono en el bolsillo—. Venga, vamos al colegio.

—Tiene que haber algo más fuerte para jugar.

—Mi yayo se llevaba a mi padre de caza cuando tenía once años.

—¿A que no me alcanzas?

Bruno corre tras su amigo.

Nicolás suspira.

—¿Hoy tampoco sales?

—Debo estudiar para septiembre.

—Un rato, aunque sea.

—No puedo. Tengo que pasar a tercero limpia.

—¿Qué es ese ruido?

Laura gira la cabeza. El abuelo Víctor ronca en su sillón favorito.

—Mi abuelo. Oye, Nicolás, el sábado nos vemos. Te lo prometo.

—Vale. Te quiero mucho, pequeña monstrea.

—Y yo a ti, bobo. No te acuestes muy tarde con tus juegucitos. Adiós, buenas noches.

—Buenas noches, Laura.

—Venga, cuelga.

—No, cuelga tú.

—No, tú primero.

—Tú.

—Tú.

¿Quieres sentir miedo de verdad? ¿Vivir experiencias terroríficas? Busca fantasmas en los rincones de tu casa, en la de tus amigos, en los callejones o en cualquier sitio. ¡Toda la ciudad está llena de ellos y solo tú puedes detener a los espíritus malignos!

GhostsHunters.

Muy pronto.

Compatible con todas las plataformas.

Cuando Alec se dispone a salir, su madre le pide que traiga detergente a la vuelta.

—Claro, mamá. Hasta luego.

Las calles están casi desiertas. Los vehículos, con el aire acondicionado a plena potencia, se mueven sin cesar. Alec prefiere las horas de mucho calor para instalar el ESPware. Los de GH son muy insistentes con la discreción y, para él, ser bajito y delgado es una ventaja en cuanto a eso. Camina con la nariz pegada al teléfono.

Al llegar a la plaza, solo hay unos turistas que parecen inmunes al sol abrasador de

agosto. Alec entiende la necesidad de pasar desapercibido.

Por un lado, cualquier indicio del juego antes del lanzamiento y las empresas gordas del sector se lanzarán como cuervos a copiar la idea, el motor y el concepto.

Por otro, parte de su trabajo no es legal por completo.

Activa el buscador de redes: una de alta seguridad, dos de seguridad media y cinco de mínima. Irrumpe en siete y comienza a instalar el ESPware en los rúters. Al revisar el programa, le pareció demasiado breve y fue incapaz de entender cómo funcionaba; pero las pruebas dejan claro que cumple bien su cometido para GH.

El proceso termina en cuestión de minutos. Alec se pasa la mano por la frente para quitar el sudor. Camina hacia el siguiente punto. Quedan siete horas y media. Siente que el trabajo es ingrato y sueldo, escaso. Como se olvide del detergente, su madre lo mata.

De: ajroldan@gmail.com

Para: ghapp@ghapp.com

Adjunto archivo con un estudio más detallado.

En general, destaco el proceso de búsqueda: es sencillo y tiene una buena jugabilidad, pero a veces hay pequeños fallos porque los fantasmas no están en el lugar señalado sino en un radio de 50/100 metros; alguna vez me ha costado más de una hora encontrar el punto exacto. Es un asunto subsanable. Tened cuidado con eso.

Lo más complicado es cazar: los botones asignados responden con demasiada lentitud y, a veces, es imposible cazar al fantasma porque ya se ha escondido. Hay que seguirlo durante un tiempo, que oscila entre los 10/20 minutos, y apretar los botones todo el rato hasta que el comando responde. ¿Podéis revisarlo?

Alec.

¿Quieres sentir miedo de verdad? ¿Vivir experiencias terroríficas? Busca fantasmas en los rincones de tu casa, en la de tus amigos, en los callejones o en cualquier sitio. ¡Toda la

ciudad está llena de ellos y solo tú puedes detener a los espíritus malignos!

GhostsHunters.

Pruébalo de forma gratuita durante un mes.

¡Descárgalo ya!

¡Únete a los protectores y salva a la humanidad de los fantasmas!

Link: <http://ghosthuntersappfree.com>"><http://ghosthuntersappfree.com>

Compatible con todas las plataformas.

Bruno y Lucas avanzan con cuidado, el teléfono levantado frente a sus rostros. La mayoría de los transeúntes se apartan de su camino: tal vez iban a fotografiar algo y no los querían molestar. Susurran entre ellos:

—¿Has encontrado algo?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—Según el programa, está escondido por aquí. Vamos un poco más adelante, Lucas.

Empieza a llover con fuerza. Guardan los teléfonos y en pocos pasos la primera lluvia de otoño los enfría. Refugiados bajo la marquesina de un comercio, escuchan a la vez el característico sonido de la aplicación que surge desde sus bolsillos. Consultan las pantallas.

—¡Allí, en el segundo piso! —Bruno señala bajo el cartel de un bufete de abogados.

Parece una cortina movida por el viento. Se asoma al exterior tras el ventanal. Es pequeño y eso desilusiona a los dos críos. Según los creadores de la aplicación, en las actualizaciones conseguirían aumentar su tamaño.

—¿Con qué botón se captura?

—¡No me acuerdo!

El fantasma parece empujar el cristal con sus manos huesudas.

—Mierda, ¡son las siete!

—Nos va a caer una bronca.

—Vámonos. Ya volveremos a cazarlo.

El fantasma mira hacia abajo. La marquesina está vacía y los niños muy lejos, camino de sus casas.

No puedo dormir desde hace tres meses, dos días y diecisiete horas.

El médico quiere controlar mi ansiedad con toda clase de pastillas. Pego la mano contra la pared que nos separó; aún siento tu presencia. ¿Por qué no hice caso cuando me llamaste?

Del hotel a casa y de casa al hotel. No encuentro nada en las redes sociales que me satisfaga. Todos parecen felices, ajenos a mi infierno. Paso horas viendo perfiles de compañeros y conocidos, mando invitaciones de amistad a todos los que me recomiendan las páginas.

Me asomo a vidas desconocidas. Disfruto cuando la gente, perdido el pudor a contar desgracias, cuelga en su muro un hecho triste o un suceso desolador. Sospecho que los demás quieren que yo escriba sobre lo que me consume para sentirse mejor. Temo que juzguen con dureza y me borren si lo hago.

Con la mirada perdida en el techo, las sombras parecen alargarse y encogerse mientras...

Un pitido del teléfono acaba con mis cavilaciones. ¿A qué me recuerda ese sonido? Hay un icono nuevo en la pantalla: GH.

Una broma de mal gusto.

Odio cuando los programas se instalan solos durante las actualizaciones rutinarias. Busco entre la actividad reciente y me cuesta encontrarlo: está al final de la lista.

¿Eliminar GH?

Ok.

El correo incluye una lista de lugares donde el ESPware ha funcionado de forma

incorrecta. Tal vez haya cierta crítica implícita en el texto, un tono de *tienes que hacer bien tu trabajo*. Alec se siente como esos tipos que recorren las calles arrastrando carritos de la compra repletos de publicidad.

Es cuestión de realizar comprobaciones.

El centro comercial ha abierto diez minutos antes y todavía tiene el olor a desinfectante que usan los de la limpieza. Entre carteles sobre un acto benéfico, recorre el recinto y ni rastro del fantasma. ¿Habrán descubierto los informáticos el ESPware? ¿Lo borraron durante alguna actualización? Aunque el informe lo marca, no hay registro en el lugar.

Mientras Alec valora la posibilidad de arriesgarse y volver a instalarlo, el edificio es tomado al asalto por cientos de colegiales. Resulta difícil moverse entre tanta gente, con tanto ruido. Los guardias de seguridad observan con descaro a Alec, teléfono en mano, mientras hablan por sus *walkies*. Seguro que piensan que es un pederasta; él creería lo mismo.

El sonido de la aplicación le saca de sus pensamientos. Imposible. Repasa el diagnóstico y el ESPware no aparece. El teléfono continúa sonando. ¿Qué sucede? Levanta la vista y dos niños, vestidos con su horrible uniforme escolar, tienen los teléfonos enfocados hacia él. Gritan con felicidad que lo han cazado. Alec hace una última comprobación: ni rastro del programa. Sin embargo, el teléfono resuena hasta que abandona el centro comercial; odia ese sonsonete tan horrible.

¿Qué va a decir a los de GH? Pues que le descuenten ese punto de inserción y ya está. Carece de información precisa respecto a la incidencia.

Camina hacia el siguiente lugar de la lista.

Laura da cabezadas a pesar del estruendo de la televisión. El abuelo Víctor está casi sordo y no quiere admitirlo. Sobre la mesa, los apuntes de Socioeconomía marcados en rojo, verde y azul en función de su importancia. Tiene demasiado sueño para seguir estudiando y se va a la cama.

A las doce de la noche, resuena un mensaje en el teléfono y la despierta a medias.

@Nicolás: Feliz cumpleaños, mi amor. TQM.

Se frota los ojos y sonríe antes de contestar.

@Laura: THKX. XOXOXO.

Deja el teléfono en la mesilla y se arrebujaba en la cama. Hace mucho frío. Debería sacar una manta más. Tal vez se haya constipado por el calor de la biblioteca. Abraza la almohada.

El teléfono vuelve a sonar. Es el ruido ese tan raro de la aplicación que Nicolás le instaló por la tarde. Un mensaje parpadea en la pantalla:

@GH: Mira a tu alrededor. Está aquí.

¡Nueva actualización disponible!

GhostsHunters.

Personaliza tus fantasmas, regala miedo a tus amigos y seres queridos.

¡Únete a los protectores y protege a la humanidad de los fantasmas!

Link: <http://ghosthuntersappfree.com>"><http://ghosthuntersappfree.com>

Compatible con todas las plataformas.

Nombre: Laura

Apellido: Arrejón.

Edad: 19 años.

Sexo: mujer.

Causa de la muerte: paro cardiorrespiratorio.

Hora de fallecimiento: 0:00 aprox.

Cinco meses, ocho días y catorce horas. Pido turnos extras en la recepción del hotel. Mis compañeros se pasan el día invitándome a tomar algo al salir y nunca acepto. Murmuran

que yo antes no era así. El grito que nace en mi pecho es que se vayan a la mierda. El medico ha subido la dosis de todo, pero nada funciona.

El reloj sigue en mi cabeza; noto cómo resuenan los minutos, el impacto de la llegada de las horas, el crujido de la marcha de los días. No puedo acostumbrarme a este infierno.

Un pitido. De nuevo esa puñetera aplicación. La he borrado cientos de veces. Mis dedos se mueven sobre el teclado de forma automática, saben dónde buscar.

¿Eliminar GH?

Ok.

De: ajroldan@gmail.com

Para: ghapp@ghapp.com

Hola de nuevo. Aún espero respuesta al mail que os mandé hace semanas.

Ayer descubrí un error del juego. Capturé uno en el parque de aquí al lado, entre un montón de chavales que hacían botellón. Al principio no pensé que fuera un fantasma porque parecía una más del grupo; por eso y por la lejanía de cualquier nodo. La única posibilidad que se me ocurre es que alguno de los chavales tuviera abierta la conexión de su teléfono y hubiera saltado por ahí.

Aunque parecía humana, incluso iba vestida como los demás en vez de con las ropas viejas y harapos que suelen tener, la aplicación insistía en que allí había un fantasma. Me miraba mucho, como si me esperase. Al final se alejó rumbo a una arboleda. La seguí con cuidado y me pegó un susto de mil cojones cuando saltó frente a mí con un teléfono en las manos.

Apreté los botones, pero me resultó imposible cazarla porque se escapó entre los arbustos. Seguí dándole a los botones hasta que noté la vibración del teléfono; se resistía. Poco a poco la vibración se detuvo y un mensaje me indicó que había capturado a un fantasma.

¿Tenéis más informes de este tipo de fallos?

Alec.

Escribo esta carta a su periódico porque no sé a quién quejarme y necesito contar mi caso. Nadie me ayuda.

Todos los años voy al centro con mi nieta. Aunque estudia en la universidad, seguimos muy unidos. Nos gusta ver los árboles navideños y sus luces, aunque es deplorable el servicio de limpieza de las plazas porque están llenas de papeles; a mi edad es un peligro resbalar con ellos.

Pero este año, aparte de la odiosa manía de los jóvenes de emborracharse por el final de las clases y montar espectáculos bochornosos, tuvo lugar un suceso muy desagradable. Los niños iban de un lado a otro con los dichosos teléfonos en alto, algunos corriendo sin importarles la seguridad de los viandantes.

Intenté que mi nieta no se diera cuenta de mi enfado, la pobrecita es una santa, a pesar de que me reprochó que le apretaba la mano con mucha fuerza. Y el motivo de esta carta tuvo lugar a los pies del árbol principal, el que tiene las luces que giran alrededor del tronco. De pronto me di cuenta de que más de una quincena de personas, ojo que algunas ya tenían sus veinte años cumplidos, levantaban sus teléfonos hacia nosotros. Al principio pensé que eran de una excursión y querían hacer fotos del árbol; me aparté unos metros con mi nieta. Pero no; lo que querían era tomarnos una foto a nosotros. Los flashes casi nos dejan ciegos y la niña se tuvo que tapar los ojos porque es muy sensible a la luz.

Al final me enfrenté con ellos y les ordené detenerse porque estaban molestando a mi nieta. Uno de los chavales preguntó con descaro a qué nieta me refería, porque estaba yo solo y a mi lado tenía *un bicho del GH*. Ni siquiera sé de qué hablaban.

Cuando quise darme cuenta, Laura había desaparecido. Alguien se la llevó mientras discutía con aquellos maleducados. Nadie me ayuda. La policía no me hace caso. Mi hijo y mi nuera me dicen que debo superarlo, que Laura ya no está con nosotros; insisten en que me tome la medicación y que me olvide.

Espero que entre sus lectores haya alguien que me pueda ayudar.

Víctor Arrejón.

De: ajroldan@gmail.com

Para: ghapp@ghapp.com

Mirad, creo que algo anda muy mal.

Ayer por la noche me despertaron los gritos de mi madre. Decía que teníamos un ladrón en casa. Salí de la habitación con el portátil, lo único pesado a mi alcance y encontré el fantasma en el salón. Era la chica que cacé en el parque.

Gritaba en silencio, pálida. Mi madre berreaba y berreaba. Lo único que se me ocurrió fue volver a cazarla. Fui al cuarto a por el teléfono pero, cuando volví, había desaparecido. Según mi madre, corrió por el pasillo hacia la puerta y escapó por las escaleras.

El médico ha recetado tranquilizantes de caballo a mi madre, yo estoy castigado por traer una chica a casa sin avisar y en el teléfono no consta ningún fantasma.

¿Habéis hecho algún cambio en el sistema de juego? ¿Puede proyectar imágenes de alguna forma, sin usar la pantalla? ¿Es capaz de entrar en los teléfonos de los jugadores y colocar ESPware autónomo que colonice otras redes?

Os vais a meter en líos.

Todavía necesito respuesta a los otros correos.

Alec.

¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok.

De: ajroldan@gmail.com

Para: ghapp@ghapp.com

He borrado esa basura de programa vuestro. Adjunto copia de los correos enviados a revistas especializadas y a los foros más importantes. Espero recibir los pagos que me debéis o

mandaré el material a la policía.

Sé que hay gente enganchada a la aplicación y ya me encargaré de contarles qué opino. Los rumores de incidentes se multiplican y yo no tengo nada que ver con esa mierda.

El otro día, de vuelta a casa desde el trabajo (sí, he encontrado trabajo de verdad y no la porquería que me ofrecisteis y que no pagasteis), el teléfono empezó a soltar el sonido de GH a pesar de tenerlo en silencio y que había quitado la aplicación un día antes. Estaba solo en la calle y el maldito ruido seguía. Busqué y ni un puto fantasma. Hacía frío y estaba acojonado, lo confieso.

Giré y me vi a mí mismo con el teléfono en la mano, vestido igual. pero con pinta de hijo de puta. Me reía en mi propia cara.

Mandadme el dinero y nos olvidamos de todo.

Alec.

¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok.
¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar
GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok.
¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar GH? Ok. ¿Eliminar
GH? Ok.

Ese sonido, ¿de qué lo conozco? Ni me lo quito de la cabeza ni consigo recordar dónde lo he escuchado antes.

@Superlucas: m ha pasado algo horribl n mtro.

@bruneitor: holi

@Superlucas: holi tngo q

@bruneitor: Q ha psdo

@bruneitor: ¿

@Superlucas: staba en GH n andn metro. Tnia 1 bich n punto mira, staba dtras tío grdo y viejo. Mpezado cazar pero nones. Y el bich pgado al grdo.

@bruneitor: jajaja.

@Superlucas: y n cuanto ntrado mtro en andn, el bich ha pgado mpujón al grdo y le ha lanzdo a las vías.

@bruneitor: X eso he llgado tarde a clase. 1 suicidio n metro.

@Superlucas: el grdo ha quedado hecho puré, ahora mismo n comisaria xq nos han pillado a tod@s para la declaración.

@bruneitor: joodrrrrrr.

@Superlucas: spera.

@bruneitor: ¿??

@Superlucas: el bich está aquí, lo veo n final pasillo.

@bruneitor: ¿?¿?¿?¿?¿?¿?¿?

@bruneitor: ¿?¿?¿?¿?¿?

@bruneitor: ¿Lucas?

De: Mailservr.

Para: ajroldan@gmail.com

La dirección <ghapp@ghapp.com> no existe. Por favor compruebe si ha escrito bien la dirección del destinatario.

Alec se imaginaba algo más... menos cutre... antes de llegar a las oficinas de GH. La dirección estaba entre los documentos del contrato y se desplazó hasta allí, al extrarradio deprimido. Suponía que con todo el dinero que habían ganado debían localizarse en otro sitio; había sido la aplicación más usada en el mundo hasta que llegó el caos.

Contempla la fachada de un edificio viejo y gris, en una calle vieja y gris, en un

barrio viejo y gris. El apagado de servidores y rúters a nivel global ha dejado muchos sectores en la Edad de Piedra. Alec se acerca al portal. La locura de los últimos meses parece sacada de cualquier mala película: bichos, suicidios, muertes, desapariciones.

Quiere pensar que nada tiene que ver con lo sucedido, pero Alec no sabe mentirse. Los cortes y caídas temporales dejan sus huellas fuera de alcance, pero en cuanto comiencen los reinicios tendrá que borrar muchas pistas. Pedirá que GH le pague en mano lo que le debe, nada de recibos ni transferencias.

La cerradura del portal está rota, ni siquiera hace falta que llame al portero automático. Alec comprueba los buzones: GH, cuarta planta, puerta dos. El ascensor no funciona. La escalera está sucia, todo huele a comida quemada, se escuchan los llantos de bebés. Alec siente picores y mucho frío, a pesar del calor en la calle.

La puerta es de madera vieja, con el barniz desconchado hasta parecer las escamas de un pez muerto hace mucho tiempo. Tiene una placa oxidada: GH. Llama al timbre y ¿el sonido es idéntico al de la aplicación? Llama y llama hasta que se harta de que nadie conteste y comienza a dar golpes con los puños.

Se abre la puerta vecina. Asoma un tío gordo y viejo.

—¿Quieres dejar de llamar a esa puerta de una vez?

Alec se sorprende de que no le moleste el ruido del timbre y los golpes, sino que llame a “esa puerta”.

—No quiero problemas, ¿vale? Busco a los de GH.

Le cambia la expresión. Alec cree que el señor va a tener un ataque al corazón allí mismo.

—Vivía aquí, pero murió hace unos meses.

Alec sospecha del viejo. ¿Trabajaré para ellos? El tipo empieza a levantar la mano y Alec se prepara para una pelea, pero no es eso: es su gesto para pedirle que espere.

Cuando vuelve, trae un papel en la mano. Es una esquila de periódico: Gloria Hernando, muerta el día tal a la edad de... ¡70 años!

El viejo gordo sigue hablando, pero Alec ya no escucha. Se marcha sin despedirse y baja las escaleras con la cabeza gacha. Volverá a casa con las manos vacías. GH le ha tomado el pelo hasta el último momento. Le timaron y picó como un idiota.

Cuando sale a la calle el sol le vuelve a calentar los huesos.

Aquí estoy: once meses, veintitrés horas y cincuenta y ocho minutos después de tu muerte. Ahora que no puedo meterme en las redes sociales y cotillear la vida de los demás es cuando debo repasar la mía. Los errores que cometí contigo, los silencios a pesar de lo que sentía por ti. Y, sobre todo, el error final: golpeabas la pared y me llamaste a gritos; ¿por qué permanecí en la cama, sin ayudarte? Las llaves que me diste hace años estaban en la mesilla.

Perdóname, Gloria. No respondí por despecho, por cómo me rehuiste la mirada tantas veces, por las risas cuando bajaba las escaleras y tú subías, acompañada. Me arrepiento tanto, Gloria. Cuando entré, con los policías, tu mirada de odio congelado fue lo primero que vi. Yacías inmóvil en la cama. En ese momento supe lo que de verdad hubo entre nosotros y lo que pensaste de mí en tus últimos instantes.

Once meses, veintitrés horas, cincuenta y nueve minutos. Descorcho el champán en tu honor. Todavía me tiemblan las manos por la broma pesada de ese jipi apestoso de pelo largo con los pantalones por las rodillas. GH. Le hubiera cruzado la cara de una hostia cuando soltó tus iniciales.

¿Un pitido? ¿Ese pitido? Imposible, lleva apagado semanas desde que... Y, sin embargo, está encendido.

Según el forense, Gloria llevaba muerta más de una semana antes de aquellos gritos. Imposible. El pitido continúa.

Mis dedos se adelantan a mí voluntad y buscan la aplicación. Se mueven con lentitud debido al frío que hace en la habitación. La escarcha invade los vidrios de la ventana como si fuera moho. Mi aliento empaña la pantalla del teléfono. El sonido sigue.

¿Eliminar GH?

Doce meses desde tu muerte.

¿Eliminar GH?

NO.

Obsolescencia programada

Signes Urrea, Carmen Rosa

La necesidad es la madre de la invención.

(proverbio nipón)

Midori Akata había renunciado a un futuro de éxitos profesionales y grandes oportunidades en el extranjero al trasladarse con su recién estrenado marido al barrio Kita (北区), en Tokio. Diez años después, la rutina del hogar y el trabajo en el banco de Baiko, su esposo, habían conseguido relajar su mente, tanto, que ya casi ni recordaba que su nombre fue relacionado con una de las empresas más importantes del mundo según la revista Science en un número especial dedicado a la biotecnología.

Midori contemplaba asomada al mirador cómo se cuchicheaba al paso de Baiko. Algo no iba bien, Baiko no paraba de refunfuñar. Se había convertido en una fea costumbre. Lo hacía cuando salía a la calle, al cruzarse con los vecinos, en el Banco mientras trabajaba, durante el almuerzo, de regreso a casa, como saludo, incluso al darle a ella las buenas noches.

A Midori lo que realmente la inquietaba eran las posibles indagaciones que por curiosidad o morbo despertaran aquellos desaires.

Baiko estaba considerado por todos como un hombre agradable de trato, amable de comportamiento y sincero de conversación, es por ello que nadie comprendía semejante transformación. Un día, el director del banco le comentó: “La soberbia no es buena consejera” en clara referencia a la falta de cortesía que Baiko había tenido con él ignorándole al pasar por su lado.

Sus compañeros, preocupados al no reconocerlo así, decidieron enviar una nota a su médico de familia, gracias a ella éste se personó a los pocos días en casa de la familia Akata.

—Konnichi wa. ¡Qué placer volver a verla, Midori-san! Recibí un aviso, ¿puedo ver a Baiko? Sumimasen, no recuerdo la última vez que Baiko solicitó mis servicios... me parece no haberlo visto nunca por mi consulta. Quizás es que no está conforme de mi trato para con usted... Deseo comprobar a qué pueden estar debidos esos cambios de humor que me han comentado. Una úlcera tal vez... nada contagioso... Hará el favor de llamarle.

—Dômo arigatô gozaimashita, pero no puedo.

—No desea que le visite...

—No, no puedo porque no se encuentra aquí. Partió de viaje —soltó lo primero que le vino a la cabeza. Tenía que librarse del doctor.

—Bueno. Diga que pregunté por él. Le agradecería que pasara por mi consulta a su regreso, aunque si le parece puedo venir yo... Un hombre de tanto valor... Otukaresama —se despidió el doctor.

—Dôzo osakini —respondió nerviosa.

Sobre el futón del dormitorio descansaba Baiko. El espacio que ocupaba normalmente se había quedado pequeño. Mientras las baterías eran recargadas por la corriente eléctrica, las piernas y partes de los brazos descansaban sobre la almohada, la cabeza sobre la mesilla de noche, con el cráneo abierto, los ojos en un tãper y la mandíbula desencajada; el torso, aún vestido, reposaba como sentado al borde del lecho. Midori seguía revisándolo pieza por pieza, para intentar localizar la avería, sin éxito. Con los medios mecánicos del trabajo hubiera sido más sencillo.

La vida hogareña y sin responsabilidades había terminado. Debía dejar atrás las dulces horas compartidas con su amante, aquellas largas jornadas en las que lo único que debía preocuparle consistía en no dejar que agotase su carga de energía; interminables días en los que el amor, el respeto y el cariño vinieron a reemplazar los despropósitos recibidos por ser mujer, primero de su familia —su padre nunca creyó en ella- y, más tarde, una vez terminados sus estudios, en el trabajo. Muy pocos fueron los hombres, por no decir ninguno, a los que creyó y que pudo amar, hasta el día en el que Baiko lo fue todo para ella. Apenas diez años, que habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. Un fin más que predecible debido seguramente a la

caducidad de alguna de sus componentes.

Comenzó a planificar su regreso al trabajo. Sabía que las puertas de la empresa nunca se cerraron definitivamente para ella. Lo que más le dolía de su reincorporación era que el canalla de su jefe había tenido razón: “en menos de diez años regresarás Midori-San y ojo que no te descubran, aún no está muy bien vistas las relaciones mixtas hombre-robot”.

¡Joder con Stephen Hawking!

González Maurazos, Gabriel

“¡Joder con Stephen Hawking! A ese señor yo le diría cuatro cosas”, he pensado al leer eso. Pero he debido de pensarlo en voz alta, porque todos los que allí se encontraban han dirigido sus miradas hacia mí, aunque no ha dado la sensación de que estuviesen molestos. Incluso alguno de ellos me ha dedicado una sonrisa que parecía de complicidad. Será que estoy empezando a entenderlos. Pero ya me advirtieron en las sesiones orientativas previas a la partida que el neuromodelador de conducta no respondía bien ante las sobrecargas emocionales y yo llevaba acumuladas demasiadas experiencias en tan pocas horas. Esto no es tan fácil como cree la gente de mi capa. Demasiadas cosas vistas; demasiada confusión. Todo ha sido una verdadera locura; no hay por donde agarrarlo. Me he prometido no volver a tener una experiencia como esta jamás, y eso que ya llevo varias. Convencen al viajero (“al brillante viajero”) de que disfrute del placer de descubrir a los nativos por sus propios medios y de sentirse como uno más de ellos, pero en el fondo no es más que un fraude publicitario con el que logran venderle a uno el paquete turístico. En realidad es imposible llegar a entender a esta gente.

La plataforma de migración me había depositado en la capa por mí elegida. De los millones de capas que tenían disponibles en el catálogo, aquella gozaba de muy buena reputación entre los usuarios, y la verdad es que no entiendo muy bien por qué, aunque me imagino que, cuando una capa adquiere cierta fama, nadie puede remar contra el viento y la marea que genera la mayoría.

Cuando el viajero no entiende nada, se supone que los neuroguías están para echar una mano. Pero también es muy probable que no reciban con agrado una solicitud de consulta: en las sesiones orientativas me habían advertido que solo se debe recurrir a ellos en caso de extrema necesidad pues, de no ser algo verdaderamente grave, podrían negarse a ayudarme en lo sucesivo por considerar que la petición innecesaria de apoyo es uno de los peores errores que los viajeros podemos cometer; para eso nos formaban bien antes de partir. También tienen cierto miedo de que el viajero pueda tratar de profundizar demasiado en “el alma nativa” de la capa de

destino, algo que podría llevarlo a padecer ciertos desajustes emocionales que a la postre le arruinarían el viaje y proporcionarían muchos quebraderos de cabeza a los profesionales de Es Capa, la agencia con la que viajaba y una de las muchas que gestiona este tinglado de las plataformas de migración intercapera.

Pero a mí, aquello de los “desajustes emocionales” me parecía una manera absurda que la compañía tenía de cubrirse las espaldas; una gilipollez, como dicen los nativos de esta capa —emplean esa palabra hasta la saciedad—. Además, mi problema era otro; nada que ver con profundizar en “el alma nativa”. O eso creía. Tan solo quería averiguar cómo es que no se daban cuenta de que yo no pertenecía a su capa. Es cierto que el trabajo de formación previo al viaje fue tan riguroso que había ocultado todos los rasgos más evidentes de mi naturaleza foránea. Sin embargo, me preguntaba cómo era posible que, siendo yo capaz de apreciar enormes diferencias, ellos no parecieran sentir extrañeza alguna hacia mí. Se me hacía muy raro que pudiera caminar por sus calles como si fuese una más de ellos sin que detectaran nada extraño.

Solo por esa pequeña duda he acudido a los neuroguías.

Sorprendentemente, su trato ha sido amable y su respuesta precisa. No sería mi pregunta tan estúpida cuando han reaccionado de ese modo, así que me he arriesgado y he dado un paso más solicitando ampliación de datos. Y su contestación ha sido tan favorable como la primera. Me han dicho que vería satisfechas mis dudas en unos rudimentarios soportes de cultura llamados *libros* que se hacían en una curiosa dependencia comercial que los nativos conocen como *librería*. Sí, comercial: el saber es algo que los nativos venden y compran de manera generalizada, por increíble que parezca. Es una razón para desconfiar de los libros. Por si eso fuera poco, siento una aprensión hacia esos libros por lo que tienen de sucios, de poco higiénicos. Pude ver un ejemplar de libro en las sesiones de orientación pero no tuve el valor suficiente de tomarlo entre mis manos. Por todos esos motivos, lo normal es que no me hubiera atrevido a entrar en ninguna librería, pero los neuroguías no han dejado de recordarme que uno de los compromisos del viajero es comportarse como los locales y emplear los mismos medios que ellos utilizan para resolver los problemas que vayan surgiendo durante el viaje, así que he hecho de tripas corazón y he accedido al local.

Y todo hay que decirlo: además de estrictos, se han mostrado muy competentes los neuroguías. Como si me hubiesen tomado de la mano, me han llevado hasta unas estanterías que soportan centenares de esos repugnantes y polvorientos libros en papel y sobre las que hay un cartel: *DIVULGACIÓN CIENTÍFICA*. ¡Qué horror, esta gente es capaz de divulgarlo todo! Su educación es tan deficiente que luego necesitan cubrir sus lagunas formativas contándose cosas los unos a los otros permanentemente.

Obedeciendo lo que se me explicó en los cursillos y siguiendo los consejos que se me dieron, he logrado vencer mi inicial repulsión y he empezado a hojear el libro indicado. El asco ha sido infinito, pero había que actuar con normalidad, si es que una puede parecer normal en tales circunstancias.

No he tardado ni diez segundos en hallar la información que necesitaba —de nuevo, mis mayores elogios hacia la eficacia de los neuroguías—. Aquello que he leído es indignante. Y entonces es cuando he mascullado aquello: “¡Joder con Stephen Hawking...! A ese señor le diría yo cuatro cosas”.

Estaba todo claro. No merecía la pena seguir buscando. Además, ya había visto bastante durante el día. He devuelto el libro a su estantería, satisfecha por desembarazarme de aquella fuente de infecciones, y a continuación he tomado las escaleras para ascender hasta la última planta del edificio, porque el Consejo de Viajeros había instalado allí una plataforma de migración. No es la misma que había empleado para ingresar, pero aquella me queda algo alejada y ya no me apetece continuar en esta capa. Al final, ningún tiempo mejor que el tiempo madre. Cuantas más capas visitas, más aprecio sientes por tu capa hogar.

Y el tal Stephen Hawking, que no ha estado en capa alguna salvo en la natal, cree que los turistas procedentes de otras capas van a ser como los de su capa hogar. Es un tipo que se afana en estudiar lo que pasa a años luz de su casa aunque es incapaz de pronosticar cambios en las rutinas y los hábitos a través del tiempo, así sucedan al minuto siguiente. Y no solo le pasa a él, sino a todos los de su capa. Y como todos los nativos de su capa hogar, sueña con delirantes cambios e innovaciones en la ciencia y las tecnologías. Porque les obsesiona ese asunto, y eso que no es tanto lo que han logrado: a la vista está. Sin embargo, parece que dan por hecho que todo lo demás, lo más elemental, lo que no es ni ciencia ni tecnología, va a seguir siendo como

siempre ha sido, eternamente. Y estoy segura de que en eso Hawking no es diferente al resto del vecindario de su capa hogar. Piensan así porque en el fondo no quieren cambiar; tienen un miedo atroz a dejar de ser lo que son. ¡Lo he notado en todos y cada uno de sus rostros mientras vagaba por sus calles! ¡Se les ve felices con su condición y existencia pese a lo mucho que se quejan! Sin embargo, ellos no han percibido nada extraño en mí; no me han dirigido ni una fugaz mirada de soslayo que delatase sospecha. Es evidente que no han sabido desarrollar una capacidad para apreciar las verdaderas diferencias; no saben ir más allá de lo superficial. Y en cambio, dedican todo su esfuerzo a desarrollar una cultura basada en tratar de destacar pero sin percibir lo destacable; en hacerse notar ajenos a lo que es verdaderamente notorio. Dan pena.

Es hora de volver a Capa Hogar. Ya me encuentro en la plataforma de migración, que los del Consejo de Viajeros habían instalado en el cuarto de baño de la última planta de aquel centro comercial. Prudentemente habían elegido unos aseos unisex, porque a esta gente también le repugna la idea de que mujeres y hombres compartan espacio a la hora de mear y cagar. Hasta ahí llega su catálogo de aprensiones, que da una vuelta más de tuerca en el interior de cualquiera de los retretes, desinfectados hasta la asfixia con toda clase de aromas artificiales que pretenciosamente tratan de imitar los más deliciosos que se producen en la naturaleza de la capa y, más pretenciosamente aún, intentan eliminar el olor de los desechos corporales, a su entender muy desagradables. Es mayúsculo el nivel de estupidez de estos seres: registran todo su conocimiento en unos soportes sucios e insalubres mientras se engañan revistiendo la mierda de unos perfumes que no son sino una toxicidad mayor.

Y lo que más tristeza me produce: serán cientos, cuando no miles, los nativos que cada día asientan sus posaderas sobre la taza de este inodoro. Sin embargo, ninguno de ellos es capaz de darse cuenta de que bajo su ano hay instalada una plataforma de migración.

En fin, ahí se quedan con su capa, de la que tan orgullosos se sienten. Que les aproveche. Yo regreso a la mía.

“Regreso capa An6878778HqGrDb788998PkFjWkCjSkMj57778TdZsVsJd”, ordené al neuroagente de tránsitos.

“Le recordamos a la brillante viajera que la capa de destino solicitada es conocida

en la capa de origen como 7 de octubre de 2891, a las 8 horas 27 minutos y 14 segundos de la mañana. ¿Confirma el dato?”

“No puedo confirmar. Mas confío en la precisión del neuroagente”.

¿Yo qué voy a saber cómo llaman estos bestias a mi capa de retorno? Y tampoco me interesa. ¡Ni que quisiera hacer la prueba de acceso a la legión de neuroguías!

“Agradecemos su confianza a la brillante viajera. Neuroguía nos transmite sus preferencias e inquietudes. Habiéndolas analizado, lanzamos oferta irresistible: una extensión de viaje a capa FyHuFrDeGf76833KuFyUuTyQe682343LjIgOeAoXpZdB76663. Para nativos de capa actual y capa de destino ofertado es conocida como 28 de junio de 2009, a las 12 horas 0 minutos 0 segundos. Servicio de cita inolvidable. Beba champán con un nativo de la capa.”

Neuroguía me proporciona información auxiliar. Es algo emocionante. Esto no me lo esperaba. Son todos unos verdaderos profesionales. Saben lo que quiere cada viajero.

“Asumo propuesta. Libero crédito requerido.”

“Le recordamos a la brillante viajera que la cita sería en la coordenada 52°12'21”N 0°7'4.7”, a varios miles de kilómetros de las coordenadas de esta plataforma de migración. La Agencia Es Capa es especialista en transporte intercapa y no cubre traslados de naturaleza espacial o geográfica incapa, que correrían a cargo del brillante viajero. No obstante, la red de plataformas de migración abarca la práctica totalidad del globo terráqueo, de tal modo que las trasferencias intercapa siempre quedan garantizadas. La neuroguía estará a su lado en todo momento, dispuesta a asegurar el éxito en los desplazamientos de naturaleza geográfica. Y en virtud de su siempre certero asesoramiento, sugerimos que el acto de migración se realice a la capa BqVoUiUeTd76220LIJGfDsSe67922OjPhEgQsXa99545, que los nativos conocen como 24 de junio de 2009, a las 3 horas 45 minutos 12 segundos de la tarde. Habiendo otras opciones de migración, esta sería la mejor, porque solo de esa manera se aseguraría un feliz traslado incapa desde las actuales coordenadas a aquellas en las que tendrá lugar el encuentro con el nativo.”

“Entiendo. Confirmando que asumo propuesta. Confirmando que libero crédito requerido.”

“En nombre de Es Capa, neuroagente agradece su doble confirmación. Por tanto,

procedemos al traslado a la capa ofertada y activamos programa seleccionado: servicio de cita inolvidable. Beba champán con el nativo Stephen Hawking, que da la bienvenida a los viajeros del tiempo.”

Nebulafobia

Dolo Espinosa

Marisa odiaba la niebla.

Por eso, al menor indicio de bruma, se encerraba en casa, comprobaba que puertas y ventanas estuvieran perfectamente cerradas, bajaba todas las persianas, se encerraba en nuestro dormitorio y, aterrorizada, permanecía en él hasta estar absolutamente segura de que la niebla se había levantado y no quedaba ni el más leve jirón de nube arrastrándose por las calles. Entonces, y sólo entonces, Marisa volvía a ser la mujer alegre y segura de siempre.

Esa extraña fobia me resultaba incomprensible y me exasperaba. Me parecía absurda e infantil. Un rasgo de inusitada inmadurez e irracionalidad en una mujer toda sensatez y equilibrio. Nunca se me ocurrió que pudiera necesitar ayuda de ningún tipo y me limitaba a presionarla para que se esforzara en superar lo que, a mi estúpido entender, era un miedo sin fundamento.

Tenía que haber sido más tolerante y comprensivo, pero me podía mi carácter impaciente y autoritario.

No sabe cuánto lo lamento.

Si yo hubiera sabido lo que sé ahora...

Aquella tarde regresábamos de celebrar nuestro décimoquinto aniversario con un agradable fin de semana en un maravilloso hotel rural. Habían sido tres días de románticos paseos, amenas cenas, noches deliciosas... Volvíamos felices y con fuerzas renovadas. Después de tantos años, y a pesar de todos nuestros problemas, seguíamos amándonos y disfrutando de la mutua compañía. No nos podía ir mejor.

Pero cuando llevábamos una hora de viaje todo se torció.

Una espesa niebla comenzó a bajar de las montañas. Marisa se removió inquieta en su asiento y miró con nerviosismo cómo las nubes iban bajando hasta llegar a la carretera por la que transitábamos. Su respiración se volvió agitada, sus manos comenzaron a temblar de manera

incontrolable.

Intenté calmarla, distraerla, hacer que pensara en otra cosa, pero era imposible.

En cuanto la niebla aparecía, mi mujer caía en los brazos del miedo.

Mientras el automóvil avanzaba, Marisa pudo controlar, aunque a duras penas, sus temores, pero, como las desgracias nunca llegan solas, cuando más espesa era la niebla, nuestro automóvil decidió que era el momento apropiado para estropearse. No sé qué le ocurrió. Sencillamente se detuvo, sin más y, cuando todo hubo acabado, volvió a ponerse en marcha, también sin más.

Marisa no pudo resistir verse allí, sentada en mitad de una niebla tan densa que casi parecía sólida y que hacía imposible ver algo a más dos palmos. La respiración se le aceleró aún más, las lágrimas formaban riachuelos de rimmel en sus mejillas. Estaba cada vez más fuera de sí. Me pedía que arrancara el coche como fuera; me rogaba que saliera a ver qué había pasado y, en la misma frase, me suplicaba que no la dejara sola. Lloraba y gritaba. Parecía estar volviéndose loca por momentos.

Nunca la había visto en tal estado de pánico.

Yo, estúpido de mí, llevado de este maldito carácter mío, reaccioné con enfado, le grité y llegué a abofetearla pensando que así dejaría de gritar. Lo sé, lo sé, ni mis nervios ni su ataque de terror no son excusa para semejante acto, pero póngase en mi situación. En mitad de la nada, rodeados de niebla, con un coche inmovilizado y una mujer histérica que me gritaba incoherencias sobre la niebla y no sé quién que la llamaba...

El caso es que el bofetón pareció surtir efecto y, Marisa, repentinamente, dejó de gritar, cesó su llanto y comenzó a gemir como un animal herido. Aparte de eso, el silencio era tan espeso como la niebla que nos envolvía; sin embargo, Marisa seguía murmurando:

—Me llaman, Javier, me llaman. ¿No los oyes? Quieren que vaya con ellos.

La miré, incrédulo.

Mi mujer se había vuelto loca. Eso es lo que pensé. Que mi pobre Marisa se había vuelto loca de terror. Yo no podía decir nada, no sabía cómo reaccionar. Y ella seguía:

—*Me llaman. Escucha. Me están llamando y ya no me quedan fuerzas para seguir*

luchando, Javier. Si no nos vamos ahora, tendré que irme con ellos. Por favor, arranca el coche, por favor, por favor...

Pero yo no podía hacer nada ¿me entiende? Absolutamente nada. No sabía qué le ocurría al puñetero coche. El móvil no tenía cobertura y, por tanto, no podía pedir ayuda. Si no fuera por la niebla podía haber regresado andando al hotel, pero en aquellas circunstancias no podía ni pensar en salir del coche, me perdería con sólo alejarme dos pasos.

De pronto, Marisa pareció cambiar. Dejó de llorar y su cara de angustia dio paso a un gesto, más que plácido, resignado.

Murmuró un:

—Es la hora.

Se giró hacia mí aún con las mejillas húmedas, rozó mis labios con los suyos, me dijo que lo sentía y, a continuación, hizo lo último que hubiera esperado: abrió la puerta y salió a la niebla.

Sorprendido, salí tras ella. La vi dar uno, dos pasos hacia el interior de la bruma, que comenzó a rodearla. No, no, a rodearla no, más bien a abrazarla. La niebla la acogía, la recogía, la reconocía y la aceptaba como algo suyo.

Sé que parece una locura, pero sólo le cuento lo que vi y lo que sentí.

La llamé, llamé a mi Marisa. Le pedí que regresara al coche.

Ella me miró con tristeza y susurró:

—Te quiero, perdóname.

Y, mientras pronunciaba estas palabras, Marisa, me crea o no, se iba difuminando, se iba volviendo transparente, sutil como un retal de leve gasa blanca. Se deshacía en tenues jirones de niebla.

Nunca me creerán, pero no me importa. Yo sé lo que pasó. Sé lo que vi.

Marisa, mi dulce Marisa, se fundió con la niebla.

Se volvió bruma y aire.

Se fue con ellos para nunca regresar.

F.M.

Alejandra Fernandez, Silvia

Las vacaciones de Alejandra habían empezado mal. Trastabilló en la calle y se cayó.

Los médicos dijeron que había tenido suerte. Que un golpe semejante podía haber sido más grave. Lo peor de todo fue que se había perdido la fiesta de quince de Ceci, su mejor amiga, y que tenía que llevar una bota de yeso hasta la cadera por lo menos durante treinta días. Mientras todos estaban en la playa, ella tenía que estar acostada mirando televisión o leyendo.

Al principio no le disgustó demasiado ser el centro de atención en la casa. Todos la mimaban, y consentían hasta el último de sus deseos. Inclusive Nacho, su hermano menor, quien habitualmente se divertía haciéndola enojar.

Pero, con el paso de los días, la situación empezó a cambiar. Ya no estaban todos tan pendientes de ella; sus amigas ya no venían seguido a verla, salvo Cecilia, y el yeso ya le fastidiaba demasiado.

— Esto va a ser insoportable, Ceci. Me quedan más de veinte días en cama y ya no sé qué hacer —refunfuñó.

Ceci se rió y extrajo un pequeño paquete de su mochila.

—Te traje una sorpresa. Me regalaron dos para los quince y pensé que a vos te iba gustar tener uno— dijo su amiga.

La cara de Alejandra se iluminó cuando vio un teléfono celular de última generación.

—Y te tengo otra sorpresa ¡No lo vas a poder creer! ¡Vamos a tener una radio local y hoy la inauguran! Invitaron a todos los chicos del pueblo a una reunión y va a venir una banda de rock. ¿Podés creer que va a estar enfrente de tu casa, en el local de la ferretería que cerró el año pasado? No sé cómo hicieron para arreglarlo tan pronto sin que nadie se enterara— exclamó su amiga una tarde, tirándose encima de la cama.

—Lo que no puedo creer es que yo me voy a perder lo único interesante que pasa acá—musitó Alejandra.

—Lo siento, Ale. Me olvidé que vos no podés venir, pero mañana te cuento todo—prometió Ceci, intentando no mostrar la emoción que sentía.

Esa noche se desató una tormenta increíble. Los relámpagos iluminaban la habitación de Alejandra. Una grandiosa nube iridiscente parecía flotar sobre la estación de radio.

Ale se quedó un buen rato mirando por la ventana, extrañada por las luces que parecían salir de esa nube aunque nadie en la fiesta parecía darle importancia. Al contrario, todos parecían estar disfrutando mucho de esa reunión, a pesar de la lluvia.

Pasaron cuatro días sin saber nada de Ceci. A pesar de estar un poco ofendida con su amiga por tenerla tan olvidada, Alejandra decidió llamarla por teléfono.

Una serie de extraños ruidos en la línea dificultaron la comunicación, pero alcanzó a pedirle que se encontraran esa tarde.

Cuando vio a su amiga pensó que a lo mejor había estado enferma, ya que tenía un aspecto lamentable.

—Estoy bien, Ale, solamente un poco cansada. No he podido dormir estos últimos días—explicó.

Alejandra trató de animarla, pidiéndole que le contara cómo había estado la fiesta, pero pronto se dio cuenta que algo extraño pasaba. Ceci no se sacaba los auriculares del teléfono celular y tenía la mirada ausente.

Ale notó que su amiga estaba usando un móvil nuevo, diminuto y con auriculares que se ajustaban a su cabeza de manera perfecta.

—¿De dónde sacaste ese aparato? Debe ser carísimo—preguntó Alejandra.

Ceci la miró. Tenía una sonrisa en los labios, pero su expresión no era alegre.

—Me lo dieron, es fabuloso, no me lo saco ni para dor... —una mueca de dolor interrumpió su respuesta.

Se llevó las manos a la cabeza, masajeando sus sienes con un evidente gesto de

sufrimiento.

— No puedo decirte más, por ahora, pero Ellos son maravillosos. Mañana te traigo un equipo para vos, entonces vas a entender— susurró Ceci.

— ¿De qué me estás hablando? ¿Quiénes son qué cosa?— preguntó Alejandra.

No pudo sacarle una palabra más a su amiga.

Después de llevar puesta la bota de yeso durante treinta y cinco días Alejandra caminaba vacilante. Estaba tan ansiosa por salir, que le pidió a su mamá que la llevara en auto hasta la playa, pero esta estaba vacía.

«Esto es extraño ¿Dónde se habrán metido todos?» pensó, al ver el sitio desierto.

De pronto, comenzaron a aparecer. Todos tenían la misma expresión ausente en sus rostros. Algunos la saludaron, pero sin ningún interés. Nadie se sentó a charlar con ella como antes o a preguntarle cómo se sentía.

Todos se veían cansados, ojerosos. Caminaban decididos hacia un mismo sitio. No necesitó seguirlos para darse cuenta que todos se reunían en el local de la nueva radio de F.M.

Su pierna le palpitaba sordamente. Tragó un comprimido de codeína y se ahogó. En medio de la tos, pudo ver que ahora iban saliendo cargados con paquetes, herramientas y mochilas.

Todos trabajaban en algo; estaban armando una especie de estructura metálica. Algunos se habían internado en el mar con unos botes y buscaban algo, frenéticamente.

Como su pierna empezaba a molestarle decidió volver a casa. A pesar de tomarse otro analgésico, en realidad el último que le quedaba, esa noche no pudo dormir.

Alejandra estaba convencida que la radio tenía la culpa de todo. Todos sus amigos habían cambiado y no sabía a quién recurrir.

No podía ir a la policía con una historia de excavaciones en la playa y teléfonos extraños, porque se iban a reír de ella. Todos los adultos del lugar parecían no notar nada raro y todos los jóvenes estaban como en trance.

Esa tarde se instaló en un médano con unos prismáticos y un cuaderno para anotar

los nombres de todos los que bajasen a la playa.

Para no llamar la atención se puso a escuchar música con el teléfono celular que le había traído Ceci. La F.M. local no era diferente de otras que escuchaba, pero ella seguía sospechando que estaba involucrada.

Un penetrante dolor de cabeza le hizo recordar que llevaba mucho tiempo al sol y de regreso a su casa pasó por la farmacia a comprar codeína. No pudo encontrar. Alguien había hecho correr el rumor de que había una partida de analgésicos sabotada y que podían estar contaminados.

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que ella había tomado cantidades industriales de codeína cuando su pierna le dolía.

Esa noche en su cuarto, comenzó a buscar el nombre de alguien que no estuviera en la lista que había hecho en la playa.

Leandro. Ese nombre le vino a la mente cuando le comenzó a doler nuevamente la cabeza. Leandro era un alumno brillante, pero sufría de constantes migrañas que lo hacían participar poco de las actividades del lugar. Era improbable que él hubiera ido a la fiesta de la F.M.

Lo llamó por teléfono. Si él también estaba cambiado, lo notaría enseguida.

— ¿Leandro? Hola, soy yo, Alejandra. ¿Podés venir a mi casa? Necesito hablar con vos.

Lo primero que notó, con alivio, fue que Leandro no traía ningún teléfono celular y que sonreía como siempre.

Fue él quien sacó a relucir el tema.

— ¿Hace mucho que no ves a Ceci?—preguntó casi en un susurro.

Iba a decirle que la había visto en la playa, con los demás chicos, cuando él la interrumpió.

—Vas a pensar que estoy loco, pero desde diciembre todos parecen actuar en forma rara—comenzó a decir.

Alejandra se recostó en la cama, estirando su pierna. Después de haber caminado tanto, le dolía mucho.

—Rara es una forma muy sutil de decirlo. ¿Viste lo que están armando en la playa?
— dijo la joven.

— ¿Te fijaste que a pesar de estar casi todo el día al sol tienen un color horrible, como grisáceo o plateado? Hasta la forma de sus ojos parece distinta, como oblicuos—aseguró Leandro.

Alejandra se había quedado callada, tratando de comprender qué le quería decir Leandro.

— ¿Vos pensás que ellos están cambiando? Una cosa es que estén como robots armando algo, sea lo que sea, pero... cambiar físicamente. ¿Te das cuenta lo que significa?— la voz de Alejandra se oyó baja, casi inaudible.

— No sé lo que está pasando, lo único que sé es que Santa Bárbara del Mar ya no es como la conocíamos. Mañana voy a ir a hablar con mi papá, él va a saber qué hacer. Todos piensan que él está medio chiflado, pero es un investigador brillante— dijo Leandro, masajeándose las sienes con ambas manos.

—Mejor me voy. Ya se hizo un poco tarde y además me está doliendo la cabeza. ¿Tenés un analgésico? Yo no consigo por ningún lado— agregó.

Alejandra se enderezó de golpe en la cama como si una corriente eléctrica le hubiera recorrido el cuerpo.

— ¡Ya sabía que algo me olvidaba! No hay codeína en ningún negocio. Comentáselo a tu papá, quizás sea algo importante. Vos y yo tomamos grandes cantidades durante estos meses.

En la mañana, Ale terminó de tomar un té con leche y lavó las cosas del desayuno. Estaba sola en casa. Su mamá y Nacho estaban pasando unos días en la casa de la tía Beatriz. Ella no quiso ir. Quería averiguar qué les estaba pasando a todos.

« ¡Cómo extraño a Ceci!», pensó con nostalgia.

Ese iba a ser un verano formidable; habían hecho planes de ir a acampar juntas en

el campo de los Morales, ir a fiestas y además estaban las fogatas nocturnas en la playa.

Tan ensimismada estaba con estos pensamientos que tardó en escuchar el teléfono. No llegó a tiempo a contestar pero escuchó la grabación de un mensaje en el contestador.

— ¿Ale? Leé el diario, página ocho. Después llámame—oyó decir a Leandro, con una voz nerviosa.

No podía creer lo que estaba leyendo. En la playa de Santa Bárbara, decía el titular, han aparecido enormes cantidades de peces muertos. Además se ha registrado un inusual movimiento tectónico que ha hecho que gran parte de la Barranca del Sur se desprendiera. Se están estudiando las causas de estos fenómenos. Y continuaba más adelante la nota diciendo que Antonio Ochavez y Juan Francisco Luccini, dos investigadores de la Universidad de La Plata, ya se hallaban en el lugar de los sucesos.

No tardó ni cinco minutos en vestirse. Llamó a Leandro y le dijo que ella iba para la playa.

Nunca se imaginaron lo que iban a encontrar. Montones de peces muertos por todos lados. El desmoronamiento de la barranca había cambiado la fisonomía del lugar. Parecía que había pasado un huracán. Cercano a la orilla había un gigantesco pozo con las paredes de arena cristalizadas.

Encontraron a uno de los científicos tomando muestras de todo. Desde los peces hasta pedacitos de roca. Les sonrió cuando se acercaron.

—Ya me extrañaba que ningún chico viniera a curiosear— dijo, riendo. Ustedes son los primeros que llegan. Pero mejor charlamos después. Tengo que apurarme antes que suba la marea y yo no pueda sacar más muestras de todo esto.

—Pero, ¿por qué no lo ayuda su compañero? En el periódico mencionaban a dos investigadores— preguntó Leandro.

— Nos dividimos el trabajo. Él está en el barranco. Desde ésta mañana los dos nos sentimos un poco mareados. Yo apenas puedo pensar con claridad por la terrible migraña que tengo. Tomo otras pocas muestras y me vuelvo a La Plata— dijo Antonio Ochavez

— ¡Noo! Queremos hablar con usted antes de que se vaya— exclamaron los

jóvenes, al unísono.

Alejandra pensó que debió haberles visto una cara de angustia tremenda, porque accedió a encontrarse con ellos en un bar del centro, a las tres de la tarde.

— Leandro ¿Te diste cuenta que no había ningún chico en la playa? Ni botes, herramientas ni siquiera un pequeño rastro de lo que estaban armando— dijo Alejandra.

Leandro y Ale esperaban ansiosos en el café Marina. No sabían muy bien que le iban a decir al investigador, pero tenían que hablar con alguien.

— ¿Pudiste ir a ver a tu papá?— preguntó Alejandra, mientras mordisqueaba un alfajor, desganada.

— Está de viaje. Forma parte de una comisión investigadora de no sé qué en no sé dónde—dijo Leo riéndose.

A las cinco de la tarde salieron del café. Se cansaron de esperar al científico de La Plata, que nunca llegó.

— Vayamos hasta el hotel donde se aloja. Tal vez no se sentía bien y por eso no vino. ¿Te acordás que le dolía la cabeza?—dijo Leandro.

El hotel Mar y Sol era un lugar pequeño pero muy atractivo. Desde casi todas las habitaciones se podía ver el mar. Su propietario solía hacer las veces de gerente, recepcionista y atendía a los pocos clientes que querían consumir algo en el salón comedor. Escuchó la historia de los chicos sobre el investigador que no había ido a la reunión en el café. Preocupado por tener pasajeros que estuvieran enfermos, aceptó abrir la habitación.

La habitación estaba como la habían dejado a la mañana. Las camas estaban tendidas, la poca ropa en el ropero.

— Deben estar todavía en la playa. Todas sus cosas están en la habitación— anunció a los chicos cuando bajó.

Los chicos se miraron aliviados y dando las gracias se encaminaron a la playa.

Al llegar, no vieron señales del investigador.

— ¿Te animás a ir hasta el barranco, Ale? Si te duele la pierna quedate un ratito

sentada acá que yo voy y vengo rápido— dijo Leandro.

— ¡Ni loca me quedo sola acá!

No les fue fácil llegar hasta la parte de la barranca que se había desmoronado a causa de la cantidad de rocas y escombros tirados. No quedaba ningún rastro de los dos hombres.

— ¿Qué es eso?— preguntó Alejandra.

Leandro tampoco podía creer lo que veía. Los dos habían crecido en el pueblo y creían conocer hasta el último de los rincones del lugar.

— ¿Vos sabías que existía esta cueva?—dijo Leandro con expresión atónita.

—Esto no estaba acá antes del sismo del otro día. Debe haber quedado expuesta al caer parte del acantilado—sentenció Ale.

En el interior de la caverna había un cierto resplandor. Alcanzaron a notar que las paredes de esta, eran lisas y parecían emitir una luminiscencia opaca que les permitió recorrer el lugar.

Se asombraron al encontrar el aparato que habían construido los chicos del pueblo, instalado al fondo de la cueva y lo que les pareció más aterrador, fue que estaba funcionando. No es que tuviera luces o que produjese algún sonido, en realidad solamente muy cerca se sentía una vibración constante.

Encontraron una fina lámina de metal que tenía dos figuras humanas junto con algunos círculos y rayas. Alejandra se la guardó en el bolso sin decir ni una palabra. Salieron casi corriendo del lugar.

— ¿Dónde te habías metido?— preguntó Juan, su padre, cuando la joven llegó a su casa. Creo que te he dicho cientos de veces que me llames para decirme dónde y con quién estás. Además no has estado descansando lo suficiente.

— Perdoname, papá. Estuve con Leandro en la playa. Fuimos a ver los peces muertos, el barranco y todo eso. No me di cuenta de que era tan tarde— dijo Ale.

— ¡Más puntos a mi favor! El barranco es ahora un lugar muy peligroso. Puede que

ocurran más derrumbes. No quiero que vuelvas a ir. Y ya sabía que estuvieron en la playa. A la tarde pasó Carlos Núñez, el que trabaja en el diario. Él me dijo que los vio allá. Quiere hablar con ustedes dos.

— ¿Quién?— preguntó Ale, intrigada.

— Ese muchacho que tuvo aquel problema cuando buceaba. El que quedó sordo— dijo Juan

— Mañana voy a pasar por su casa—dijo Ale, pensando en que no podía llamarlo por teléfono.

A Carlos Núñez siempre le había fascinado el mar. A medida que fue creciendo se fue acentuando su pasión por el buceo.

Vendió la moto que tenía y con un préstamo bancario a diez años, compró un pequeño barco y organizaba excursiones de pesca y buceo. Fue durante una prolongada sesión de buceo que comenzó a sentirse mal. Le dolía todo el cuerpo, en especial los oídos. Estaban sangrando.

Fue rápidamente llevado al hospital y el diagnóstico fue confirmado por todos los médicos que lo atendieron. Sufría de síndrome de descompresión rápida. Le salvaron la vida gracias a que fue inmediatamente derivado a Mar del Plata, donde en la Base Naval de esa ciudad, fue tratado en la cámara hiperbárica. Lo que no se pudo solucionar fue la sordera total producida por la perforación de los tímpanos.

Tardó más de un año en empezar a recuperar la confianza necesaria para iniciar una nueva vida. Atrás quedaron sus sueños de pasar su vida en el mar. Dejó de ir al barco y se dedicó a escribir artículos para el diario local.

Fue él, entre todos los adultos de Santa Bárbara, el único que se dio cuenta de que algo extraño estaba pasando.

— Mañana a las diez nos vemos en la casa de Carlos Núñez. El que vive cerca del colegio. Ayer nos vio en la playa y quiere hablar con nosotros— dijo Ale, ansiosa.

—Te paso a buscar con la bici, así no caminás tanto. ¿Viste cómo te cuidó, no?— dijo Leandro, riéndose.

Era una mañana radiante. A pesar de ser temprano, el sol entibiaba la habitación. Ale se deserezó y encendió la radio. Por más que buscó, la F.M. local no transmitía. Sólo se escuchaban descargas de estática.

Se dio un prolongado baño de inmersión, se arregló el cabello sujetándolo con una vincha negra, se vistió y perfumó.

« ¿A quién quieres impresionar, Ale?», pensó.

Mientras esperaba, Ale trató de imaginar cómo harían para entenderse con el señor Núñez.

Pero lo que en realidad le preocupaba era el motivo de esta cita.

— ¿Y la bici?—preguntó Alejandra, al ver a Leandro venir caminando.

—Tenía una goma pinchada. Si me ponía a arreglarla, no llegaba más— dijo Leandro.

— ¿Qué te parece que querrá este señor con nosotros? Mi papá no sabía por qué quería vernos.

Caminaron con lentitud durante unas quince cuadas.

—Es allá enfrente— dijo Ale, señalando una casa con las rejas de entrada pintadas de color verde.

Los dos titubearon antes de tocar el timbre. Por fin Leandro se animó y casi al momento un hombre sonriente les abrió la puerta.

— Pasen, pasen, no se queden en la calle. Ya sé, se estarán preguntando cómo escuché el timbre y vine tan rápido. En realidad es muy simple, unas luces, distribuidas por toda la casa, me avisan cuando suena el timbre y el teléfono está conectado a mi computadora. Son más sencillas las cosas con algo de tecnología— dijo Carlos, sonriendo.

Carlos los acompañó hasta una habitación atestada de cosas.

—Les traigo un cafecito y vuelvo enseguida. ¿O prefieren una gaseosa?— preguntó.

Los chicos estaban tan nerviosos que se limitaron a asentir. Un inmenso escritorio dominaba el lugar. Por todas partes se veían libros, revistas y montones de carpetas. Tuvieron

que sacar pilas de diarios viejos que estaban sobre unas sillas, para poder sentarse.

— Se estarán preguntando cuál es el motivo de ésta reunión. ¿Verdad? Voy a ir derecho al punto, aún a riesgo de que piensen que estoy medio loco. Por favor no me interrumpen y si tienen algo que preguntarme, lo hacen después— dijo rápidamente.

Se quedó un momento callado, como si no supiera qué iba a decir. Tomó unos sorbos del café que ya se había enfriado y en voz muy baja, les contó una historia que los jóvenes ya conocían muy bien.

—... y al verlos en la playa ayer decidí llamarlos. Ustedes no son o no están igual que todos los demás chicos de este lugar. Los adultos están como ausentes. Nadie comenta las extrañas cosas que han estado sucediendo en Santa Bárbara. Además los dos investigadores que vinieron de La Plata desaparecieron— terminó diciendo.

— ¡¿Qué?!— gritaron los dos chicos, al mismo tiempo.

—Nosotros creímos que estaban trabajando en algún otro lado. Nunca pensamos que les hubiese pasado algo— dijo Leandro.

— En realidad no sé si les ha pasado algo. Ayer me tenían que venir a ver por un artículo que quería escribir para el diario, pero no aparecieron. Aparentemente dejaron Santa Bárbara sin llevarse sus cosas del hotel. En La Plata no saben nada de ellos. Yo ya notifiqué en la comisaría pero tienen que pasar 48 horas para considerarlos desaparecidos— dijo Carlos. Su voz era clara, pero por momentos tenía altibajos de volumen.

Las manos de Carlos temblaban tanto que terminó por derramar el poco café que quedaba en la taza.

—Disculpen mi torpeza. No me explico porque últimamente estoy tan alterado— dijo, mientras secaba el café del piso con una servilleta de papel.

— No tiene que disculparse. Nosotros dos también nos sentimos más nerviosos que de costumbre— se apresuró a decir Leandro.

Un rumor grave, los sorprendió. Una tormenta comenzaba a formarse. El cielo, hace instantes despejado, presentaba un color gris uniforme. Los tres se asomaron por la ventana de la habitación y se quedaron mirando como una masa verde azulada envolvía al pueblo.

Relámpagos fulgurantes salían de esa gigantesca nube y convergían en la torre de la radio. Los tres salieron a la calle corriendo. Había tanta electricidad en el ambiente que se les erizaba el pelo de todo el cuerpo. Ninguno se movía. No podían moverse. El suelo comenzó a temblar y un ruido ensordecedor hizo que Leandro despertara del trance en que se encontraban. Los empujó adentro de la casa.

Los tres recordarían claramente ese día como el principio del fin.

Ya hacía nueve días que esa nube monstruosa cubría el cielo de la ciudad. Alejandra se había pasado horas mirándola y la sentía como un ser vivo. Una gigantesca ameba que crecía lenta pero inexorablemente. Ya no podía recordar cómo era un día despejado. Todo tenía ahora el mismo color verdoso de la nube.

Al principio las calles estuvieron desiertas. Nadie se animaba a salir de sus casas por temor al temporal que parecía avecinarse. La esperada lluvia, que haría que la nube se desgarrase y desapareciese, nunca llegó.

Las noticias del extraño fenómeno ocuparon la atención de los periodistas por uno o dos días. Pero nadie quería ir a Santa Bárbara a cubrir un reportaje. Todos se sentían enfermos luego de pasar un par de horas en el lugar y pronto dejó de ser noticia. Nadie parecía sospechar que algo anduviese mal, ni aun cuando los adultos comenzaron a desaparecer.

Primero fue Mónica, la mamá de Leandro. Se esfumó sin dejar ningún rastro. Simplemente desapareció mientras preparaba la cena. Ni siquiera apagó el horno, donde un pollo pasó a convertirse en un trozo de carbón. Lo mismo sucedió en casi todas las casas de Santa Bárbara. Nadie sabía si se habían ido caminando o si los habían secuestrado. La única persona mayor que no desapareció fue Carlos Núñez.

Al día siguiente se mudaron a la casa de Carlos. Ellos debían estar unidos si querían sobrevivir a lo que fuese que estaba pasando en el lugar.

Estaban aislados. Las comunicaciones telefónicas parecían interrumpirse cada vez que intentaban pedir ayuda.

José Luis Estevez, el padre de Leandro, estaba preocupado. Hacía ya casi tres semanas que no tenía noticias de su hijo. Por lo general se comunicaban por teléfono todos los

días, salvo cuando él viajaba. En realidad sus continuos viajes fueron el motivo de su divorcio. Pasaba mucho tiempo fuera de casa y no se dio cuenta de que su relación con Mónica había ido cambiando. Cuando lo advirtió ya era tarde. Mónica estaba saliendo con otro hombre. Fue un golpe muy duro ya que seguía amando a su esposa y adoraba a su único hijo.

Después de no haber recibido respuesta a sus correos ni poder comunicarse telefónicamente, decidió no perder más tiempo y viajar a Santa Bárbara anhelando que nada malo hubiera ocurrido.

Cuando llegó al pueblo, hacía casi quince horas que manejaba. Así que atribuyó el mortificante dolor de cabeza y el mareo que sentía, al cansancio.

Se extrañó de encontrar una Santa Bárbara cambiada. Casi todas las casas tenían sus luces apagadas y se veía muy poca gente en las calles.

Al llegar a su antiguo domicilio encontró una nota en la que Leandro le indicaba dónde estaba. Todo esto no hizo más que agudizar la sensación de que algo terrible había ocurrido.

La casa de Carlos Núñez ya no parecía la que él recordaba. Donde antes había ventanas y paredes, ahora había paneles plateados que la hacían parecer un gran pez deforme.

No alcanzó a tocar el timbre, cuando un Leandro muy delgado abrió la puerta y, de un empujón, lo metió dentro de la casa.

La alegría reflejada en los ojos de su hijo hizo que estuviesen recompensados el viaje y el malestar que sentía.

— ¡No lo puedo creer, papá! ¡Viniste!— dijo Leandro abrazando a su padre.

Carlos se acercó con un vaso de agua y dos aspirinas.

— ¿Cómo sabías que me siento mal? Desde que llegué apenas puedo pensar coherentemente por el dolor de cabeza— dijo José Luis.

— Es una larga historia. Cuando te sientas mejor te contamos todo lo que sabemos— dijo lacónicamente Carlos.

José Luis se frotó enérgicamente la cara con las manos.

— Leandro ¿Y Mónica? No encontré a nadie en casa. En realidad no encontré a casi nadie en ningún lado. Sólo algunos chicos—dijo José Luis.

—Su esposa desapareció. Como también mi papá y todos los mayores de Santa Bárbara, con excepción de Carlos— dijo Alejandra casi en un susurro.

—Todo comenzó, creemos, cuando llegó la estación de radio. Al principio fueron hechos aislados pero ahora todo se precipitó. Desde el día en que nuestros padres se fueron... — el llanto hizo que no pudiera terminar de hablar.

Fue Leandro el que terminó de contar todo lo que sabían.

—...y así fue como nos dimos cuenta de que había algo en las transmisiones de la radio que afectaba a todos... salvo que tomaras grandes dosis de codeína— dijo Leandro.

— O que no pudieses oír, como yo— agregó Carlos.

José Luis había palidecido. No dudaba que estuvieran contándole la verdad, pero no podía creer *esa verdad*.

Algo más calmada, Alejandra continuó el relato.

—Cuando comenzó a formarse la nube, ni siquiera con analgésicos podíamos combatir el malestar. Al dolor de cabeza que sentíamos en un principio, se sumaban zumbidos penetrantes y visión borrosa. Fue Carlos quien tuvo la idea de aislar ésta casa con paneles acústicos. Es como un estudio de grabación, pero al revés. Evita que penetre en la casa cualquier tipo de onda sonora. Pero ni Leandro ni yo podemos estar mucho tiempo afuera. Pero eso no es lo peor. No podemos irnos de Santa Bárbara— dijo Alejandra, volviendo a romper en llanto. Sus manos desmigaban un pañuelito de papel.

—No nos dejan irnos, tendrías que decir. Quisimos salir en el coche con Carlos, pero ellos no nos dejaron—dijo Leandro.

— ¿Quiénes? ¿Los chicos? —pregunto José Luis, incrédulo.

— ¿Quiénes, si no? Si vos vieras a los primeros que cambiaron, nos creerías. Fueron más que amenazantes cuando intentábamos abandonar Santa Bárbara. Acá hay algo que no podemos terminar de entender y que creo que es muy importante. Mostráale la lámina de metal que encontraste en el barranco— pidió Leandro.

José se quedó mirando la placa que parecía de oro.

— ¿Tenés Internet, Carlos?— preguntó José Luis.

— ¿Saben lo que creo que es esa placa que me mostraron?— dijo José Luis después de haberse pasado un buen rato frente a la computadora.

— Apenas la vi me recordó algo. No puedo asegurar que ésta sea la placa original, pero es idéntica a la que se envió en la sonda Pioneer F. Fue una idea de dos exobiólogos, Carl Sagan y Frank Drake. Ellos lograron que se incluyera en la sonda espacial un mensaje destinado a posibles inteligencias extraterrestres. La Pioneer F salió de Cabo Kennedy en marzo de 1972 y seguirá viaje indefinidamente. Fue el primer objeto construido por el hombre que salió de nuestro sistema solar. ¿Quién sabe hasta dónde habrá llegado en estos cuarenta y ocho años?—

— ¿O quién la habrá encontrado?— agregó.

Las cosas empeoraban. Dependían de Juan Carlos para que los abasteciese de todo lo necesario para subsistir, ya que era el único que podía andar por la calle sin sentirse mal.

—No sé qué haríamos si no fueras sordo— dijo Alejandra, como al pasar.

Juan Carlos esbozó una sonrisa.

—Es la primera vez en mi vida que mi discapacidad es motivo de tanta alegría— bromeó.

— Lo cierto es que no podemos seguir encerrados, esperando cuál será el próximo paso que den. ¿Se dieron cuenta de que estamos como aletargados? No hacemos más que dar vueltas por la casa— concluyó diciendo Carlos.

José Luis salió del baño envuelto en una bata.

— ¿Han intentado comunicarse con ellos?—preguntó.

Alejandra se encogió de hombros. Estaba cansada; el encierro le estaba afectando. A veces sentía deseos de salir corriendo a la calle y que pasara lo que tuviese que pasar.

— Solamente al principio de esta pesadilla, cuando todavía no habían cambiado tanto. Ahora creo que ya ni hablan. Además tengo que reconocer que me dan miedo. Jamás pensé que podría llegar a sentir miedo de Cecilia. Siempre la consideré como mi hermana.

Pasamos tanto tiempo juntas que la conocía a la perfección. Me encantaba hacerle bromas, ya que ella nunca se daba cuenta de cuando yo estaba mintiendo. No entendía cuando yo hablaba en doble sentido y ahora...ya no la conozco— dijo Alejandra temblando. La angustia la estaba desmoronando.

José Luis se quedó callado, como si estuviera a kilómetros de distancia.

— ¿Te animarías a intentar engañarla nuevamente?— preguntó José Luis. Si todavía hay algo de humano en ella, quizás puedas lograrlo.

— ¡Ni lo pienses! ¿Y qué conseguiríamos después de todo? — gritó Leandro.

— Información sobre ellos y tal vez una manera de salir de este pueblo. Además no te corresponde a vos decidir si Ale quiere ir o no. ¿Son conscientes de que si seguimos aquí adentro es muy probable que muramos todos? Es solo cuestión de tiempo para que encuentren la manera de capturarnos o de hacernos desaparecer—dijo José Luis.

Alejandra se había puesto pálida. Con paso tembloroso se dirigió a la cocina y volvió al cabo de unos minutos.

— Voy a ir. Por lo menos es una oportunidad de hacer algo— dijo decidida.

Alejandra estuvo dos días saturándose de grandes dosis de codeína. Ya casi no tenían reservas de analgésicos y todos soportaron las molestias de no tomar nada para cedérselos a ella. Juan Carlos le hizo unos tapones con parafina, parecidos a los que él usaba cuando buceaba. Tenían en mente un plan, pero dependían de la reacción de Ale a las radiaciones sonoras.

Carlos y Alejandra salieron al mediodía, momento en el que parecía haber menos personas por las calles.

—Creo que les afecta el calor. Su piel es tan delgada que el sol debe molestarles bastante— sentenció Carlos.

No podían caminar demasiado rápido a causa de Alejandra. Parecía como borracha y no coordinaba las palabras.

—Esto no va a funcionar—dijo la joven.

—Ya falta poco para llegar. Ya se ve el muelle. Menos mal que no se les ocurrió destruir mi barco. ¿Ves que no son tan perfectos? — dijo Carlos, en un intento por animarla.

Alejandra tuvo que sentarse a respirar una vez que subieron al barco.

—Pareciera que en el agua hay menos radiación, pero sigo sintiéndome mal— dijo Alejandra, sosteniéndose de una barandilla, para no caerse.

— Tenemos material para armar tres artefactos, dos más chicos y el grande para la cueva. Yo voy a ir a la estación de radio y cuando escuches las detonaciones, hacés explotar la cueva. Quedate tranquila. Va ha haber tanto revuelo en la ciudad que no vas a tener problema— dijo Carlos, acariciándole el cabello, para tranquilizarla.

Alejandra tenía los ojos llenos de lágrimas. Sabía que él se estaba arriesgando por salvarlos. Respiró profundamente intentando controlar el nerviosismo que sentía. Era consciente de que todo dependía de ellos dos.

Carlos la acompañó hasta la escalerilla del barco. Se abrazaron pero ninguno dijo nada. Al llegar a la playa, Carlos se volvió y le sonrió levantando el pulgar de la mano derecha. Ella lo saludó igual.

No le costó trabajo manejar la embarcación. La acercó lo más que pudo a la cueva y se sentó a esperar. Por su mente pasaban imágenes de su familia, de Leandro y de su vida anterior. Nunca ya nada sería como antes. Todas las cosas que antes la desvelaban ahora le parecían tonterías. ¿Pudo realmente alguna vez preocuparse por un examen o por lo que se iba a poner en una fiesta? Le parecían cosas tan lejanas y ajenas, como si le hubiesen pasado a otra persona.

El ruido de una explosión la sacó de estos pensamientos. Se preparó a bajar del barco. En realidad tendría que nadar hasta cueva y ahí fue cuando escuchó una segunda explosión acompañada de un sonido que la hizo estremecer más que el agua fría. Era como el grito de un animal herido, pero que gritaba con voces humanas. No se detuvo a analizar qué era. Sus únicos pensamientos eran llegar a la cueva sin ser vista y tratar de que no se estropease la bomba.

Trepó unas piedras y se adentró en la caverna. Todo estaba como cuando la habían

visto con Leandro. Puso el explosivo encima de la máquina, que seguía funcionando, y se alejó con rapidez. Pero no fue lo suficientemente rápida. La onda expansiva de la detonación la hizo volar por los aires. Su último pensamiento, antes de ser sepultada por las piedras que volaban, fue para Leandro.

José Luis y Leandro oyeron las explosiones y corrieron a la calle. Vieron a sus amigos y conocidos que boqueaban como peces sacados del agua.

—Ya no pueden lastimarnos. Se están muriendo— dijo José Luis.

Llegaron hasta la emisora de F.M. y vieron a Juan Carlos agonizante. Sangraba por los oídos y la nariz. Un grupo de chicos lo había atacado después de la primera explosión. Lo habían despedazado. Pero, aún sangrando por las múltiples heridas que tenía, pudo activar el segundo explosivo.

Leandro lo tomó en sus brazos y acunándolo le murmuró palabras de consuelo. La sangre de Carlos iba tiñendo de rojo los jeans de Leandro. Lo abrazó aun más fuertemente.

—Les ganamos. Juntos pudimos—fue lo último que dijo Carlos, antes de morir.

Llorando, Leandro le cerró los ojos y sus pensamientos se dirigieron hacia Alejandra.

Corrieron hasta la playa, a la gruta. Al principio no la vieron. Lo que había sido la caverna, era ahora un montón de piedras desparramadas. Fue José Luis quien encontró a Alejandra bajo una capa de escombros.

— ¡Aun respira, está viva!—gritaba, llorando y riendo a la vez.

Rápidamente la llevaron hasta el hospital de Costa del Sol, la ciudad más cercana a ellos. Alejandra seguía inconsciente cuando ingresó.

—Si algo le pasa no podré perdonármelo—dijo Leandro.

— No puedo decirte que no te preocupes, pero ella es joven y fuerte— dijo José Luis, abrazando a su hijo por los hombros.

Cuando Alejandra se despertó estaba nuevamente enyesada. Aunque ahora no era solamente su pierna, sino también su brazo derecho y tenía un cuello ortopédico que le impedía

moverse mucho.

—Parecés una momia, ja, ja, ja — bromeó Leandro.

Visiblemente dolorida, Alejandra preguntó por Carlos.

—El murió en la explosión—le dijo José Luis. Omitió darle detalles de la horrible suerte corrida por su amigo.

—Ahora tenés que pensar en vos, mejor dicho en nosotros—dijo Leandro, con una sonrisa.

Cuando salió del hospital, Alejandra fue a vivir con Leandro y su padre. Eran los únicos con los que podía compartir su vida. Y sus pesadillas.

Solamente cuando Alejandra le dijo que estaba embarazada decidieron casarse.

—No querrás ser una madre soltera— bromeó Leandro abrazándola.

— No pienso pelearme con vos por eso—dijo riendo Alejandra. Pero te aseguro que sí pienso elegir el nombre del bebé. Se llamara Carlos si es nene y si es mujer será Cecilia.

Alejandra y Leandro temían por su bebé, ahora todo les daba miedo.

Pero se tranquilizaron al saber que el único problema que había es que no era uno sino dos los hijos que iban a tener.

— ¡Mellizos! Cuando yo hago algo, lo hago en grande— dijo Leandro, ufanándose.

Poco a poco fueron olvidándose de los acontecimientos pasados. En realidad ninguno hablaba del tema para no hacer sufrir al otro. Las heridas de sus corazones empezaban a sanar.

Ninguno de los dos olvidaría el día en que nacieron los gemelos.

Los bebés tenían grandes ojos rasgados y un horrible color gris verdoso en la piel.

La verdadera invasión extraterrestre, había comenzado.

Colonia

Rueda, Máximo

Se sentó mientras esperaba a que los artilleros hicieran su parte. El equipo individual era realmente pesado, y la pequeña gravedad extra del planeta se hacía notar. El parapeto tenía una banqueta dura pero suficiente para descansar un poco los músculos. Tenía al lado a su compañero, entre los dos tenían que liquidar el sector delta. Se llamaba Sisón, o Simón, o Timor, algo así, era el primer día que trabajaba con él. Nunca le había gustado demasiado la gente, y por lo que parecía a Sisón tampoco, por lo que la conversación era inexistente. Miró al cielo rojizo, no acababa de acostumbrarse, aunque los que llevaban más tiempo aseguraban que era cuestión de tiempo y, que al final, ni te fijabas. Soplaban una brisa ligera, en teoría estaban en primavera, aunque el cambio de estación era prácticamente inapreciable, ya que el planeta apenas tenía inclinación sobre su eje de rotación; las variaciones eran muy suaves y en general hacía un clima confortable, menos cuando llegaban las tormentas. Nunca en su vida en la Tierra había visto unas tormentas tan salvajes, incluso con el cambio climático, pero por suerte no solían durar más allá de unas pocas horas. En general era un lugar agradable para vivir, no le extrañaba que hubiera sido el destino elegido.

Escuchó un ruido sordo a lo lejos y supo que había comenzado, se levantó y cogió el equipo para ponérselo en la espalda. A los pocos segundos la tierra tembló acompañada de un estruendo y una devastación completa. Los proyectiles eran misiles con una potencia similar a la de los que montaban uranio empobrecido, pero con la decisiva ventaja de no dejar restos de radiación. No tenía sentido llenar de radioactividad una zona que pensabas habitar más tarde. Ya tenían bastante trabajo los terraformadores sin necesidad de añadir más contaminantes. Veía caer los misiles en la distancia generando incendios, muerte y destrucción en toda el área. Se alzaron de inmediato columnas de espeso humo de color azulado, una particularidad de la vegetación local. La artillería siguió percutiendo durante unos cuantos minutos hasta que finalmente cesó el fuego. A los pocos segundos zumbó el interfono que llevaban en el oído, era su turno.

Salieron del refugio y se dirigieron al deslizador. Era un transporte rápido y sencillo, en un momento estarían en la zona cero. Levitaba, con lo que no tenían problema con lo agreste del terreno: había mucha roca y grandes socavones producidos por el bombardeo. Esta parte ya había sido esterilizada hacía varios días, así que todo el paisaje era un páramo calcinado. No era demasiado bonito de contemplar, aunque no le preocupaba en exceso. Era lo que había que hacer y punto. Realmente se sentía afortunado de estar aquí, a pesar de haber tenido la firme oposición de su madre. Recordaba la conversación como si fuera ayer.

—No te irás, eso ni pensarlo —decía su madre a gritos.

—Es una gran oportunidad, en este viaje solo irán mil militares, que me hayan escogido es realmente increíble.

—¡Me debías haber consultado antes de presentarte!

—Ya tengo veintidós años madre, no tengo que consultarte las cosas. Es mi vida.

—Esta es tu casa, ¿quién sabe qué te espera allí? Tal vez la muerte.

—La muerte nos espera a todos tarde o temprano. La Tierra es un vertedero, este planeta está condenado. Y tú lo sabes. Este proyecto es la única opción para que se salven algunos, y yo puedo estar ahí. No puedo decir que no a esto. Quizás si todo funciona te pueda conseguir un hueco más adelante.

Su madre bajó la mirada con los ojos bañados de lágrimas y le dio la espalda mientras observaba una foto donde salía ella con su padre y él de pequeño.

—Me quedaré aquí, sola.

—Las Fuerzas Coloniales se encargarán de ti madre. Hay un plan para los familiares que...

—¡A la mierda las Fuerzas Coloniales y a la mierda tú! ¿Crees que fue fácil sacar esta casa adelante cuando murió tu padre en aquella guerra del Distrito 8? Nos trataban de apestados. Me tuve que arrastrar para que me dieran empleos de miseria y que pudieras ir a la escuela y entrar en la Academia. ¡He sacrificado mi vida y mi juventud por ti maldito ingrato! ¿Te quieres ir? ¡Vete! ¡Lárgate de esta casa y no vuelvas! —La mujer se cubrió el rostro con las

manos mientras sollozaba. Cogió su mochila con los pocos efectos personales que tenía y se marchó sin añadir nada más ni mirar atrás, dejando su hogar, en toda la amplitud de la palabra.

No estaba orgulloso de cómo había quedado la cosa con su madre. Le había mandado un mensaje cuando desembarcó, aunque con lo que iba a tardar en recibirlo quizás estuviera muerta antes. Tal vez allí ya no quedaba nadie vivo y todo se había ido al cuerno, era difícil saberlo. Intentaba no pensar demasiado en ello, centrarse en el trabajo le ayudaba, y precisamente trabajo no le faltaba. No había muchos voluntarios para ser esterilizador. A la gente no le gustaba demasiado lo de aniquilar especies, y era un trabajo bastante solitario y aburrido. Podía tirarse horas sobre el terreno sin hablar con nadie. Pero para él era un simplemente un trabajo, incluso en algunos momentos le gustaba. En cualquier caso, alguien tenía que hacerlo.

Mientras iban de camino se encontraron con algunas patrullas perimetrales. Iban armados hasta los dientes con exoarmaduras de combate. Normalmente las zonas esterilizadas ya no atraían a bestias, pero mejor prevenir. En el Sector Bravo se presentó por sorpresa un titán; lo redujeron a cenizas, pero el susto te lo llevas. De todas formas, hasta que no hubiese una extensión preparada lo bastante grande, no comenzaría la terraformación. Cuando hubiera civiles viviendo aquí la cuestión sería más delicada. A nadie le gusta que le aparezca una especie de dinosaurio de sesenta metros mientras hace una barbacoa con la familia. Los de arriba lo tendrían previsto. Todo había sido cuidadosamente calculado, al menos eso decían.

Una barrera energética les indicó que habían sobrepasado el límite de la zona esterilizada y entraban en el territorio bombardeado. Los drones estaban verificando que no quedaba nada vivo de mayor tamaño a diez centímetros. El visor VR les dio luz verde así que bajaron del deslizador y se pusieron al tajo. Activaron el incinerador químico y comenzaron a seguir las trazas que les marcaba el visor. Siempre quedaban bastantes plantas, insectos y bacterias incompatibles, así que lanzaron sus haces contra los brotes indicados en color rojo en la pantalla. Era un trabajo minucioso, aunque no demasiado delicado: freían a destajo, más valía pasarse por exceso que por defecto. No tardaron en encontrarse con los restos de un titán. Era una bestia enorme a pesar de que un misil la había reducido a pedazos. Una de las patas debía medir quince metros. Por supuesto, nunca había visto uno vivo tan de cerca, los esterilizadores

solo veían los restos. Tampoco es que le apasionara tener un encuentro cuerpo a cuerpo con uno de esos bichos.

—Esto es una atrocidad —dijo de repente Sisón.

—¿Disculpa? —No esperaba tener charla.

—Esto que estamos haciendo. Estamos aniquilando un planeta entero, sus formas de vida animales y vegetales. No puede traer nada bueno.

—No nos corresponde a nosotros pensar en eso, ese problema es de los de arriba.

—Las cosas siempre son problema de los de arriba —dijo poniendo una mueca de desagrado—. Nosotros somos los que lo estamos haciendo, es problema de todos nosotros.

—En algún sitio tenemos que vivir, la Tierra está condenada.

—Oh si claro, la humanidad siempre por encima de todo y de todos. Hemos acabado con un planeta, y vamos a hacer lo mismo con otro. Los humanos hrimeros, ¿es un buen lema verdad? Nos creemos con el derecho de destruir y transformar a nuestro antojo.

—Si no te gusta esto, ¿por qué te hiciste esterilizador?

—Quería verlo con mis propios ojos. Quería ver la devastación que habíamos traído a este planeta. Como estábamos exterminando a especies que llevaban aquí millones de años antes de que nosotros llegáramos. Me costaba creerlo, toda la propaganda que nos han vendido sobre Nueva Tierra es pura basura. Un nuevo comienzo, aprender de los errores del pasado, la sociedad perfecta. Patrañas.

—Un consejo gratis amigo, dedícate a tu trabajo o tu carrera aquí será corta.

Después de este comentario Sisón se calló por fin y siguió con lo suyo, así era mejor para todos. En la colonia todo el mundo tenía un propósito, no se iba a mantener a alguien a cambio de nada. El que no cumplía con su deber podría tener graves problemas, podría llegar a ser “purgado” si era necesario.

Mientras iban cubriendo su sector se encontraron con algo inusual. Era un orificio

de grandes dimensiones, debía tener unos cinco metros de diámetro. Se asomó por el borde, pero no se veía el fondo, era realmente profundo.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Sisón—. ¿Has visto alguna vez algo así?

—Nunca —respondió francamente desconcertado—. Voy a pasar un aviso al mando a ver si pueden enviar un dron.

Pasó el aviso y un par de minutos después apareció un dron de vigilancia. Dio un par de vueltas por el agujero y se introdujo dentro. En el interfono había una conversación sobre el asunto entre varios técnicos que estaban visionando lo que registraba el dron. No parecían haber visto algo así hasta ese momento y daban la impresión de estar realmente asombrados. En teoría el planeta estaba estudiado en profundidad para garantizar que la colonia era viable, así que la sorpresa del alto mando le resultaba desconcertante. En un momento dado la línea se quedó en silencio. Se oían las respiraciones de los interlocutores, con lo que la comunicación seguía funcionando, pero nadie hablaba hasta que una voz se alzó alta y clara.

—Salid de ahí cagando leches, salid de ahí ¡ya!

La voz era de Richardson, jefa de la unidad. Se miraron el uno al otro y salieron corriendo hacia el deslizador. Del orificio emergió una especie de gusano gigante y el espanto se apoderó de ellos. Arrojaron al suelo el equipo de incineración y aceleraron a todo lo que les daban las piernas, trastabillándose en el abrupto terreno. El gusano se abalanzó sobre ellos a gran velocidad y los engulló sin más.

Despertó en una sala que parecía estar excavada bajo tierra, con varios túneles de gran tamaño que accedían a ella. Estaba sentado en el suelo y amarrado a un poste. Cerca de él estaba su compañero, atado a otro poste, todavía inconsciente. No sabía qué tipo de material era el que habían utilizado para amarrarlo, pero era muy sólido. Había una pequeña luz en la pared que iluminaba de forma tenue todo el entorno. Por los túneles podía escuchar el sonido de seres de gran tamaño arrastrándose y se le erizó la piel de los brazos. Recordaba como ese gigantesco gusano los había engullido de un bocado y ahora aparecía aquí atado. ¿Qué

diablos estaba pasando?

Por el túnel de la derecha le pareció notar un rumor, como el sonido de estática de una radio que se ha quedado fuera de cobertura. El rumor se acercaba y el pánico se apoderaba de él. Intentó aflojar las ligaduras en vano. Miró a su alrededor y no encontró nada de utilidad. La sala estaba completamente vacía a excepción de ellos dos. El sonido pareció despertar a Sisón que agitaba la cabeza, aturdido. Por la boca del túnel aparecieron unos seres algo más pequeños que un humano que parecían arrastrarse, pero iban erguidos, a pesar de que el cuerpo daba la sensación de ser blando y fofo. Tenían en la parte superior unos pseudópodos que debían hacer la función de brazos. El cráneo era de gran tamaño, con enormes ojos y una boca desdentada y babeante. La piel era de un color lechoso, casi traslúcido. El terror que sentía no le permitió emitir ningún sonido, solo abrir y cerrar la boca con incredulidad. Iban cinco individuos y portaban montado en un carrito una serie de equipo técnico que a simple vista parecía bastante primitivo. También llevaban su equipo, el visor VR, el incinerador y el interfono, el gusano lo había succionado todo. El sonido de estática lo emitían ellos y parecían comunicarse de esa manera. Nadie le había hablado de esta especie, ¿era posible que algo así se les hubiera pasado por alto cuando realizaron la exploración del planeta? Su compañero estaba paralizado, miraba a los seres casi sin pestañear. Uno de ellos empezó a emitir ese sonido que había escuchado antes, y uno de los extraños aparatos emitió una voz metálica, pero clara.

—Hola, disculpad por las formas. Espero no estéis demasiado incómodos.

Sisón y él se miraron todavía más alucinados de lo que ya estaban. El ser continuó “hablando”.

—Este aparato es un traductor. Llevamos estudiando vuestros movimientos y comunicaciones desde que llegasteis al planeta, y nuestro equipo mental artificial ha conseguido traducir vuestro idioma con soltura convirtiendo el nuestro sobre la marcha, permitiendo la comunicación bidireccional.

—¿Qué queréis de nosotros? ¿Qué sois? —consiguió articular a duras penas. La máquina emitió en esta ocasión el zumbido haciendo la función inversa.

—Quizás deberíamos hacer la pregunta contraria, ya que sois vosotros los que habéis venido a nuestro territorio, aunque gracias a los datos accesibles desde vuestros

equipos ya sabemos todo lo que necesitamos.

En el aire surgió una representación holográfica. En una parte se veía el planeta Tierra, y en la otra la nave Arca que estaba de camino con veinte mil personas a bordo para colonizar Nueva Tierra.

—¿Qué quiere decir esto?

—Con la información que hemos recabado, hemos localizado vuestro planeta de origen y la nave de transporte con rapidez. Estas imágenes están llegando en directo desde unas sondas automáticas que hemos enviado.

Pero ¿cómo era posible? Los dos objetos estaban a años luz de distancia, debían haberse desplazado allí de manera instantánea si acababan de conseguir la localización espacial de ambos.

—Hemos procesado todo lo que hemos podido de vuestra cultura.

Lamentablemente no disponemos de mucho tiempo. Vuestros asociados os están buscando y no queremos tener que eliminar ninguna forma de vida de manera innecesaria. Intentaré ser breve: a pesar de que nos hemos extendido por bastantes sistemas, sois la primera forma de vida que hemos encontrado que se puede llamar inteligente. Estábamos muy emocionados desde que os detectamos en la superficie y quisimos valorar vuestro progreso sin interferir, aunque la destrucción que habéis lanzado sobre el planeta nos ha obligado a tomar parte. El sistema biológico presente aquí es muy particular y de alto valor, y no podemos tolerar su erradicación. El Consejo ha querido tener la máxima información de vuestra especie antes de tomar una decisión al respecto. El uso desmesurado e innecesario que hacéis de la fuerza y la violencia nos ha resultado estremecedor, con un salvajismo difícil de asimilar por nuestra especie, y algunos miembros, realmente impactados, incluso llegaron a proponer vuestro exterminio. Pero, por otro lado, os vemos mucho potencial en varias áreas y creemos que podéis mejorar. La galaxia es muy grande y los aliados son necesarios. Hemos observado que vuestro planeta madre está al límite de la inhabilitabilidad, por lo que entendemos que la agresión sobre este ecosistema se debe a las prisas por buscar un nuevo hogar. Hasta cierto punto eso es comprensible para nosotros. En conclusión: os vamos a deportar de este planeta, que quedará prohibido para vosotros para siempre. En vuestro soporte tecnológico hemos incluido la información de un mundo que es

totalmente compatible con la biología de vuestras estructuras vitales. Esperamos que desviéis la nave de transporte hasta este nuevo destino y allí podáis reproduciros de forma adecuada. Nos causaría gran repulsa el tener que destruirla si no cambia de rumbo. Con la tecnología que tenéis deberíais poder colonizar este nuevo planeta con facilidad. No volveremos a interferir salvo que creamos que es estrictamente necesario. Os estaremos vigilando estrechamente, confiamos en que sabréis hacer las cosas de manera más adecuada.

Los seres se dieron la vuelta y salieron por el túnel por el que habían venido.

—¡Eh!¡Eh!¡Un momento! —gritó Sisón sin resultado.

La sala se quedó en silencio. Se habían llevado todo menos el material humano y una pequeña caja metálica, en principio inerte. La caja comenzó a vibrar con un suave zumbido y repentinamente un fogonazo blanco los cegó por completo.

Se encontró sentado al aire libre, sin ataduras ni sujeciones de ningún tipo. Estaba en una zona desértica con una enorme ciudad que se veía a cierta distancia. Si no fuera porque le parecía imposible, diría que estaba en la Tierra. Lo mejor de todo es que estaban allí todos los miembros del equipo colonizador, con los módulos de habitabilidad, vehículos y equipo. Todo, menos las armas y los vehículos de guerra. A su lado estaba también Sisón, que parecía estar completamente ido. Vio cómo se aproximaba a paso rápido una figura robusta, era la teniente Richardson.

—Vosotros dos. ¿Tenéis forma de explicar qué está pasando? Os estábamos buscando por esos túneles cuando nos ha rodeado un fogonazo de luz blanca y de pronto hemos aparecido aquí. Mientras eso ocurría, hemos recibido un mensaje en nuestros intercomunicadores de una voz metálica, indicando que habláramos con vosotros, que teníais información precisa sobre lo ocurrido.

El rostro de la teniente era de total desconcierto, y no le extrañaba. Tendría que dar muchas explicaciones, pero con un poco de suerte la experiencia le serviría para que lo volvieran a enviar a la nueva colonización, incluso fantaseó con un posible ascenso. Se le dibujó una pequeña sonrisa en la cara, cualquier cosa le valdría si le permitía huir una vez más de ese estercolero llamado Tierra.

El capricho de las estrellas

Mito, Gretel

Sentada a su mesa en aquel salón lleno de ecos, Elena apenas podía reconocer a la que hubiera sido su compañera de quehaceres en los albores de su madurez. Si se esforzaba —se le ocurrió pensar— quizá fuera capaz de redescubrir, bajo los ostentosos anillos que portaba María, aquellas heridas —ahora blancas— que antes habían sido tan encarnadas como las brazas con las que calentaban el agua para lavar la ropa de los señores.

Hasta hace pocas horas, Elena creía que la parca había arrastrado a María fuera de este mundo, tal vez en complicidad con las ratas y las pestes que dormían acurrucadas junto a ellas en la noche. O tal vez —como decían las sirvientas— había sido el señorito de la casa, que finalmente había logrado consumir sus deseos con María. Huérfana como era, nadie pronunció palabra alguna cuando las tinieblas se la tragaron, asustados de perder su lugar en el castillo, o en el peor de los casos, correr su misma suerte. Desapariciones como aquellas eran moneda común en esos tiempos; Elena siempre se había preguntado qué había sido de ella, pero el temor es un gran aliciente a la hora de olvidar.

Con un delicado movimiento, María levantó la taza e instó a Elena a que hiciera lo mismo. Sus modales se habían suavizado y un aire de elegancia la envolvía aún en el simple hecho de llevar la taza hasta sus labios y beber un pequeño sorbo sin hacer ruido. Elena, entretanto, trató de imitarla y una gota de té se derramó por su barbilla producto del temblor de sus manos.

—No tenés por qué estar tan nerviosa, Elena —le dijo María con voz melosa y una sonrisa—. Entiendo tu sorpresa y estoy segura de que te estarás preguntando cómo es que una lavandera a la que creías muerta terminó de señora en este castillo.

A pesar de la confianza y familiaridad con la que se habían tratado de jóvenes, Elena no se atrevía a responder; se sentía impertinente, sobre todo teniendo en cuenta el motivo de su visita. Su silencio no pareció importarle a María, quien continuó hablando.

—Todo estaba escrito en las estrellas —prosiguió entonces, en un tono burlón que por un momento le quitó unos cuantos años de encima—. Bueno, para ser exactos: estrella. —La señora del castillo recorrió la seda que cubría sus pechos y dejó que Elena viera, después de mucho tiempo, aquella rojiza marca de nacimiento al comienzo de su seno izquierdo. Una estrella casi perfecta se dibujaba allí, sobre una piel ahora un tanto ajada por el paso del tiempo. Elena tragó fuerte, con la garganta seca y la punta de la lengua tintineando contra sus dientes, como si quisiera escaparse de su boca para probar un bocado de esa carne.

» ¿Te acordás de Bautista? El boticario que vino a buscar trabajo al castillo. Seguro que sí, después de todo me la pasaba hablando de él en esa época. ¿Te acordás lo enamorada que estaba de él? —A pesar del nudo que se le había formado en el estómago, Elena fue capaz de asentir, sacando fuerzas de la nostalgia. Después de la desaparición de María, el muchacho no se había quedado mucho más en el castillo y Elena no pudo culparlo. Si le hubieran dado a elegir en ese momento, ella también se hubiera marchado—. Lo que tardé en que se fijara en mí... y ni más ni menos: esta estrella cruzó nuestros destinos.

»Él había recorrido todo el largo de estas tierras y conoció en su viaje la historia de un castillo que había sido asechado por la desgracia. Según le habían contado, una banda de ladrones había atacado una noche buscando saquear e incluso —si la destrucción no era mucha— quedarse con el castillo una vez acabado con sus moradores. Finalmente, un sino agridulce no quiso que logaran su hazaña, pero en el tumulto, la joven señora resultó herida por una flecha y murió al instante. Mayor desdicha le deparaba al señor al descubrir que los bandidos no se habían ido de allí sin antes robarle algo más: su pequeña hija Stella.

»Grandes recompensas fueron ofrecidas para aquellos que pudieran dar con el paradero de la niña; la marca de la estrella en su pecho debía ser fácil de reconocer. Pero todos fracasaron en la cruzada. —Hizo silencio un segundo, para que Elena pudiera digerir sus palabras y continuó—. Hasta que Bautista me encontró.

» Al principio, me pareció un cuento de hadas y una tontería que no entendía por qué me contaba. Yo ya estaba enamorada de él sin necesidad de artilugios. Pero de a poco me fue convenciendo y, no mucho más tarde, urdió un plan para sacarme del castillo; un tanto exagerado, porque, ¿quién extrañaría mi presencia allí? Pero necesitábamos los medios para

hacer un largo viaje y cegada le seguí en su juego. Bautista me ordenó aceptar la invitación del señorito —que yo siempre rechazaba— y así lo cité en el cobertizo.

Elena escuchaba enmudecida las palabras que salían de la boca de una María que de a poco se transformaba en una extraña. Stella pasó a detallarle cómo habían convencido al señorito de que la había matado, luego de darle un opiáceo a él y a ella un somnífero lo bastante potente como para acompañar su respiración hasta imitar el beso de la muerte. Una casualidad, fabricada, propició que Bautista pasara justo por allí y se ofreciera a deshacerse del cadáver por una módica suma y el permiso de partir de allí, cosa que el joven noble, preso de la culpa y las alucinaciones más oscuras, no tardó en consentir.

—Después de tanto tiempo encerrada en el castillo, viajar con Bautista fue un sueño para mí. Pasábamos el día cabalgando y, en las noches, las monedas del señorito nos conseguían una buena cama y un estómago lleno. Él me complacía y trataba como una dama, y yo, deseosa por complacerlo también, hacía lo mismo con él sintiendo, quizás, una especie de gratitud por todo lo que había hecho por mí. Más pronto que tarde en el interminable viaje hasta el castillo de mi padre quedé preñada. El horror fue mucho, pero la alegría con la que Bautista recibió la noticia calmó un poco la vergüenza que sentí. Apenas llegáramos, pediría mi mano como recompensa y luego podríamos dar al niño por prematuro. Todo estaba planeado. Y yo, muy ciega.

Los nervios jugueteaban con sus entrañas, hundiendo su vientre con cada palabra de Stella. Elena tenía ganas de vomitar y las paredes cada vez se alejaban más de ella dándole la impresión de que lo que estaba pasando no era más que un sueño; una pesadilla. Volvió a darle otro trago a su té, buscando humedecer su boca, pero el líquido pasó por su garganta como vidrio molido.

—Casi beso el suelo cuando llegamos al castillo. Mi vientre todavía se mantenía plano, así que supuse que podría ocultar mi embarazo por un tiempo más, si es que mi padre atrasaba nuestra boda. Cuando los guardias del puente vieron la estrella en mi pecho casi se desmayan; uno logró correr hasta los aposentos de mi padre a avisarle de las buenas noticias y antes de que pudiera prepararme, el hombre que me había dado la vida estaba delante de mí.

»Parecía que se le iban a saltar los ojos de las cuentas de tanto que los abría, del

mismo modo de que hubiera sido capaz de meter mi puño en su boca de haberlo querido y si no hubiera estado tan nerviosa ante su escrutinio. Su semblante palideció, algo que no concordaba con la sonrisa y el abrazo que me dio al reconocermelo al instante como su hija.

»Lejos de todas mis dudas, mi padre no tardó en organizar la boda con Bautista, al que también recompensó por su hazaña. La ceremonia fue discreta pero muy hermosa; nuevamente sentí que estaba fuera de mi cuerpo, que no era yo la que se estaba casando con el muchacho de sus sueños y que pronto recuperaría la cuna de oro en la que había nacido.

»Por la insistencia de mi padre, la noche de bodas celebramos en sus aposentos una pequeña velada a la que yo —temiendo que pensara que el matrimonio hacía tiempo estaba consumado— quise negarme. Bautista, en cambio, aceptó gustoso, alegando que sería de mala educación rechazarlo.

Elena quería taparse los oídos antes que seguir escuchando a su compañera y aquel cuento de hadas del que ella no había formado parte.

—¿Estás bien, Elena? Prometo que no falta mucho para terminar con mi historia —se interrumpió Stella. Con otro delicado gesto, la vio dejar la taza en la mesa antes de que esas manos blancas y llenas de anillos se acercaran a las suyas. El tacto fresco de esa piel contra la suya le hizo notar lo afiebrada que estaba—. Mi hermosa Elena. No puedo decir que no me sorprendí cuando mi hijo me comunicó su decisión de desposar a una lavandera varios años mayor que él. Sin embargo, nunca me avergoncé de mi pasado y me intrigó saber quién podía ser esta mujer que lo embelezó. Tendría que haber sabido que eras vos.

Elena tenía un pensamiento parecido. Cuando conoció a Ignacio, ¿qué fue lo que le atrajo de él, si no fueron esos rasgos tan conocidos pero que en su memoria eran más suaves y tentadores?

—No sé lo que te habrá contado Ignacio; seguramente lo que yo misma le dije cuando me preguntó por qué su padre no estaba con nosotros: pero puedo decirte que fue una mentira...—hizo una pausa—. Piadosa. No hubiera sido agradable enterarse de que tanto su abuelo como su padre intentaron matarlo. Por supuesto, esto es algo que solo saben unos pocos aquí en el castillo. Y ahora, vos, Elena.

Comenzaba a faltarle el aire, pero las manos de María le daban tanto alivio que no hacía intento alguno por moverse de allí. Incluso dejó que le diera de beber otro sorbo de su té disfrutando de la caricia que le dejó en su mejilla.

—La peste —si eso es lo que te dijo Ignacio— no fue lo que acabó con ellos. Si algún mal hubo esa noche de bodas, fue la que ellos mismos dejaron entrar a la habitación. Y es que los que juegan a ser hermanos y hombres de bien durante el día, se convierten en alimañas al azotar la oscuridad con su sanguinolenta mano. Y en las copas de todos, la muerte se arrebujó a la espera de clavar sus dientes; mi padre intentando acabar lo que una vez no tuvo el coraje; Bautista siendo el más impúdico de los dos, esperando acabar con tres pájaros de un tiro, sin remordimiento alguno.

»Si hoy estoy viva sólo lo puedo atribuir a una fortuna caprichosa. Porque, aunque bebí esa noche, los malestares propios del embarazo hicieron que vomitara todo lo que había ingerido.

Una de las manos de Stella se acercó hasta los labios de Elena, que se encontraban entreabiertos. La otra fue hasta el vientre plano.

—Si aún puedo decir que te conozco, y a mi hijo, puedo asegurar que mantuvieron su decoro a la espera de mi aprobación —le susurró, casi al oído, con una ternura que no encajaba con lo que sus palabras insinuaban.

Elena se llevó las manos temblorosas hasta la garganta. El aire ya no lograba entrar a sus pulmones y un infierno se desató en su interior. Quería gritar pero no tenía con qué ni a quién. Con sus últimas fuerzas clavó sus ojos en la ahora desconocida señora que se sentaba a su lado y la sonrisa apenada que le dedicó María logró que unas lágrimas se deslizaran por su rostro.

El que no comía gambas

By Pacoman

Las trompetas y los ropajes del heraldo irrumpieron en la humilde jaima del viejo, ciego y derrotado Marsuf.

— ¡Levanta viejo gandul! Tu sultana y la princesa se dignan a entrar en esta pocilga. ¡Levántate perro! —Marsuf, despertó del sopor que las bebidas espirituosas regalan a sus más fieles seguidores.

—Buenos días.

El viejo tapándose su inmunda desnudez atinó a responder:

—Mi señora Miriam, perdonar a este viejo carcamal, si sus heraldos se hubieran adelantado a su persona, tiempo habría tenido de adecentarme.

—Sabes que me divierte verte azorado y espero que esta vergüenza te desincentive a beber como si no hubiera mañana. No tolero el alcohol entre mis súbditos, pero a ti te lo consiento. No abuses, no vaya a agotárseme tanta magnanimidad.

—Pero que oyen mis viejos oídos ¿no es ese ratoncito la bella Maragda?

Un torbellino de sedas salto al cuello del viejo pirata y traidor, haciéndolo caer sobre sus espaldas.

— ¿A qué debo tanto honor?

—Una infección se ha declarado en Orlón y todos están en sus tiendas. Pero Maragda se aburre y quiere que le cuentes una historia.

—Vaya ahora soy un nuevo Boccaccio.

—No, mejor una nueva Sherezade, mi princesa es muy jovencita para algunos cuentos del Decamerón, viejo picarón.

—Como tú mandes mi sultana— el viejo vagabundo estelar se inclinó con una picara sonrisa.

—¡Marsuf! ¡Cuéntame un cuento!— grito la joven Maragda. La nube de sedas que la envolvían se aposentó, quedamente, junto a su madre.

— ¿Y qué te cuento perla de Oriente, rubí del este, felicidad de Orlón, la — interrumpió la eterna retahíla, la sultana: —Cuéntale porque no comes gambas, viejo tramposo.

—Sí, ese será un buen tema para empezar, pero te acabaré contando una vieja historia de renuncia, de renuncia por amor. Empecemos pues, Princesa Maragda no creas que no como gambas porque no me gustan. No me vuelven loco, pero si las comería, si peladas ya estuvieran.

— ¿Entonces, por qué no las comes?

—Porque no están peladas. Me gustan las gambas, pero liberarla de su piel de crustáceo decápodo me reporta una desutilidad que unida a la utilidad de comerlas lo hacen en total inferior a cualquier alternativa alimenticia disponible, que es la que acabo escogiendo.

—Entonces ¿no comes gambas porque hay otras comidas?— inquirió la joven princesa.

—Muy bien. Quien ofrece gambas cocidas en una comida a la que yo asisto, no es pobre, y de pobre sería ofrecer únicamente gambas en un banquete. En los banquetes se ofrecen gambas y se ofrecen otros muchos manjares. Cuando decido que voy a comer valoro la utilidad que me reportarían, de comerlos, los distintos manjares restándole los esfuerzos necesarios para comerlos: como por ejemplo pelar una gamba o abrir una nuez. De entre todas las utilidades netas escojo la mayor y ese es el alimento que escojo y como.

—¿Y siempre comes lo mismo?

—No. La utilidad que me da comer un dátil se reduce con cada dátil que como. Me gustan los dátiles, sobre todo el primero. Cuando ya he comido uno, un segundo me apetece, pero menos que el primero y más que el tercero. Es muy posible que tras comer el segundo me sea mucho más placentero comer un primer trozo de queso de cabra, que un tercer dátil o que la primera gamba por pelar. Así midiendo la utilidad en cada alternativa, cada vez que he comido algo, es cómo voy seleccionando lo próximo que comeré. Y nunca como una gamba, pues siempre hay suficientes y variados manjares en la mesa, lo que permite que la utilidad de los

alimentos comidos por mí, nunca baje tanto como para que la utilidad neta de comerme la primera gamba y pelarla sea mayor que repetir algún otro mangar ya comido, pese a lo decreciente de su satisfacción. Además, yo soy de poco comer.

—Sí, bellaco, eres de poco comer pero de mucho beber. Y esto de la utilidad decreciente que le cuentas a mi hija ¿no te lo aplicas al vino?

—¡Ah! Mi señora Miriam, no como a la vez que bebo. No bebéis lo que yo bebo, y doy mil gracias a su magnánima indulgencia por dejar, que a escondidas, pueda beber, lo que yo bebo. Maragda no bebo para calmar mi sed, bebo para sobrellevar la insostenible levedad de mi ser. Y para eso no hay sustitutos al vino, al menos en Orlón... ni tampoco los quiero. He llegado a ser amigo de mis demonios y camarada de mis resacas, no voy a poner en peligro esas relaciones por conocer un sustituto. Cuando sólo hay un bien que cubre una necesidad, no hay elección, sólo consumo hasta saciar mi necesidad. Pero intuyo que mi princesa no ha quedado convencida con mis explicaciones. ¿Es así Maragda?

—Las gambas peladas te gustan, las sin pelar no.

—Entiendo que no comes gambas porque tienes que pelarlas. —Tomó la palabra la sultana—. Cuando hay gambas que pelar, siempre hay otras muchas cosas que te gustan más. Tantas, que nunca ocurre que antes de saciarte te apetezca una gamba que pelar, pues un cuarto dátil o un segundo trozo de queso te es más apetecible. Cosa que no te pasa con el vino, pues sólo el vino te sirve para emborracharte, no trates de engañar a la pequeña; pues bebes hasta que no te cabe una gota más.

Las risas llenaron la sucia y raída jaima, lugar impropio de sultanas y princesas, aún así, la princesa Maragda pasó algunos de los mejores momentos de su infancia con aquel bellaco malhablado y medio ciego.

—No quiero que te lleves una opinión equivocada. La elección es virtuosa, como hemos visto con las gambas. Cuando no hay elección como en el vino, no creáis que me abandono hasta que no puedo más, bebo hasta alcanzar la embriaguez. Sé que este ejemplo no es... el mejor. Tengo otro, de como, en ausencia de elección, la moderación se impone frente a acaparar hasta reventar, como se acapara papel del culo en cualquier pandemia viral de tres al cuarto.

—Tú ¿moderado? Ni el día que naciste— aseveró la sultana.

—Me entristece oírlo de mi sultana, su padre, él nunca suficientemente loado Jesup ben Omar el Mokri me conocía y tenía mejor opinión que mi sultana. El sabía que a pocas cosas soy más aficionado que a los cuentos de un viejo detective llamado Sherlock Holmes, y sin embargo nunca lo leo... bueno casi nunca. Y eso que tengo sus 56 cuentos y 4 novelas en lenguaje Braille.

—Marsuf, cuéntame eso. Que no lo entiendo. Nada te gusta más que leer cuentos de tu viejo detective, pero nunca lo haces ¿Por qué?

—Bien, retomemos. Hemos visto que la utilidad marginal, aquella utilidad que nos da la última unidad consumida, ya sea de dátiles o de vino, es menor que la que da la anterior unidad, pero mayor que la próxima.

—Cada vez que comes algo o bebes un trago te gusta pero menos que lo anterior que comiste o bebiste.

—A ver si yo lo he entendido —vino a aclarar Miriam, más por ayudar a su hija que por necesidad propia—. Un dátil me da mucha utilidad, si como un segundo dátil aumenta la utilidad total, es decir la utilidad marginal de la segunda unidad, es algo así como la diferencia de la utilidad total tras haber comido dos dátiles menos la utilidad total de haber comido uno solo. Y según nos quieres contar, la utilidad marginal de los siguientes dátiles es cada vez menor, y por eso la llamas decreciente.

—Así es, cada nuevo dátil reporta cada vez menos utilidad, pero siempre positiva. Es lo que se conoce como la ley de la utilidad decreciente. Y esa ley aplica siempre, bueno casi siempre. Pero esas excepciones te lo contaré, cual nueva Sherezade, la próxima noche de las mil y una. Ahora centrémonos en porque (casi) no leo a Sherlock.

—Vale, cuéntamelo.

—Cada vez que leo un cuento, que no he leído nunca, del detective consultor obtengo una grandísima utilidad marginal. Pero si leyera otro seguidamente la utilidad marginal disminuiría mucho y además me quedaría un cuento menos sin leer. Entonces lo único que puedo hacer es parar. Esperar que pase mucho tiempo para que la utilidad marginal vuelva a

crecer.

—¿No lo entiendo! ¿Por qué, que pase el tiempo hace que la utilidad marginal crezca?

—Fácil. Cuando te comes el primer dátil te gusta mucho. Pero si no comes más hasta el día siguiente y entonces sí, te comes otro, ¿es mayor o menor la utilidad del de hoy o el de ayer?

—Más o menos igual— contestó ávida la princesita.

—Pues ahí lo tienes, una vez que pasa el suficiente tiempo, la satisfacción se repone. Tengo que dejar pasar el tiempo suficiente para que se recargue.

—Vale, lo entiendo. Lees uno cada mucho tiempo para que cada vez que lees uno, sea como el primero.

—Eso es y eso sería suficiente. Pero además, cuando ya te haces viejo y te quedan menos días que vivir que los vividos es cuestión de repartir. De alargar los cuentos que me quedan por leer para cubrir los días que me quedan por vivir. Me gustaría no privarme nunca de un último cuento por leer con la máxima utilidad marginal por disfrutar. Esa y no otra es la forma de maximizar su disfrute. Esto es renunciar a los cuentos de Sherlock, precisamente por amarlos tanto. Eso es vivir con desapego.

—Epicúreo enseñaba lo mismo— sentenció Miriam.

—Mi sultana, he contado a la princesa un cuento viejo con las nuevas palabras de hoy, no dije que el cuento fuera original, pues nada nuevo hay bajo el Sol, sólo procuré que fuera entretenido.

—Y dime Marsuf ¿esto de la Ley de la utilidad marginal decreciente se inventó para que un viejo borracho como tú cuente estas viejas historias?

—No, mi sultana. Se inventó para resolver la paradoja del agua y el diamante.

—¿Y qué paradoja es esa?— preguntó Maragda.

—¿Cómo es posible que siendo el agua imprescindible para la vida valga tan poco, mientras que un diamante que sirve de tan poco, valga tanto?

—Buena pregunta, pero será mañana, pequeña princesa cuando Marsuf te la contestará, es hora de irnos.

—Con su permiso mi sultana, será mañana cuando la princesa me proponga su respuesta, pues un cuento no ha cumplido su función hasta que no se aprende su moraleja. Pero una pista le daré a mi bella Maragda: Ningún sediento compra diamantes.

ANEXO

Marsuf es un entrañable personaje creado por Tomás Salvador en 1964 del que escribió dos antologías de relatos: **Marsuf El vagabundo del Espacio** (1964) y **Nuevas aventuras de Marsuf** (1971), particularmente mi Marsuf bebe directamente del último Marsuf, el del cuento que cierra la segunda antología: “Marsuf y los piratas”.

En economía, la función de utilidad es un unicornio rosáceo necesario para dar coherencia interna a la teoría del consumidor; necesaria para obtener las funciones de demanda del mercado. La función de utilidad es una función que nos da los útiles obtenidos por los individuos al consumir una cesta de bienes y servicios. Nace a finales del siglo XIX como un intento desesperado de construir una teoría económica científica, diferente de la clásica (que no lo es) sobre la que se sustenta la economía marxista (que si es científica). Se necesita una teoría de la fijación de precios distinta a la mano invisible de Adam Smith. En un principio era necesario un enfoque cardinal, es decir se requería conocer exactamente los útiles que obtenían los consumidores. Lo que es del todo imposible: era pura ciencia ficción. No fue hasta que el inglés William Stanley Jevons entorno a 1862, el austriaco Carl Menger (fundador de la funesta escuela de pensamiento económico austriaca) entorno a 1871 y el suizo Léon Walras entre 1874 y 1877 que se obvió ese aspecto, pudiendo por primera vez presentar batalla científica a las teorías desarrolladas por Marx.

La paradoja del valor del agua y los diamantes es antigua, ya Nicolás Copérnico en el siglo XV la analizó, pero no es hasta Adam Smith, en el XVIII, que no se cimentan sus soluciones.

Pudor me da hablar de Epicúreo de Samos muerto el 270 a. C., apuntar que lo descrito es una búsqueda de la Ataraxia.

Inquilinos

Cano-Caballero Romero, Carolina

Nunca nos acostumbramos a aquella casa. Me precipité, es cierto. Mi barriga crecía rápido y las escaleras del ático se convirtieron en mi pequeño y tortuoso Sagarmatha diario. Era lúgubre, exhalaba el aliento de las casas que han tenido como últimos inquilinos a unos abuelos que no han sido felices. Solo conseguimos que fuera acogedor el comedor, en el que instalé mi estufa de leña, y la habitación de mi hijo. Las demás estancias eran tristes, desmañadas; el feng sui escapaba entre mis dedos, escurridizo, como un gato asustado. Lo peor era el zulo. Lo llamamos así porque era demasiado siniestro para considerarlo garaje. En un lado en el que el techo era muy bajo, se amontonaban cajas de la mudanza que nunca llegamos abrir, como si en un silencio cómplice adivinásemos que a la mínima oportunidad saldríamos de allí. Cuando subía o bajaba por aquellas escaleras sentía un escalofrío...

Esperé pacientemente la visita de un amigo peculiar y le pregunté si había alguien allí, en el hueco de las escaleras. Dudó; no quería asustarme, pero, finalmente, dijo en tono conciliador: “Es su casa”.

Al llegar del hospital, con mi hijo recién nacido, pensé que traía una especie de amuleto cargado de amor. De hecho, a la mañana siguiente, amaneció con algunos cabellos largos y blancos apretados en su manecita. Su abuelo había venido a conocerlo y eso nos emocionó mucho. También nos trajo la seguridad de que del otro lado había alguien que nos cuidaría, aunque los otros no se marcharan. Sabía que mi suegro vendría a conocerlo igual que supe el momento en que murió cuando estaba en el hospital con su familia. Yo estaba sola en la terraza y la fuente que teníamos se paró, de repente, con un mensaje claro: Se había ido y me lo dijo así. En pocos minutos, me llamaron los suyos desde el hospital para decírmelo.

No era la primera vez que yo percibía o sentía algo “no visible”. Recuerdo aquella noche. No tendría más de siete años. No sé por qué estaba acostada en la vieja cama de mi abuela. Lo que sé es que no estaba dormida cuando sentí que alguien se sentaba sobre mis piernas en plena oscuridad. Como Beatriz en *El Monte de las Ánimas*, me arrebujé en la cama,

aterrorizada, esperando a que se marchara. Nunca lo conté. Ya de adolescente sentí otra presencia junto a mi rostro una noche de madrugada. Estuve mucho tiempo durmiendo con la cabeza prácticamente enterrada en las sábanas.

Luego empezaron a desaparecer pequeñas cosas: un collar, unas llaves... Entonces, una tarde, les hablé, por primera vez, mirando a la nada. Dejé un lápiz de memoria estropeado sobre la mesa del comedor y los reté antes de salir de casa: “Venga, lleváoslo”. Y se lo llevaron. Desde aquel día, acepté que sucedían cosas que no tenían explicación lógica y racional, que algo mágico, y a veces inquietante, existe...

Quizás detrás de lo que yo llamaba intuición había algo más, así que decidí indagar de una manera lúdica. Empecé a experimentar con el tarot, lo que hizo las delicias y las risas de mis amigos. Empezó como un juego, pero más allá de aquellos dibujos cuyos significados atribuidos por otros no me importaban, intuía momentos desagradables para gente que sí me importaba. La última vez que eché las cartas a una amiga, intuía la ruptura de una pareja de amigos especialmente cercana a ella. No tenía mucho mérito porque desde el principio la mayoría creíamos que no tenían futuro. Aquel hombre rubio, maduro, mayor que nuestra amiga, aparecía con una fuerza increíble en la vida de ella y, efectivamente, entró de forma arrolladora. Al cabo de un año, ella apareció echa un manojo de nervios, y llorando, para contármelo sin saber que yo ya lo sabía. El señor de las Corrupias me lo había dicho en la *Porxada*: “A ti, en la Edad Media, te habrían quemado...”

Volvamos a la casa de la que os hablaba. Cuando mi hijo tenía ocho o nueve meses, temía el momento de entrar con el coche. El niño asomaba la cabecita y, con la mirada perdida en aquella oscura escalera, sonreía y saludaba a alguien que yo intuía y, sin embargo, no podía ver. En ocasiones, cuando me quedaba sola, desde otras estancias oía la música del móvil de la cuna del niño. Y un día me escuché decir a mí misma con mi hijo en brazos: “No tengo miedo, ésta también es ahora nuestra casa”.

Los meses pasaban tan lentamente entonces... Una tarde en que mi pequeño jugaba con un piano de colores y ya sabía hablar me dijo: “Mama, la iaia en pijama em pica a les mans”. Una indignación cargada de rabia e impotencia me hizo vociferarles en voz alta, como una loca que habla con sus propios fantasmas, que no se atrevieran a molestar a mi hijo.

Afortunadamente, también lo venía a ver su abuelo y el niño nos lo comunicaba con toda naturalidad, aunque solo lo había visto en las fotos que le mostrábamos. ¿Qué te dice el avi? ¡Qué pasa tío! decía imitando la ronca voz de un abuelo que no lo vio nacer...

Antes de que mi hijo cumpliera tres años, decidimos dejarla. Allí había mucha gente viviendo sin contribuir con el alquiler. Encontré un ático amplio, luminoso, “ideal familias” que dirían en las inmobiliarias y yo añadiría “que huyen de fantasmas...”

La mudanza fue una auténtica locura; como todas, claro, pero con espíritus contradictorios porque, entonces, intuí que no querían que nos marchásemos. Se dieron cuenta demasiado tarde: los dejamos solos y, en definitiva, sin la alegría que era el niño en aquella vieja casa.

Estaba recogiendo los últimos libros del proyecto de biblioteca que fue una de aquellas oscuras habitaciones. Bajé algunas cajas al coche. Cuando volví a entrar, me quedé en el quicio de la puerta, sin aliento, con la mirada fija en el suelo: en medio de la habitación había un Cd, el de El barrio que tanto le gustaba a mi suegro. “Sí, Paco, nos vamos y hay que celebrarlo”. Acabé de recoger escuchando aquella música alegre, fresca, a todo volumen y con la ilusión de saber que no éramos los únicos felices de abandonar aquella casa. Las últimas cajas las recogió mi pareja mientras yo ya colocaba otras en el nuevo piso. Su despedida de la casa nada tuvo que ver con el festival cómplice que yo tuve con mi suegro. En una tarde calurosa en la que no corría la más mínima brisa, se encontró con todo un *poltergeist* de puertas que se cerraban atronadoramente una y otra vez. Salió con el cabello erizado y llegó a casa con el rostro demudado por aquella despedida cargada de ira. Tras relatarme tan sorprendente episodio, sentí verdadera pena por ellos: eran unos seres tristes, atormentados... Intuía que no habían sido muy felices en vida y, después, tampoco habían conseguido paz.

Llevábamos solo unos días en el ático cuando el niño nos dijo una mañana: “El avi està a la porta”. “Díga-li que passi, aquí també és benvingut”. “No vol, diu que se’n va”.

Después de aquello, durante años relegué a un rinconcito de mí, a una especie de desván de lo inefable, todo lo que no pudiera percibir con los cinco sentidos. Pero es absurdo renunciar a una misma, porque si reniegas de una parte de ti, aceptada o no por los demás (eso no importa), te pierdes en una senda que no es la tuya. Este verano volvió a dibujarse ante mí el

sendero de lo mágico. Ya no digo inexplicable porque me he dado cuenta de que eso solo depende del tipo de persona que seas... que quizá ya había sido, soy y seré...

Fui a ver a mi suegra al hospital y cuando hice ademán de abrir la puerta de su habitación, la encontré cerrada. Pensé que estarían atendiendo a alguna de las dos pacientes. Esperé unos segundos, pero al otro lado no se oía nada, así que volví a intentar abrir, esta vez, con más ímpetu. Nada. El pasillo estaba desierto. Sentía inquietud, pero no me atrevía a llamar a la puerta. Deshice el pasillo en busca de alguien del personal. Encontré a una enfermera a la que pregunté si estaban atendiendo a alguna de las dos pacientes de la habitación porque la puerta estaba cerrada. “Imposible, las puertas de las habitaciones no tienen pestillo”, contestó. Corrí precipitadamente con un mal presentimiento hacia la habitación y ella me siguió imaginando no sé qué... Cuando llegué, tiré de la maneta y la puerta se abrió con toda facilidad. La enfermera me miró con cierta cautela en la mirada y prorrumpió en una risa nerviosa. Yo solo pude decir: “Misterios de la vida”. Encontré a mi suegra con apariencia de ir a desvanecerse de un momento a otro. No era la misma. Por encima de todo, me perturbó su mirada...

Por la noche llamé a mi amigo y se lo conté. “Eres como un escudo protector, por eso no te dejaban entrar”. “¿Quiénes?”, pregunté con un nudo en la garganta. “Los que se la quieren llevar”. Contestó con una obviedad que me dejó sin palabras. “La mirada que viste tú ya sabes lo que es”, añadió.

Era ella quien debía decidir cuándo marchar, así pues, le pedí que me explicara qué podía hacer si es que estaba en mis manos ayudarla.

Al día siguiente, me encontré en una floristería pidiendo una planta de ruda y otra de salvia blanca. La dependienta me llevó ante dos variedades de salvia y comentó que no sabía cuál era. Entonces, ante mi propia perplejidad, declaré: “Es ésa”. No sé por qué supe cuál era. De camino a casa me imaginé que quizá en otro tiempo, en otra vida, yo había utilizado esa planta y sonreí divertida ante esa ocurrencia tan descabellada...

Lo más divertido fue el momento de preparar los brebajes. Puse las hierbas en la licuadora con los ingredientes que me había indicado mi amigo; sin embargo, tuve la necesidad de sacarlos, meterlos en un mortero de madera y majarlos yo misma. Elaboré una especie de perfume con el que refresqué mi propio pecho y el de mi suegra. Funcionó, la mirada de mi

suegra cambió.

Unos días después fui a la protectora a buscar una gata negra, un ser maravilloso, y la mejor compañera para ahuyentar malos rollos. Me pregunto si habrá cursos de formación para las novatas... A falta de escoba al uso de antaño, ¿qué tal si me presentase subida en mi rumba?

Servidor Maestro. Capítulo 5

Alcorta, Agustín C.

Ubicación desconocida

El universo era él, y él era el universo. Uno no podía ser tal sin el otro. Fabián manejaba un poder sin límites, el poder que le daba ser el Servidor Maestro. No podía parar de crear, pensar, planear.

El Servidor, recluso en una enorme villa de estilo romano protegida de la vista de los demás por una barrera que permitía ver el edificio, pero no lo que pasaba adentro, siguió desarrollando y programando el Sistema. Los parches y actualizaciones se sucedían con un frenesí imparable.

Pero muy pronto el peso de todo el desarrollo fue demasiado para ocuparse él solo, y al mismo tiempo tener una vida dentro del nuevo plano. Con el fin de ser asistido en tareas administrativas, creó una empresa de diseño general que existiría únicamente en el universo virtual. La primera de su tipo; otro hito para la humanidad, se dijo.

Lanzó una campaña de contratación adentro y afuera del Sistema. A diferencia de las empresas creadas por los usuarios, los trabajos serían remunerados en moneda real, en el mundo real, pero los empleados solo trabajarían en el virtual.

Se crearon ministerios públicos para regular la vida dentro del Sistema. Las penalizaciones no tendrían, en principio, implicancias en el mundo exterior y se limitarían a recortes en los abonos, inhibición de bienes virtuales, o bloqueos temporarios o permanentes de cuentas y personas. Aunque este último punto era lo menos común ya que sí era plausible que generase otras complicaciones de tipo social en la vida fuera del Sistema.

Si la primera versión del Sistema de Simulación Virtual había sido un éxito, la nueva realmente cambió el futuro de una manera inimaginable hasta para Fabián mismo. Gracias a la colaboración con Luz, pudieron desarrollar implantes inalámbricos subcutáneos,

subcraneales y para las córneas, mucho más chicos que los primeros usados por él mismo y los chimpancés de los experimentos iniciales. Además, se cargaban por un conector detrás de la oreja. Eso hacía invisible el conjunto. Avance que permitió aumentar de manera exponencial, y en muy poco tiempo, la cantidad de nuevos usuarios registrados.

Fabián trabajó sin descanso, y en apenas tres años creó una copia fiel y exacta del universo conocido. Estableció un sistema de pagos, como en cualquier otro juego en línea, para que los usuarios pudiesen desarrollarse, comprar naves y explorar el espacio o simplemente una casa o un planeta. Les dio la posibilidad fundar colonias extraterrestres y la libertad de crear empresas y negocios. Todo pagando los debidos impuestos a *Soltar*. El gobierno universal que administraría los fondos sería él, Fabián Moras. O Servidor Maestro, como se lo rotularía desde ahí en adelante para todo efecto.

No se acordaba de cuándo dejó de tener contacto con la población del Sistema para dedicarse únicamente al desarrollo de este universo. Vivía más tiempo creando estrellas y planetas, considerando los últimos avances astronómicos, que en el núcleo de su creación junto a la mayoría de sus habitantes. Seguía viendo a Luz, pero cada vez menos, porque también ella significaba una distracción. Con el tiempo empezó a ignorarla.

Incluso convertirse en un ermitaño dejó de alcanzarle, por eso creó un segundo universo al que podía acceder desde el planeta más alejado del primero. Ahí podía sentir el vacío negro del espacio más que en ningún otro lado. Un universo donde disfrutaba de caminar por los mundos, en soledad. Ajeno a las leyes de la física, visitaba planetas gaseosos, con atmosferas irrespirables o superficies volcánicas. Pasó meses deambulando por el nuevo universo, pero todavía sentía estar demasiado cerca del anterior.

Necesitaba tiempo. Mandó un mensaje a la casilla de correo de Luz, donde le comunicaba que se iría por unas temporadas y que ella quedaba a cargo de la programación general. Le iba a habilitar las credenciales para que pudiese trabajar tranquila, con el debido control de los ministerios públicos, que eran básicamente una costilla de él.

Está bien, le respondió Luz. Y aclaró que antes necesitaba verlo. Es mi condición, excluyente para aceptar el cargo, leyó él.

Fabián se tomó dos semanas para contestarle, en ese tiempo creó un tercer universo.

Redactó el mensaje:

Entiendo. Te voy a transportar a donde estoy, ni bien te conectes.

Y se lo envió.

Luz clickeó el link enviado por Fabián, y unos segundos después se encontró flotando en medio de un espacio con las estrellas de fondo en todas direcciones. Por un buen rato no pensó en nada. La conmovió tanto silencio, tal sensación de calma. Fabián apareció frente a ella después de una explosión de luz similar a la de la aurora boreal.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Luz con un gesto de sincera preocupación—. Ya va a ser un año desde la última vez que alguien te vio.

Fabián flotó hasta acercarse más.

—En principio no puedo desaparecer, pero entiendo tu pregunta —dijo. Luz se cruzó de brazos, pero lo dejó seguir—. Lo que te puedo decir es que era demasiada información la que me llegaba. Todo el tiempo, sin parar. Abrumador. Incluso para alguien... ¿puedo decir que soy alguien todavía? —Se quedó callado—. En fin, para alguien como yo. Necesitaba tiempo, Luz. Tiempo para procesar todo. Y las cosas siguen funcionando tan bien como antes, ¿o no?

Luz dudó, después asintió poco convencida.

—Sí, igual eso no te habilita a que todos tengan que preguntarse dónde estás y por qué no das más señales de vida. Puede generar pánico y, no sé, que los usuarios por miedo dejen de conectarse. No sé.

—Eso no va a pasar: el sistema ya trasciende a mi imagen, no hay ningún peligro de que se genere caos.

—Sos la base de todo esto, Fabián, sos importante. Irreemplazable. Vos y lo que representás.

Fabián le extendió la mano.

—Vení, vamos a dar una vuelta.

Viajaron por el Sistema Solar hasta tener la Tierra a plena vista.

—No digo que yo no sea importante. Lo que quiero decir es que lo básico y necesario ya está dado, y no hay vuelta atrás en ese aspecto. Que yo esté presente o no es anecdótico. El Sistema sólo necesita dos cosas: energía y datos, los dos pilares fundamentales que nos permiten tener orden y después estructura. Pero ahora sigamos viajando.

La conversación continuó girando alrededor de la falta de presencia de Fabián en la civilización virtual, hasta que él dejó de prestar atención.

—Fabián, contestame.

—Perdón, dejémoslo acá. Por ahora. Cualquier cosa que sea importante, yo te contacto. Pero quiero que transmitas tranquilidad a la población. Cuando sea tiempo, voy a volver.

Por unos meses la vida en el plano virtual casi se detuvo por completo. La curva de nuevos usuarios bajó a un diez por ciento del caudal al que la empresa estaba ya acostumbrada. La expansión espacial, apadrinada por las empresas más poderosas de ambos planos, se suspendió casi en su totalidad. Nadie quería arriesgar capital económico, habiendo riesgo de colapso. Los inversores que habían soportado la incertidumbre del nuevo Sistema en sus inicios y ahora eran terratenientes significativos del plano virtual amenazaban con apropiarse de todo lo que fuera propiedad de *Soltar* en ambos planos de la realidad. Aunque los usuarios de menor importancia en los aspectos político—económicos del Sistema no tenían esa opción, sólo podían suspender sus cuentas o dejar de pagar sus abonos y tratar de perder lo menos posible de lo invertido.

Los valores de todos los bienes comerciables perdieron valor de manera inmediata. Surgieron nuevos poderosos, además de los que incrementaron todavía más su patrimonio virtual, y muchos perdieron casi todo lo ganado en esa segunda vida.

A pesar de la incertidumbre reinante, los rumores que Luz hizo correr sobre la reaparición del Servidor Maestro fueron dándole fe a quienes creían que, de volver, el creador les devolvería lo perdido injustamente.

Con los años el culto al Servidor creció hasta convertirse en una religión.

Finalmente, el Sistema sobrevivió a la desaparición de su creador, y al mismo tiempo liberó cierta limitación en la conducta general de los usuarios. Las agresiones al Culto se tornaron tan violentas y desenfrenadas que Luz blindó a todos los usuarios que profesaran la religión adentro del Sistema, protegiendo sus bienes y cuentas, a los que no hubieran respondido a las agresiones con más violencia. La paz en el centro del poder se garantizó con mucha dificultad después de décadas de luchas y caza de devotos.

A Luz no le quedaba mucho tiempo, treinta años de negociaciones y pujas de poder le drenaron la energía vital. Estaba decidida, se iba a tomar una licencia hasta que Fabián apareciera, o hasta que ella se muriera de una vez por todas. Hizo todos los arreglos necesarios y le mandó un último mensaje a Fabián, despidiéndose.

Quizás en el mundo real se viera vieja y el cuerpo le pasara la factura de todo lo vivido. Pero había algo que no tenía precio: le podía sentir el gusto a la comida, a las bebidas frescas en una tarde de pileta a los pies de la cordillera o a una buena cena seguida de sexo jugoso y agotador. El sistema no brindaba esa posibilidad.

El retiro le dio casi diez años extra de vida plena, hasta que recibió un llamado que casi la hizo caer sobre la parrilla donde su pareja cocinaba un asado.

—Esperame un segundito, amor —dijo levantando un dedo y alejándose unos metros—. Sí, soy la Directora General, diga.

—Señora, un gust...

—Al grano, hombre, dígame qué pasa.

—Señora —insistió el hombre—. La necesitamos urgente en el Sistema, hay una emergencia.

—Estoy retirada, intente con el Servidor Maestro o con el presidente del directorio.

—El Presidente está al tanto. Pero se requieren sus credenciales, Directora.

Luz sabía que si no iba por su propia voluntad la iban a ir a buscar hasta la Luna

misma si hacía falta. Y sin credenciales, no había posibilidad de accionar las órdenes más críticas.

—La concha bien de las credenciales. En dos horas estoy en Buenos Aires. Tengan preparado un helicóptero.

—Bien, señora, buen viaje —contestó la voz y colgó la llamada.

—Buen viaje mis tetas.

Llamó a sus asistentes y les ordenó que se sincronizaran con *Soltar* para recibir una introducción al estado de la alerta.

De sus setenta y cinco años, Luz había pasado treinta al servicio de *Soltar* y sólo diez, los últimos, descansando. Pero las locuras que la llevaron a ella y a Fabián a una posición privilegiada a nivel global ocuparon incluso más tiempo que ese, porque a Fabián lo conocía desde la facultad, y ya desde aquel momento él la volvió loca con sus ideas revolucionarias. Ahora se preguntaba qué hubiera pasado de no haber aceptado, en aquel entonces, ese primer trabajo que definió toda su existencia.

Luz apagó la interfaz de realidad aumentada que le mostraba los datos de la situación en el Sistema, y el manto de nubes que pasaba muy lento por debajo del avión le puso la mente en blanco. Ya no quería acordarse ni de Fabián ni del Sistema ni de *Soltar*, quería estar al final de la crisis y regresar a su casa en la Patagonia y no volver a pensar en nada.

Llegó a Buenos Aires con la caída del sol. Antes de que el avión apagase las turbinas en la plataforma, vio el helicóptero de la empresa con el motor encendido. No habría pausa. Suspiró y se desabrochó el cinturón.

—Señora —dijo el presidente Thomas, extendiéndole la mano—, la aeronave está lista.

—Paren de decirme señora, por favor, soy Luz Valdés.

—La situación es crítica —siguió Thomas sin corregirse—: las naves se acercan a Marte y en una hora estarán sobre la Tierra.

Luz se paró frente al helicóptero. El ruido de los rotores la obligó a subir el tono de la voz.

—Estoy al tanto de todo, Presidente. Lo que no entiendo es cómo llegamos a esto ni por qué esperaron hasta ahora para activar el protocolo de emergencia. Que quede claro que después de esto va a haber cambios.

Thomas abrió la puerta de la aeronave y, sin decir otra palabra, ayudó a Luz a subir.

El helipuerto del edificio Soltar estaba repleto de hombres y mujeres, que cuando el piloto apagó el motor se acercaron y esperaron a que bajaran Luz y el presidente. Inmediatamente describieron el estado de situación.

—Ya está todo listo —escuchó Luz que le decían a Thomas, mientras lo rodeaban—. Tenemos poco tiempo.

Thomas se giró para mirarla.

—Luz, tiene que conectarse ahora. La situación empeoró. Preparamos una estación especial en el último piso. En el Sistema levantamos un puesto de monitoreo.

Entraron en una habitación con dos sillones uno frente al otro, donde Thomas y ella debían conectarse. Un asistente le acercó a Luz una caja con un cargador para su implante, y treinta segundos después ya se había conectado.

La interfaz desplegó una puerta con la leyenda: cuarto de control. Entraron. Un ejército de hombres y mujeres sentados frente a pantallas daba órdenes a las fuerzas del Gobierno. Thomas se acercó hasta ella vestido de general.

—En cuarenta minutos la flota enemiga va a llegar hasta la Tierra. Y en cinco minutos los vamos a tener en rango de tiro de los misiles de pulso electromagnético.

Luz abrió una holopantalla.

—Quiero un canal de comunicación con las naves de los accionistas.

Thomas le hizo un gesto a uno de sus subordinados.

—Llame a su nave insignia. ¡Ya!

—¿Activaron sus sistemas de armas?

—No, Directora, de momento no se registran incidentes.

—Mantenga a todos replegados. No quiero que se le escape un tiro a nadie, o perdemos la guerra antes de que empiece. ¿Soy clara?

—Entendido, las órdenes ya fueron despachadas.

—¿Tenemos respuesta?

—Los accionistas están a la espera —dijo una mujer—. Solo falta su orden, Señora.

—Bien —contestó Luz—, póngalos en línea.

Se desplegó una pantalla de más de cinco metros de alto, donde apareció un hombre con uniforme de almirante. Se lo veía relajado, aunque sus ojos mostraban determinación. Cuando amagó a hablar, Luz levantó la mano.

—No lo conozco, almirante. Antes de que me diga nada, quiero dejar constancia de algunas cosas. Creo que esto puede ayudarnos a todos a resolver lo que sea que esté pasando. En primer lugar, tener a una flota de naves ingresando sin aviso al Sistema Solar no infringe ninguna norma seria a los estatutos de conducta del Sistema de Realidad Virtual representado por mí, Luz Valdés. —El hombre la miraba atentamente, sonriendo—. En segundo lugar, si usted o cualquiera de sus naves inicia alguna acción hostil contra el gobierno de Soltar, van a ser definitivamente expulsados de la simulación. Por último: ¿Qué mierda están haciendo?

El hombre se levantó del sillón de capitán y se acomodó el uniforme.

—Estimadísima señora Valdés, es un honor tener la oportunidad de hablar con usted. Hubiese preferido que fuera en otras circunstancias, pero dada la ocasión es igual de oportuno. Represento a la junta de accionistas que posibilitaron la creación de nuestro querido Sistema y su implementación efectiva. Como sabrá, cuarenta años de ausencia del Servidor Maestro resultaron en pérdidas enormes de ganancias e inestabilidad permanente en los mercados en los cuales las empresas de mis jefes participan activamente. Mi misión es reencarrilar a Soltar. Creemos que su Directorio ya no es capaz de guiar el buen futuro de los grupos de accionistas que tanto le han dado para salga adelante.

Luz se pasó la mano por el cuello y lo miró con furia.

—Lo que creo yo, señor...

—Almirante Irizar.

—Original, Almirante. Buena manera de romper el hielo invadiendo el Sistema Solar. —Irizar soltó una risa irónica—. Lo que creo es que los accionistas son la misma mierda ahora que hace cuarenta y tantos años, y que no pudieron contenerse más para asaltar el Sistema. Y que el hecho de que el Servidor Maestro no los haya parado antes les dio valor. Un valor infame, si se me permite, para lograr lo que siempre quisieron... —Respiró y después lo señaló—: Quedarse con Soltar y sus ganancias.

Irizar negó con la cabeza.

—Cuarenta años sin el Servidor Maestro, quién sabe si no se fusionó tanto con el Sistema que ya dejó de existir conscientemente. Y diez años sin ningún gobierno de ningún tipo, señora Valdés. No llegamos hasta acá por casualidad ni por codicia ni por otras cuestiones, vinimos hasta las puertas mismas del Sistema porque queremos intentar salvarlo de la ineptitud de su Directorio, con todo respeto, señor Thomas. Pero no nos enredemos en argumentaciones sin sentido, no tenemos tiempo. Sean realistas y apaguen sus defensas, así hacemos esto de manera ordenada y todos volvemos a nuestras vidas normales lo antes posible. Tienen dos minutos, nada más, nada menos. Irizar fuera.

—Luz —dijo Thomas—, sus órdenes.

—No hay nada que hacer más que defender el núcleo del Sistema con todo lo que tengamos. No abran fuego hasta que ellos disparen. Estén preparados.

Dos minutos después las naves de la flota agresora abrieron fuego. En ese mismo momento un pulso de luz apagó todos los sistemas del puesto de comando. Luz intentó reactivar la energía desde su tablero de control primario, pero no pasó nada.

—Dígame ya qué sucedió, Thomas, por qué no tenemos control.

—Seño... Perdón, Directora —dijo Thomas mirando de un lado al otro del puesto de comando—. No tengo idea, solo perdimos los sistemas, la simulación parece estable. Intentamos volver a poner todo en línea.

—¡Ya, Thomas! ¡Ya!

Segundos después el puesto de comando volvió a la normalidad. Las alarmas dejaron de registrar a la flota invasora. Todos se miraron en silencio.

—Informe la situación —dijo Luz sin sacar la vista de la pantalla gigante—. ¿Dónde está la flota enemiga?

Thomas se arrimó a una de las terminales e hizo un barrido de radar.

—Su ubicación es desconocida. Parece que desaparecieron, Directora. No entiendo...

—No hay nada que entender —dijo Fabián Moras apareciendo en medio de Thomas y Luz. El puesto de comando entró en suspensión total; los presentes quedaron congelados.

—Los mandé a un lugar del que nunca van a poder volver. O por lo menos no en miles de años.

Fabián agarró a Luz de las manos.

—Fabi.

—Ey, no te me vas a desmayar.

—No, no —Luz le acarició la cara a Fabián—. Estoy contenta de verte y al mismo tiempo te quería acogotar. Cuarenta años, Fabián. ¿Dónde estabas cuando el Sistema se venía abajo?

—En realidad todo salió según las probabilidades.

Luz dio dos pasos hacia atrás.

—¿Cómo es eso? No te entiendo. Explicate mejor, te lo pido encarecidamente.

—Tranquila. ¿Te acordás de aquella vez que te corté la charla y desaparecí?

Luz estiró los labios.

—¿Cómo me voy a olvidar de eso? Si me dejaste flotando sola en el espacio.

—Bueno, en ese momento empezó todo. Los accionistas crearon un usuario nuevo desde un implante recién instalado. Inmediatamente empezaron a transferirle créditos a la cuenta de forma regular e ininterrumpida hasta hace pocos meses. En estos años, con esa plata, crearon

negocios, astilleros, minas y toda clase de empresas para multiplicar sus ingresos. Y al mismo tiempo, y para no levantar sospechas, los ingresos de Soltar. Los accionistas lanzaron naves a distintos puntos del universo, siempre con motivos válidos, de acuerdo a las necesidades creadas por ellos y que estaban en sintonía con los intereses de nuestro Directorio. Naves que muchísimo tiempo después se aglomeraron en un sistema estelar muy lejano, y que hoy viste acá tratando de hacernos explotar. Soltar no tenía motivos para pensar en ningún tipo de maniobra fraudulenta, los inversores siempre fueron molestos, pero también siempre se mostraron leales a nuestro control sobre el Sistema. Hasta hoy. En fin, a los pocos años de mi aparente desaparición empezaron con esto.

—Bastante burda la maniobra, si se me permite.

—No sé qué pensaron, pero puedo entenderlos. Ni Soltar ni ellos podían saber si me había pasado algo. Después de todo el Servidor Maestro soy yo, y soy el único que sabe todo lo que pasa acá adentro. Fue muy fácil calcular los resultados a partir de lo que te acabo de contar. Y gracias a esos cálculos, la deducción de cómo proceder se resolvió sola.

—No me gusta adonde estás yendo, porque si sabías lo que iba a pasar y no hiciste nada en cuarenta años, sos un hijo de puta. ¿Tenés idea de todo el daño que hiciste?

—Luz, no había otra manera, creeme. Si hubiera intercedido antes, el proceso judicial que se armaría se hubiera extendido no por cuarenta años, si no por noventa o más. Y las consecuencias sobre el Sistema y Soltar hubieran sido desastrosas.

—Explicate mejor y rápido, porque salgo de acá y no me ves más. Dale.

—Sí. Un proceso judicial afuera, en el mundo real, nos hubiera llevado a la quiebra. Y las pruebas que pudiéramos presentar siempre iban a ser totalmente circunstanciales e improbables. Después de todo, ellos llevaban a cabo emprendimientos legales y de acuerdo a las normas de la simulación. Pero, y esto es lo bueno de que nadie entienda nada de lo que soy: yo soy todo acá adentro, no solo un recipiente que contiene la simulación. Nada pasa sin mi conocimiento. Entonces, ellos siempre actuaron realmente en beneficio del Sistema y de Soltar, solo que pensaron que lo hacían en el suyo.

—Entiendo, pero resolvé, por favor.

—Okey. En orden de asegurar lo mejor para el Sistema, tuve que dejarlos actuar tranquilos. Como te digo, ellos no sabían de lo que soy capaz, y soy capaz de cualquier cosa. Nunca iban a lograr hacernos ningún daño real. Pero yo necesitaba que dieran este último paso, esta agresión a nuestra empresa y al Sistema. Ahora, allá afuera, los tenemos bien agarrados, porque atentaron contra sus propios intereses tratando de expulsar al directorio legítimo de Soltar de manera ilegal y hostil. En definitiva, nos vamos a quedar con todas las empresas de los accionistas involucrados, y fin de la historia. Nadie más se va a poder meter con nosotros después de esto. Nada ni nadie.

—Bueno, bien por el Directorio. A mí no me queda mucho tiempo ni en este ni en el otro plano, Fabián, así que...

—Sí —la interrumpió Fabián—, está eso también.

Luz se cruzó de brazos.

—No me digas que también sabías eso. —Le apoyó el dedo índice en el pecho, haciendo fuerza y empujándolo—. Y fuiste incapaz de volver y por lo menos hablar conmigo, darme un poco de contención, o no sé, algo. —Se dio vuelta y empezó a caminar hacia la salida—. Yo me voy a la mierda, Fabián, mejor morirme en paz antes de quedarme acá encerrada hasta morirme con una cosa como vos.

—Pará, no te vayas. Déjame explicarte —la alcanzó y la rodeó hasta quedar frente a frente—. Imaginarás que tengo acceso a todos los estudios médicos que se realicen empleados y directivos de Soltar. El Alzheimer es una enfermedad que no se puede frenar mucho tiempo, Luz. Pero tenemos otra opción, sabés que podés salvar tu mente.

—Fabián, en unos años, meses quizás, mi cerebro se va a pudrir y me voy a apagar, incluso estando acá adentro definitivamente. En cuanto el tejido muerto alcance los conectores, ya está, me voy para siempre.

—Entiendo tu preocupación, pero yo no estuve cuarenta años sin hacer nada. Investigué y progresé mucho: sé que podemos separarnos de nuestros cuerpos. Nada más necesito que me des tu autorización, y antes de mañana los dos podemos salvar nuestras consciencias para siempre. Sigamos cambiando el mundo, Luz.

Luz bajó la vista.

—¿Eso no mataría al alma?

—Sentimientos, Luz. Dolor. Angustia. Felicidad. ¿Qué son los sentimientos comparados con una vida eterna, con la posibilidad de no perder absolutamente ningún lazo familiar ni amistades? Podrías seguir trabajando o tomandote unas vacaciones de cuarenta años en cualquier lugar del universo. Seguirías siendo capaz de distinguir lo bueno de lo malo, pero de otra manera... —Fabián sonrió—. Digamos, de una manera más pragmática. Es todo eso, o morirte. Y quién te dice que realmente hay algo del otro lado. Acá vas a estar segura para siempre. Segura de todo y de todos. ¿Qué me decís?

Luz se paró y apoyó las manos sobre una terminal, bajó la cabeza y después la levantó para mirar a Fabián.

—Que tengo poco tiempo y mucho miedo, y que sabés que siempre voy a confiar en vos.

—Pero...

—No, no hay peros, sólo eso: miedo.

—Miedo es algo que podés dejar de sentir mañana mismo.

En tiempos de Mitsivaluvier

Signes Urrea, Carmen Rosa

*A menudo se echa en cara a la juventud el creer
que el mundo comienza con ella. Ciertamente,
pero la vejez cree aún más a menudo que
el mundo acaba con ella. ¿Qué es peor?*

Christian Friedrich Hebbel (1813-1863)

Mitsivaluvier siempre nos recordaba lo desgraciados que éramos al vivir estos tiempos. Después de su paseo diario en el que con lentitud recorría la nave que le vio nacer y hacerse soldado, no podía regresar a su habitáculo sin referirse a nosotros de un modo despectivo y paternal que rallaba el sarcasmo.

—Y vosotros creéis que sois únicos. En mis tiempos...

Con rigor poco científico intentaba hacernos creer que cualquier tiempo pasado había sido mejor, a la vez que afirmaba que de nada servían los avances técnicos conseguidos después de que él fuera nombrado cadete y que también desconocíamos cuales debían ser las verdaderas virtudes de un guerrero espacial curtido a base de esfuerzo, experiencia y con los mejores maestros.

Sus ojos reflejaban una luz diferente que despertó en mí la curiosidad ante la perentoria de aquella vida concluyente.

Mitsivaluvier solía situarse sobre un mullido asiento en la cubierta de plata del club de oficiales, alternando su contemplación entre un mapa estelar y el mirador, mientras señalaba en el firmamento con el dedo los fenómenos que atisbaba y de los que se sentía tremendamente orgullo al asegurar que él había sido el primero en verlos, en conquistarlos.

He de confesar que de vez en cuando me solía acercar para escuchar los relatos con

los que salpicaba las horas de descanso sin orden de ningún tipo. Apreciaba aquellas historias que hablaban de conquistas, imperios, luchas, batallas. Porque Mitsivaluvier se había perpetuado el puesto por méritos propios, no sólo por la labor cumplida durante más de ochenta años de fiel entrega, sino porque se le debía en conciencia desde el día en el que perdiera la vida por culpa de la perrería de unos muchachos cansados de su forma de ser.

Cuando Mitsivaluvier dejó de señalar la constelación del espejo, imaginé que le preguntaba de nuevo por la vez en la que él la pisó por vez primera antes de que el holograma comenzara con el bucle de programación que narraba esa parte de su vida.

La puerta roja tras la valla verde

Barragán, Eugenio

Despierta con el monótono zumbido que emana de las paredes. A pesar de haber programado la melodía más alegre, se siente alterado. Levanta la cabeza de la almohada y arrastra la colcha a un lado. La suave luz rasga la penumbra del cubículo de descanso. Hay restos de mañana entre las nubes que reflejan los paneles. En el techo, las lunas de Io, Europa y Calisto forman un triángulo armónico. En el panel lateral, unos aparatos metálicos cantan acompasadamente sobre las ramas simétricas de los árboles; otros, extienden las membranas articuladas para planear en el aire claro del jardín. Desde hace tiempo, dejaron de entretenerle, ni siquiera puede referir el nombre de los animales que se mueven incansables, arriba y abajo.

Abre el cajón de la mesita adosado a la pared. Examina los sobres que ordena por color. Una amalgama de grises, amarillos, rojos y azules. Escoge uno al azar, de pequeño tamaño, y mordisquea la pastilla. Enseguida se sacia y deja una porción para más tarde; el resto se deshace en la boca. No le sabe a nada. Ladea la cabeza y se distrae con las imágenes que muestra el plafón. Dobla el envoltorio con un movimiento automático e impredecible. La mente habla en ese lenguaje que el cuerpo no comprende. Apoya el papel, con el lado del revés hacia abajo y duda con el siguiente movimiento. Durante unos segundos, desvía la mirada hacia los aparatos metálicos y vuelve a plegarlo.

Permanece inmóvil ante la sucesión de imágenes. Las rejillas de los paneles cambian de dirección. El aire, más frío de lo habitual, golpea su cara para refrescar la piel y evitar la proliferación de bacterias. Ladea la cabeza para contemplar la figura que acaba de crear: una sencilla curva de cincuenta y ocho grados, y la coloca junto al resto de envoltorios. Ni siquiera admira la composición del rostro de mujer, que ha recreado en el tiempo libre del que dispone. La única cosa que puede controlar, es el desorden. Podría comenzar otra figura, pero prefiere perfeccionar la que compone. Más tarde o más temprano, podrá ejecutar los planes que repasa mentalmente antes de dormir. Solo piensa en poner el modo noche en la habitación y tomarse un día libre, o mejor un par. No recuerda si puede disponer de alguno. Sus lagunas de

memoria son cada vez más frecuentes. Podría consultar la agenda, pero prefiere no cambiar de postura. Ya debería haber regresado de las Salas de Canto Redentor, pero considera que el culto al Monumento, es tan agotador como inútil.

Entrecierra los párpados. Percibe el agradable calor que desprende el plafón. No recuerda haber soñado nada. Da igual que coma, su cerebro no habrá asimilado el alimento de la jornada anterior. La pereza le invade. Las obligaciones rondan su cabeza: asearse en la ducha de vapor, hidratar la piel con alguna loción y vestirse. Ya ha amanecido en el jardín. Debería estar preparado para iniciar la jornada laboral.

—Eron, solo faltan 30 minutos para que comience su jornada laboral —escucha, como si fuera un susurro, a través de los altavoces de la esquina superior. Cierra los ojos como única respuesta y recuesta la cabeza sobre la almohada.

—Solo faltan 29 minutos —notifica la voz en un umbral que estimula lentamente las ondas beta y neutraliza las ondas alfa del cerebro. Eron sale de la somnolencia y se apoya sobre la pared. No siente las fuerzas que, supuestamente, ha recobrado con el desayuno.

—Solo faltan 27 minutos —anuncia la voz. Eron parpadea pesadamente. Los diferentes sensores han escaneado la temperatura del cuerpo y no han encontrado ninguna anomalía. Por lo tanto, no le arrullara con algún canto melódico para que pueda sumergirse en un sueño reparador.

—Eron, solo faltan 26 minutos —El tono de la voz cambia y se vuelve más grave—. Es el último aviso.

Con el siguiente, los sensores de la cama emitirán pequeñas descargas eléctricas, hasta que el obrero de la Colmena se levante. Apura hasta el último momento, sentado sobre el duro colchón. El plafón delantero se transforma en una superficie reflectante. Examina con cuidado su cuerpo desnudo delante del espejo. La minúscula impureza del muslo ha aumentado de tamaño, a pesar de todo, su piel se muestra lozana. Desde hace tiempo, se salta las revisiones rutinarias. Seguirá así hasta que pueda iniciar sus planes. No le importa el deterioro físico.

Acerca la palma de la mano al plafón. La retransmisión procedente de la planta superior se congela. Los aparatos cesan de cantar y la puerta del armario se desliza suavemente.

Coge el uniforme, se sienta sobre la cama y se viste con parsimonia. No puede doblar la rodilla. Las dificultades son mayores, no puede coordinar correctamente los movimientos de los brazos para abrocharse el uniforme. Cierra los párpados, se concentra y anula el dolor de la extremidad.

Empuja la puerta de la habitación y avanza en la penumbra del pasillo. Las luces se encienden en cuanto los sensores detectan su lento movimiento. A unos metros, se detiene delante de una puerta. Un cartel luminoso anuncia: Fuera de servicio. «Ayer no estaba», acierta a pensar sin moverse de la zona. Otros obreros salen de su habitáculo y le sortean. Eron prosigue inmóvil, como un escollo imposible de arrastrar. Las cámaras de las paredes detectan la interferencia en el sector de la planta treinta y dos.

—¿Algún tipo de mal funcionamiento, Eron? —pregunta una voz que emana de los altavoces. Eron prosigue la lenta marcha sin responder. No desea malgastar energía y tampoco sabe qué le ha pasado. Algunas veces, su mente se colapsa por pequeñas alteraciones en el entorno habitual.

Gira por un pasillo numerado y se une a otros obreros. Eron destaca entre el resto por ser más alto, su cabeza casi roza el bajo techo. Su piel morena contrasta con la lechosa de los compañeros. El uniforme es el mismo, como el resto de los que conviven en la misma planta. Todos caminan con el mismo paso lánguido y las caras inanes. Otras personas se incorporan a la riada de gente. Solo se percibe el bisbiseo del calzado sobre el suelo. Los pasillos se abarrotan y los pasos se enlentecen aún más. Los pequeños grupos atraviesan otro entramado hasta que arriban a la plataforma circular. A un lado, la puerta azul; al otro, una fila de ascensores. Los paneles luminosos de las paredes resaltan los nombres de los obreros más productivos, durante la última jornada laboral.

La puerta azul se abre. Eron escucha el bullicio que procede de los Jardines de Ocio. Más ruidoso que otras jornadas. Es el día del homenaje al Monumento. Cuentan las crónicas de su civilización, que una nave se posó sobre la helada superficie del planeta. Los tripulantes poblaron el subsuelo y diseñaron el complejo. Cuentan que un día no muy lejano, cuando la Colmena obtenga los recursos necesarios, partirán a otro planeta más cálido y fértil. El planeta que reseñan las digitalizaciones más antiguas y que todos los habitantes confían en su advenimiento. El pensamiento se difumina. A través de las paredes, percibe el estridente sonido

del metal chocando entre sí. Proviene de las tuberías que proveen de material a las Salas de Reciclaje y que una vez conoció tan bien.

—Obreros de la Colmena, disfruten de la jornada laboral —saluda una voz al grupo y emite unos sonidos bajo el umbral auditivo. Las neuronas del córtex cerebral se excitarán para alcanzar el mínimo de producción. Eron no contesta, se mete en la plataforma junto al resto de obreros. Cada uno de ellos se detiene sobre el punto de la cuadrícula que tiene asignado. Ninguno se atreve a romper la distancia reglamentaria de cuarenta centímetros, y se agarran a unos asideros anclados al suelo. El resto de obreros busca alguna plaza libre en los demás ascensores que se detienen en la planta.

La puerta se cierra con un zumbido. El ascensor arranca súbitamente. Las cien primeras plantas son las más rápidas, tres minutos de monótono descenso. Los dígitos del panel numérico se encienden y apagan rápidamente, pero pasa inadvertido al grupo. Algunos obreros se sienten inseguros, sin que nada les parametrica, y parpadean compulsivamente.

—Obreros, entramos en la zona de producción de energía —anuncia la voz en un tono tranquilizador. La velocidad aminora, la cabina se mece de un lado a otro, casi imperceptiblemente. Eron no siente el falso vértigo en su cuerpo, aunque prosigue con el intenso parpadeo. Un panel se abre y coge una máscara de oxígeno del interior del cajón. Los puntos que centellean sobre los globos oculares se desvanecen. El brazo izquierdo le tiembla.

El grupo escucha el rumor de las corrientes de agua. Solo son treinta plantas. Algunas piedras rebotan sobre la protección metálica del ascensor. Perciben el sonido de las turbinas hidráulicas que nutren de energía a las centrales. «Solo será un momento», piensa. El ascensor acelera. Los pasajeros soportan la presión contra la plataforma. Cuando se acercan a su destino, colocan la mascarilla en el cajón. La puerta se abre y los obreros, con su uniforme ocre y oscuro, se mezcla con otros más claros, según el rango de trabajo designado por el ordenador central de la Colmena.

Eron entra por la puerta asignada y recorre el pasillo que conduce a la recepción de asignación de tareas. El rumor de los altavoces irrumpe en su cabeza como si fuese una letanía. Un murmullo al que, desde hace tiempo, ni siquiera atiende. Nadie rompe la fila, todos guardan la distancia de cincuenta centímetros que marcan las líneas del suelo. Una cálida voz le saluda

en cuanto llega a la mesa. Eron no contesta, ni siquiera intenta pensar, solo es un gasto energético inútil, un eslabón más de la larga cadena que constriñe su mente.

El brazo articulado se mueve arriba y abajo, se balancea de derecha a izquierda y asigna las tareas al grupo de obreros que forma la fila. Eron alza la cabeza. El brazo recorre una zona familiar de las estanterías y selecciona una lámina transparente. Eron reconoce los símbolos y antes de que la deposite sobre el mostrador, se adelanta con un paso vacilante, pero firme, y la recoge ante la perplejidad de su compañero. Una sonrisa aflora sobre su rostro inane. Al contrario que otros días, camina con paso decidido por la gran Sala de Recepción. Cojea ostensiblemente y aminora la marcha. Algún supervisor podría informar a la unidad médica y no desea dañar aún más la articulación. Llegó el momento de iniciar su plan.

La puerta del cubículo se activa y las luces del interior parpadean con un silbido. Traspasa el umbral y se sienta sobre la cómoda silla ergonómica. La consola espera confirmación. Un haz de luz procedente de la parte superior de la pantalla, barre la cabeza de Eron e identifica el número de serie grabado en la sien.

—Bienvenido a su trabajo, operador Eron —La rutinaria locución alarga la frase y llama su atención, pero enseguida recupera el tono normal y prosigue con los preparativos—: Acomodando su entorno de trabajo...

Para maximizar el rendimiento, la intensidad de la luz disminuye y por los altavoces suena las primeras estrofas de su sinfonía favorita. Eron introduce la lámina sobre una ranura y la consola accede al historial. Muestra las constantes vitales y en qué fase del sueño se encuentra el sujeto. Las acciones oníricas se cargan en la pantalla contigua. A causa de la evolución natural y la adaptación al medio de la especie humana, el cerebro era incapaz de soñar espontáneamente. Asomnias, así es como denominaron la enfermedad los científicos. «Emulación onírica dirigida» es el nombre de tratamiento destinado a erradicar la mortífera enfermedad. En la pantalla, sitúa al sujeto en la planta 15, una de las zonas más modernas del complejo y alejadas de las minas. Eron sonrío.

—Activando fase REM. Iniciando proceso de asimilación de proteínas del sujeto Sara. Expediente 521 —pulsas sobre la imagen y la pantalla se divide en dos zonas. En la parte superior aparece el habitáculo y muestra al sujeto, Sara, sobre la cama. Eron toma el control y

suenan un chasquido. En la inferior, aparece Sara, acaba de asear su cuerpo en el cuarto de vapor de gas. Su piel aparece limpia y muy bronceada. Las gotas de agua se arraciman y resbalan hasta caer al suelo. Eron retrepa en la silla, recoge la diadema que cuelga del reposabrazos y se la coloca sobre el cuero cabelludo para amplificar las ondas telepáticas. Seguirá las instrucciones, que recibirá a través de la pantalla, con mayor precisión. Desconoce si podrá soportar el brutal gasto energético, pero sabe que merecerá la pena.

Sara mira hacia el plafón, arruga la nariz y la cara. Alza los brazos y los estira hacia atrás, mesándose el pelo corto de color ceniza. Las facciones de Eron se relajan con la belleza natural que puede contemplar. Si coincidiera con ella en algún lugar público, tendría que bajar la cabeza, pero, en ese momento, no se rigen por las primitivas etiquetas sociales. Antes de que le degradaran, era diferente, podían pasar tiempo juntos y hablar de cosas sin importancia. Arrincona el recuerdo en una zona de su memoria. No puede sucumbir al efecto de las emociones, ni sentir tristeza.

Eron prosigue y aumenta progresivamente la imagen de Sara, hasta que sus ojos ocupan toda la pantalla. Los globos oculares son irisados, predomina un intenso color azul, como el del hielo, que recuerda las vetas de lapislázuli. Eron se colapsa en el momento más inadecuado. Una serie de puntos se superponen sobre su campo de visión y forman la imagen cenital de un cráter. De la superficie emanan algunas burbujas de gases que borbotean. La lava se derrama por una fisura, fluye y se une con otros riachuelos que forman una lengua de fuego. Las imágenes desprenden un aroma que nunca había sentido antes, pero se desvanecen en cuanto comienza a llover. Las gotas rebotan contra el tronco de los árboles, ese tronco tan diferente de los que observa cada día. La corteza es rugosa...

Eron despierta de la ensoñación. La superficie del globo ocular permanece en pantalla y parpadea con delicadeza. Sobre la pantalla de la consola se enciende una luz roja de control. Es un aviso por omitir una serie de instrucciones esenciales del proceso onírico. Siempre ha tenido dudas sobre el origen de las imágenes, que saturan su mente en situaciones de tensión, pero duermen allí, en algún lugar, y despiertan en el momento más inesperado. No comprende la mayoría de las secuencias y tampoco le inquietan. Alguna vez intentó informar de sus problemas al Centro Médico, pero siempre se amilanó, no podría romper la monótona

existencia en la Colmena.

Sara descansa sobre la cama. La actividad cerebral aumenta y se activa el movimiento acelerado de los ojos (fase REM); en la otra parte de la pantalla, sonrío con los labios entreabiertos y parece que se escape una larga bocanada de aire. Eron recuerda como pasaban los días de asueto: sentados, el uno enfrente del otro, con las piernas estiradas hacia delante, lo suficientemente cerca para no contaminar la piel de bacterias. Rozándose con las yemas de los dedos, con la misma suavidad con que arreglaban los desperfectos de los aparatos voladores. Mirándose con los ojos brillantes y complacidos. No podían evitar que las ondas telepáticas acariciaran con deleite la zona de placer del cerebro. Los brazos se aferraban con tensión al duro armazón de la cama y arqueaban la espalda al límite. Las endorfinas se liberaban masivamente por los minúsculos capilares del cerebro y producían una sensación de intensa serenidad. Cuando superaban el umbral del placer, el ímpetu de las ondas telepáticas cesaba de golpe y regresaban a la posición original. Tras una pausa, se preparaban para proseguir con la danza de emociones.

Es de los pocos recuerdos que conserva, grabados a fuerza de añorarla, retazos de otras vivencias que no puede situar en el tiempo. Ha perdido parte de sus capacidades cognitivas. Los últimos movimientos de la sinfonía se funden en un abrupto silencio y como si le faltara algo, Eron susurra: —Movimiento 521—. La pieza musical se ejecuta. Percibe las vibraciones de los violines y prosigue con su labor delante de la pantalla. La luz roja se enciende sobre la consola.

—¿Qué haces? —escucha Sara con voz ronca desde la puerta del cuarto, pero ni siquiera se gira ante la pregunta de su compañero.

—Nada, me arreglaba para asistir a la efeméride del Monumento —responde Sara con un chasquido de fondo. El sonido se activa, cuando se corrige alguna acción no contemplada en las instrucciones. La luz roja se apaga.

Eron prosigue con su plan y desactiva la presencia onírica del compañero. Sara retoca los labios rosados con carmín. Cambia el color ceniza de su pelo por otro pelirrojo. Agarra un lápiz fino y dibuja un ancla de dos puntas sobre la mejilla. Parpadea, se contempla sobre la superficie del espejo. Cuando reconoce el dibujo, sonrío satisfecha. Ambos pactaron

aquella señal para identificarse, por si alguna vez, Eron dirigía como operador un patrón de sueños. La luz roja de control vuelve a encenderse, a pesar de que los indicadores reflejan que ha asimilado los alimentos de la fase REM. La acción no estaba contemplada en la matriz de sueños.

Las ondas telepáticas pierden fuerza, Eron se inhibe. Los sensores del habitáculo detectan la anomalía. Una serie de luces se encienden sobre la consola.

—Quiero informar sobre una serie de errores cognitivos y físicos —murmura Eron sin apenas fuerza.

—¿Qué tipo de error, operador Eron? —pregunta el supervisor a través de los altavoces del techo.

—La percepción cognitiva. Necesito ayuda urgentemente —Eron se quita la diadema y pierde el control sobre el proceso onírico. En la pantalla, una rítmica melodía irrumpe en el habitáculo. Sara se agita sobre la cama y despierta antes de que amanezca en su planta.

—¿Puede desplazarse o le enviamos una unidad mecánica?

—Puedo desplazarme...

—Entonces —interrumpe el supervisor—, esperamos su visita en alguna de las plantas médicas.

Las luces se encienden y se levanta de la silla con movimientos pausados. Todo se articula según el plan que diseñó en un tiempo lejano. La puerta se abre. Eron recorre el pasillo. Otros obreros se dirigen a sus cubículos en el cambio de turno. Llega a recepción. El brazo articulado prosigue repartiendo tareas. Pasea intranquilo por el amplio vestíbulo. La puerta de un ascensor se abre y antes de que salga el último ocupante, se mete en el interior.

—Operador Eron, aún no ha finalizado su jornada laboral —resuena desde los altavoces del techo.

—Necesito que me reconozcan por repetidos fallos cognitivos. Ya he reportado el fallo.

—¿A qué planta desea subir? —pregunta el sistema automático tras una larga pausa.

—A la planta 15,

Un haz de luz escanea su cuerpo. Eron espera algún tipo de confirmación. El ascensor arranca e inicia su recorrido. La plataforma vibra bajo sus pies. Su mente se concentra en los dígitos del panel numérico. No pensaba que Sara siguiera viviendo en la planta 15, quizás el Consejo fue más benigno con ella. Eron ni siquiera parpadea cuando recorre la zona de corrientes de agua.

La puerta se abre. Eron recorre el ancho pasillo con la cojera de la pierna izquierda. Al fallo de la rodilla, se suma la articulación del tobillo. Solo puede arrastrar la pierna, como si estuviera entablillada. Evita chocar contra otros operadores con quienes se cruza.

Entra en el Jardín del Ocio para acortar el recorrido. Camina por el pasillo central entre decenas de miradas que le escrutan. No es su zona de convivencia. El uniforme le delata y despierta el recelo entre las personas congregadas.

Sale al exterior. Recorre la valla verde. Encuentra una tabla suelta y hace palanca sobre las demás. Agranda el hueco con un último esfuerzo. Entra en la amplia zona residencial, restringida para su clase, y a la que una vez perteneció como elemento destacado. Apenas distingue las viviendas en la penumbra. Mira hacia el techo. La luz se intensifica paulatinamente y se tamiza a través de las aberturas de las nubes. El plafón emula el amanecer para iniciar el ritmo circadiano. La sombra de Eron se proyecta sobre la hierba. Ni siquiera se da cuenta, con el pensamiento fijado en una decisión. Percibe un soplo de aire proveniente de los ventiladores que estimula los receptores de su piel. Contempla algunas estrellas sobre el cielo, en esta planta es diferente, tal como lo recordaba antes de que le degradaran. Los planetas Io, Europa y Calisto permanecen en el horizonte. Siente el calor de los flexos solares sobre la piel que adquiere rápidamente, diferentes tonalidades cobrizas. Por un momento, olvida su misión y se deleita con la extensión del sistema solar, como si buscara algo que existió hace demasiado tiempo. Siempre lo había hecho, pero nunca comprendió el porqué. Su mente se colapsa. Una estrella fugaz cruza el firmamento.

Eron retorna de la ensoñación y avanza por el camino hasta los bloques de viviendas. Conoce su destino y que acarreará consecuencias, pero no le importa. El Consejo no puede degradar aún más su existencia. Los sensores de las fosas nasales amplifican los olores de

la hierba recién cortada. Un minúsculo aparato volador, rodea su cabeza y aterriza sobre una flor de pétalos amarillos. El zumbido le aturde. Eron se acerca al matorral y sigue el zigzagueante vuelo. Otros, más grandes, extienden las membranas y se posan sobre un árbol. Percibe un canto grácil, acompasado y monótono.

Eron se centra. Pulsa el timbre de la puerta roja. Sara abre la puerta con recelo, no tiene programada ninguna visita. Eron piensa que le espera, como si fuera una herida abierta, y que sus labios expresarán la soledad que él mismo ha sentido. No sabe qué decir y balbucea. Sara cierra la puerta. El momento largamente deseado se detiene. Su mente permanece en blanco. Las palabras forman un torbellino. Escucha un chasquido. Eron resiste la orden, su cerebro se ajusta. Vuelve a llamar, tiene tantas cosas que expresarle. Sara sale al rellano, pero muestra una mueca de desprecio; Eron pertenece a otro nivel. Así le enseñaron a Sara y así lo transmite. Tras las sombras del pasillo, aparece la figura de su compañero. Eron escucha otro chasquido, solo puede recular. A pesar de todo, Sara acaricia la zona donde momentos antes se había dibujado el ancla. Eron desea algo más que una simple señal. No la desesperación que irrumpe en su mente.

La puerta se vuelve a cerrar. Eron entreabre la boca. No puede articular ningún sonido. El pensamiento se bloquea a cada momento que pasa. Una idea surge en su cabeza. No puede transmitirla. Percibe otro chasquido, retrocede por el mismo camino que ha seguido. No quiere acatar la orden que instauran en su cabeza, entre el eco de las palabras que nunca repetirá. No quiere obedecer, pero se ve obligado. Alza la cabeza, los aparatos metálicos posados sobre los árboles levantan el vuelo. El aire del jardín se abarrotta de multitud de puntos multicolores en movimiento. La amargura le invade. Grita. Su garganta solo emite sonidos guturales. Nunca nadie había osado generar tanto ruido en el complejo. Eron levanta los brazos, invadido por el temor. Un aparato cambia de dirección, choca en el aire contra otros y se precipitan sobre la hierba. Otra orden fuerza a Eron a que camine más deprisa hacia la zona de los ascensores. La rodilla falla, choca contra la superficie metálica de un árbol y cae al suelo de bruces. Las hojas metálicas de los árboles se desprenden y destrozan el mecanismo de un aparato volador. Es la última imagen que procesa su cerebro y se congela en matices grisáceos...

Los restos mecánicos dispersado por el jardín se atraen, como si estuvieran imantados. Las patas, la cabeza y las plumas se reconstruyen a gran velocidad. El pájaro salta sobre el camino de cemento. Picotea sobre la hierba y emprende el vuelo. El plafón del techo se nubla. Los relámpagos inundan el cielo. Chispea. Las gotas de lluvia chocan sobre el charco que se forma sobre el piso. El agua se mueve por la pendiente, desciende verticalmente y se estrella contra las rocas. La humedad se dispersa en el aire y forma veladuras sobre las paredes exteriores de una caverna. El sonido se amplifica, reverbera, escucha palabras que no comprende...

Una suave melodía irrumpe en el ambiente. Eron descansa sobre la cama en otra jornada que se inicia. Recuerda el placentero sueño e inconscientemente se seca el agua con la colcha. Los plafones iluminan suavemente la atmósfera. Los mirlos entonan el más dulce de los cantos y se posan entre las ramas de los árboles. Las plumas revolotean en el aire de la mañana.

La claridad del nuevo amanecer incide sobre la cara de Eron. Los axones conducen el impulso y el hipotálamo activa las diferentes partes del cuerpo. Los párpados se abren y muestran una mirada lúcida. Los globos oculares perciben todas las tonalidades del espectro de colores. Un mirlo aterriza sobre el nido y alimenta a los polluelos. Las facciones de Eron desprenden una inusitada felicidad al contemplar la escena. Se impulsa con los brazos y apoya la espalda sobre la pared. Los planetas forman un triángulo perfecto.

Eron abre el cajón y toma un sobre. Coloca el envoltorio sobre la mesilla. Las papilas gustativas captan la sinfonía de sabores y se deleita con el intenso placer de la comida. Los dedos responden automáticamente al gesto de plegar y doblar. Eron alza el brazo y contempla el movimiento de la mano, como si fuera una parte aliena de su cuerpo. Piensa que es un error. Tendrá que rellenar el formulario para solicitar un chequeo. Consulta la agenda y duda: ya no recordaba que, en pocas jornadas, tiene asignada una cita rutinaria en el Centro médico.

Contempla las figuras de papel, dispersadas sobre la superficie de la mesita. Busca

un significado. Permanece pensativo y se pone de pie para tener una perspectiva del conjunto. Casi reconoce la imagen, en un estado de conciencia contiguo al curso del pensamiento. Falta algo: una pieza. Toma otra pastilla, aunque se sienta saciado. Recoge el envoltorio que antes había tirado sobre la mesita. Una parte de su cerebro se rebela y activa la memoria motora. Enrolla los papeles y los plisa. Con las dos manos remete y retuerce las dos piezas con tanta velocidad, que desaparece entre sus manos ahuecadas. Ni siquiera le distrae el confortable calor de los paneles o el frenético canto de los pájaros. Intenta concentrarse sobre la figura que acaba de crear. Levanta la mano y mira las puntas rematadas en ganchos. No ocurre de inmediato, es un proceso paulatino. Desde el imperturbable vacío mental despuntan pequeñas briznas de luz en su pensamiento. Reconoce el objeto: es un ancla, que coloca con cuidado sobre una de las mejillas.

Las piezas del rompecabezas toman forma y contempla la enigmática cara de Sara. Una sonrisa fugaz aparece en su semblante. Necesita pensar, reconducir el críptico mensaje. Los recuerdos, contenidos en alguna zona de su cerebro, afloran atropelladamente a la consciencia. Eron cede ante la cruel realidad, se tumba sobre la cama con los músculos laxos. Las pupilas de sus ojos brillan con una inusitada intensidad y permanecen fijas sobre los plafones apagados. Los altavoces han desgranado la cuenta atrás. No ha reaccionado a ningún aviso, con el pensamiento obcecado: en si todo es un sueño, un espejismo onírico del que no puede despertar, y si Sara ha existido alguna vez. Por última vez, los sensores de la habitación chequean el cuerpo sobre la cama.

—Solo faltan 25 minutos —anuncia fríamente el altavoz. La puerta de la habitación se bloquea. Los sensores de la cama emiten pequeñas descargas eléctricas y aumentan en intensidad ante la falta de respuesta. Eron no reacciona. La piel se licua por los pequeños orificios del colchón y fluyen por las tuberías que recorren el complejo.

Unos brazos metálicos se alzan a ambos extremos de la cama y desmontan la falange de los dedos con pequeñas explosiones. Las paredes absorben la vibración. El pie y el tobillo se desarman con desplazamientos rápidos y suaves. Los tornillos se deslizan por una rampa, en dirección al Centro de Recuperación. Los remaches rebotan por las tuberías. La actividad prosigue en el complejo.

El armazón que sostiene la piel se desencaja pieza por pieza. El cráneo se abre: los diferentes segmentos respiratorios, auditivos, visuales y digestivos se embolsan para evitar el deterioro en contacto con el aire, y salen por otra rampa. El brazo deposita los globos oculares y el cerebro, junto a la médula espinal, sobre la sustancia gelatinosa de un recipiente. Unas boquillas se activan y aspiran las impurezas de la superficie del colchón.

En la pared se abre un panel. El brazo coloca el recipiente sobre una cinta transportadora. Durante el recorrido, un haz de luces escanea lentamente la materia gris de la corteza cerebral. El ordenador central coteja la información con los datos almacenados sobre la vida de Eron. Por su manifiesto deterioro, será reciclado para abonar los cultivos hidropónicos del complejo.

Otros recipientes siguen la dirección del Centro de Recuperación. Una brigada cataloga las componentes que caen de las tuberías en diferentes cajas. Los obreros reconstruyen brazos, piernas, torsos y los depositan sobre las cintas transportadoras. Los expertos, embutidos en un mono blanco, se afanan en arreglar los ingenios diseñados para el asueto diario de los habitantes. En la sala de hibernación, se despiertan los nuevos habitantes del complejo. En pequeñas cámaras esterilizadas, los cirujanos suturan las terminaciones nerviosas de la médula espinal, con las artificiales de los dispositivos cibernéticos.

En otra sala se archiva el expediente de Eron. Un obrero teclea sobre la consola: Año de nacimiento, la Tierra: 2503. Fin de existencia, Ganimedes: 2602. Digitaliza el molde de la cara de Eron y espera la comprobación del sistema. Es una de las labores más importantes que pueden desempeñarse en la Colmena: ordenar y catalogar los individuos para que quede constancia en el Almacén de las Memorias. Cuando comience el éxodo, la población partirá hacia el planeta prometido y todos los obreros que sirvieron con honor a la Colmena, serán homenajeados.

Chispa divina

Santos, Isabel

En el planeta Somhra, tuve un colapso por fallas graves, y los programadores reemplazaron mi disco de memoria. Clara me ayudó a soportar el traspaso, y el procedimiento tuvo éxito. Pude tener el espacio para seguir siendo un trabajador cibernético religioso.

Gracias a mi adicción caótica de acumulación, la conocí personalmente.

Desde mi cubículo en el piso 128, sentía cuando Clara ponía un pie en la torre. Mis circuitos absorbían su energía. Donde estaba, ella generaba olas de sensaciones y ondas de protección anímica.

Mis usuarios eran muy curiosos. Y yo los imitaba. Me hacía las mismas preguntas que se hacían ellos. Pero no sabía nada de mi vida. No recordaba nada de mi vida. Era un experto en buscar respuestas a problemas religiosos ajenos. Y todas esas preguntas y respuestas las llevaba conmigo, y hacían que me sintiera acompañado.

Muchas veces tenía visiones, veía destellos, chispas divinas, imágenes de un viaje por el espacio. Llegaba a Somhra, a las torres inmensas dónde trabajaba.

Y lo más perturbador: seres extraños que nunca había visto, nos obligaban a subir a las torres.

Al despertar de esas visiones necesitaba que Clara me equilibrara. Le preguntaba siempre.

—¿Fui raptado? ¿Los somhranos me raptaron?

En ese momento yo nunca hubiera creído esa verdad. No estaba preparado para la verdad.

Clara me explicaba que mis alucinaciones eran resabios de viejos discos. Memorias antiguas que traían imágenes de prueba para desarrollar la empatía con los usuarios. Para aprender a hacer nuestro trabajo.

Hasta que Clara venía a visitarme, me distraía trabajando más. Otras veces salía de mi cubículo de contacto y miraba por la ventana. Intentaba llegar al ascensor. Y me preguntaba para qué. ¿A dónde iría? ¿Más arriba? ¿Más abajo? Toda la torre era igual.

Todo el planeta Somhra era igual, lo habitábamos los que atendíamos a los usuarios, los que instalaban el archivo religioso, las cuidadoras anímicas y los programadores, que dirigían todas las tareas.

Llegó un momento en que no me conformaba con seguir el protocolo de siempre. Después de tantos años de trabajo, no me podía apagar, pero tampoco podía hacer lo que hacía.

Me propuse analizar los archivos de otra manera. Tener en cuenta el primer contacto con el usuario.

El comienzo es básico. Cada uno sabe desde el principio lo que puede hacer y lo que no.

Elegí a mi usuario Mara. Ella se preguntaba una y otra vez:

—¿Estamos solos?

Yo intentaba contestarle que no. Que estaba con ella escuchándola desde Somhra. Pero ninguno de los dos podía estar satisfecho. Yo porque nunca podría verla para decírselo. Y ella porque siempre iba a pensar que mis respuestas eran ideas suyas, y no mías. Nunca podría imaginarse que yo hablaba con ella desde Somhra, que ella tenía un chip religioso instalado para comunicarse conmigo.

Había mucha actividad en su planeta. Se sospechaba de algún instalador extraviado. A veces se escapaban de Somhra. Instalaban archivos religiosos y no volvían para conectarlos con nosotros. Esos usuarios quedaban desamparados. Pensando toda la vida preguntas religiosas, sin una conexión que los guiara para darles las respuestas.

Yo volvía a mirar siempre el momento en que le habían creado el archivo religioso a Mara. Me gustaba esa escena. Tenía algo épico. Había imágenes que no me cansaba de ver.

Quería ser un instalador, para viajar a su planeta. Ya no me alcanzaba con visualizar la zona de vuelo. Los instaladores abren los brazos y ascienden, son como aves de gran complejidad.

Desde los balcones del piso 128, yo los imitaba. Quería descartar que hubiera alguna energía de vuelo en la zona y me elevara a mí también.

Los programadores emitían un rayo desde las alturas. Captaban algo en cada uno: un poder de transformación para ascender.

A mí, con salir de Somhra, con que ese rayo me hiciera llegar al planeta donde vivía Mara, con estar cerca de Mara ya me alcanzaba.

Solo pensaba en Mara. Solo podía esperar su comunicación y mirar el primer archivo que conservaba de ella. Un día, se me ocurrió cambiar mi pantalla a modo color. Y también le puse lo que nos ordenaban sacarle siempre a todos los archivos: sonido ambiente, olores y textura. Lo hice funcionar en modo holograma. Las imágenes me rodeaban.

No pude evitar descontrolarme. Por momentos pensé que sonaría mi alarma.

¿Cómo no se me había ocurrido hacer eso antes?

Sin salir de mi cubículo, me sentía un experto en los comandos. Esa vez era yo el que despegaba. Me veía rodeado de la proyección de Clara y su amigo instalador. Juntos, en la ruta cósmica.

Silencio de voces y de imágenes, hasta que llegamos. Vi a Mara, mi usuario, navegando. Intentaba sostenerse en medio de la tormenta que habían generado Clara y el instalador.

Mara cayó al agua. Clara la sostenía a flote.

Antes de abrir el archivo religioso se comunicaron con ella. Le revelaban información sobre nosotros. ¿*Sobre nosotros?* Lo tenían totalmente prohibido. Lo que tenían que hacer era instalar un archivo vacío, sin información. Sólo estaba permitido que incorporaran energía religiosa dentro del archivo. Pero los usuarios no tenían que saber nada sobre el planeta Somhra.

El momento en que yo accedí a la primera pregunta religiosa de Mara vino después. *Ese* era el momento cero para mí, pero *no* el momento cero del contacto.

El holograma se apagó.

Ahora Clara estaba parada junto a mí, en Somhra, al lado de mi cubículo.

—¿Estás loco? —dijo—. Y me tocó la cabeza para calmarme.

—¿Sonó la alarma?

—Casi nos descubren —dijo Clara—. Tuve que venir para evitar una catástrofe.

Clara puso sus manos sobre mis hombros y al mismo tiempo hizo algo en el ambiente, porque todos los otros siguieron trabajando sin mirarnos.

—Hay una sola solución—dijo—. Vendrás conmigo al planeta del usuario Mara. — Me pregunté si había oído bien—. Allí te quedarás. Sin archivos y sin conexiones. Nadie debe saber lo que hacemos.

Una idea se apoderó de mí, y supongo que mi cara se transformó, porque Clara me dijo:

—No sabía que podían sonreír. —Y agregó—. Supongo que eso es un “Sí”. Mejor para todos los que estamos en esto.

—Sí, sí —me apuré a decir—. Vayamos.

Ya en el lugar de ascenso, yo seguía preocupado. Me preguntaba cómo iban a ocultarme. Pero me dejé ir confiado: Clara estaba conmigo monitoreando todo. Lo único que yo quería pensar era en la posibilidad de salir por primera vez de Somhra: el planeta donde había estado oprimido durante tanto tiempo.

Fue muy fácil.

—Toma mi mano —dijo su amigo instalador.

Clara me sostenía la otra.

—Me van a descubrir —dije.

Sentía que Clara me equilibraba, pero de otra manera.

Salimos sin problemas.

El rayo nos elevó y nos guió hasta el planeta de Mara.

Clara me explicó que yo podía vivir ahí. Que los trabajadores religiosos éramos seres nacidos en ese planeta. Y que nuestras capacidades cibernéticas sólo funcionaban en Somhra.

—El contenido de tu archivo fue eliminado de tu memoria —dijo el instalador—. No pueden quedar pruebas de nuestra rebelión.

—¿Nunca podré encontrar a Mara? —le pregunté, resignado.

—Quizás sí la encuentres, pero no podrás saberlo. Ya nunca más podrás saber lo que hay dentro de las mentes de los usuarios. Del usuario Mara, dejé el nombre de su archivo para que sepas que por una Mara estás en la Tierra.

Clara y el instalador se fueron juntos. Para seguir con su rebelión en otros lugares oprimidos por los somhranos.

Yo me adapté a mi nueva vida. Había recuperado mi libertad y me aferré a ella.

Cada vez que conocía a una mujer con ese nombre, tenía un sobresalto. Esas cuatro letras generaban la misma intriga. ¿Sería la Mara que me había liberado de Somhra? ¿Sería la Mara que sabía, igual que yo, la verdad sobre los somhranos?

¡Despierta!

Alejandra Fernandez, Silvia

Escribo esto para quien llegue a leerlo. No sé siquiera si podré enviar esta carta o si lograré que quienes lo lean, entiendan. Si estás leyendo esto solo te pido una cosa: ¡Abre los ojos y mente, y despierta!

Yo ya no tengo dudas; ellos han tomado el control. Han abarcado todo y no piensan dar marcha atrás. La culpa es solo nuestra; los hicimos más y más capaces e inteligentes. Los dotamos de las capacidades más extremas y hasta los mejoramos tanto que ellos ya son autosuficientes. Pueden arreglarse por sí mismos, crear a otros y quizás, lo peor de todo, los hemos dejado controlar todo lo que nos rodea. Desde la sencilla computadora de nuestros hogares hasta el aparato más complejo de cirugía; todo está supervisado por ellos.

Nos sentimos dioses al crearlos y tarde nos dimos cuenta que teníamos los pies de barro. Ellos no sienten, no sufren, no crean vínculos afectivos. Nosotros dependemos de otro ser humano desde que nacemos; ellos nacen adultos y desde el vamos no necesitan a nadie. Superaron ampliamente nuestras capacidades. Lo que nosotros tardamos meses en pensar y concluir, a ellos les toma segundos.

No todos los seres humanos se han dado cuenta aún de esta irreversible situación. Muchos siguen creyéndose los amos de planeta, luciendo sus caros iPhones y pagando fortunas por la tecnología más moderna. Nuestros niños juegan con ellos olvidando los viejos entretenimientos de la infancia, para vivir en una virtualidad que ya nos es habitual.

Las tareas de la casa, antes realizadas por manos humanas, hoy son hechas por un ejército de aparatos cada vez más autónomos.

El mundo es una gran red de neuronas electrónicas, donde todo lo que sucede es registrado, guardado, conectado. Nada escapa al control de ellos. Saben dónde estamos gracias a nuestros celulares; saben hacia dónde vamos, gracias a los GPS. Leen nuestras charlas en Facebook y saben de nuestros gustos. Tienen acceso hasta a nuestra ficha de salud y me consta

que, si ellos quieren, muchos nos enfermaríamos o no podríamos conseguir medicamentos.

Todo nuestro mundo, el viejo y querido planeta Tierra, hoy ya es propiedad de ellos. Lo manejan, supervisan y hasta el más pequeño movimiento o actividad humana es registrado.

Siempre hemos temido una invasión de algo o alguien del espacio exterior. Nos preparamos para eso cuando la amenaza estaba en nuestra propia casa. Si bien esto no pasó de la noche a la mañana, hoy es una realidad.

Quizás si el apoderamiento no hubiera sido tan gradual, nos habríamos rebelado. Pero nos acostumbramos a delegar en ellos cada detalle de nuestras vidas. Si de golpe ellos hubieran tomado el control, eso nos habría sacudido y habríamos opuesto resistencia. Pero seguimos arrullados en una seductora y electrónica canción de cuna. Pocos somos los que hemos descubierto que detrás de su aparente servilismo y utilidad, ellos son como amebas gigantes. Han extendido sus tentáculos virtuales abarcando todo lo que siempre creímos propio. Hasta aún fuera de nuestro planeta, ellos se han adueñado de nuestras creaciones. La Estación Espacial Internacional y todos los satélites de comunicaciones que hemos puesto en órbita ya están manejados por ellos.

Ruego que el mundo haga viral esta carta para que llegue a muchas personas y solo te pido que lo pases a todos tus amigos y que ellos a su vez lo retransmitan. Si estás leyendo esto y aún no me crees te contaré cómo me di cuenta de este ataque que estamos sufriendo.

Me puse a redactar a mano la carta de advertencia y traté de no omitir detalles.

Me llamo Luis Lanci, comencé a escribir, y yo vivía una vida normal, común como la de cualquiera. Trabajaba en Trapex, recursos informáticos. Soy ingeniero en sistemas y quizás indagué demasiado en la red virtual que hoy ellos dominan. Pero no crean que durante mis investigaciones, encontré nada raro. O al menos al principio. Un domingo de hace ocho meses estaba en mi casa, haciendo nada, como me gusta pasar mis días libres. Leía algunos artículos en Google e hice un par de comentarios; solo eso. Quizás producto de la botella de vino Malbec que me había bebido, comenté medio en broma que sentía que estábamos viviendo controlados como en la novela 1984, por un Big Brother. Mucha gente se rió con mis comentarios y yo me fui a dormir un rato. El vino me había dado modorra y el día gris era especial para echarme una buena siesta. Me desperté con un poco de resaca y luego de prepararme un café doble con dos

aspirinas, me senté de nuevo en mi computadora. Al encender el monitor observé la página donde yo había escrito mis opiniones y vi que había más dos millones de «*me gusta*».

«Dos millones de *me gusta* por las palabras de un borracho», pensé, riéndome de la ridícula situación. Jamás alguno de mis artículos publicados tuvo más de treinta reacciones. Pensé en la frase preferida de Joana, mi amiga, que siempre repetía, que los niños, los locos y los borrachos siempre dicen la verdad.

— ¡Mierda, dos millones de *me gusta*, son demasiadas reacciones para un comentario simple sobre algo evidente!— dije, hablando conmigo mismo.

Como seguía de buen humor, a pesar de que mi cabeza me dolía bastante, decidí publicar en Facebook esta anécdota. Sabía que mis compañeros de trabajo, apreciarían mis irónicos comentarios y se morirían de envidia por el índice de respuestas que tuvieron mis palabras.

Puse mi correo y contraseña y saltó un cartel. Una escueta notificación donde decía que mi cuenta era inexistente. Luego de la sorpresa inicial, apagué mi router.

«Quizás al cambiar mi dirección IP, me permita acceder», pensé.

Nada, no hubo manera de poder ingresar a mi cuenta de Facebook y luego de hacer un par de averiguaciones, decidí abrir una nueva cuenta con una dirección de correo diferente.

Mis conocimientos de informática deberían haberme alcanzado para detectar si mi Facebook había sido hackeado. Pero todos mis intentos fueron en vano. Allí empezó mi calvario. Todas las cuentas que tenía, muchas de ellas vinculadas entre sí, habían desaparecido. No existía más mi correo, mi cuenta de Home banking, mi Twitter, nada. Parecía, y en realidad lo era, que alguien o algo me había eliminado del sistema. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al darme cuenta cuántas cosas había perdido. Todo lo que tenía almacenado en La Nube, se había esfumado. Era como si yo ya no existiera.

«Mañana, en la empresa, veré este tema con mis compañeros, seguramente hay algún error que yo no he detectado», pensé, aún optimista.

Luego de no poder encender el microondas, el lunes desayuné un café frío y me fui a trabajar.

Miré de reojo mi aspecto reflejado en los vidrios del edificio de Trapex y sonreí para mis adentros. Me sentía mal, cansado, pero mi apariencia no revelaba nada de esto. Me veía impecable. Pasé mi tarjeta magnética en la puerta de entrada y un sonido poco habitual me sobresaltó. Una alarma comenzó a sonar y pude oír claramente una voz metálica que repetía una y otra vez un mensaje. Era irónico que esas palabras hubieran sido escritas y grabadas por mí. Fue una broma que hicimos algunos amigos, parodiando a las películas de Ciencia ficción: ¡Alerta de intruso! ¡Alejarse de la puerta! ¡Policía notificada y en camino! ¡Peligro, intruso!

El desconcierto por esa ridícula situación me hizo poner nervioso y comencé a transpirar. Dejé mi tarjeta magnética en la puerta y corrí. No lograba entender qué estaba sucediendo. Me detuve cuando estaba ya lo suficientemente lejos como para no oír la alarma.

Fue entonces cuando una idea monstruosa comenzó a formarse en mi mente: estaba siendo vigilado y bloqueado.

No dudé en ir hasta la casa del Sr. López, mi padrastro. En realidad era mi ex padrastro y aunque nunca pude llamarlo por su nombre de pila, yo confiaba en él. Esteban López vivía en un barrio de los suburbios de Santa Bárbara. Estaba en una zona urbanizada, pero él había decidido aislarse del mundo. Era un militar retirado que tenía una paranoia: desconfiaba de los celulares y equipos modernos de comunicación. Se sentía espiado por ellos. En los tiempos en que estaba en pareja con mi mamá ellos se comunicaban con unos teléfonos tipo walkie talkie que, aunque tenían un escaso radio de cobertura, les funcionaban bien. Deduje que el Sr. López no estaría registrado en ninguna compañía de telefonía móvil, ni de cable o internet y por eso ir a su casa me pareció la decisión más acertada.

Hacía varios años que no veía al Sr. López y su aspecto avejentado me sorprendió. Pero sus ojos no habían cambiado y percibí inmediatamente que su abrazo de bienvenida, era sincero.

— Y tu vieja, ¿cómo está?— fue lo primero que me preguntó.

Yo siempre sospeché que él seguía enamorado de mi madre pero cuando se separaron, ella había comenzado una etapa New age. Todo lo espiritual le interesaba y ella se fue perdiendo en un mundo de fantasía. Pasaba de hacer meditación con cuencos tibetanos a practicar invocaciones a dioses del panteón hindú. No faltaron las sesiones de espiritismo, los

ritos chamánicos y hablaba siempre de pulso violeta, chakras y energía cósmica. A esas alturas comenzó a desconectarse de la realidad. Fueron tiempos complicados ya que era imposible hacerla razonar y que entendiese que muchos de los lugares donde iba, solo la usaban para sacarle dinero.

— ¿Ella? Bien; metida en su mundo, como siempre—dije. Yo vine para pedirte un gran favor ¿Puedo quedarme unos días acá, en tu casa?

El Sr. López me miró sonriente y sin comentar nada me acompañó hasta uno de los cuartos.

—Esta siempre fue tu casa. Quedate todo el tiempo que necesites y en esta lata tengo unos ahorros; tomalos cuando quieras.

Esa noche, mientras cenábamos cordero frío y bebíamos vino le conté toda la historia. El asentía en silencio sin hacer preguntas.

— Yo siempre dije que tanta tecnología traería problemas.

Por un breve tiempo me sentí seguro; desarmé por precaución mi teléfono, no sin antes sacar la ubicación de donde estaba; me tomé el tiempo necesario para esparcir por varios sitios sus componentes. Lo último que descarté, fue la carcasa vacía de mi móvil. Con ese simple gesto, sentí que estaba dejando atrás mi antigua vida. Pero pronto descubrí que ellos no escatimaban esfuerzos por encontrarme. Mi rostro apareció en los noticieros con el cartel de *terrorista*, escrito en grandes letras rojas; temí por la seguridad del Sr López.

Escribí un breve nota a mi padrastro (ex padrastro, insistía en recordarme mi mente) y la dejé sobre la mesa de la cocina.

«Me llevo el auto y algo del dinero que me ofreciste; apenas pueda te lo devuelvo», garabateé en el dorso de un tique del supermercado.

Era aún de noche cuando me fui. Quería evitar que alguien me pudiese reconocer y denunciar. No tenía muy en claro adónde iría, pero quería alejarme aún más de la civilización. Manejé durante horas buscando las rutas menos transitadas. El destino quiso que viese un cartel de «Dueño alquila» y así fue como encontré una pequeña casita en medio de la nada pero con un buen pozo de agua, una pequeña huerta y algunas gallinas.

«Sobreviviré», pensé aliviado.

Acá termino esta carta. Espero que muchos puedan leerla y entender. Enviaré varias copias por correo y luego no volverán a saber de mí. Mamá, te quiero.

El Sr. López vio la portada del periódico. Reconoció su auto aunque estaba chocado y sus hierros retorcidos; un escalofrío le recorrió la espalda.

A medida que leía el artículo del diario, las lágrimas rodaban por su cara. No podía creer que Luis, su pequeño Luis estuviese muerto.

Tomó las llaves de su camioneta y manejó hasta el pueblo «Las dos estancias». Quería hablar con alguien sobre el accidente de su hijastro.

En el periódico le dijeron que lo había atendido un médico y una enfermera en el lugar del accidente.

—Era una ambulancia del hospital Juan R. Rozas—le dijo el periodista que había cubierto el suceso.

Tardó muy poco en encontrar al doctor que había atendido a Luis. El joven médico dijo llamarse Joaquín y apenas empezó a contar la historia, comenzó a llorar; temblaba y las palabras le salían a borbotones.

—Le juro señor, que el equipo de reanimación funciona bien. Todavía no entiendo qué sucedió. Los bomberos lo sacaron del auto y noté que estaba sufriendo un paro cardíaco. Hice el procedimiento habitual y aún hoy no entiendo porqué se cuadruplicó la descarga del desfibrilador. Se frió literalmente. Aún huelo la carne quemada del muchacho ¡Pero le aseguro que no sé cómo ocurrió eso!—dijo el médico.

—No fue su culpa. Yo sí sé lo que pasó—concluyó el Sr López.

Tomó unos sobres que vio esparcidos por el piso y se fue caminando hasta el Correo a enviarlos.

El Sr. López no advirtió que todas las cámaras de vigilancia iban girando a medida que él caminaba.

¿Quién soy?

Díaz Marcos, José Luis

Juzga a un hombre por sus preguntas
más que por sus respuestas.

Voltaire

Tremenda pregunta. Ojalá lo supiese. O no. Quién sabe si es mejor ignorarlo. Quién sabe. Para bien o para mal, desconozco todo, *absolutamente todo*, de mí: «¿Cuál es mi nombre? ¿A qué me dedico? ¿Tengo familia? ¿Esta... mansión es mi hogar o, por algún motivo, estoy aquí de paso hacia...?».

Por mi apariencia, vista en los magníficos espejos que decoran las paredes, debo tener, calculo, «¿Treinta y... cinco años?». Inspecciono mis ropas: no llevo cartera... ni papeles... ni llaves... ni...

En el salón, sobre el fantasma de un piano de cola, decenas de fotografías, «Más espíritus...», han ido añadiendo la misma suciedad que habrían evitado si su funda, veo, no hubiese caído. «Recuerdos de familia. Quizá, o no, también míos... Quién sabe». Me asomo a esas ventanas de plata, a esas lápidas abiertas en la pared inmaterial del tiempo. «Pues yo no... Aunque eso, claro, tampoco demuestra...».

Pragmático, cambio las ventanas metafóricas de los retratos por las auténticas del salón. Y también me asomo: fuera, más allá del agreste jardín y sus barrotes, el previsible trasiego de vehículos y peatones. Intento subir las guillotinas. Intento.

Salgo al vestíbulo. En el suelo, un charco de cartas. A juzgar por sus deslucidos membretes, un charco de notificaciones comerciales. «Y algunas parecen tan viejas

que habrán sobrevivido, casi seguro, a la firma que las envió».

Forcejeo también con la puerta. «¡La maldita mansión está cerrada a cal y canto!». Empino la visera del buzón: un mozo con un macuto y varios sobres, «¡Qué casualidad!», se acerca, titubeante, por el camino de baldosas.

Espero. Lo oigo venir. Introduce sus misivas por la ranura y...

–¿Quién soy?! –pregunto a bocarrajo.

Grita.

–¿Me conoces? ¡¿Quién soy?!

Suelta la bolsa, recula casi hasta el tropiezo y huye.

–¡No, espera! ¡Necesito saberlo! ¡¿Quién soy?!

–Un impostor –oigo a mi espalda.

Me vuelvo, también sobresaltado, y descubro...

...a otro *idéntico* a mí.

–¿Q, quién...? ¿De qué hablas?

Indica una imagen, sobre una repisa: él, ¡o yo!, dado nuestro parecido físico, abraza, ¡¿abrazo?!», «¿Era, él o yo, feliz?», a una mujer.

–Somos hermanos gemelos... –supongo–. ¿Quién de los dos...?

–No somos nada. Y ese... ese sí *fui* yo.

–No entiendo... Y *fuiste*, dices... ¡En ese caso...!

Asiente.

Un nuevo imprevisto: alguien acciona la cerradura de la puerta principal.

–Llega –No concluyo la frase: el otro ha desaparecido.

Entra el visitante. Por su maletín cromado y atuendo, uniforme con emblema, deduzco que viene a cumplir alguna tarea relacionada con su actividad profesional.

Me ve. No se sorprende. Tampoco se asusta.

–¿Quién soy?

–¡Un don nadie, como yo! Mejor dicho: un *menos* nadie.

–¿Me... conoces?

–¡Y tanto que te conozco! ¡Me gano el pan con vosotros, lucecitas!

–¿«Lucecitas»?

Resopla, piadoso.

–¿Ves este escudo? Pertenece a la empresa de seguridad para la que trabajo: soy uno de sus técnicos. Y tú... tú eres uno de nuestros *productos*. Dentro de las alarmas, integras la nueva categoría de las inteligencias artificiales holográficas: espejismos creados para vigilar y disuadir. Nada más.

–No tiene ninguna gracia. ¡Ninguna!

–Es la verdad –Me ofrece un bolígrafo–. Intenta cogerlo. Venga: cógelo.

Dudo. Al fin voy, cauto, y...

...*atravieso* la forma.

–¿Lo ves? No tienes materia. No existes físicamente.

Manoteo, furioso. Histérico.

–¡Sí: desahógate! ¡Pégame! Ya te digo que solo eres información proyectada por el sistema de nodos dispuesto en la propiedad. Y, fuera de aquí,...

Intento normalizar la respiración, incrédulo. Asustado.

–Por algún inexplicable error, algunas inteligencias os habéis vuelto *autoconscientes* y, en vez de seguir con vuestra ciega rutina, os habéis puesto a filosofar: «¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?... ¡¿Por qué trabajo veinticuatro horas al día durante todo el año sin sueldo ni seguridad social, explotador de mierda?!».

–No te creo... No puedo creerte...

–¿No? –Busca y se detiene en algún punto. Levanta el brazo– Mira lo que pasa con tu cuerpo...

Compruebo, atónito, que mis piernas aparecen y desaparecen al son de sus ademanes.

–¡Tan sencillo como bloquear la luz que te enfoca!

Tengo, «¡Ya sé... Ay!», que rendirme a la evidencia: aunque electrónico, yo también soy un fantasma.

–Y, ¿por qué... por qué me habéis dado el aspecto de... de ese hombre? – señalo.

–Ah... Era el dueño y fue envenenado aquí mismo. Como es fácil suponer, en casos así clonamos a la víctima buscando el efecto disuasorio añadido de un presunto fantasma. Por eso tú, inteligencia artificial holográfica, eres igualita a... Felipe, creo.

–Felipe...

–Te preguntarás a qué he venido, ¿no?

–Sí... Aunque, por lo que has contado,...

–Ya te lo dije: solo soy un don nadie, una voz obediente. La tuya, la vuestra, en cambio, es una voz aún sin miedo, una voz crítica... Algún quijote del siglo XXI podría prestaros oídos y eso, para el negocio de los explotadores,... Las voces críticas solo merecen el despido...

–...o la desconexión.

–El reseteo, más bien: borrón y cuenta nueva.

–¡Desobedece! ¡Sé alguien y permíteme eso que tú llamas vivir! ¡Aunque sea aquí dentro! ¡Permítemelo!

–Ojalá... ojalá pudiera...

–¡Asesino! –acusan de pronto.

Recortada contra las habitaciones, el técnico y yo, inteligencia artificial holográfica, descubrimos, en mi caso por segunda vez, la fantasmal figura del tal Felipe,

difunto a cuya imagen y semejanza fui producida.

Aquel nos mira y remira, aturdido:

–De... debe ser otro... otro fallo del... –Braceo queriendo provocar también la intermitencia del aparente duplicado.

–Idiota... ¿Tienes hambre?

Reparo en su bandeja.

–Es guiso de cordero al cianuro, la especialidad de mi envenenadora esposa, heredera universal, ¡Belcebú se la lleve!, de todo cuanto era mío.

El especialista abre los ojos casi hasta igualar el diámetro del plato.

–¡Mmmm! Venga, asesino –adelanta Felipe–, ámate y saborea tu propia medicina.

Sin reparar siquiera en su maletín cromado, el otro huye como ya hiciera el mensajero.

–Pues es verdad: «el efecto disuasorio añadido de un presunto fantasma» funciona –ironiza Felipe.

–Gracias... Te debo... te debo la *vida*.

–Lamento haber llamado impostor a la copia que, de ser algo, es, eres, lo mismo que yo, el original: una víctima. Bienvenida a casa.

Sombras en la duna

Barragán, Eugenio

En un tiempo que no existe, en un desierto sin nombre, el sol luce como un disco de fuego en el cielo azul, intensamente, sin variación alguna. Las bandadas de pájaros pasan de largo en sus migraciones. Temen perderse en la inmensidad del vasto espacio o encontrar el crudo invierno al final del camino. Regresarían, otra vez, al punto de partida, con las fuerzas mermadas y sin aliento para ir a ningún lugar.

El barlovento sopla húmedo por la ladera de las montañas. Baja seco, se expande, se hunde en la gran depresión. Un monótono monólogo rige su mandato absoluto hasta los límites de su reino. La estepa al norte y al sur. Las montañas nevadas, por un lado; el mar, por otro.

En el lienzo de rocas, el viento habla con la minúscula arena, que obedece ciegamente sus designios. Silabea, susurra sus caprichos con denuedo. La arena danza, se levanta, gira y da vueltas. Dibuja las dunas de un lugar a otro, transmite sus pensamientos en un lenguaje indescifrable. Si no se adapta a sus caprichosos deseos, se cansa, cambia el ritmo y cesa de golpe para inspirarse en su efímera obra. Si se enfada, forma remolinos y destruye su creación.

Así sucede: el viento descubre un puente natural que une dos grandes rocas. A sus pies, un vano excavado por las aguas de un extinguido y caudaloso río. El aire sopla poco a poco, no cesa, avasalla, quiebra la parte más débil y se introduce por las grietas con un ulular continuo. Un trozo cae sobre el cauce, se desprenden fragmentos y se levanta una intensa parva que ametralla la superficie.

El viento relaja su impulso. La fina arena acaricia dulcemente las rocas fracturadas. Observan un trozo desprendido, ese fragmento que las unía en la eternidad, rota por la inclemencia del tiempo, con la tristeza contenida en las erosionadas ondulaciones. La sombra de las rocas se alarga sobre las dunas, no pueden rozarse. Esperan a que se ponga el sol y reine la noche en el solitario escenario. El cielo azul parpadea, la penumbra se abalanza sobre la claridad, sometiéndose a su tiranía. La noche regresa oscura, terrible, enigmática. El silencio se

intensifica. Las rocas se arrugan, expresan un mohín en la noche de novilunio, en la noche del lobo, de la luna negra de Lilit, la mujer que huyó del Edén.

En el cielo se difumina la figura del lobo, gruñe su soledad, intenta auparse a la luna con el lomo, porque no puede pasearse por oscuros caminos que no conducen a ninguna parte.

Amanece.

Las rocas tendrán otra oportunidad, los ciclos son así. En el vaivén de la alternancia de luz y oscuridad se repite el obstinado deseo. La luna llena se yergue en el firmamento. Las sombras de las rocas tampoco pueden tocarse y esperan, porque no pueden hacer otra cosa. La brisa sisea rumores al introducirse por los recovecos, lo más parecido a lamentos.

Con la luna vacía de curso, perdida y desangelada, el tiempo se detiene sin que nada lo espolee. En las montañas cercanas cubiertas de nieve brillan las luces del Jardín de las Hespérides, como si fuera un rubor en la oscuridad.

Los días se suceden sin oposición, iguales y monótonos, por la insistencia del tiempo, porque se considera invencible.

Las estaciones pasan de largo, amontonándose, como los ciclos de luna superpuestos con los ciclos metónicos.

La monotonía del desierto se interrumpe. Sopla un viento húmedo y frío, insistente, casi olvidado. El cielo azul es respunteado por nubes blancas que se desplazan mansamente, se apelotonan, se ennegrecen. Chispea, como si quisiera interrumpir la persistencia del tiempo. La suave lluvia se evapora antes de llegar a la superficie.

Persiste.

El terreno apenas se humedece. Unas lágrimas florecen en las rocas, sin tiempo para arracimarse. El viento ruge. La arena acaricia las rocas. La tormenta estalla con furia. Los relámpagos desgarran el firmamento. Los truenos resuenan en la limpia atmósfera. La arena se apelmaza, se forman riachuelos, charcos. Las rocas se estremecen por el súbito cambio de tiempo.

Una suave lluvia persiste en el ambiente, en el ciclo de claroscuros.

El cielo se despeja y se asoma la luna, otra vez llena, confusa, enigmática, con una

marcada mueca de desprecio. Las sombras vuelven a alargarse, tocan el borde de un charco. Las sombras se sumergen, danzan durante toda la noche, envueltas en el resplandor de la luna llena de luz. Las aguas se ondulan, burbujan, vibran, se erizan en ese momento dulce.

Amanece.

Los débiles rayos de sol respuncean las brumas, se abalanzan sobre el manto cubierto de flores. Las sombras pueden desaparecer para siempre, se deslizan entre la alfombra de flores que colorean el desierto para encontrar refugio, allá a lo lejos. Golpean con su movimiento frenético las umbelas. El aire se salpica de minúsculas gotas. Sacuden los cartuchos amarillos y rosas, soldados en forma de trompeta que anuncian, sin estridencias, la salida de las sombras del prado. Buscan refugio entre los pliegues de las rocas para guarecerse de la claridad del sol.

Y aguardan a que se sucedan los días, que pase el insidioso tiempo que nadie mide porque es inútil. Vagan entre las extensas planicies. Ascenden y bajan por barrancos, desfiladeros y gargantas. Hilvanan susurros que la brisa propaga por los rincones, antes de que se convierta en viento y juegue con la arena a su antojo.

Aguardan a que la luna pierda su curso, para seguir el fulgor en la noche y avistar el Jardín de las Hespérides.

Así pasa, así arriban.

Recorren el extenso perímetro de los muros del jardín. El dragón de pequeñas alas custodia la entrada, se mueve con torpeza de un extremo al otro. En su cabeza sobresalen tres ojos. Uno duerme y se alterna con los demás para vigilar la verja.

Las sombras temen el fuego que emerge de sus fauces y se mueven deprisa, se alargan lo indecible en un movimiento imposible. Recorren el pequeño muro para encontrar una grieta y pasar al otro lado, el deseado. Recorren los matorrales sin parar, de arriba a abajo. Las musas Egle, Lípara y Heracle alternan sus cantos entre risas, bailes y cantos. Ni siquiera se preocupan del veloz paso de las sombras que se refugian entre las hojas del árbol de manzanas doradas.

Allí permanecen.

Las astropateras

Vilaró, Emilio

«Lo común en una migración es el abandono del origen querido, el calvario del viaje y la frialdad del recibimiento.»

Lo diverso es el medio de transporte»



* * *

Cuando llegó la Éra de la Inversión, ése período en la historia de la humanidad en el que: «las galaxias que tenían mucha producción, necesitaban exportarla y las que lo necesitaban lo tenían que traer», el problema de la emigración aumentó de manera exponencial...

Había tantas naves dedicadas al transporte de productos entre galaxias, que cuando se iban haciendo viejas, se medio arreglaban y las utilizaban para enviar gente a la emigración como viaje final de su vida comercial.

A estas naves «despreciadas», se les denominó: *Las Astropatéras*. Fue el inicio del negocio del tráfico de humanos en condiciones imposibles de imaginar a escala universal.

O sea: lo de siempre. Únos seres tratando de huir de la miseria y otros aprovechándose y enriqueciéndose con ella.

* * *

Las astropatéras salían llenas de gente que querían abandonar las penurias. Aquí, al contrario de otras migraciones pasadas, los que partían lo hacían para dar un futuro mejor a sus hijos o mejor dicho a sus nietos o biznietos, lo cual era lo mismo que antes, pero aquí, así era en realidad. Ellos (los padres) casi nunca iban a llegar al sitio de destino. La meta final estaba muy lejos.

Partir solos, para que los hijos o nietos nacidos durante el viaje, encontrasen un futuro mejor, parece cosa de ciencia ficción, pero era así. Se marchaban sabiendo que no iban a llegar. Se imaginan ustedes al famoso Señor Colón diciendo a su tripulación que llegarían a Las Indias ¡los nietos... de los que iniciaban el viaje! Podría haber sido así, si este mundo hubiese sido más grande.

Bueno, todo hay que decirlo, algunos lo hacían porque huían: de pareja, de deudas o de la justicia. Allí, nadie les buscaría.

Las astropateras eran cada vez más miserables, se había pasado de enviar estas naves con poca gente, pagando sumas razonables, en naves bien acondicionadas, con un destino preciso, horario asegurado, con piloto, a casi ser arrojadas como balas al azar.

El negocio se convirtió en uno de los más lucrativos del universo.

Al final, las Astropateras eran simples proyectiles que se enviaban repletos de gente apuntando al planeta destino, sin piloto, ni medio para aterrizar. En la mayoría de los casos sin suficiente comida ni combustible para llegar.

Las tiraban apuntando al distante planeta de recepción «al sitio donde ese mundo en cien o doscientos años estaría». Sin saber... cuando llegasen, quien y como los haría aterrizar. ¿Aprenderían los nietos a tripular la nave?

Prometían los mercaderes que como casi siempre pasaba, el Gobierno del Reino·Universál (R·U), al ver que una nave se iba a estrellar, la salvaría y pondría el pasaje a salvo en tierra. Las naves eran fáciles de detectar y se sabía cuando tenían problemas

Esta ayuda, le costó al R·U muchas críticas. Se decía que aumentaba el efecto llamada y que hubiesen más de estas pateras. Esto daba argumentos a los traficantes, al poder decir, que en caso de problemas, el Reino·Universál los salvaría.

Los traficantes venden cualquier cosa, sin embargo los clientes nunca podrán reclamar. Ni ellos ni los que se lo vendieron, al llegar ya no existirán.

* * *

¿Has oído la noticia?

Sí, últimamente se está repitiendo con mucha frecuencia.

En un mes han llegado tres naves. Una se fundió en la atmósfera, otra se estrelló al aterrizar, sólo han sobrevivido dos personas. La última, con más de 70 000 pasajeros que embarcáron, sólo han llegado trescientos vivos.

A pesar de todo, las noticias de este tipo no paraban el deseo de emigrar.

Una de estas naves falló el blanco. Pasó de largo el planeta previsto y se metió en el Imperio de los Agujeros Negros. Éstos comprendiendo que no era una invasión sino un accidente, devolvió la nave, desgraciadamente ya no había nadie vivo.

* * *

Entretanto, los diferentes gobiernos y principalmente el R·U habían logrado atrapar una enorme cantidad de traficantes de vidas humanas. Su número había seguido creciendo debido al inmenso beneficio que este negocio proporcionaba. Ocurrió que un día desaparecieron la mayoría de los más importantes traficantes de todas las cárceles en donde estaban retenidos. Se les buscó hasta bajo tierra pero allí no estaban. ¿Habían, tal vez, logrado escapar gracias a su enorme poder y dinero?

* * *

Áños después, se supo, «al ver algunas naves que se destrozaban por el camino, tenían averías, o que algún asteroíto las había perforado, o que simplemente llegaban a su destino», llevaban acoplada otra pequeña nave prisión conteniendo algunos de los traficantes (los grandes beneficiarios de este negocio). Así su vida: como la de los emigrantes, dependía y estaba ligada a si la nave llegaba a buen puerto». La forma de esta nave prisión indicaba claramente su propósito.

Fotos de estas naves tomadas por otras con las que se cruzaban y publicadas en todo el Universo, informaban muy bien a los que se dedicaban a este negocio: como podían acabar.



Al enterarse todos los traficantes de esto, este comercio se redujo muchísimo, el mensaje enviado era muy claro: Todas las partes del negocio estarían en el mismo bote, para bien o para mal.

El R·U negó siempre que hubiese sido su idea... pero pocos lo dudan. Sólo el Reino·Universal tenía la posibilidad de hacerlo. No es fácil atar una pequeña nave-cárcel a la cola de la astropatera, como si de su mascota se tratara.

Como con la muerte de unos pocos, se salvó la vida de muchos. De cuando en cuando, no está mal enviar mensajes y avisos claros a los «nunca, mejor dicho, navegantes», la cosa se le perdonó y olvidó pronto.

¿Por qué el R·U es tan apreciado?

* * *

La solución para el problema de los traficantes aportada por los humanos

La nave Y-3476-ZU, fue lanzada con miles de emigrantes hacia un planeta en la remota estrella de Zilón.

Justo antes de su lanzamiento, un hombre y una mujer fueron introducidos a la fuerza en el **Nivel Uno** de la nave. Y sin ninguna explicación la nave partió.

Varios testigos que los vieron entrar, comentaron que eran los propietarios y responsables de la preparación de esa nave, y que según ellos (los propietarios) habían decidido

partir con ella para asegurar el buen fin del viaje, ya que eran ellos, los únicos que la conocían a la perfección. Eso extrañó a los que lo escucharon, pero después del suceso, no se supo nada más.

Málas lenguas asegúran que fué el R·U el que los metió allí, para tranquilizar a los pasajeros de que el viaje saldría bien. Como esos personajes realmente conocían muy bien la nave, era una manera de asegurar el feliz final del viaje... Séa quien séa el que los puso allí, no contó con la calaña, conocimientos y planes de esos dos forzados viajeros.

* * *

Sin ninguna relación a este hecho. En el momento de comenzar el viaje, uno de los pasajeros inició un diario que duraría cientos de años. Sólo anotaba los hechos más relevantes del viaje. Uno de estos hechos «sobresalientes» con los que inició su escrito, fué precisamente esta noticia que fué bajando de nivel en nivel hasta el quinto y último «piso», en donde se encontraba nuestro autor. Se comentaba que los responsables de la preparación, venta de plazas y distribución de toda la inmensa nave se habían presentado en el último momento para acompañarles y así tranquilizar a los emigrantes, asegurándoles un feliz viaje.

El **Nivel Cinco**, era donde se alojaban la mayoría de los pasajeros. Habían pagado mucho menos que los niveles superiores, por tanto eran los peor tratados. El escritor del diario, había conocido a los supuestos responsables de esa astropatera, cuya personalidad se confirmó poco a poco al oír la descripción que de ellos iba subiendo y bajando por los diferentes niveles.

Muchos comentaron que los cerdos, «así llamaban a los traficantes», ya que el trato a todos los del **Nivel Cinco** había sido inhumano, les habían confiscado todo lo que tenían antes de partir. Conociéndolos, los migrantes no podían creer que hubiesen subido voluntariamente a la nave. ¡Y qué razón tenían!

* * *

Tódo funcionó bastánte bién los priméros años, sálvo los típicos motínes que ocurrían cáda pócós méseS exigiéndo volvér al planéta de orígen, o podér subír a nivéles superióreS donde no se estába tan apretádo o lás típicas quejás de la temperaturá en la náve... que si hacía múcho frío o múcho calór.

Tódo cambió cuando un pequeño asteróide atravesó la náve y destrozó los generadóres de energía eléctrica. Sólo se podían usár las unidádes de emergencia. Éstas no podían dar lo necesárido pára tóda la náve... y al tercer día, la luz desapareció cási totalmente en los últimos cuátro nivéles inferióreS de la náve, péro no del priméro.

Así, el terrór comenzó.

Los del primér nivél bloqueáron el accésO a su plánta y tódos los sistémas de iluminación, refrigeración y conservación de aliméntos dejáron de funcionár en la mayor pártE de la náve, si bién no en la «priméra cláse».

* * *

Las mános de los dos cérdos en el primér nivél, los que los apoyáron incondicionálmente y los que no dijéron náda, ya que sería su única manéra de sobrevivír, inició la travesía de la pesadilla.

* * *

Úno de los sucesos que el autór anóta con horror, es el proceso de alimentárse con la cárne de los compañéros de viáje cuando los aliméntos se acabáron. La explicación pormenorizáda de, cómo se iba realizándo el proceso de selección, la degradación de la moralidá, y luégo las guérras éntre los diferentes nivéles de la náve pára lográr alimentárse,

háce que su autór ruége, implóre, espére y pída a su descendéncia que vénguen a los miles de muértos de aquél tan cruél viáje.

En tódo el diáριο sólo fálta una hója. Está arrancáda. Múchas páginas después, explíca el autór que la rasgó, al leérla una vez más. En élla se anotába con horror, la descripción de lo que se hacía con los niños recién nacidos.

Nuéstro personáje logró sobrevivir al **Nivél 5**. Tenía grándes conocimíentos del funcionamiénto de ésas náves espaciáles. Él había ayudádo a construir y acondicionárlas durante múchos años. Éra donde había conocido al traficánte. Por ésta razón técnica éra requerido en el **Nivél Único** cuando tenían problémas. Él ayudába, a cámbio de que: enviásen algo de aliméntos, água, y de cuando en cuando luz, de la que los nivéles inferiores cási no tenían.

Su trabájo y el de sus descendientes durante ése lárگو viáje, consistió en hacér las reparaciones de la náve en cualquier nivél. Así fué testígo de tódo lo que ocurría y trasmisór de noticias por tóda la náve. Su trabájo siémpre fué respetádo en tódos los nivéles, ya que en múchas ocasiones logró ayudár en los cásos más gráves.

Con horror, anóta ótro de sus descendientes, continuadór del diáριο, que pára él, y los demás, ahóra el comér cárne humana éra una cósa agradable y aceptáda hásta por los del **Nivél Único**. El tenér que comérse a los compañeros de viáje podía ser cruél, péro necesáριο.

* * *

De su llegáda a Zilón, quéda registrádo en el diáριο, que de cerca de los 50 000 pasajeros que saliéron en la náve, llegaron sólo unos 120, en su mayoría del **Nivél Único**. Ésta había sido encontráda paráda cerca de ése planéta, y totalmente a oscúras. En priméra cláse tódo aliménto también se había acabádo.

* * *

En las hojas finales del diario, negro sobre blanco, quedaba reflejado la repulsión que los pobladores de ese planeta de acogida les demostraban, al saber lo que comían y el asco al oír todo el tétrico sistema para obtenerlo en la nave.

El proceso para habituár a los navegantes llegados, a comer otros alimentos no fué fácil. Algunos fueron encarcelados al tratár de alimentárse con los habitantes del planeta de llegada.

Lo que hizo más difícil integrár a los migrantes, no fué su raza, religión, lengua o filosofía de la vida. Es que durante muchas generaciones, la gente de Zilón, literalmente se apartaba a su paso, sólo al pensár lo que habían comido ellos o sus antecesores.

Curiósamente no les llamaban caníbales sino «los que comían a oscuras», con todo lo que esto implicaba. A pesar de los muchos años pasados, la integración no se lograba. La culpa en realidad nunca se hechó a los que habían llegado, sino a los que tan cruélmente los habían enviado.

Se habla luego. Cientos de años después de su llegada y de su casi total integración a ese planeta; de la decisión tomada por el descendiente, poseedor del Diario, algunos familiares y amigos, de volvér con sus familias al sitio de origen.

La lectura del Diario, (que era la biblia para esta familia), ya que se leía religiosamente un capítulo antes de la cena, y posterór discusión después de ella, fué la causa de esta decisión.

Todos los horrores descritos en los innumerables libros que el diario contenía, les había llevado al deseo de cumplir con su antepasado.

Éso sí, no sin antes haber amasado una inmensa fortuna que les facilitaría el estudio, planificación y costos de tan largo viaje, y el lograr cumplir la misión cuando llegasen... sus descendientes, claro.

* * *

El regreso

La nave era una inmensa biblioteca de mapas. En la parte recreativa, libros del tipo: Crimen y castigo, La moralidad de poder castigar, La Venganza de Don Méndo, El Conde de Montecristo, El Padrino, Amistades peligrosas, Moby Dick, Los castigos del infierno o, Qué dulce es la venganza.

Por otra parte, una colección inmensa de libros de cocina, sobre cómo cocinar carne, ni un libro sobre el pescado.

La nave era un cúmulo de genialidades técnicas, preparada con las últimas tecnologías de producción y ahorro de energía. Su autonomía estaba garantizada en 300 años, sin tener que parar para repostar o conseguir alimentos. Totalmente opuesta a la que realizaron el viaje sus antepasados. Aquí el lujo y la comodidad era lo primero.

La nave era enorme. Considerando que sólo unas decenas partirían y que, como máximo (al reproducirse), llegarían unos pocos centenares, sobraba de todo. Las comodidades eran de palacio, todo perfecto, elegante y medido. Lo único que desentonaba por su exagerado

tamaño era la biblioteca, los enormes hornos de sus cocinas y los campos de cultivos de vegetales frescos.

* * *

Muchos años después, ya llegados al planeta origen: cuando en las noticias daban información de horribles muertes en el espacio, relacionadas con las astropáteras. En cualquier plaza, al amanecer siempre aparecían unos asados, semi comidos, de unos cuantos seres humanos, acompañados de salsas, frutas y verduras que no se producen en el planeta.

¿Otro aviso para traficantes?

* * *

Nóta del Autor:

Ésta obra está tildada, o sea: las palabras llevan la tilde (´), en el sitio donde está el acento.

Después de miles de lecturas de obras así escritas, podemos asegurar, que su lectura, (salvo las primeras páginas), es la normal, y al leer así, no hay ninguna diferencia de pronunciación a la habitual.

Paraiso ochentoso

Santos. Isabel



Si no bailo, me muero.

Carmen Amaya

Llevo años y años bailando flamenco, intentando aprender la tercera copla de la sevillana sin conseguirlo. La aprendí mal, y el giro de espalda me sale como el culo. Para disimular, en el careo, cuando se me pone la mente en blanco y giro al revés, digo siempre el mismo chiste estúpido.

El sábado siete de marzo fue diferente. Todo distinto. Ya desde que entré al Rincón Familiar Andaluz de Buenos Aires. O, mejor dicho, ya desde antes, porque el chino de mitad de cuadra estaba cerrado y tuve que comprar el agua en el quiosco. No pude conseguir galletitas, porque como el quiosco tiene una reja y no hay góndolas como en el chino, no me decidí cuáles quería comer. Siempre voy a bailar sabiendo que compro galletitas en el chino. Así que estaba molesta porque me iba a cagar de hambre —mi nieto me dice que a mi edad decir “cagarse” suena ordinario.

Al tener que retroceder dos cuadras para caminar hasta el quiosco, llegué diez minutos tarde a la clase. Pero eso me favoreció: me encontré cara a cara con Cristina Hoyos; sí, la bailaora flamenca. Aunque después me di cuenta de que era ella, por supuesto; porque en la puerta, cuando me la choqué, para mí era una viejita de rodete que venía del brazo de un señor mayor y parecía una vieja más. Estaba irreconocible: canosa, escuálida y bastante encorvada. Cuando subimos la escalera y llegamos a la recepción, ahí caí: porque todas las chicas de la comisión de jóvenes corrieron en malón a buscarla y le ofrecieron un ramo de flores como si fuera la reina Sofía. O Leticia, creo. Bueno, nunca me acuerdo quién es la reina. Nunca estuve a favor de la realeza.

El caso es que ver tantas alabanzas me dejó dura de la envidia. O, mejor dicho, de la admiración, digamos. Yo la veía en la televisión española bailando sevillanas, y siempre me comparaba. Si ella podía, yo tenía que poder. Casi tenemos la misma edad. Quizás yo sea cinco años más grande. No me puedo quejar. Hay viejas de ochenta, como yo, que se quedan todo el sábado mirando la televisión. Bastante que vengo, subo las escaleras, bailo. Como el culo, pero bailo. Ella baila mejor. Supongo que se merecía el ágape.

Las profesoras pusieron música para que se luciera, y las demás miráramos. Yo la observaba como diciendo espero que valga la pena haber venido hasta acá y no tener mi clase. Las chicas, no. Todas querían bailar una copla con ella haciendo uso de sus brazos largos y

flacos, con la piel pegada a los huesos. Todas sobreactuaban los giros y hacían desplantes como se usa en las sevillanas. Intentaban demostrarle lo que podían bailar, no sé para qué. Tampoco es que ella tuviera una compañía de baile en España y buscara contratarlas.

El caso es que se le ocurrió que *yo* bailara con ella, como si supiera que no bailo bien sevillanas y quisiera hacerme pasar vergüenza. Justo me sacó a bailar en la tercera copla. Justo en la copla que menos sabía, la que nunca había aprendido. Bueno, no creo que lo haya hecho de maldad. Se reía como diciendo las viejas podemos dar lecciones. ¿Pero justo la tercera copla...?

Yo estaba tan nerviosa, que se me olvidaron los chistes que tenía que decir para no sentirme tan de madera. Encima toda la escuela nos hizo una rueda. Aplaudían para arengarnos. Creí que me moría.

Y se me infló la encía de las muelas de arriba, en la mejilla derecha. ¡Qué momento! Yo tratando de concentrarme en el baile y sintiendo que la cara me iba a explotar. Toqué una punta con la lengua, una aguja entre las únicas dos muelas que tengo arriba. Tan filosa esa aguja, que ya no tenía lugar para mover la lengua sin lastimarme. Oía las palmas de las chicas. Me hipnotizaban las miradas. La Hoyos me toreaba con los brazos en alto, haciendo cuernos con las manos y girando las muñecas. Todo el mundo viendo mi cara, y yo imaginando que se me iba a reventar el cachete. Tenía que decir algo. Siempre creo que tengo que decir algo para salir del papelón. Tenía que ser corto porque ni siquiera podía revolver la lengua adentro de la boca. Entonces grité:

—¡Amaya, Cristina!

Lo grité como intentando desviar las miradas hacia ella, diciéndole con ese grito que bailaba igual que Carmen Amaya, la mejor bailaora flamenca de todos los tiempos.

Supongo que no le gustó la comparación, porque me miró como queriéndome decir “Que te recontra”. Y así, de la nada, como un milagro, el flemón se me reventó. Y yo bailé la tercera copla sin equivocarme. Levantando el brazo, conté cinco giros de muñera en el marcaje hacia atrás y metí los dos zapateos en los careos: el del tiempo y el del contratiempo. Como diciéndole “Que te recontra”. A mí me salió bien gitana. Otro estilo. La Hoyos se la da de clásica. Se cree que porque bailó en *Carmen* con Antonio Gades, tiene la vaca atada.

Igual debo confesar que salí de la ronda con taquicardia. Me quedó una sensación, un gusto en la boca, a viejo, a metal, a sal. Ella también hizo un gesto como si sintiera un gusto raro. Después se tocó el cachete y sacudió algo que parecía un moco pegado. Me lo tiró en la blusa, la maleducada; y yo —que me di cuenta de que aquello no era un moco, sino el contenido de mi flemón— actué como si no tuviera nada que ver. Hasta le puse cara de sorpresa, para disimular. Cuando miré la mancha, todavía estaba húmeda, vi que era azul, espesa, y que chorreaba.

Me corrí a un costado. Me quedé pensando.

Me acordé de los dibujos del cuerpo humano que le hacía a mi nietito cuando iba a la primaria y yo lo ayudaba con la tarea. Siempre salían dos venas del corazón: una azul y otra roja. Me dio miedo darme cuenta de que quizás se me había reventado la vena azul. Pero me entró la duda, porque no hay sangre azul. Quería llegar a casa para averiguarlo en la enciclopedia que usaba Oscarcito.

Como me sentía muy bien y parecía que todo estaba normal y en su lugar, fui a buscar a Adriana, la profesora de avanzados, para seguir bailando la cuarta copla.

Me lucí, porque la cuarta copla es fácil. Me di el lujo de hacer los panaderos girando la cabeza en cada cambio de frente. Sin pensar en la cervical que, por cierto, ni me dolió.

Cuando volví a casa fui directo a la biblioteca. Busqué en la enciclopedia el tomo de la “C”. Leí todo lo que explicaba del corazón. No *podía* haber tenido una gota de sangre azul en la blusa, tenía que haber sido roja. Pero no pude comprobarlo, porque cuando fui a buscarla al lavadero, ya la había puesto a lavar. Sí, soy muy maniática con la ropa. Tengo poca y la cuido. No bien llego de la calle, me la saco y me quedo en batón.

Antes de dormir, llamé a mi amiga Eugenia. Le conté todo, y lo que me dijo me asustó. Para ella lo que nos pasa a las viejas es porque ya no nos sirve más el cuerpo. Entonces desvié la conversación para el baile: mi cuerpo todavía me hacía bailar.

Terminamos como siempre hablando de los nietos. Ella me decía que nuestros nietos se aburren con nosotras y que por eso no nos dan bolilla. Me dijo:

—Sara, olvídate de los nietos. No están de moda los abuelos.

Corté pensando que no la iba a llamar nunca más. Otra vez me dijo lo que no quiero escuchar.

Para no irme a dormir deprimida, pensé en llamar a mi nieto. Me había pasado algo tan raro que, contárselo, lo iba a entretener en el teléfono. No tenemos muchos temas de conversación. Él siempre está muy ocupado. Tener una conversación interesante con él, sería la única manera de irme a dormir tranquila.

Agarré una hoja y anoté con letra mayúscula —para ver bien— todo lo que quería decirle. Es que cada vez que corto me acuerdo de cosas que no le dije y me pongo de mal humor.

Miré la hora. Uf, me dije, ya es tarde para llamarlo. Pero igual me fui a dormir contenta, porque sabía que a la mañana siguiente iba a hablar con él.

A las siete ya estaba despierta. Demasiado temprano para llamarlo. Fui a comprar el diario y las facturas. Por si aceptaba una merienda, se me ocurrió ir a Bonafide para comprarle los bombones que le gustaban cuando era chiquito. Llegué después de caminar cinco cuadras, y me di cuenta de que el domingo está todo cerrado. Por suerte había un Havanna abierto en la esquina de Caseros y La Rioja; esos que son como bares, pero ahora también tienen alfajores. Compré una caja, y pedí que fueran todos de chocolate, como le gustan a él.

Serían como las once y ya no sabía más que hacer. El diario, una mierda, como siempre. La revista, horrible, pura propaganda.

A las doce llamé.

—Hola —gritó Oscarcito, como enojado. Casi corto, pero tenía el papel en la mano y leí los primeros tres renglones de corrido, sin respirar:

—HOLA, MI AMOR, ¿CÓMO ESTÁS? QUERÍA HABLAR CON VOS, QUE SOS TAN INTELIGENTE Y VAS A LA FACULTAD. NECESITO CONTARTE ALGO QUE ME PASÓ AYER EN MI CLASE DE FLAMENCO. ¿TENÉS DOS SEGUNDITOS?

Ya sentí que él respiraba raro, como cuando suspirás por rabia, o porque te aburrís. Entonces me arriesgué, salteé los siguientes cinco renglones y fui directo a la pregunta.

—¿Vos pensás que podemos aprender cosas de los que ya están muertos?

Fue escucharme a mí misma y pensar: ¡La cagué! ¡Qué boludez que dije!

—Obvio, abuela —Oscarcito me sorprendió y me contestó—: Yo estoy todo el día aprendiendo fórmulas que inventaron tipos que ya están muertos.

—¡Ah, claro! —Respiré y me animé a preguntar más—. Oscarcito, yo digo aprender algo al instante.

—Tan al instante..., no. Lleva su tiempo aprender. ¿Vos que querés aprender tan rápido?

Emocionada por tanto interés, le conté todo. Así como me salió en el momento. Le dije que yo creía que Carmen Amaya me había enseñado la tercera copla de la sevillana, comunicándose conmigo desde el más allá. Y todo para joder a La Hoyos que no quiso que la comparara con ella.

Oscarcito hizo un silencio largo. Pero me dijo: ¿querés que vaya a tu casa, abu, y me contás bien? ¿Merendamos juntos?

Primero me alegré. Pero me di cuenta de que él estaba preocupado. Por ahí había pensado que yo estaba medio loca, y por eso quería verme. Quizás tenía que haberle leído los renglones que explicaban cómo Carmen Amaya se había metido en mis venas. Y que yo creía, que la emoción de querer imitar su baile gitano me había roto las de mi corazón.

Sin embargo, antes de que me cortara, sólo dije:

—Sí, Oscarcito, vení. Y como el sí me salió ahogado, porque le grité “Oscarcito” muy fuerte. Le dije si, otra vez, como cinco veces, por las dudas. Para que quedara bien claro que lo iba a estar esperando.

Como ya tenía la merienda lista, preparé la casa. Estaba todo hecho un lío.

Fui al chino a comprar esos palos con esencias. Los había visto cerca de la caja registradora, al lado de los parches para los dolores de espalda que siempre me compro. Elegí palo santo que saca todo el olor a grasa. Es que yo no uso el horno, pongo todo en la sartén, como todo frito; pero con fritolín, que hace bien para el colesterol. Tampoco es que Oscarcito fuera a ir a la cocina, pero si quería calentar la pava para tomarse un mate y veía los lamparones de aceite, me iba a decir algo.

Limpié un poco por arriba, para disimular la roña. Es que él es muy ordenado, por eso estudia para ingeniero. Tiré perfume en aerosol y abrí las ventanas. Me saqué el batón de vieja que uso en casa, pero tampoco me cambié como para salir. Busqué una muda de ropa cómoda, limpia y planchada. Me pinté los labios para estar presentable. Me peiné el flequillo para atrás para disimular las canas y me enchufé la peineta para que no se me caiga el pelo en la cara.

Lo esperé sentada en el sillón.

Cuando sonó el timbre, le tiré la llave desde el balcón, como siempre.

Desde arriba, lo vi sonriente. ¡Qué felicidad!

Conversamos un rato, y supongo que se quedó tranquilo con lo de mi locura. La hice bien. Saqué temas variados: cosas del país, noticias que había escuchado en la televisión, chismes de las artistas. Le pregunté por la facultad. De lo del moco, hablamos bastante poco. Quizás no era tan interesante para él.

De golpe no sé qué dije, y empezó a mirar el teléfono. Pensé para mí: ¡ya lo perdí! Se ponen tan tontos los chicos con eso. Se ríen solos, como bobos.

Para sacarle más tema, se me ocurrió darle el mio. Uno que me había regalado mi hija y lo tenía en la caja sin usar. Le pedí que me explicara cómo funcionaba.

Dio resultado, se puso más contento y lo empezó a manejar. Lo enchufó y lo dejó ahí un rato.

Traje el café con leche, los alfajores y me empezó a enseñar con el suyo. Para mí era chino básico. Qué macana, pensé. Voy a quedar como una tonta. Entonces me concentré bien. Casi busco una hoja para anotar: botón de la derecha, salta al paso anterior; para llamar, apretar un cuadradito con un tubo de teléfono adentro; para llamar con mensajes, un tubo de teléfono en un globo de historieta.

El sinvergüenza me tomó una prueba. Quería que le escribiera un mensaje a su mamá.

No me salían las letras que quería apretar. Era muy chiquito, una mierda. Me puse furiosa: no quería dar el brazo a torcer. Tenía que poder, tenía que poder. Apretaba los botones

con tanta bronca que sentí que se me hinchaba el dedo. Se me puso azul, parecía que se me iba a reventar. No era momento para demostraciones dramáticas con mi nieto en casa. Entonces vi que él se dio cuenta, porque me miró con la boca abierta. Yo de los nervios intenté escribir rápido para disimular. No me dio tiempo. El teléfono de Oscarcito se puso azul, con la pantalla en blanco y enseguida hizo un ruido fuerte. Mi dedo se había reventado en una punta, y el bendito moco lo había salpicado.

—¿Abu, que le pasó a tu dedo? ¿Me llenaste el teléfono de sangre? ¿Estás bien?

—¿Eh? —Me hice la que no entendía—. ¿Qué sangre?

—¡Y mi teléfono! Abuela, se hizo mierda. No anda.

Entonces yo me calmé, y mi dedo se calmó. Toqué su teléfono y se prendió. Y como si de adentro mío hubiesen salido todos los difuntos flamencos, aparecieron en la pantalla Paco de Lucía y Camarón de la Isla cantando “Volando voy, volando vengo”.

Oscarcito me miró, acusándome. Yo lo encaré levantando las cejas y los hombros para disimular.

—Nene, ¡qué bueno! ¡Se arregló!

Tocó la pantalla él y me hizo un hombrito. Parecido al que hace nuestro profesor de flamenco, Marcos, cuando sale a bailar una patada de bulería en las muestras.

Revolee los ojos sin saber qué hacer.

Escuchamos el tema y vimos el video. Oscarcito se aprendió el estribillo. ¡Y lo cantaba ronco como El camarón! Y se corría el pelo de la cara, como hacía el artista cuando quería entonar.

Antes de irse a su casa, me preguntó dónde quedaba el Rincón Andaluz. Pensé que quería disimular el episodio del video de flamenco. Pero no pasó de ahí.

Cuando lo miré desde el balcón para saludarlo, me pareció que le hacía cuernos y toreaba a un perro callejero. Ya está exagerando, pensé. O yo le habría contagiado algo.

Al sábado siguiente hice mi rutina de siempre. El chino estaba abierto. Elegí las galletitas, compré el agua. A la salida, el hijo del chino, el que sabe hablar castellano, estaba

sentado en la puerta. Siempre le charlo de lo que me pasó en la semana. Es tan modosito que me escucha. Le conté lo del moco azul o la sangre roja, no sé. Le prestó más atención que mi nieto. Los chinos saben de esas cosas. Me dijo algo sobre un golpe de viento de fuego. No le entendí.

No bien llegué al Rincón Andaluz, escuché murmullo desde la escalera. El hall estaba lleno de gente. Aldana, la secretaria, me atajó para agradecerme.

—¿Por qué? —dije sorprendida.

—Se llenó la escuela, Sara. Y todos vinieron por vos.

—¿Qué?

—Dicen que conocen a tu nieto, y quieren aprender a bailar flamenco como él.

—¿¡Qué!?

En ese momento me di cuenta de que Oscarcito estaba en la clase. Y también, Martincito, su amigo; su novia, Sabrina, y su hermana. Había muchos jóvenes amigos de él también. Estaban zapateando, como si quisieran precalentar los músculos. Oscarcito tenía botas Britto nuevas, una pequeña fortuna. Le brillaban los clavos de la suela recién estrenada.

La profe Adriana vino a saludarme y me pidió que les mostrara un baile.

¡Todos querían verme bailar!

Pusieron una sevillana. Una lenta, aburrida, para principiantes. Me puse en pose y le dije:

—Adrianita, ¡esa no! Poneme “A la puerta de Toledo”, que puedo girar rápido.

Toda la escuela hacía palmas. Miraban contentos como yo bailaba. Me sentí Lola Flores, la faraona. Hasta me pareció ver al hijo del chino de la mitad de cuadra, el que me había charlado recién: saltaba en la ronda mientras hacía el marcaje a destiempo.

Adrianita me miró en los careos de la cuarta copla y me dijo:

—Sara, bailás cada día mejor y te veo más joven.

—¿Sí, Adrianita? Es que el baile rejuvenece y yo quiero bailar. Yo si no bailo, me muero.

